

MEDIOEVO IV
CALIBRACIÓN

LUIS RENÉ GONZÁLEZ LÓPEZ

MEDIOEVO 04 - CALIBRACIÓN

Luis René González López

MEDIOEVO 04 - CALIBRACIÓN

[MEDIOEVO 04 - CALIBRACIÓN](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[121 \[L\] \[X\]](#)

[TEMPORADA 16: CIERRE SUCIO](#)

[151 \[L\] \[A\]](#)

[GLOSARIO](#)

[APÉNDICE REGISTROS TÉCNICOS](#)

[NOTA FINAL](#)

MEDIOEVO 04 - CALIBRACIÓN

title: "MEDIOEVO: CALIBRACIÓN" author: "Luis René González López" lang: es

**

Dedicado a Diana y a mis hijas Y al que lo lea

**

INTRODUCCIÓN

En tus manos tienes un artefacto. No cualquiera. Dentro de él hay otro. Es un portal o una brújula, dependiendo de cómo lo utilices. Si lo abres buscando respuestas, te perderás. Si lo abres buscando preguntas, encontrarás caminos que no sabías que existían. Este libro no te va a explicar el mundo. Te va a mostrar fragmentos de él. Pedazos que no encajan del todo, bordes que no coinciden, silencios donde esperabas palabras. Así es como yo veo las cosas. Así es como las proceso. No como una historia lineal con principio, medio y fin, sino como un mosaico donde cada pieza tiene peso propio y el patrón solo emerge cuando dejas de buscarlo. Los personajes que vas a conocer no son héroes. Son gente. Gente que comete errores, que no entiende lo que está pasando, que actúa por instinto y por química acumulada en lugar de por planes grandiosos. Gente que a veces hace

lo correcto por las razones equivocadas, y lo equivocado por las razones correctas. El sistema que los oprime no es malvado. Es eficiente. Es la diferencia más importante que puedo enseñarte: el mal con intención se puede combatir, el mal sin intención solo se puede sobrevivir. No busques moralejas. No las hay. No busques finales felices. Los finales son arbitrarios; la vida continúa después de la última página aunque no la veamos. Lo que sí vas a encontrar es esto: gente ordinaria haciendo cosas extraordinarias no porque sean especiales, sino porque no tienen otra opción. Cada uno es un mundo. Todos somos el electrón. Bienvenido a Medioevo. ## GUÍA DE RAYUELA: MEDIOEVO CALIBRACIÓN (Capítulos 121-160)

Este libro puede leerse de múltiples formas, inspirado en la estructura de Rayuela de Cortázar:

LECTURA LINEAL: Simplemente lee los capítulos en orden (121-160)

LECTURA POR PERSONAJES: - **Leonardo [L]:** El núcleo narrativo. Sigue su viaje desde el Astral Norte hasta su regreso a Ciudad Control en crisis. - **Faith [F]:** Compañera de Leonardo. Carga la pipa de Don Humo como emblema de pérdida y legado. - **Penny [P]:** Detective/analista en Ciudad Control. Mapea patrones de desapariciones sistémicas. - **K-07/K-08 [K]:** Nico (21 años). Los Borrados. Plantador de semillas. El futuro portador del legado. **LECTURA POR TEMAS:** - **Don Humo [X]:** Fragmentación, herencia, trescientos años de secretos. Aparece en su ausencia. - **Observacionismo [O]:** El Bardo/Seoj Siul. Archivero de historias. Ciclos y memoria. - **Jardineros [J]:** Maku (7692 años de conocimiento fragmentado). Cultivadores en el Astral. - **Escolta/Sistema [S]:** Caius Sánchez, la burocracia. Mecanismos

de control. - **ARCHON [A]**: Revelado en la cápsula. Entidad más allá. - **Hemacronos [H]**: Mencionados en contexto de turnos mercenarios. **LECTURA RIZOMÁTICA**: Salta entre capítulos con los mismos tags para seguir temas entrecruzados. # TEMPORADA 13: DUELO

121 [L][X]

CORRIENTE

El frío del Astral Norte tenía sabor a cobre viejo. Leonardo llevaba cuatro horas despierto, sentado contra una columna rota que alguna vez sostuvo el techo de lo que Malika llamaba “el Observatorio de Helios”. Ahora era escombros. Piedra negra con vetas doradas que no brillaban. El amanecer aquí no venía naranja ni rosa. Gris con bordes que cortaban. Un gris que hacía doler los ojos aunque la luz no alcanzara para justificar el dolor. Se frotó las manos para generar calor. No funcionó. El frío del Astral no respondía a física normal. Se metía en los huesos por caminos que la termodinámica no había inventado. Las yemas de los dedos estaban agrietadas. Piel seca que se abría en pequeñas líneas rojas cuando las flexionaba.

No las sentía. Había dejado de sentir las manos hace dos horas. Seguía frotándolas porque el gesto era más fácil que quedarse quieto. El campamento dormía. Diecisiete cuerpos en sacos improvisados con materiales que Haryes había encontrado en las ruinas. Respiraciones desiguales. Alguien tosía cada pocos minutos la tos

seca del Astral, causada por aire que no tenía la humedad suficiente para los pulmones humanos. El sonido rebotaba contra la piedra negra y volvía distorsionado. más grave el Observatorio amplificaba lo que pasaba adentro. Copérnico dormía junto a Faith. Las patas del perro temblaban con los sueños que los perros tienen movimientos rápidos, quejidos cortos. Las marcas azules en su pelaje emitían un brillo tenue que era la única fuente de luz aparte del gris constante del cielo.

Leonardo había intentado dormir. Le había dedicado dos horas al intento. El suelo era duro. La columna rota contra su espalda tenía bordes que se clavaban en las vértebras. Cada vez que cerraba los ojos, los abría de nuevo no por pesadillas. por la ausencia de ellas. Había dejado de soñar con Luna y las niñas. El hecho le pesaba más que cualquier pesadilla. La semilla de Don Humo latía en su bolsillo. No como un corazón. Como un contador Geiger. Pulsos irregulares que le subían por la pierna y le hacían cosquillas en la cadera. A veces el pulso era tan fuerte que la pierna se le dormía, otras veces apenas perceptible. Llevaba tres días ignorándola. Tres días desde que el viejo se fragmentó sonriendo para que ellos escaparan.

Tres días desde que Leonardo tocó el fragmento de Helios y supo cosas que no quería saber. Que Nico era hijo de Don Humo. Que el viejo nunca se lo dijo al chico. Que ahora Leonardo cargaba ese secreto junto con el Voynich. Junto con la culpa. Junto con los nombres de sus hijas que ya no podía pronunciar sin que algo se rompiera adentro. Tres nombres, tres sílabas cada uno, nueve sílabas que pesaban más que el Voynich y la semilla juntos. Faith dormía a veinte metros, enroscada alrededor de la pipa. No la había soltado desde aquella noche. La limpiaba cada mañana con un trapo que ya

estaba negro de tanto uso. Leonardo la había visto olerla una vez, cuando creía que nadie miraba.

Buscando rastros de tabaco. De algo. De cualquier cosa que probara que Don Humo había existido. El trapo negro estaba en el suelo junto a ella. Manchado de lo que podría ser óxido o podría ser sangre vieja. Leonardo no quería saberlo. El campamento olía a cuerpos que no se habían lavado en días, a la resina amarga de los vendajes improvisados. Ochenta, tres personas durmiendo en turnos de dos horas entre formaciones rocosas que Malika había identificado como defensivas. Nadie dormía sin un arma al alcance. Gunwise roncaba con la boca abierta y el hacha sobre el pecho, como un vikingo en su propio funeral. Maku cuidaba plantas imposibles en una grieta que no debería tener tierra fértil. Copérnico dormía a sus pies, azul casi completo.

Click-click-click. Cada tres segundos. La manivela de la linterna de cuerda de Malika, a cincuenta metros, estudiando inscripciones. Leonardo lo había cronometrado. Tres segundos entre clicks. Quince minutos entre los gruñidos de Copérnico hacia el sur. Tres segundos. Quince minutos. Su cerebro contaba intervalos, medía frecuencias, registraba patrones en todo lo que lo rodeaba. Porque si estaba midiendo, no estaba recordando. Y había cosas que no podía permitirse recordar. No todavía. No a cuatro horas de un amanecer gris en un plano que se comía la esperanza con la misma eficiencia con la que se comía el calor. Las marcas azules en el pelaje de Copérnico estaban al noventa y cinco por ciento de cobertura. Nadie sabía qué pasaría cuando llegaran al cien.

Nadie quería preguntar. Leonardo sacó el Voynich de la mochila. El libro pesaba más que ayer. O él pesaba menos. Difícil saberlo. El

Astral hacía cosas con la percepción distorsionaba, engañaba. Las páginas se reorganizaron solas cuando lo abrió, eso ya no lo sorprendía abrir el libro, esperar a que decidiera qué mostrar. Aceptar que el control era una ilusión que el Voynich toleraba. No respetaba. Buscaba coordenadas. Cada vez que abría el libro, buscaba lo mismo: alguna referencia al flujo entre planos, algún mapa de frecuencias que le mostrara dónde se almacenaban los patrones de los que ya no estaban. Luna. Las niñas. Si existía algún registro de sus frecuencias en algún plano, el Voynich tenía que saberlo. Si la fórmula servía para algo más que describir el río, el libro tenía que mostrárselo.

Era la única razón por la que seguía abriéndolo cada mañana. La única razón por la que dejaba que le cortara los dedos. Cada corte era un acuerdo tácito: dame algo a cambio. Algo que me acerque. Algo que demuestre que lo que busco existe y no solo es la invención de un hombre que no soporta el silencio donde antes había tres voces. Lo que apareció no eran números. Eran formas geométricas que le dolían en los dientes. Triángulos que cortaban el paladar. Círculos que olían a ozono. Espirales que producían un zumbido en el oído izquierdo que no paraba aunque sacudiera la cabeza. - Topológico - dijo MAAT desde algún lugar de su cabeza. No espacial. El libro no mapea distancias.

Mapea relaciones. Gracias por la clarificación inútil. De nada. Topología, no geometría euclidiana. Quiero que te calles. Eso también puedo hacerlo. Aunque técnicamente “callarme” requiere que primero definas el umbral de silencio. ¿Cero emisión? ¿Mínima interferencia? Hay un formulario. No hay ningún formulario. Debería haberlo. MAAT se calló. La ausencia de MAAT era casi peor

que la voz. Al menos cuando hablaba, Leonardo sabía que seguía ahí. Que el vínculo seguía funcionando aunque ninguno de los dos entendiera cómo. Leonardo pasó una página. Su dedo índice dejó una mancha de sangre en el margen. El libro cobraba. Pequeños cortes que aparecían sin que él sintiera el filo sin advertencia, sin dolor, solo la sangre después, manchando páginas de mil años que seguirían existiendo cuando él fuera polvo.

El Voynich verificaba su ADN. Se aseguraba de que seguía siendo él. De que el linaje Tyr seguía fluyendo. Un sistema de autenticación biométrica diseñado antes de que existiera la palabra “biométrica”. Si hubiera tenido una interfaz, habría pedido que aceptara términos y condiciones. La página nueva mostraba un diagrama posible de flujo. O un mapa arterial. Líneas que se bifurcaban y confluían en puntos marcados con caracteres que le dolían en la nuca. Leonardo buscó entre las líneas una caverna que funcionara como almacén. Un depósito. Un lugar donde el flujo se detuviera y guardara patrones. Donde una frecuencia pudiera quedar registrada después de que la fuente dejara de emitir. Donde Luna y las niñas pudieran existir como eco, como huella, como persistencia.

No encontró nada. El mapa mostraba flujo. Movimiento. Tránsito. Nada se detenía. Nada se guardaba. El río no tenía presas. Cerró el libro. La sangre en la página se absorbió. Autenticación completada. Acceso denegado a lo que buscaba. Acceso concedido a lo que no necesitaba. Anya apareció a su lado sin hacer ruido. Pies que no sonaban contra la piedra. Respiración tan silenciosa que a veces Leonardo olvidaba que estaba ahí. Su tobillo seguía vendado con tiras de tela que Malika había cortado de su propia camisa tres días atrás. La tela estaba sucia. Gris como todo lo demás, cojeaba sin

quejarse. - No dormiste - dijo ella. No era pregunta. Tú tampoco. Alguien tenía que hacer guardia. La guardia era de Gunwise.

Gunwise se quedó dormido a las dos horas. Ronca. Leonardo casi sonrió el músculo se activó pero no completó el movimiento. Anya se sentó a su lado. El movimiento le arrancó un siseo entre dientes. El tobillo. Peor de lo que dejaba ver. Leonardo debería haberle ofrecido su hombro. Debería haberle preguntado si necesitaba ayuda. No lo hizo. Había dejado de hacer esas cosas desde Luna. Desde las niñas. Cada gesto de cuidado era una promesa implícita que rompería. Mejor no prometer. Mejor mantener la distancia. - El libro está más pesado - dijo Anya. Sí. ¿Por qué? Porque sabe cosas que yo no quiero saber. Ella lo miró. Sus ojos no tenían el color que deberían tener. El Astral desaturaba todo.

Personas incluidas. Los ojos de Anya habían sido marrones antes de cruzar. Ahora eran grises con vetas que podrían ser marrones o podrían ser otra cosa. La semilla también dijo. La que llevas en el bolsillo. Late más fuerte cuando te acercas al libro. Leonardo bajó la mirada hacia el Voynich. La mancha de sangre en la página se había extendido mientras hablaban. Ramificaciones que se alejaban del punto original. ¿Cómo sabes que late? La siento Anya se tocó el pecho con la mano derecha. Justo sobre el esternón. Aquí. Cuando estoy cerca de ti. El ruido llegó del sur. Metal contra roca. Engranajes oxidados girando. Algo pesado arrastrado sobre superficie irregular. El sonido le explotó en la cara como una bofetada húmeda.

Leonardo se cubrió los ojos por instinto aunque el problema no era visual. Era todo. El chirrido tenía textura de papel de lija mojado. Color amarillo sucio que le llenaba el campo visual aunque tuviera los párpados cerrados. Sabor a óxido en la lengua aunque no

estuviera lamiendo nada metálico. El sonido se convirtió en sensación física que le recorría la columna. Maldito cableado. El linaje Tyr venía con regalos que nadie había pedido. Leonardo había aprendido a vivir con ellos. A ignorarlos cuando podía. A funcionar a pesar de ellos cuando no podía ignorarlos. Momentos como este cuando un sonido se convertía en avalancha sensorial le recordaban que su cerebro no funcionaba como los otros. Y que eso no siempre era ventaja. Anya ya estaba de pie. Cuchillo en mano. Lo había sacado antes de levantarse. Prioridades de superviviente. Leonardo parpadeó. Una vez. Dos. Tres. El amarillo empezó a disiparse. El sabor a óxido se fue diluyendo. Malika corría hacia ellos. La linterna de cuerda rebotaba contra su cadera con cada paso. Faith se había despertado. Pipa en una mano. Un trozo de columna en la otra. Piedra negra con vetas doradas. Pesada. Letal si conectaba con un cráneo. Haryes emergió de la cueva donde había dejado a Ilis. Sin arma visible. Con los puños cerrados de manera que sugería que sus puños eran suficiente. El ruido creció. Más cerca. Más fuerte. El amarillo amenazó con volver. Leonardo lo empujó hacia abajo.

Led y Lix emergieron de una grieta en el suelo que Leonardo no había notado antes. El taladro interdimensional venía detrás de ellos. Del tamaño de un carro de supermercado, si el carro estuviera hecho de cobre oxidado, huesos de lo que no era humano, y cables que pulsaban con luz propia en frecuencias que no tenían nombre. Led empujaba desde atrás con todo su peso. Lix tiraba con una cuerda atada a su cintura. El esfuerzo le había abierto los puntos de la herida en el hombro. Sangre fresca manchando tela vieja. - ¡Un poco de ayuda! - gritó Led. Su voz era roja. Roja brillante con bordes negros.

El grito tenía peso. Ocupaba espacio en el aire. Leonardo sacudió la cabeza para despejarse y corrió hacia ellos.

El taladro pesaba el doble de lo esperado. Mucho más. Cuatro personas: Leonardo, Anya cojeando e insistiendo, Malika, Haryes apenas podían moverlo. Cada metro era una negociación con la gravedad. Con los músculos que protestaban. Con la superficie irregular del Astral, hecha para trabar ruedas y atrapar pies. Faith no ayudó. Se quedó mirando desde su posición. Pipa en una mano. Arma en la otra. - Funciona - jadeó Led cuando dejaron el taladro en terreno plano. Terreno estaba un término generoso. Menos irregular que el resto. Eso tenía que servir. Lo probamos abajo. En los niveles inferiores. Atraviesa. - ¿Atraviesa qué? - preguntó Malika. Su voz era la de alguien que necesitaba datos antes de formar opiniones. Capas. Planos. La membrana entre...

Lix hizo un gesto vago con la mano buena. La otra colgaba inútil por la herida. Todo. Atraviesa todo. El Voynich vibró. Leonardo lo percibió antes de verlo. La mochila a sus pies temblaba. Sacó el libro. Las páginas se movían solas. Rápido. Frenético. Buscando algo con urgencia. O huyendo de algo con más urgencia todavía. La semilla de Don Humo pulsó en su bolsillo. Y el taladro emitió un zumbido bajo que le erizó el vello de los brazos. De las piernas. De la nuca. Todo el vello de su cuerpo respondiendo a una frecuencia que no podía escuchar. Podía sentirla. - Están sincronizándose - dijo MAAT. No mames. Observación, no mandato. El libro, la semilla y el taladro operan en frecuencias relacionadas.

Están encontrándose. ¿Qué significa eso? No sé. Pero deberías prestar atención. Las páginas del Voynich se detuvieron. Abiertas en un diagrama que Leonardo no había visto antes. No era el mapa de

flujo. Era otra cosa. Puntos fijos. Nodos. Lugares donde las líneas no pasaban de largo sino que se detenían, giraban, se concentraban. El libro había estado escuchando lo que él buscaba. Pero los nodos no tenían etiquetas. No tenían nombres. No tenían las coordenadas que Leonardo necesitaba para encontrar lo que quedaba de Luna y las niñas. Solo puntos en un mapa sin escala. Promesas a medias. El Voynich ofrecía la puerta pero no la llave. Leonardo cerró el libro. Despacio esta vez. Sin golpe. Con el cuidado de quien maneja lo que puede quebrarse aunque haya perdurado mil años.

La semilla seguía latiendo. El taladro seguía zumbando. Las tres frecuencias vibraban juntas en armonía o interferencia o podría ser interferencia. Leonardo no sabía cuál. Tampoco sabía si la diferencia importaba. ## 122 [L][P][K] ### VIGILIA

Las tres de la mañana en el Precinto 47 olían a café quemado y desesperación. Locke llevaba setenta y dos horas sin dormir. No por disciplina. Por incapacidad. Cada vez que cerraba los ojos veía a Faith desaparecer en aquella grieta dimensional que se había abierto en medio de un callejón del Sector 9. La imagen se repetía con variaciones mínimas: Faith corriendo hacia lo que no podía ver, Faith girando la cabeza para pronunciar palabras que Locke no alcanzó a escuchar, Faith tragada por un fogonazo en ningún callejón de ninguna ciudad que siguiera las reglas de la física. Cada vez que intentaba descansar, el cerebro le proyectaba la voz de Lu preguntando cuándo volvería mamá Faith. Doce años. Lu tenía doce años y ya había aprendido que las preguntas importantes rara vez tienen respuestas satisfactorias.

Las luces fluorescentes del pasillo parpadeaban. Tres segundos encendidas. Medio segundo apagadas. Tres segundos. Medio

segundo. Locke lo había cronometrado durante la segunda noche de insomnio, cuando no tenía nada mejor que hacer que contar segundos. El patrón era demasiado preciso para ser falla. Alguien había programado las luces para parpadear. Para ahorrar energía. O porque el sistema eléctrico se estaba muriendo y nadie había llenado el formulario correcto para arreglarlo. Formulario EC-412: Solicitud de Mantenimiento Lumínico No Urgente. Seis páginas. Requería la firma de tres supervisores, dos de los cuales habían sido transferidos y el tercero estaba de licencia médica indefinida. Las luces seguían parpadeando. El abrecartas de su padre estaba donde siempre. Lado derecho del escritorio. Perpendicular al borde.

Paralelo a la lámpara que había dejado de funcionar hace tres semanas y que nadie había venido a reparar. Metal frío incluso cuando la oficina estaba caliente. Mango de hueso amarillento por los años y por el aceite de las manos que lo habían sostenido durante décadas. Lo único que conservaba del viejo además de la incapacidad de expresar emociones y la tendencia a encerrarse en el trabajo cuando las cosas personales se volvían difíciles de manejar. Su padre había sido detective también. Había muerto en servicio cuando Locke tenía diecisiete años. Un caso que nunca se resolvió. Un cuerpo que nunca se encontró completo. Una ceremonia con un ataúd cerrado y una bandera que Locke guardaba en algún cajón porque mirarla era difícil y tirarla no podía.

Columbo entró sin tocar. Había dejado de tocar hace meses. Todos habían dejado de tocar. Las formalidades requerían energía que nadie tenía de sobra para gastar en cortesías que no cambiaban nada. Otra carta dijo, dejando un sobre amarillento en el escritorio de Locke. El sobre aterrizó sobre una pila de expedientes pendientes.

Amarillento contra gris. Noctis. La palabra estaba escrita en el remitente con caligrafía de máquina de escribir pero no podía serlo. Las máquinas de escribir no existían desde hace décadas. La “N” tenía un trazo más grueso arriba. La “s” final tenía una cola que ningún mecanismo podría replicar. El matasellos era de una oficina postal que había cerrado hace cuarenta años. Locke lo había verificado después de la tercera carta.

La oficina había estado en el Sector 3, en un edificio que ahora procesaba datos. La dirección de retorno no correspondía a ningún código postal conocido. Y sin embargo, las cartas llegaban. Semana tras semana. Con fotos que no deberían existir de lugares que no deberían ser fotografiados. Veintiséis cartas. Esta era la veintiséis. Locke abrió el sobre con el abrecartas de su padre. El filo cortó el papel limpio. Preciso. La foto mostraba a Leonardo y Anya. En el Astral Norte. Fondo gris con vetas doradas que brillaban sin fuente visible. Leonardo sentado contra una columna rota. Hombros caídos. Cabeza inclinada. Las manos sobre un libro que Locke reconoció de descripciones anteriores: el Voynich. Anya a su lado. Más cerca de lo que Locke había esperado.

Su pierna vendada. Su mano a centímetros de la de Leonardo sin tocarlo. La foto estaba tomada desde arriba. Ángulo de cuarenta y cinco grados. Desde un plano que no tenía aire de la forma convencional. - Esta es la veintiséis - dijo Locke. Veintiséis para ti Columbo se sentó sin pedir permiso en la silla frente al escritorio. La silla crujió bajo su peso. Tornillos flojos que nadie iba a apretar. Me llegó una a mí hace dos horas. Faith limpiando una pipa. ¿La pipa de Don Humo? No sé de quién era. Solo sé que la limpiaba con un trapo negro que ya no podía absorber nada más. Con la cara de alguien que

ha perdido lo innombrable. Locke guardó la foto en el cajón con las otras veinticinco.

El cajón estaba lleno de imposibilidades organizadas por fecha. Veintisiete si contaba la de Columbo. ¿Quién las manda? Columbo se encogió de hombros. Todo en Columbo era cansado estos días. La forma en que caminaba. La forma en que miraba a la gente calculando cuánto tiempo les quedaba antes de que el sistema los consumiera. El remitente dice Noctis. La dirección de retorno no existe. Quien sea que manda esto tiene acceso a un plano donde están nuestros compañeros, equipo fotográfico que funciona ahí, y manera de regresar las imágenes al correo postal de Ciudad Control. Nada en los registros sugiere que exista tecnología capaz de eso. Y sin embargo. Veintisiete fotos. La puerta del precinto se abrió. Penny. Veintidós años, pelo rapado en un lado, largo y grasoso del otro.

Ojeras que competían con las de Locke. Penny había sido la mejor analista de patrones antes de que el sistema eliminara la División de Análisis por “redundancia operativa”. Ahora repartía paquetes en el turno de día. De noche investigaba por su cuenta con equipo robado y un talento natural que ningún formulario de eficiencia podía medir. El formulario de eficiencia FE-3, “Evaluación de Productividad Individual” medía horas trabajadas, paquetes entregados, y un parámetro llamado “adherencia al protocolo de ruta” que penalizaba los desvíos. Penny tenía la peor adherencia de su sector porque usaba los desvíos para verificar ubicaciones de cámaras rotas. El sistema la clasificaba como empleada deficiente. El sistema no medía lo que Penny sabía hacer. Necesito que veas algo.

Lo que traía era un mapa. Marcas rojas sobre calles conocidas. Cada marca era un avistamiento confirmado de Viktor Haryes en los

últimos treinta días. Penny había cruzado datos de cámaras de vigilancia, turnos de hemacronos y testimonios de gente que hablaba cuando no debería hablar. Los puntos de contacto confirmados eran diecinueve. Descontando falsos positivos y confusiones con otros hemacronos de complexión similar, quedaban catorce puntos duros. Lo que no cuadraba eran los tiempos. Un punto confirmado a las 22:14 en el Sector 7 y otro a las 22:31 en el Sector 19. Diecisiete minutos. Veintitrés kilómetros. Nadie podía moverse tan rápido por superficie. Ni en vehículo. Ni con ningún medio de transporte que el sistema reconociera. - Túneles - dijo Locke.

Túneles confirmó Penny. La red de hemacronos. Infraestructura subterránea que nosotros ni sabíamos que existía. Túneles que conectan sectores sin pasar por controles. Que permiten movimiento invisible. Locke estudió el mapa. Las marcas rojas formaban un patrón de estrella que se extendía desde un centro hacia las periferias. Los puntos de salida estaban cerca de direcciones residenciales. Edificios de apartamentos donde vivían familias. Casas donde dormían niños. El patrón no era caza. Era cosecha. ¿Hay lista de objetivos? Penny dudó. Un segundo en que su mano se movió hacia el bolsillo trasero y se detuvo. Dos segundos en que sus ojos buscaron los de Columbo. Tres segundos en que Locke entendió que la respuesta iba a ser peor de lo que esperaba.

Sí. Muéstramela. Sacó una hoja del bolsillo trasero. Arrugada. Líneas de pliegue. Veintisiete nombres escritos en letra pequeña y apretada. Veintisiete direcciones con coordenadas de sector y número de departamento. Veintisiete familias que Viktor tenía en su mira. El tercero de la lista era Sofía Nollan. La esposa de Faith. Lu estaba en la misma dirección. No como objetivo separado. Como

daño colateral. - ¿Cuánto tiempo? - preguntó. La voz le salió plana. Profesional. No sé. Los patrones sugieren que se mueve hacia el Sector 12. Pero no tengo timeline. No sé si llegará mañana o la próxima semana o en una hora. Locke dobló la hoja. Cuidadoso. Siguiendo las líneas de pliegue que Penny había creado. Se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Donde guardaba las fotos de Faith. Donde guardaba la última carta que Lu le había escrito preguntando cuándo iba a volver su otra mamá. No le digas a nadie. Locke

A nadie. Ni a Sánchez. Ni a nadie que trabaje en este edificio o fuera de él. Penny lo miró con preguntas que no estaba haciendo. Columbo lo miró con respuestas que no estaba dando. El café de la máquina del pasillo costaba cuarenta cohers. Cuarenta por ciento más que la semana pasada. Cuarenta cohers por un vaso de líquido marrón que no merecía el nombre de café. Había seis personas esperando turno para el bebedero del pasillo. Agua racionada. Dos vasos por persona por día. El dispensador escaneaba el chip de muñeca antes de servir. Si intentabas tomar más de tu ración, se bloqueaba. Si intentabas hackear el chip, te arrestaban por manipulación de recursos críticos. Pena mínima: seis meses en las plantas de procesamiento.

La máquina de café, en cambio, no tenía límite. Podías comprar todo el café que quisieras siempre que pudieras pagarlo. Agua gratis: racionada. Café de mierda: ilimitado. El sistema tenía prioridades. Sus rodillas protestaron cuando se levantó del escritorio. Setenta y dos horas sin dormir hacían que todo protestara. - ¿A dónde vas? - preguntó Columbo. A verificar algo. Son las tres de la mañana. Lo sé. ¿Quieres compañía? No. Columbo no insistió. Llevaban suficientes

años trabajando juntos para saber cuándo presionar y cuándo retroceder. Salió del precinto por la puerta trasera. La que daba al callejón donde los contenedores llevaban semanas sin ser vaciados. La que no tenía cámaras porque se habían roto hace meses y nadie iba a repararlas.

La ciudad tenía menos luces que ayer. Postes que antes funcionaban ahora estaban apagados. Farolas que ahora eran solo metal oxidado contra el cielo nocturno. La oscuridad avanzaba cuadra por cuadra. Dos meses atrás, caminar del precinto al Sector 12 a las tres de la mañana era incómodo. Ahora era peligroso. No por los criminales. Los criminales habían aprendido que los hemacronos no distinguían entre perseguidor y perseguido. Lo peligroso era la infraestructura. Alcantarillas sin tapa. Semáforos que cambiaban sin patrón. Escalones sueltos que alguien había reportado en un formulario que nadie iba a procesar. El Sector 12 estaba a diecisiete minutos caminando por la ruta oficial. Locke los hizo en catorce tomando atajos por callejones que conocía de memoria. Callejones donde las cámaras no funcionaban. Donde los hemacronos no patrullaban porque no había nada que valiera la pena proteger. Sus pasos eran los únicos sonidos. Eso y el zumbido bajo de la red eléctrica que nunca se apagaba del todo. El edificio de Sofía era de ladrillo viejo. Cuatro pisos. Ventanas con barrotes porque este era el barrio que los necesitaba. Escalera de incendios oxidada que no soportaría el peso de un adulto. Tercer piso. Departamento 3B. La puerta con pintura descascarada que Locke había visto cientos de veces cuando venía a traer noticias de Faith. Cuando inventaba excusas para verificar que Lu, Sofía estuvieran bien. Excusas que habían empezado con “Faith me - pidió que pasara”, que ahora eran

solo “estaba en el barrio” porque después de cuatro meses sin Faith, Sofía había dejado de preguntar el motivo.

Luz encendida. Las tres y media de la mañana y luz encendida detrás de las cortinas cerradas. Subió las escaleras. Cada peldaño crujía. Tercer piso, cuarto escalón: suelto. Lo sabía de memoria. Lo evitó sin pensar. El cuerpo recordaba cosas que la mente había dejado de registrar. Tocó la puerta. Tres golpes. Pausa. Dos golpes. La señal que Faith había establecido años atrás para que su familia supiera cuándo era él y cuándo era alguien que debían ignorar. Pasos adentro. Rápidos. Ligeros. Pies descalzos sobre madera. La puerta se abrió una rendija. Cadena de seguridad en su lugar. Un ojo visible en la apertura. ¿Señor Locke? Los ojos de Lu eran los de Faith. El mismo color ámbar que cambiaba con la luz.

La misma intensidad. La misma manera de mirarte con la pregunta ya formulada antes de abrir la boca. Necesito hablar con tu madre. Mamá Sofía está dormida. ¿Pasó algo? ¿Es sobre mamá Faith? No. Nada nuevo. ¿Entonces qué? Nada que no pueda esperar hasta mañana. Vendré temprano. Antes de que vayas a la escuela. Lu asintió. No estaba convencida. Demasiado cansada para cuestionar. Doce años aprendiendo a no hacer la segunda pregunta. La puerta se cerró. Los cerrojos se trabaron uno tras otro. Tres cerrojos. Faith había instalado tres cuando nació Lu porque uno no era suficiente y dos seguía siendo insuficiente. Locke se quedó en el pasillo un momento más del necesario. Escuchando los pasos de Lu alejarse de la puerta.

Pies descalzos sobre madera. Pequeños. El sonido más parecido al de Faith que Locke iba a escuchar esta noche. Después sacó del bolsillo de la chaqueta la foto de Columbo Faith limpiando la pipa y

la sostuvo contra la luz del pasillo que no alcanzaba para verla bien. La guardó sin mirarla. Bajó las escaleras. Cuarto escalón, tercer piso: suelto. Lo evitó otra vez. Salió al frío del Sector 12 con veintisiete nombres en el bolsillo y ningún plan que sirviera para proteger a todos. ## 123 [K][J] ### FRECUENCIA

El sótano del Sector 7 apestaba a humedad y a gente que llevaba mucho tiempo sin bañarse. El olor golpeó a Nico antes de que terminara de bajar la escalera. Cuerpos humanos en espacio cerrado. Ropa sin lavar en semanas. El sudor agrio de la desesperación mezclado con algo químico que venía de las tuberías expuestas que cruzaban el techo. Contó cabezas mientras bajaba los últimos peldaños. Cuarenta y siete personas. Los Borrados. Se llamaban así porque el sistema los había intentado borrar de la memoria colectiva y por terquedad, por suerte seguían recordando fragmentos. Seguían aquí aunque nadie los quisiera aquí. El oso Dember estaba en su mochila. Pesaba más cada día. No era lógico. No importaba. El único objeto que conservaba de Tomás.

De su familia. De todo lo que había sido antes de convertirse en un chico de dieciséis años que vio morir a su hermano pequeño sin poder hacer nada. A veces, cuando la mochila se movía al caminar, el oso le golpeaba la espalda baja con ritmo de péndulo. Toc. Toc. Toc. El fantasma de Tomás tocándole el hombro cada tres pasos. El sótano había sido refugio antiaéreo. Un letrero oxidado junto a la entrada decía “Capacidad máxima: 200 personas. En caso de alarma, proceder con orden.” Doscientas personas. Ahora cuarenta y siete y ya se sentía lleno. El techo era bajo. Metro ochenta. Algunos de los vikingos que cruzaron con el grupo de Leonardo caminaban encorvados. Guerreros obligados a hacerse pequeños.

El más grande Haldor, brazo izquierdo vendado con tiras de lo que fue cortina ya no intentaba caminar erguido. Arrastraba los hombros hacia adelante con resignación de quien ha dejado de pelear contra la arquitectura. Las bombillas desnudas colgaban de cables que no cumplían ningún código de seguridad. Filamentos visibles. Casquillos oxidados. Parpadeaban cada treinta segundos con un zumbido eléctrico que se metía en los oídos. Nico lo había cronometrado. Cuando necesitaba ocuparse con patrones externos para no ahogarse en los patrones internos. Treinta segundos entre parpadeos. Tres pasos de Haldor entre bombillas. Cuarenta y siete respiraciones en un sótano que olía a cobre y a miedo. Vera Rostova organizaba testimonios en la esquina más oscura. Sentada en un cajón de naranjas convertido en taburete.

Las letras borradas en el costado sugerían que había contenido fruta en otra vida. Ahora contenía el peso de una mujer que llevaba años luchando contra un sistema diseñado para hacerla desaparecer. Libreta en mano. Lápiz que se quedaba sin punta cada media hora, que ella afilaba con un cuchillo de cocina que llevaba en el bolsillo derecho. No era arma. Era herramienta. Aunque en Ciudad Control la línea entre una cosa, la otra dependía de quién preguntara y de qué formulario usara para la clasificación. Existía un formulario. Nico lo sabía porque le habían mostrado uno: Formulario RA-6, Clasificación de Objetos Punzocortantes en Espacios de Reunión No Autorizada. Tres páginas para determinar si un cuchillo de cocina era cuchillo de cocina o instrumento de sedición.

El resultado dependía del Sector donde te encontraran con él. Escribía rápido. Nombres que la gente recordaba a medias. Fechas que podrían ser correctas o podrían ser invención de cerebros

desesperados por encontrar estructura en el caos. Detalles que el sistema había borrado pero que la gente todavía recordaba cuando estaba rodeada de otros que recordaban. Un nombre arrastraba otro. Una fecha desenterraba una dirección. Una dirección abría un recuerdo que arrastraba una cara que traía un olor que provocaba una lágrima que nadie limpiaba porque limpiarse las lágrimas era admitir que estabas llorando. El patrón es siempre el mismo decía Vera a un grupo de tres que la escuchaba con la atención de quien espera que las palabras contengan salvación.

Primero el zumbido. Lo escuchas antes de sentirlo. Bajo. Constante. Después el vacío. No duele. Eso es lo peor. Debería doler. Algo así de grande debería doler. Pero no duele. Deja de estar ahí. Después despiertas y no sabes qué olvidaste. Sabes que olvidaste algo. El hueco está ahí. Pero no puedes llenarlo porque no sabes qué falta. Uno de los tres asintió. Hombre de cincuenta y tantos. Manos de trabajador con callos gruesos. Construcción, tal vez. O manufactura. Ojos de alguien que había perdido más de lo que podía nombrar y que seguía buscando aunque ya no supiera qué. - Mi hijo - dijo el hombre. Su voz era algo rota que intentaba sonar entero. Apretaba la mandíbula entre palabras.

Tenía un hijo. Sé que tenía un hijo. Hay una habitación en mi departamento con juguetes que no recuerdo haber comprado. Hay dibujos en el refrigerador firmados con una letra que no reconozco. Pero no recuerdo su cara. No recuerdo su nombre. Solo recuerdo que existía. Que era real. Nico apretó las correas de la mochila. El oso Dember le golpeó la espalda baja. Toc. Él recordaba la cara de Tomás. La recordaba con una claridad que a veces lo despertaba a las tres de la mañana con el estómago apretado y la boca seca. Recordar

era un privilegio que dolía. No recordar era un horror que no podía imaginar. No sabía cuál era peor. Tiny Almanacs estaba en el centro del sótano, montando un escenario improvisado con basura y determinación.

Cajas de cartón apiladas formando niveles desiguales. Cables que iban a ninguna parte visible y a todas partes al mismo tiempo. Tres micrófonos de diferentes épocas conectados a un amplificador que tenía más cinta adhesiva que carcasa original. El amplificador tenía una etiqueta pegada con cinta: “Propiedad del Departamento de Bienestar Auditivo Sector 3 No Retirar Sin Formulario AB-14.” Tiny lo había retirado sin formulario AB-14. Tiny no creía en formularios. Tiny creía en frecuencias. Los Pollos Gelatina. Nombre estúpido para tiempos estúpidos. Tiny decía que representaba algo blando y absurdo en un mundo duro y absurdo. Nico no estaba seguro de que Tiny supiera lo que significaba “irónico”. No importaba. La música que hacían activaba cosas en el cerebro que el sistema quería mantener dormidas. 963 hertz dijo Tiny a nadie en particular mientras ajustaba uno de los micrófonos con la concentración de un cirujano.

Es la frecuencia. La que abre puertas que deberían estar cerradas. - ¿Abre qué? - preguntó alguien desde las sombras. Voz joven. Escéptica. Eso es lo que vamos a descubrir. - Lo mismo dijiste la semana pasada - dijo la voz escéptica. Y la anterior. Y la anterior. Sí. Y cada vez descubrimos algo nuevo. La semana pasada Robles recordó el nombre de su maestra de tercer grado. La anterior, Méndez recordó una canción que le cantaba su madre. Eso es abrir. Eso es puerta. Eso es placebo. - Puede ser - dijo Tiny. Pero los placebos también abren puertas. Pregúntale a Robles si su maestra

de tercer grado es placebo. La voz escéptica no respondió. El ensayo empezó sin aviso previo.

Sin cuenta regresiva. Tiny tocaba un teclado improvisado. Botones en lugar de teclas. Redondos. De colores brillantes antes de que el uso los desgastara hasta el gris. El sonido no era música. Era algo previo a la música. Algo que existía antes de que la música tuviera nombre. La baterista pelo rapado, brazos llenos de tatuajes que contaban historias en un idioma de tinta que Nico no hablaba golpeaba ritmos que no seguían ningún compás conocido. Cuatro golpes. Pausa. Tres golpes. Pausa más larga. Dos golpes rápidos que casi se solapaban. Diseñado para confundir al oído. Para obligar al cerebro a trabajar. Un tercer músico - chico de pelo largo y ojos que no parpadeaban lo suficiente - soplabla en un instrumento que fue flauta antes de la modificación: tubos soldados, agujeros perforados en lugares equivocados.

El sonido era agudo en frecuencias que Nico sentía en los dientes. Intermitente. Aestaba y desaparecía entre los golpes de batería con precisión que no podía ser accidental. Nico lo sintió primero en el pecho. No en los oídos. En el pecho. Un pulso que empezó suave y fue creciendo hasta que algo latía dentro de su caja torácica. Después en los dientes. Un zumbido que le hacía rechinar las muelas sin quererlo. Después en el espacio detrás de los ojos donde había enterrado a Tomás junto con todo lo demás. Ahí. El oso Dember le golpeó la espalda. Toc. Y por un segundo medio segundo Nico vio a Tomás. No en recuerdo. En algo más cercano a imagen proyectada contra el interior de sus párpados.

Tomás con su pijama azul. Tomás preguntando si mañana iban a ir al parque. Tomás con las manos sucias de plastilina que Nico le

había dicho que se lavara tres veces y que Tomás no se había lavado porque a los ocho años lavarse las manos es perder tiempo de juego. El olor de la plastilina. Ahí. Presente. En un sótano que olía a sudor y a cobre. Nico abrió los ojos. No se había dado cuenta de que los había cerrado. Los Borrados reaccionaron. No todos al mismo tiempo. En oleadas. Primero el hombre que había perdido a su hijo. Se llevó las manos a la cabeza. No en gesto de dolor. En gesto de sorpresa. De reconocimiento. De lo que estaba volviendo después de haber sido arrancado.

Marco dijo. Su voz era algo despertando. Se llamaba Marco. Mi hijo se llamaba Marco. Tenía... tenía siete años cuando... No terminó. Había empezado. Empezar era más de lo que había podido hacer en meses. El hombre se miró las manos. Los callos. Los dedos gruesos que cargaron a un niño que ahora tenía nombre. Marco. Las manos le temblaban. Después una mujer de treinta y tantos. Pelo rojo antes, y ahora mostraba centímetros de raíz oscura. Llorando sin hacer ruido. Las lágrimas corrían por sus mejillas en líneas que brillaban bajo las bombillas parpadeantes. La casa azul. Teníamos una casa azul. En el Sector 4. Con jardín pequeño. Con un perro que se llamaba... No terminó la frase. Estaba buscando.

Cavando en su propia memoria, persiguiendo lo sabido que residía adentro. Después más. Un hombre joven que recordó un número de teléfono. Lo repitió tres veces. Se lo tatuó en el antebrazo con tinta de bolígrafo porque no confiaba en que el recuerdo durara más que la música. Una mujer mayor que recordó una receta. Albóndigas con salsa de tomate y una especia que no podía nombrar. Orégano. Orégano, un secreto que su abuela le había contado y que el sistema le había arrancado junto con la cara de la abuela, el nombre

de la calle donde había crecido. Nico miraba. El oso Dember pesaba. La plastilina se había ido. El olor había durado medio segundo, después el sótano lo había tragado otra vez con su humedad, su cobre, sus cuarenta y siete cuerpos que no se habían bañado. La música paró. El silencio fue inmediato y brutal. Los cuarenta y siete cuerpos quedaron suspendidos en la ausencia del sonido. Algunos se miraban las manos. Otros miraban el techo bajo. Otros lloraban. El hombre de los callos, Marco, seguía repitiendo el nombre en voz baja. La mujer de la casa azul se había sentado en el suelo con las rodillas contra el pecho. Vera Rostova escribía con la velocidad de alguien que sabe que los recuerdos recuperados tienen fecha de vencimiento. Tiny se acercó a Nico. Sudaba. El esfuerzo de tocar o lo que fuera que hacía con esos botones redondos le costaba. Ojeras más profundas que antes del ensayo. Manos que temblaban un poco.

¿Sentiste algo? Nico consideró mentir. Mentir era más fácil. Mentir no requería explicar por qué había visto a su hermano muerto con las manos sucias de plastilina en un sótano del Sector 7. Plastilina dijo. - Tiny no - pidió explicación. Anotó algo en un cuaderno que sacó del bolsillo trasero. El cuaderno tenía la misma etiqueta que el amplificador: "Propiedad del Departamento de Bienestar Auditivo."

¿Todos los Borrados recuerdan algo? - preguntó Nico. No todos. No siempre. Los más recientes recuerdan más. Los que llevan años borrados... a veces nada. A veces un olor. A veces un color sin forma. Tiny cerró el cuaderno. El sistema borra con frecuencias bajas. Nosotros reconectamos con frecuencias altas. No es magia. Es resonancia. El cerebro es un órgano eléctrico. Lo que una frecuencia desconecta, otra puede reconectar. ¿Y el costo? Tiny se miró las

manos. El temblor era visible. Duermo menos. Como menos. Algunas mañanas no recuerdo dónde estoy durante los primeros treinta segundos. Es temporal. Creo que es temporal. No me lo ha confirmado nadie porque no hay nadie que sepa lo suficiente para confirmarlo. - El hombre de los callos se acercó a Vera.

Le pidió el lápiz. Ella se lo dio. Él escribió MARCO en letras grandes en su propio antebrazo. Junto al nombre del chico joven que se había tatuado un teléfono. Dos brazos con tinta de bolígrafo. Dos hombres escribiéndose los recuerdos en la piel porque no confiaban en que el cerebro los guardara. Nico ajustó las correas de la mochila. El oso Dember se acomodó contra su espalda baja. Toc. Tomás no necesitaba estar escrito en ningún brazo. Tomás estaba en cada respiración. En cada paso. En cada vez que Nico veía a un niño de ocho años y tenía que mirar hacia otro lado. La diferencia entre él y los Borrados era que a ellos les habían robado el dolor. A él le habían dejado todo. ## 124 [F][X] ### ESPEJO

La pipa de Don Humo todavía olía a él. Era lo primero que Faith notaba cada mañana cuando la sacaba del bolsillo. Tabaco que el viejo había fumado durante trescientos años. Mezcla de hierbas que ya no existían en ningún plano accesible. La limpiaba cada mañana ritual, obsesión. Necesidad que no quería examinar de cerca porque examinarla significaba cuestionarla y cuestionar significaba admitir que estaba perdiendo el control de formas que no podía permitirse. El trapo que usaba cortado del forro de la chaqueta de Thorvald, que ya no necesitaba chaqueta ni forro estaba negro. Lo había lavado dos veces en el arroyo del campamento y las manchas no salían. Se habían convertido en parte del tejido. Faith frotaba metal con tela hasta que brillara aunque nadie iba a ver la pipa.

Aunque Don Humo ya no existía para apreciar que alguien cuidaba sus cosas. El cobre respondía, se calentaba bajo la fricción, las marcas náhuatl grabadas en espiral desde la boquilla hasta la cazoleta se hundían más cada día; el grabado estaba erosionando el metal desde adentro. O el metal estaba creciendo alrededor del grabado. Faith no sabía cuál. No le importaba la física. Le importaba que las manos tuvieran ocupación distinta al golpe. El viejo se había fragmentado sonriendo para que ellos escaparan de la Bestia. Su sonrisa la primera, la única, llena de lo que Faith ahora entendía que era cariño aunque en el momento lo había confundido con indiferencia había llenado el aire mientras su cuerpo se desintegraba partícula por partícula.

Y esto, este tubo de cobre y ébano era lo único que quedaba de trescientos años de existencia. Eso y Nico. Nico con la semilla en la mochila de Leonardo. Nico el viejo era su padre. Nico sin saber nada. Faith guardó la pipa en el bolsillo de la chaqueta que había tomado de Thorvald. El vikingo ya no la necesitaba. Infección en una herida que no sanaba. El Astral Norte se comía las heridas. Las convertía en algo que los antibióticos no reconocían. Tres centímetros de corte se habían vuelto treinta de tejido negro en dos días. Faith necesitaba la chaqueta por los bolsillos profundos cuatro, uno para la pipa. Uno para el trapo. Uno para el cuchillo que Anya le había dado sin comentario.

Y uno vacío que pesaba más que los otros tres. Malika estaba explicando algo sobre el Voynich a unos metros. Palabras técnicas que Faith escuchaba sin procesar. Su cerebro registraba los sonidos. No los convertía en significado. “Frecuencias codificadas en la estructura molecular del pergamino,” decía Malika. “Candados

genéticos que responden solo a ADN específico. El linaje Tyr tiene acceso porque alguien hace mil años los programó para tener acceso.”

Leonardo tocaba las páginas del libro mientras Malika hablaba. Cada vez que lo hacía, aparecía sangre. Pequeños cortes en las yemas que él no registraba el libro cobraba y Leonardo pagaba sin quejarse. Faith lo entendía. Cuando buscas algo con la intensidad con la que Leonardo buscaba lo que buscaba, la sangre es moneda menor. Faith conocía esa matemática. La rabia tiene el mismo tipo de cambio. - El rostro - contestó Malika, señalando una página. Leonardo había encontrado una página con su propia cara dibujada. Manuscrito de mil años con el rostro de un detective del siglo XXI. La mano le temblaba. - Checksum genético - explicó Malika. El libro verifica identidad antes de mostrar contenido sensible. No eres elegido, eres compatible.

Tu ADN coincide con patrones que el libro reconoce. ¿Cuál es la diferencia? Elegido implica propósito, destino, diseño inteligente. Compatible implica biología, casualidad genética. Tienes el código correcto porque tus ancestros lo tenían, eso es todo, no hay misión especial. Solo química y probabilidad. Leonardo no estaba aliviado. Estaba peor. Faith lo notó en la mandíbula apretada y en la forma en que sus dedos se cerraban sobre las páginas del Voynich con fuerza de quien no quiere soltar algo. Compatible por accidente. Si no había diseño, no había respuesta. Si no había respuesta, Luna, las niñas estaban muertas sin razón. Faith conocía esa mirada la vio en el espejo, la diferencia era que ella llevaba más tiempo con ella, ya no le dolía igual mentira, dolía igual.

Solo que ya sabía que el dolor iba a durar y había dejado de luchar contra eso. - ¿Cómo funciona? - preguntó Faith, interrumpiendo lo que fuera que Malika estaba diciendo sobre códigos genéticos. ¿El Voynich? El náhuatl, las palabras que activan cosas. Don Humo las usaba, las cantaba cuando peleaba. Las susurraba cuando sanaba. Frecuencias. Cada palabra náhuatl tiene una frecuencia específica en su estructura fonética. Cuando la pronuncias con la entonación correcta, activa un patrón en la realidad local. Muéstrame. Malika dudó. Un segundo en que sus ojos calcularon riesgos. Dos en que su boca se preparó para negarse. Tres en que algo cambió y decidió que negarse no tenía sentido. Atl dijo. El aire se humedeció. Faith lo sintió en la piel primero.

En los brazos desnudos. La sensación de vapor invisible condensándose sobre cada centímetro de piel expuesta. Después en los pulmones. Cada respiración más húmeda que la anterior. Sin lluvia. Sin niebla. Solo humedad que no había estado ahí y que ahora estaba porque Malika había pronunciado una palabra. ¿Cómo? No sé todos los mecanismos. Don Humo intentó explicármelo. Sus explicaciones eran más metáforas que ciencia. “El tejido de la realidad” y “vibraciones primordiales.” Poético. No útil para entender la física. ¿Cuál es el costo? Malika levantó la mano izquierda. La temperatura de su piel había bajado. El color más pálido. Las venas más azules bajo la superficie. Su aliento formaba pequeñas nubes de vapor en el aire que hace treinta segundos no había sido lo suficiente frío para producir vapor.

El cuerpo paga. Siempre. Yo dije “agua” y el universo produjo humedad y mi cuerpo perdió calor para financiar la transacción. - Enséñame contestó Faith. ¿Qué? El náhuatl. Las palabras. Las

frecuencias. Enséñame lo que sabes. Malika la miró. Larga. Silenciosa. ¿Por qué? Porque necesito lo que no sea rabia. La respuesta salió sin filtro. Sin plan. Faith no había pensado en decir eso. La rabia la había mantenido de pie hasta ahora. El combustible se agota. Lo que quedaba después... Faith no quería averiguarlo encontrándose vacía en el momento equivocado. Había visto gente vaciarse. Clara en el hospital. Ilis en la cueva. El vaciamiento era peor que la rabia. La rabia al menos tenía dirección. Malika levantó la barbilla. Tetl respondió.

Piedra. Es la más simple. Empieza con esa. Faith repitió la palabra. Tetl. El sonido le recorrió la garganta de manera extraña. Más pesada que cualquier palabra que había pronunciado en cualquier idioma. Más antigua. Una roca cercana tembló. No se movió. Solo tembló. Temblor visible que duró un segundo. - Bien - dijo Malika. Su tono no era de aprobación. Era de sorpresa contenida. Tu pronunciación es pésima. Necesita mucho trabajo. Pero tienes fuerza. Más de la esperada. ¿Qué significa fuerza en este contexto? Que pagas más pero activas más. Tu cuerpo cede más energía que el de otras personas por la misma palabra. Don Humo tenía fuerza. Trescientos años de práctica además de fuerza natural. Tú tienes la fuerza sin la práctica.

El frío le llegó a las manos primero. Los dedos agarrotándose. Después en el pecho. Más rápido. Más intenso que lo que había visto en Malika. El costo de una sola palabra. Tres palabras y probablemente no podría cerrar las manos. Cinco y tendría que sentarse. Faith contó: una palabra era un minuto de frío intenso seguido de dos de temblor. No era información alentadora. Pero era información. Y Faith prefería información mala a ninguna

información. ¿Cuántas palabras sabes? Suficientes para sobrevivir. No suficientes para ganar. Anya apareció cojeando desde la dirección de la cueva. Traía algo en las manos. Material gris que había arrancado de las paredes con uñas que ya tenían cortadas las puntas de tanto arrancar cosas de paredes.

Encontré fibras dijo. En las paredes de la cueva. Se pueden tejer. Resistentes. Mejores que lo que teníamos. Siempre haciendo algo útil. Siempre encontrando tareas que completar mientras todo se caía a pedazos. Anya le tendió un trozo de fibra a Faith sin mirarla. El gesto fue rápido. Después le tendió otro trozo a Leonardo. El de Faith era más largo. Anya se fue sin explicar la diferencia. Faith no necesitaba que la explicara. - Necesito hablar con Ilis - dijo Faith. - Está catatónica - respondió Malika. No responde a nada. Haryes lleva días intentando. Parpadeó esta mañana. Parpadear no es hablar. Parpadear es un reflejo básico. Es empezar. Es más de lo que hizo ayer. Faith caminó hacia la cueva sin esperar respuesta.

El camino fue irregular. Piedras sueltas que rodaban bajo las botas. Grietas que tragaban pies si no tenías cuidado. La luz del Astral Norte no proyectaba sombras definidas. Todo era gris contra gris contra gris. Las distancias se medían por sonido más que por vista: cincuenta metros eran veinte pasos sobre grava suelta y treinta sobre roca firme. Faith los contó. Otra persona hubiera dejado de contar pasos hace mucho. Faith contaba porque su padre contaba. El detective Faith Sr. contaba todo. Pasos entre la puerta y el coche. Segundos entre pregunta y respuesta en un interrogatorio. Monedas en el bolsillo. Era genético o era aprendido y la diferencia no importaba porque el resultado era el mismo: Faith contaba. Haryes estaba sentado junto a Ilis dentro de la cueva.

Le contaba algo sobre lobos. Su voz era suave. Paciente. Paciencia de quien ha criado animales salvajes y ha aprendido que los plazos no son negociables. “El tercer lobo,” decía Haryes, “el que tenía la oreja cortada, tardó siete meses en dejar que le tocara el lomo. Siete meses de sentarme a dos metros. Cada día un centímetro más cerca. Si te acercabas demasiado rápido, perdías tres semanas.” Necesito hablar con ella - dijo Faith. - No responde - observó Haryes. No como advertencia. Como información. No necesito que responda. Necesito que escuche. Haryes se levantó. Articulaciones que protestaban. Cuerpo que había peleado muchas batallas. Se alejó sin decir nada más. Faith se arrodilló frente a Ilis. La chica tenía los ojos abiertos. Vacíos. Pero había algo detrás del vacío. Faith podía sentirlo. Algo que el parpadeo de esta mañana había revelado. Una presencia mínima esperando en algún lugar profundo. - La Bestia te mostró algo - dijo Faith. Voz firme. Sin compasión excesiva. Ilis no necesitaba compasión. Necesitaba un ancla. La cueva olía a mineral húmedo. A las fibras que Anya había arrancado de las paredes. A algo más viejo que el mineral. Faith esperó. Diez segundos. Veinte. Treinta. Esperó como Haryes esperaba con el lobo de la oreja cortada. Un centímetro por día. Si te acercas demasiado rápido, pierdes tres semanas. Eso es lo que dice Siul que tienen hambre. Los fragmentos de Helios. Todos ellos. Dice que quieren reunirse. Que uno se come al otro para ser más completo. Que es instinto más que decisión. Nada visible. Algo cambió en el aire de la cueva. Presión en el aire. Pero tú viste más. La Bestia te tuvo adentro. No como prisionera. Como testigo. ¿Por qué te dejó ir? Diez segundos más de silencio.

Veinte. Faith esperó. - La Bestia me mostró el hambre - dijo Ilis. Su voz era arena moviéndose sobre piedra. Cosa rota que intentaba sonar como voz. El hambre de reunirse. Pero no para destruir. Para recordar. ¿Recordar qué? Lo que eran antes de fragmentarse. Lo que Helios era cuando era uno solo. ¿Por qué te soltó? La Bestia. ¿Por qué no te comió como come todo lo demás? Ilis la miró por primera vez. Directo. Sus ojos ya no estaban vacíos. Tenían algo adentro. Algo que dolía. Algo que estaba vivo. Porque no tengo lo que busca. No tengo fragmento de Helios. No tengo código compatible. Solo tengo memorias de otras cosas. Ciclos anteriores. La Bestia las probó. Las escupió.

No le servían para recordar lo que necesita recordar. ¿Qué memorias? Memorias del Bardo. Frío. No del náhuatl. Del nombre. ¿Quién es el Bardo? El que cuenta. El que observa. El que recuerda lo que todos los demás olvidan para que alguien pueda contarlos después. ¿Dónde está? En todas partes. En ninguna. Esperando. ¿Esperando qué? Ilis sonrió. Pequeña. Rota. Dolorosa de ver. A que alguien pregunte las preguntas correctas. Faith se levantó. Las piernas le temblaban. No de miedo. De algo más cercano a anticipación. La pipa de Don Humo pesaba en su bolsillo. El cuarto bolsillo ya no se sentía vacío. Algo se había llenado. No sabía qué. No era respuesta. Era dirección. ## 125 [K][S] ### PATRÓN

Clara no había movido nada en cuarenta y tres días. Columbo lo sabía porque llevaba la cuenta en una libreta que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuarenta y tres marcas. Una por cada día. - Cuarenta y tres días desde que su compañera de quince años - dijo el número tres veces seguidas la voz ronca, los ojos desenfocados, el cuerpo temblando, colapsó en medio del precinto

mientras todos miraban sin entender qué estaba pasando. Cuarenta y tres días de visitas al Level -18 del Hospital Central. Cada día sin falta. Cuarenta y tres días de pasar por el mismo protocolo de seguridad. El mismo guardia en la entrada principal Fernández, según la placa que nunca se molestaba en pulir haciendo las mismas preguntas que Columbo podía recitar de memoria.

Nombre completo. Número de credencial. Propósito de la visita. Firma en el registro digital que nadie leía. Fernández nunca levantaba la vista del formulario. Cuarenta y tres días y Columbo dudaba que el guardia pudiera reconocerlo en la calle. El protocolo no pedía que lo reconociera. El protocolo pedía firma. Firma tenía. El ascensor tardaba cuatro minutos. Dieciocho pisos bajo tierra. El motor cambiaba de tono cada tres pisos porque el sistema de poleas necesitaba mantenimiento que nadie autorizaba. Columbo lo había reportado en la segunda semana. El formulario de mantenimiento MC-7, “Solicitud de Reparación de Equipamiento No Crítico” requería tres firmas de supervisores del Level -18. Había un supervisor. Uno. Trabajaba de noche. El formulario requería que las tres firmas fueran del mismo turno.

Columbo dejó de reportarlo en la tercera semana. Después del ascensor, segundo control. Enfermera Martín. Mujer de sesenta años que llevaba treinta trabajando en el ala psiquiátrica y que había dejado de sonreír en algún punto de esas tres décadas. Los ojos pequeños y eficientes detrás de gafas que habían sido modernas en otra época. Verificaba credenciales otra vez. Pedía la autorización de visita que Columbo renovaba cada lunes aunque el formulario era idéntico semana tras semana. Idéntico. Nombre del paciente. Relación con el paciente. Motivo de la visita. “Personal” no era

motivo aceptado. La primera semana, Columbo escribió “personal”, Enfermera Martín lo devolvió sin comentario. La segunda semana escribió “evaluación de estado.” Aceptado. Desde entonces, cuarenta, un formularios con la misma mentira elegante.

Cuarenta y tres días de sentarse junto a su cama y leerle el periódico. Aunque sus ojos no seguían las palabras. Aunque quizás no escuchaba nada de lo que él decía. Acaso sí. Columbo no iba a dejar de intentar hasta estar seguro de que no quedaba nada. La silla junto a la cama de Clara era de plástico duro. Naranja. Silla diseñada para que nadie se quede sentado más de veinte minutos. Columbo se quedaba hora y media. Sus rodillas se lo recordaban cada noche cuando subía los tres pisos hasta su departamento porque el ascensor de su edificio llevaba roto desde noviembre. Hoy era jueves. A Clara le gustaban los jueves porque era el día que publicaban los crucigramas difíciles.

Clara podía resolver el del jueves en menos de diez minutos. Lo había cronometrado más de una vez. - Cinco vertical - comentó Columbo, sosteniendo el periódico frente a la cama aunque los ojos de Clara no lo seguían. Su voz era conversacional. Normal. La de alguien compartiendo café en la oficina, no la de alguien en un hospital. “Lugar donde se guardan los secretos”. Once letras. Clara no respondió. Sus ojos estaban abiertos los mantenían abiertos durante el día para evitar atrofia muscular. No miraban nada visible. Yo diría “subconsciencia”. Eso tiene trece letras. ¿“Inconsciencia”? No. Eso tiene doce. Columbo hizo una pausa, fingiendo pensar aunque ya había resuelto el crucigrama en el camino. Los hacía en el autobús. Los del lunes al miércoles los resolvía sin esfuerzo.

Los del jueves le tomaban el trayecto entero, ocho paradas, y a veces se pasaba la suya porque una pista lo tenía atrapado. Malditos crucigramas del jueves. Siempre tan complicados. Tú los resolvías en diez minutos. Yo llevo dos días con el cinco vertical. Paredes blancas. Pisos blancos. Sábanas blancas. Sin ventanas. Dieciocho niveles bajo tierra. En la mesita de noche había un vaso de agua que nadie había tocado. Junto al vaso, una tarjeta del sistema de salud: “Paciente Clara Vidal. Estado: Observación Extendida. Pronóstico: En Evaluación.” En evaluación desde hacía cuarenta y tres días. En evaluación era la forma en que el sistema decía “no sabemos qué le pasa y nos da igual averiguarlo.”

Columbo dejó el periódico en la mesita de noche. - Encontré algo - dijo en voz baja. Inclinandose hacia Clara. Un patrón. He estado revisando casos viejos. Los que nadie quiso resolver. Los que archivaron como “inexplicables” porque era más fácil que admitir que no entendíamos lo que estaba pasando. El único movimiento en la habitación era el parpadeo rítmico del monitor cardíaco. Líneas verdes subiendo y bajando. El monitor era viejo. Modelo discontinuado. La pantalla tenía un píxel muerto en la esquina inferior izquierda que Columbo miraba a veces cuando no podía mirar a Clara. Es más fácil mirar un píxel muerto que una persona muerta en vida. Veintitrés casos no resueltos. Todos tienen el número en algún lugar. En las notas de los investigadores.

En los testimonios. En las paredes de las escenas del crimen. En los murmullos de las víctimas antes de que dejaran de hablar. Se inclinó más cerca. Su voz bajó a un susurro. ¿Te acuerdas de cuando me dijiste ese número? Antes de caer. Lo repetiste tres veces. No sé si sabías lo que significaba. No sé si todavía lo sabes. Pero significa

algo. Clara no se acordaba de nada. El sistema la había Vaciado. No del todo todavía respiraba, todavía comía cuando le ponían comida en la boca, todavía su corazón latía. Lo suficiente para que la persona que había sido ya no existiera de ninguna forma reconocible. Seis horas continuó Columbo. Ese es el intervalo. Entre cada caso con el número hay seis horas.

Turnos de fábrica. Producción sistemática. Alguien está haciendo algo cada seis horas, Clara. Algo que deja el número como firma. O como mensaje. El monitor emitió un pitido diferente al habitual. Columbo levantó la vista. Ritmo cardíaco normal. Presión normal. Temperatura normal. La actividad cerebral: diferente. Ondas que normalmente eran planas ahora mostraban picos. Pequeños. Casi imperceptibles. Ahí estaban. La frecuencia oscilaba. 846. 819. 848. 819. 846. 819. El cerebro de Clara sintonizando lo que el resto del mundo no captaba. Clara movió un dedo. El índice de la mano derecha. Un milímetro. Probablemente menos. Un movimiento que habría sido invisible para alguien que no llevara cuarenta y tres días esperando cualquier señal de que su compañera todavía existía en algún lugar.

Columbo casi no lo vio. Lo vio. ¿Clara? Nada más. El dedo se quedó quieto. Los ojos siguieron mirando ese lugar invisible. El monitor volvió a frecuencias normales. Las ondas cerebrales se aplanaron. Columbo sacó su libreta. Buscó una página en blanco. Anotó con mano que le temblaba: “Clara - movimiento dedo índice derecho - 14:23 - coincide con frecuencia en monitor cerebral - ¿conexión?”

Veintitrés casos. Seis horas de intervalo. Patrón de producción industrial. Y ahora Clara respondiendo cuando la frecuencia

aparecía. Besó la frente de Clara. Lo hacía cada visita. Ritual silencioso. La piel de Clara estaba fría. Siempre estaba fría. El Level -18 no tenía regulación térmica que funcionara. Otro formulario que nadie había llenado. Otra reparación que nadie había autorizado. Columbo le acomodó la sábana. Le puso la mano sobre la mano inmóvil. La mano de Clara era pequeña. Dedos que habían sido rápidos. Que habían tecleado reportes a velocidades que hacían sentir a Columbo que escribía con los codos. Que habían sostenido un arma sin temblar en cinco tiroteos. Ahora no sostenían nada. Voy a encontrar qué significa ese número le dijo.

Te lo prometo. Salió del Level -18. Cuatro minutos de ascensor. El motor cambió de tono en el piso menos quince. En el menos doce. En el menos nueve. Columbo contó los cambios porque su cerebro necesitaba contar algo que no fuera días sin movimiento. El Precinto 47 estaba a quince minutos caminando. Lo hizo en doce porque sus piernas tenían prisa aunque su cabeza todavía estuviera en el Level -18, en el monitor, en la frecuencia oscilando entre 846 y 848. Sánchez estaba en el baño del precinto. Otra vez. Columbo la encontró frente al lavabo. El agua corría. El informe estaba en sus manos. La tinta corrida por agua o por lágrimas, prefería no identificar cuál hacía que algunas palabras fueran ilegibles.

Las que quedaban eran suficientes. Las páginas se habían hinchado con la humedad. Papel barato. El sistema ahorraba en papel para informes que nadie debía leer. Irónico que el ahorro facilitara la destrucción de la evidencia. - Lo leíste - comentó Columbo desde la puerta. - Lo leí - dijo Sánchez. Su voz era algo gastada hasta la transparencia. Setenta y tres niños. Procesamiento en tres etapas. Extracción de lo que llaman "líquido azul."

Lo sé. ¿Lo sabes? Sánchez se volteó hacia él. Ojos rojos. Manos que temblaban. Un mechón de pelo se le había pegado a la mejilla izquierda y no se lo quitaba. No porque no lo sintiera. Porque quitarse el pelo de la cara era un gesto de compostura y Sánchez había dejado de componerse hacía tres páginas del informe. ¿Sabes lo que se siente leer cómo extraen fluidos de niños vivos para alimentar un sistema que ni siquiera entendemos? Columbo caminó hacia ella. Puso la mano en su hombro. Presión ligera. - Constante. No observó nada. Sánchez no se apartó. Respiró. Una vez. Dos veces. El agua del lavabo seguía corriendo. Nadie la cerró. El grifo tenía una etiqueta: “Agua Reciclada No Apta Para Consumo Directo.” Todo en Ciudad Control tenía etiqueta.

Todo tenía advertencia. Nada tenía solución. - El patrón - dijo Columbo. Encontré algo. El número aparece en veintitrés casos no resueltos. Y Clara... Clara movió el dedo hoy. Cuando el monitor marcaba la frecuencia. Sánchez cerró el grifo. El ausencia de agua fue más ruidosa que el chorro. - Los niños del informe replicó despacio. Tenían frecuencias cerebrales alteradas antes de la extracción. Todas entre 800 y 900 Hz. El informe menciona que los “óptimos” estaban en el mismo valor exacto. El número de nuevo. Apareciendo en lugares que no deberían estar conectados. - Necesitamos acceso a más casos - dijo Columbo. Más datos. Los casos están clasificados. Sellados. Protegidos por protocolos que ni siquiera tienen nombre oficial. Todo está clasificado en este sistema. Pero tú tienes el informe de los 73 niños. Y yo tengo los expedientes de los 23 casos. Si cruzamos la información... Nos destruyen completó Sánchez. Nos Vacían. O peor. Entonces trabajamos en secreto. Sin dejar rastro. Sánchez lo miró. Calculando. El informe hinchado de agua en sus

manos. Los nombres de setenta y tres niños en papel barato. Miró a Columbo. Miró el informe. Miró a Columbo. Hazlo comentó. Columbo salió del baño. Caminó hasta su escritorio. El escritorio de Clara estaba al lado del suyo. Limpio. Vacío. Nadie lo había tocado en cuarenta y tres días. El crucigrama del jueves anterior todavía estaba sobre la superficie, resuelto, con la caligrafía precisa de Clara. Nueve minutos, según la marca de tiempo que ella anotaba en la esquina superior derecha.

Nueve minutos. Columbo había tardado dos días. Tomó el teléfono. Marcó un número que no había usado en una década. Un número que había jurado no volver a usar porque las personas al otro lado de esa línea no eran de las que uno quería deber favores. El teléfono fue viejo. Disco rotatorio. Click-click-click para cada número. Nueve clicks para el código de área. Siete más para el número principal. El ritual tomaba más tiempo que cualquier teléfono moderno. Columbo prefería ese tiempo. Le daba segundos extra para pensar. Para cambiar de opinión. Para colgar antes de que alguien contestara. No colgó. ¿Sí? Voz ronca de fumador que había dejado de fumar hace años y que todavía sonaba como si no lo hubiera hecho.

Moretti. Soy Columbo. Nada al otro lado de la línea. El teléfono del precinto hacía un ruido de fondo que sonaba a estática pero que Columbo sabía que era el sistema de monitoreo registrando la llamada. Todas las llamadas del precinto se grababan. Todas. La grabación se almacenaba treinta días y después se borraba. Treinta días era tiempo de sobra para destruir a alguien si sabías qué buscar. Pensé que estabas muerto. Lo estaré pronto si no me ayudas. ¿Qué necesitas? Acceso a casos clasificados. Todo lo que tenga el número

en cualquier parte del expediente. Más nada. Moretti estaba calculando. No si podía conseguir la información. Podía conseguir casi cualquier cosa. Estaba calculando qué podía pedir a cambio. Qué valía un favor de Columbo después de una década. ## 126 [L][F][X] [O] ### GRIETA

Ochenta y cuatro contra miles. Gunwise lo había dicho un dato meteorológico. Sin inflexión. Sin emoción visible en la cara curtida por décadas de batallas en planos que no tenían nombre. Números contra números. La matemática de la guerra reducida a su forma más brutal y más honesta. El campamento del Astral Norte ocupaba una depresión natural entre formaciones rocosas que Malika había identificado como defensivas. Piedra negra con vetas de lo que brillaba cuando la luz cambiaba de ángulo. No era mineral. No era metal. Era algo que existía solo aquí, en este plano donde las reglas de la geología eran sugerencias más que leyes. Los ochenta y cuatro sobrevivientes habían establecido turnos de guardia que rotaban cada cuatro horas.

Nadie dormía más de dos horas seguidas. Nadie comía sin que alguien vigilara el perímetro. El hambre y el cansancio eran constantes que todos habían aprendido a ignorar. El cuerpo se quejaba. La mente lo silenciaba. Leonardo observó al vikingo mientras hablaba. La forma en que sostenía el hacha aunque no había enemigos visibles. La forma en que sus ojos escaneaban el horizonte gris cada pocos segundos buscando amenazas que todavía no existían. Gunwise había peleado guerras que duraron generaciones. Había visto ejércitos nacer y morir y renacer de sus propias cenizas. Sabía cómo lucían las probabilidades mínimas porque había vivido dentro de ellas más veces de las que podía

contar. El hacha de Gunwise tenía muescas en el filo. Cada muesca era una vida.

El vikingo no llevaba la cuenta con orgullo ni con vergüenza. Solo la llevaba. Dato estadístico de una existencia que se medía en supervivencia y en la capacidad de generar muerte en otros antes de que la muerte llegara a él. Ochenta y tres ahora corrigió Led por tercera vez en la última hora. Su voz era más suave que antes. Más cansada. Llevaba el peso de tener que actualizar la cuenta cada vez que alguien moría. Thorvald falleció anoche. Infección en la herida del hombro. No teníamos antibióticos suficientes. Ni antisépticos. Ni nada que sirviera contra lo que sea que crezca en las heridas del Astral. La herida de Thorvald había empezado como un corte pequeño. Tres centímetros de piel abierta después de un encuentro con lo que tenía garras.

Cualquier otro lugar, cualquier otro plano, había sido tratamiento menor. Aquí se convirtió en infección que cambió de color tres veces en dos días. Verde primero. Negro después. Brillo al final, antes de que Thorvald dejara de respirar mientras murmuraba nombres que nadie reconocía. Ochenta y tres aceptó Gunwise. Contra miles. Leonardo estudió el mapa que Malika había dibujado en la tierra con un palo que había encontrado entre los escombros del Observatorio de Helios. El dibujo era tosco. Preciso. Malika no hacía cosas imprecisas. Cada línea representaba lo que ella había calculado. Cada curva tenía un propósito. La fortaleza de la Bestia era una mancha oscura en el horizonte sur. Desde donde estaban era pequeña. Engañosa. Pequeña. Como un dedo pulgar extendido a la distancia.

Según los cálculos de Malika basados en triangulación y en mediciones que Leonardo no entendía del todo tenía el tamaño de

cuatro estadios de fútbol combinados. Cuatro estadios llenos de criaturas que servían a lo que había sido un dios y que ahora era hambre con forma. No podemos atacar de frente - dijo Malika. Su voz era la de alguien que había hecho los cálculos múltiples veces esperando que cambiaran y que había aceptado que no iban a cambiar. Ni de lado. Ni de ningún ángulo que implique fuerza bruta directa. Los números no funcionan a nuestro favor de ninguna manera convencional. ¿Entonces? Faith tenía la pipa de Don Humo en la mano. La giraba sin parar. El movimiento era automático ahora.

Algo que sus dedos hacían sin que ella lo decidiera a propósito. Distracción. Infiltración. Objetivo específico. Es lo único que tenemos. ¿Cuál objetivo específico? El núcleo. Leonardo percibió el Voynich vibrar contra su espalda. El libro reaccionaba cada vez que alguien mencionaba el núcleo. El libro sabía cosas sobre el núcleo que no había compartido todavía. ¿Qué hay en el núcleo? - preguntó Leonardo. No sé con certeza admitió Malika. La honestidad era parte de su código. Nunca pretendía saber cosas que no sabía. Pero es donde la Bestia concentra su fragmento de Helios. Veinticinco por ciento de lo que una vez fue un dios completo. Si queremos entender qué está pasando si queremos tener alguna posibilidad de cambiar algo necesitamos llegar ahí.

Necesitamos ver qué es. Esoj Siul caminó hacia el grupo. El Viejito había estado en el borde del campamento toda la mañana. Inmóvil como estatua. Mirando hacia el sur con ojos que no parpadeaban lo suficiente para ser del todo humanos. Mirando hacia la Bestia. Hacia el veinticinco por ciento que ella tenía. Hacia el quince por ciento que le faltaba a él para estar completo. Hacia lo

que ninguno de los demás podía ver. Él con claridad percibía. Su forma de caminar había cambiado desde que llegaron al Astral Norte. Los pasos eran más lentos. Más deliberados. El cuerpo que contenía el quince por ciento de un dios fragmentado estaba mostrando señales de desgaste que no tenían nada que ver con la edad física.

Malika había tomado notas sobre los cambios. Columnas de datos en una libreta que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Frecuencia cardíaca de Esoj Siul: más baja cada día. Temperatura corporal: fluctuante entre extremos que deberían ser fatales. Brillo de las vetas doradas bajo su piel: aumentando un cuatro por ciento cada veinticuatro horas. Todo documentado con la precisión de quien sabe que los datos son lo único que sobrevive cuando las personas no lo hacen. El fragmento que llevas le dijo a Leonardo, señalando el bolsillo donde la semilla de Don Humo pulsaba con ritmo constante. Reconoce el mío. Lo siento cada vez que te acercas. Ya lo dijiste antes. Lo digo de nuevo porque es importante.

Porque las cosas importantes hay que repetirlas hasta que alguien las escuche de verdad. Leonardo sacó la semilla del bolsillo. Negra como obsidiana pulida. Vetas doradas que brillaban con luz que no tenía fuente visible. Latiendo con ritmo que se sincronizaba con el Voynich en su mochila. Ambos objetos respondiendo a lo que no podía percibir directo. Sentía como presión en los bordes de su conciencia. ¿Qué tiene que ver la semilla con tus fragmentos? Nada directo. Y todo de forma indirecta. Esoj Siul extendió la mano hacia la semilla sin tocarla. Sus dedos brillaban bajo la piel. Venas de luz dorada que pulsaban con ritmo propio. La semilla es memoria

comprimida. El viejo que murió dejó algo adentro. Información que no quiso compartir en vida.

Secretos que guardó hasta el final y que comprimió en esa forma para que alguien pudiera abrirla después. ¿Qué información? No puedo abrirla. No tengo el código correcto. Solo quien está conectado puede. ¿Conectado cómo? Por sangre. Por amor. Por las razones que el universo no explica. Acepta como válidas. Leonardo pensó en Nico. En el secreto que cargaba desde que Don Humo se fragmentó. El viejo era el padre biológico del chico. Nico no lo sabía. Nadie se lo había dicho. La semilla contenía un secreto que solo Nico podía abrir: el vínculo de sangre que el viejo había dejado en el mundo. El peso de ese conocimiento era físico. Ocupaba espacio en el pecho de Leonardo. Presionaba. El Voynich pulsó más fuerte.

Leonardo lo sacó de la mochila. Las páginas se abrieron solas. No en la página que había estado estudiando antes. En una página nueva. Coordenadas que no había visto. Líneas que conectaban puntos en patrones de circuitos. O mapas de sistemas nerviosos. O algo entre ambas cosas. Las Torres TAAT - dijo MAAT en su cabeza. La voz de la diosa era más clara hoy. Más presente. El sistema de control dimensional. Lo que mantiene todo funcionando según las reglas que alguien estableció hace mucho tiempo. ¿Todo qué? Los planos. Las dimensiones. La separación entre realidades que deberían estar juntas. Están divididas. Las Torres TAAT son los clavos que mantienen la estructura en su lugar. Si los quitas... ¿Qué pasa si los quitas?

Todo se reordena. No sé cómo. No sé si mejor o peor. Solo sé que cambia. Maku y Copérnico regresaron del perímetro sur. El perro gruñía. Constante. Bajo. Gruñido que no era amenaza sino

advertencia. Las marcas azules en su pelaje estaban al noventa y cinco por ciento de cobertura. Solo quedaban pequeñas manchas de pelaje original. El resto era azul que pulsaba con luz propia. Nadie sabía qué pasaría cuando llegara al cien por ciento. Nadie quería preguntar. Detecta algo - contestó Maku. Su voz era la de alguien reportando datos sin entender del todo qué significaban. Anomalías en el perímetro sur. Movimiento que no es movimiento normal. - No sé cómo explicarlo. Los fragmentos pequeños - comentó Ilis.

Había aparecido apoyada en el brazo de Haryes. Caminaba ahora. Hablaba ahora. Algo había cambiado desde su conversación con Faith. Los que quedaron cuando Helios se fragmentó. Los pedazos muy pequeños para tener conciencia propia. Muy grandes para disiparse. Están ahí afuera. Flotando. Observando. ¿Observando qué? A nosotros. A la Bestia. A todo. Esperando. ¿Esperando qué? A que alguien gane. Para unirse al ganador. Los fragmentos pequeños buscan fragmentos grandes. Es instinto. Como gotas de agua buscando charcos. Como ríos buscando océanos. Leonardo procesó eso. Fragmentos de un dios roto flotando en el Astral Norte. Observando. Esperando. Apostando que no requería conciencia al que tuviera más posibilidades de prevalecer. ¿Son peligrosos? Todo es peligroso aquí. Pero ellos más que la mayoría.

Porque no tienen nada que perder. Porque no tienen identidad que proteger. Porque son hambre pura sin forma que la contenga. Gunwise tosió. Sonido áspero que cortó la conversación. El plan dijo. Necesitamos un plan real. Algo concreto. Algo que podamos ejecutar con los ochenta y tres cuerpos que tenemos. Distracción y infiltración repitió Malika. Señaló el mapa en el suelo. Un grupo hace ruido en el frente. Atrae la atención de las fuerzas de la Bestia. Otro grupo entra

por atrás mientras las defensas están distraídas. ¿Hay atrás? Hay grietas. Puntos donde la estructura de la fortaleza no es sólida. Señaló marcas específicas en el mapa de tierra. La fortaleza creció rápido. Demasiado rápido para ser del todo estable. Hay lugares donde las paredes son delgadas. Donde alguien pequeño podría pasar. Las marcas en el mapa eran cruces pequeñas dibujadas con la punta de un palo. Ocho cruces en total. Ocho puntos débiles que Malika había identificado usando matemáticas que nadie más en el grupo entendía. Triangulación y cálculo de tensiones y análisis de patrones de crecimiento orgánico. La fortaleza de la Bestia no había sido construida. Había crecido. Como tumor. Como hongo. Y todo lo que crece tiene puntos donde el crecimiento es más débil que en otros lugares. El problema continuó Malika es que necesitamos alguien que la Bestia quiera. Alguien que la distraiga lo suficiente para que no note a los infiltrados. Alguien que sea más interesante que las defensas de perímetro. El viento del Astral Norte sopló por el campamento.

Frío que no era frío de temperatura. Frío de lo que absorbía calor en lugar de generar. Frío que los huesos sentían antes que la piel. Que se instalaba adentro y no salía aunque te cubrieras con todo lo que tenías. Todos miraron a Esoj Siul. El Viejito no pareció sorprendido por la atención. Todas las conversaciones, todas las decisiones, todos los caminos que habían tomado desde que llegaron al Astral Norte habían estado convergiendo hacia este momento. Hacia esta pregunta que todos querían hacer y que nadie quería responder. Soy el quince por ciento que le falta dijo. Su voz era calmada. Aceptante. Claro que me va a querer. Soy lo único en este plano que puede hacerla más completa de lo que es.

¿Y qué pasa cuando te tenga? Me come. O yo la como. Uno de los dos absorbe al otro. ¿Cuál de los dos? No sé. No hay forma de saberlo hasta que pase. Por eso el libro muestra el camino. No el destino. Porque el destino depende de cosas que todavía no han pasado. La semilla y el Voynich pulsaron al mismo tiempo. Frecuencia sincronizada que Leonardo sintió en los huesos. En los dientes. En el espacio detrás de los ojos donde guardaba las cosas que prefería no pensar. Pensaba de todas formas. Sus hijas. Sin duda muertas. Luna les había dado paz antes de morir ella también. Luna. La mujer que había amado. La mujer que había dejado sola mientras él trabajaba.

Don Humo fragmentándose mientras sonreía por primera vez para que ellos pudieran escapar. Nico en algún lugar del Plano Medio. La semilla en el bolsillo de Leonardo contenía secretos que le pertenecían. Todo conectado. Todo pulsando con la misma frecuencia. Todo parte de algo más grande que no podía ver completo. Podía sentir presionando contra los bordes de su percepción. ¿Cuándo? - preguntó Leonardo. - Mañana - dijo Malika. Al amanecer gris. Cuando la luz es más confusa, las sombras más difíciles de distinguir. Mañana. Veinticuatro horas para prepararse. Para aceptar que la mayoría de los ochenta, tres probablemente no sobreviviría. Para decidir qué valía la pena arriesgar y qué no tenía sentido proteger. Los vikingos no se inmutaron por el timeline.

Estaban acostumbrados a decisiones que se tomaban con horas de anticipación. A batallas que se anunciaban al amanecer y que empezaban antes de que el sol terminara de salir. La guerra no esperaba a que la gente estuviera lista. La guerra llegaba cuando llegaba y los que sobrevivían eran los que aprendían a estar listos aunque no lo estuvieran. Leonardo miró a Faith. A Malika. A Ilis que

todavía se recuperaba de lo que la Bestia le había mostrado. A Maku que cuidaba plantas en tierra que no debería poder sostener vida. A todos los que dependían de un plan que tal vez fallaría y que iban a ejecutar de todas formas. Copérnico gruñó hacia el sur. Quince minutos exactos desde el último gruñido.

El ciclo continuaba con precisión que no era natural. Leonardo guardó la semilla y el Voynich. Ambos seguían pulsando. Sincronizados. Esperando. ## 127 [S] ### RESISTENCIA

El apartamento de Sánchez olía a café frío y decisiones pendientes. El café llevaba horas en la taza, enfriado hasta alcanzar temperatura ambiente. Ahora era solo líquido marrón con una película de grasa en la superficie que reflejaba la luz del único foco que funcionaba en la cocina. Sánchez no lo había tocado desde que se lo sirvió. No tenía hambre. No tenía sed. Solo tenía el informe y las preguntas que el informe generaba y la incapacidad de dejar de leerlo aunque cada lectura era peor que la anterior. El apartamento había sido más grande cuando lo alquiló. O eso creía. Dos habitaciones que ahora se sentían como una. Cocina que se abría al salón sin división real.

Baño con azulejos que se desprendían cada vez que alguien cerraba la puerta con fuerza. Todo en tonos de beige que alguna vez fueron blancos y que el tiempo había convertido en eso de color. La ventana daba a un callejón donde los contenedores de basura llevaban semanas sin ser vaciados. El olor subía en las noches calurosas. El olor y los ruidos de cosas que se movían entre la basura buscando lo que otros habían desechado. Sánchez había dejado de notar ambas cosas hace tiempo. La nariz se adaptaba. Los oídos se adaptaban. Todo se adaptaba cuando la alternativa era no dormir.

Tres de la mañana. El reloj digital en la mesita de noche marcaba las 03:07 con números rojos que parpadeaban porque la batería de respaldo estaba muriendo.

Como todo lo demás en este apartamento. Como todo lo demás en esta ciudad. No podía dormir. No había podido dormir en semanas. Las pocas veces que el agotamiento la vencía, sus ojos se cerraban, veía caras de niños. Setenta y tres caras. Las del informe. Algunas sonrientes porque las fotos eran de antes. De cuando todavía tenían razones para sonreír. Otras serias con la expresión de niños que han visto muy y que han dejado de esperar cosas buenas. El informe estaba en sus manos. Cincuenta y un páginas manchadas con café y con más que prefería no identificar. Podían ser lágrimas. Podían ser sudor de palmas que no dejaban de transpirar. No importaba qué fueran. Lo que importaba era lo que las páginas contenían.

Lo había leído diecisiete veces. Lo sabía porque llevaba la cuenta en una esquina de la primera página. Marcas de lápiz. Una por cada lectura. Cada lectura era peor que la anterior. La primera vez había sido shock. Incredulidad. El cerebro negándose a aceptar que las palabras en el papel describían algo real. La quinta vez había sido rabia. Rabia pura que la hizo querer romper cosas, gritar, salir a la calle a hacer algo. La décima vez había sido resignación. El entendimiento de que esto estaba pasando y que tal vez había estado pasando durante años y que nadie había hecho nada para detenerlo. Ahora, en la lectura número diecisiete, era algo peor que resignación. Era familiaridad. Los nombres habían dejado de ser palabras y se habían convertido en personas que Sánchez sentía que conocía aunque nunca las había visto.

Las edades habían dejado de ser números y se habían convertido en vidas truncadas que podía imaginar con detalle. Mateo Rostova, 7 años. Extracción completa. Procesamiento exitoso. Transferencia a Instalación Delta. Sánchez conocía ese nombre. Lo había visto en otro contexto. Vera Rostova. La mujer que organizaba a los Borrados en el sótano del Sector 7. Que llevaba una libreta con quinientos cuarenta y tres fragmentos de su hijo. Fragmentos de memoria que se negaba a dejar que el sistema le quitara. Vera llevaba tres años buscando. Tres años de preguntas que nadie quería responder. Tres años de puertas cerradas y amenazas veladas y pausas que decían más que cualquier palabra. El sistema había intentado Vaciarla dos veces. Ambas veces había escapado.

No por suerte. Por preparación. Por la paranoia sistemática de alguien que sabía justo lo que el sistema podía hacer y que había decidido no dejarle oportunidad. Su hijo estaba en este informe. Su hijo había sido procesado. Extracción completa significaba que le habían quitado todo el líquido azul que su cuerpo producía. Procesamiento exitoso significaba que había sobrevivido al procedimiento aunque “sobrevivir” era un término generoso para lo que quedaba después. Transferencia a Instalación Delta significaba que lo habían movido a algún lugar donde Vera nunca lo encontraría. El ruido de la ventana la sacó del pensamiento circular que amenazaba con tragarla. Patrulla nocturna. Hemacronos con uniformes azul oscuro que absorbían la poca luz que había en la calle. Botas pesadas sobre pavimento agrietado.

El sonido de autoridad moviéndose con propósito. Llevaban a alguien encapuchado. Sánchez observó desde las sombras de su ventana. La cortina estaba medio abierta. Suficiente para ver sin ser

vista. La persona encapuchada no se resistía. Sus piernas se movían. No con la urgencia de alguien que intenta escapar. Caminaba con el ritmo de alguien que ya había dejado de luchar. Que aceptó que resistirse no cambiaba nada. Los hemacronos eran tres. El de adelante marcaba el paso. Los dos de atrás sostenían al encapuchado por los codos. Formación estándar. La misma que Sánchez había visto en los manuales de procedimiento cuando todavía creía que los procedimientos servían para más que justificar lo que el sistema ya había decidido hacer. El encapuchado tropezó.

Los hemacronos lo sostuvieron sin reducir la velocidad. Eficiencia que no permitía pausas. Producto que debía llegar a destino sin demoras. La temperatura en la habitación bajó 0.3 grados cuando la corrección pasó. El aire se volvió más denso. Más frío. El cambio fue imperceptible para la mayoría pero Sánchez lo sintió en los huesos como un cambio de presión. El destino era algún lugar donde Sánchez prefería no pensar. Algún sótano sin nombre donde las cosas que el sistema no quería que la gente viera sucedían sin testigos. Turno nocturno. Cacería sistemática. Los hemacronos trabajaban de noche porque era más fácil. Menos testigos. Menos preguntas. Menos gente que se preguntara por qué había tantos desaparecidos por la mañana. Sánchez miró el reloj.

Las 03:14 ahora. El informe decía que las capturas seguían un patrón de seis horas. Intervalos regulares como turnos de fábrica. Si la captura anterior había sido a las 21:00 y las marcas en los expedientes de Columbo sugerían que sí entonces esta captura encajaba del todo en el patrón. Las matemáticas funcionaban. Eso era lo más aterrador. Que todo esto tenía lógica. Que alguien había diseñado un sistema eficiente para cazar personas y procesarlas y

que ese sistema funcionaba justo como había sido diseñado. El timbre sonó. Tres golpes. Pausa de dos segundos. Dos golpes más. La señal que Columbo usaba. La establecida hace años cuando trabajaban casos juntos y necesitaban una forma de identificarse sin hablar. Sánchez abrió la puerta sin preguntar quién era.

Si alguien había copiado la señal de Columbo, ya no importaba. Ya nada importaba excepto hacer algo con la información que tenía. Columbo entró con un fajo de papeles. Carpetas manila. Muchas carpetas. Más de las que cabían bajo un brazo. Algunas se le escapaban y él las atrapaba con movimientos que sugerían que llevaba rato cargándolas y que había desarrollado técnicas para evitar que se cayeran. Moretti entregó temprano replicó, dejando todo en la mesa de la cocina junto al café frío que Sánchez nunca iba a tomar. Los veintitrés casos que pedí. Más otros cuarenta y siete que encontró mientras buscaba. Todos tienen el número en alguna parte del expediente. Sánchez miró las carpetas. Setenta expedientes de gente que el sistema había tocado y dejado rota.

Setenta historias de vidas interrumpidas. Setenta familias que perdieron a alguien sin saber justo qué había pasado ni por qué. ¿Cuántos son Vaciados? Dieciocho confirmados. El resto está clasificado como desaparecido, muerto por causas que no tienen sentido, o en estados médicos que nadie sabe definir porque los médicos que los examinaron también desaparecieron antes de poder publicar reportes. ¿Como Clara? Como Clara. Columbo se dejó caer en la silla junto a la mesa. El movimiento era de alguien que llevaba muy tiempo de pie. De alguien que no había dormido en días aunque fingiera lo contrario. Sánchez abrió la primera carpeta. Historia clínica incompleta. Fotografías borrosas la cámara incapaz de

capturar muy detalle. Notas escritas a mano que habían sido tachadas y reescritas múltiples veces.

El sistema es más grande de lo que pensábamos dijo. Siempre es más grande de lo que pensamos. Cada vez que creo que he visto el fondo, descubro que hay otro nivel abajo. ¿Qué hacemos? Tenemos dos opciones. Sánchez cerró la carpeta. Miró a Columbo directo a los ojos. Quedarnos callados y esperar a que alguien más haga algo. Vivir con lo que sabemos sin actuar. Morir preguntándonos qué había pasado si hubiéramos sido más valientes. ¿Y la segunda opción? Empezar a pelear y aceptar que puede que vayamos a perder. Que probablemente nos van a encontrar. Que tal vez vamos a terminar como Clara o peor. No son buenas opciones. Son las únicas que tenemos. Sánchez caminó hacia la ventana.

La patrulla ya no estaba. La calle estaba vacía otra vez. La persona encapuchada ya no estaba. Voy a desaparecer del sistema dijo. Las palabras salieron con calma que no sentía. ¿Qué significa eso justo? Chip de muñeca desactivado. Conoces al técnico del Sector 4. El que hackea chips por un precio. Registros borrados de las bases de datos que pueda acceder. Identidad oficial eliminada. Dejar de existir para el sistema mientras sigo existiendo. Te van a buscar. Cuando tu chip deje de transmitir, van a mandar a alguien a verificar por qué. Que busquen. No me van a encontrar donde esperan encontrar. Columbo se levantó de la silla. Caminó hacia ella. Su reflejo apareció junto al de Sánchez en el vidrio de la ventana.

Si haces eso, no hay vuelta atrás. No puedes volver a activar el chip. No puedes volver a existir en el sistema. Te conviertes en fantasma. En Borrada que todavía recuerda. Lo sé. ¿Estás segura de que quieres esto? El informe tiene setenta y tres niños. Sánchez se

volteó para mirarlo de frente. Setenta y tres niños procesados para extraer lo desconocido. Si me quedo callada después de leer eso, soy cómplice. Si hablo dentro del sistema, me destruyen antes de que las palabras lleguen a alguien que actúe. La única opción es salir del sistema y pelear desde afuera. No puedes pelear sola. No voy a pelear sola. Vas a venir conmigo. Columbo tardó en responder. Sus ojos se movieron hacia la ventana donde la oscuridad de Ciudad Control esperaba. Hacia el café frío en la mesa que nunca iba a tomar. Hacia las carpetas con setenta historias de horror documentado que pesaban más de lo que el papel debería pesar. Clara - dijo al final. El nombre salió con el peso de cuarenta y tres días de esperanza que se negaba a morir. No podía dejarla. Llevaba cuarenta y tres días visitándola. Cada día sin falta. Movié el dedo hoy. Un milímetro. Pero se movió. Está ahí adentro. Sé que está ahí adentro esperando a que alguien la encuentre. La vas a sacar. ¿De Level -18? La incredulidad era visible en su cara. Es imposible. Hay guardias en cada piso. Hay protocolos de seguridad que ni siquiera tienen nombre oficial.

Hay sistemas de monitoreo que registran cada entrada y salida. Es una fortaleza diseñada para mantener gente adentro. Los Borrados tienen gente en todas partes. Sánchez se acercó a él. Su voz bajó aunque no había nadie que pudiera escucharlos. Vera Rostova conoce enfermeras que trabajan en el Level -18. Gente que ha perdido a alguien igual que ella. Gente que ha visto lo que el sistema hace y que guarda su rabia para el momento correcto. Gente que estaría dispuesta a ayudar si supiera que hay una forma. Que hay un plan. Que no están solas. Columbo procesó eso. Los cálculos eran visibles en su expresión. Cada variable siendo evaluada. Cada riesgo

siendo medido contra cada beneficio posible. Probabilidades de éxito contra consecuencias de fracaso.

La vida de Clara contra la posibilidad de perderlo todo intentando salvarla. Entonces lo hacemos juntos - añadió al final. La decisión tomada. El punto de no retorno cruzado. Pero necesito verla una vez más. Antes de desaparecer. Necesito decirle que voy a volver por ella aunque no pueda escucharme. Mañana. Antes del amanecer. Es la última vez que podrás ir sin levantar sospechas. Sánchez caminó hacia el baño. El piso de baldosas frías bajo sus pies descalzos. El sonido de sus pasos amortiguado por la hora y por el peso de lo que estaba por hacer. Levantó una tabla suelta del piso que nadie sabía que estaba suelta porque ella misma la había aflojado hace años cuando empezó a sospechar que necesitaría un lugar seguro donde guardar cosas que no quería que el sistema encontrara.

Puso el informe adentro. Las treinta y tres páginas manchadas que contenían los nombres de setenta y tres niños. Las edades. Los procedimientos. Los resultados. Todo documentado con precisión clínica que hacía el horror más horrible. Tomó un martillo del closet de herramientas. Herramienta vieja que había pertenecido a su padre antes de que el sistema lo procesara. Clavó un clavo nuevo en la tabla para asegurarla. El metal penetró la madera con sonido seco. El sonido del martillo fue como un punto final. Como una puerta cerrándose sobre una vida que ya no podía vivir. Sánchez la detective que fue, la persona que existió en los registros del sistema, la mujer cuyo chip de muñeca transmitía su ubicación cada segundo de cada día murió esa noche.

No el cuerpo. Su corazón seguía latiendo. Sus pulmones seguían procesando aire. De todas las formas que importaban para el mundo

que la había conocido, dejó de existir. La persona que quedaría después del amanecer no tendría nombre oficial. No tendría historia documentada. No tendría existencia que el sistema pudiera rastrear o destruir. Sería fantasma. Sería resistencia. Sería lo que quedaba cuando quitabas todo lo que el sistema podía controlar. ¿Cuándo empezamos? - preguntó Columbo desde el marco de la puerta del baño. Su silueta recortada contra la luz del pasillo. Ya empezamos. El reloj del apartamento marcaba las 03:47. Números rojos parpadeando porque la batería estaba muriendo. Como todo lo demás. El patrón de seis horas identificado sugería que la próxima captura sería a las 09:00.

Tenían cinco horas y trece minutos para desaparecer. Para dejar de ser personas y convertirse en lo que el sistema no sabía cómo cazar. La noche de Ciudad Control esperaba afuera. Con paciencia. Con hambre. ## 128 [J][F][O] ### CULTIVO

Las manos de Maku sabían cosas que su mente había olvidado. Estaba arrodillada en el suelo del Astral Norte. Las rodillas le dolían contra la roca debajo de la capa de tierra. El frío subía por los muslos. Cavaba con los dedos en tierra que no debería poder sostener vida. Las uñas se le habían partido hace horas. La tierra se metía en las grietas donde antes estaba la queratina. Ardía. Un ardor específico que Maku reconocía sin saber de dónde: la tierra del Astral quemaba lo que no le pertenecía. Siguió cavando. Tierra negra que no era justo tierra. Que tenía textura de ceniza compactada y peso de algo más denso que la materia normal. Sus manos sabían qué hacer.

Conocían la profundidad correcta sin necesidad de medir. El ángulo correcto sin necesidad de calcular. La presión correcta sin necesidad de pensar. Siete mil seiscientos noventa y nueve años de

conocimiento acumulado. Fragmentado en pedazos que no conectaban entre sí. Disperso en memorias que aparecían sin aviso, desaparecían antes de que pudiera atraparlas. Almacenado en músculos y tendones que recordaban lo que las neuronas habían perdido hacía ciclos que no podía contar. No sabía de dónde venía ese conocimiento. No sabía cómo lo tenía. Solo sabía que cuando sus dedos tocaban el suelo del Astral Norte, algo antiguo despertaba en ella y le decía justo qué hacer. Los vikingos la observaban desde una distancia respetuosa. Formando un semicírculo irregular alrededor del lugar donde ella trabajaba.

Veintitrés de ellos. Los que quedaban de un grupo que había sido más grande antes de cruzar el Astral. El más cercano fue Gunwise. Su hacha descansaba en el suelo junto a él, la hoja hacia abajo, enterrada en ceniza hasta el filo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Las vendas en el antebrazo izquierdo necesitaban cambio - la sangre las había oscurecido hasta volverlas rígidas. No se quejaba. Ninguno se quejaba. Habían visto a Maku plantar antes. En ciclos que Maku no recordaba y ellos recordaban por ella. La miraban con reconocimiento ácido - no respeto ni adoración, sino la aceptación de quién hace lo necesario sin entender por qué. La ceniza blanca del Astral le cubría los antebrazos hasta los codos. Se mezclaba con la tierra negra. Con la sangre de las uñas rotas y formaba una pasta oscura que olía a metal y a lo vegetal sin nombre en ningún idioma que Maku conociera.

El olor le resultaba familiar. Familiar como las manos que sabían plantar. Familiar como el conocimiento que vivía en los tendones. Al Astral Norte. Uno de ellos tosió. Una tos húmeda que sonaba a pulmones llenos de lo que no era mucosidad. El aire del Astral hacía

eso: depositaba partículas en los bronquios. Partículas que no se expulsaban con la tos pero que el cuerpo seguía intentando expulsar de todas formas. Antes de que las heridas y las infecciones y las cosas que acechaban en las sombras redujeran su número a este residuo de lo que habían sido. Cada uno llevaba marcas de combate. Cicatrices viejas y heridas frescas que no terminaban de cerrar. El Astral Norte no dejaba que las cosas sanaran.

Gunwise tenía una expresión que Maku no podía leer. Era difícil leer las expresiones de alguien que había visto tantas cosas que ya nada lo sorprendía. Sus ojos seguían los movimientos de las manos de Maku con atención de estrategia evaluando recursos. Los dedos de ella moviéndose en la tierra sabiendo justo qué hacer. Los dedos de él apretando el mango del hacha como si esperara que en cualquier momento la tierra atacara. Los otros vikingos sostenían herramientas improvisadas. Palos que habían sido ramas de lo que crecía en otro lugar del Astral. Piedras afiladas que funcionaban como palas rudimentarias. Recipientes hechos de corteza que contenían agua si podía llamarse agua del arroyo gris que corría cerca del campamento. Cada herramienta era un acto de fe.

Una apuesta de que el trabajo producía resultados aunque aquí los resultados no seguían las reglas de otros lugares. Así - dijo Maku, mostrando el movimiento a Sigrid que se había acercado para aprender. No profundo. La raíz no necesita espacio. Solo necesita contacto. Aquí. Señaló un punto específico en el suelo. Un lugar donde la tierra negra era un poco diferente. Más suelta. Más receptiva. La diferencia era invisible para cualquiera que no tuviera siete mil años de conocimiento acumulado en algún lugar de su sistema nervioso. Para Maku no necesitaba explicación. Como

distinguir el color rojo del azul. Como saber que el agua moja. Sigrid se arrodilló a su lado. Mujer grande. Brazos que habían sostenido escudos durante batallas que duraron días enteros.

Manos que habían partido cráneos y que ahora aprendían a cavar hoyos pequeños para semillas que quizás nunca crecerían. La contradicción era visible en la forma en que sus dedos diseñados para destruir intentaban ser gentiles con algo tan pequeño como una semilla. ¿Va a crecer? preguntó Sigrid. Su voz era escéptica. No hostil. Aquí no hay sol verdadero. No hay lluvia que no sea gris. No hay nada de lo que las plantas necesitan. No sé si va a crecer. Solo sé que hay que intentarlo. Que no intentarlo es peor que intentar y fallar. Copérnico estaba a tres metros de distancia. Acostado sobre el suelo rocoso. No dormido. Sus ojos seguían cada movimiento de Maku con atención que no era del todo canina.

Las marcas azules en su pelaje estaban al noventa y seis por ciento de cobertura ahora. Solo quedaban pequeños parches de color original marrón oscuro en las patas traseras y en la punta de la cola. El resto era azul que pulsaba con luz propia. Azul que vibraba con frecuencias que Maku podía sentir. El perro había dejado de comer hace dos días. No por enfermedad. Por falta de interés. La comida que los vikingos compartían restos de caza que sabían a ceniza no le interesaba. Se mantenía con algo más. Con la energía que las marcas azules absorbían de algún lugar que nadie podía identificar. Con Malika había intentado examinarlo. El perro la dejó acercarse.

La dejó tocar las marcas azules con dedos que temblaban de curiosidad científica. Las marcas eran frías al tacto. Más frías que el aire del Astral Norte. Más frías que la piedra sobre la que Copérnico descansaba. Frías. Estado de existencia acaso. Condición de ser Era

igual. Flash. Imagen que llegó sin aviso previo. Sin preparación. Sin permiso. Brillo. Ojos que no eran ojos. Un número. Tres caracteres que no podía leer pero que sentía. Maku sacudió la cabeza. El flash desapareció tan rápido como había llegado. Dejando solo el eco de algo. O de alguien. ¿Estás bien? - preguntó Sigrid. Su mano estaba en el hombro de Maku. Peso reconfortante. Sí. Solo... algo. ¿De qué? No lo sé. Las piezas no conectan.

Es como tener un rompecabezas con la mitad de las piezas perdidas y las que quedan mezcladas con piezas de otro rompecabezas diferente. Sigrid no respondió a eso. Probablemente porque no había respuesta que dar. Acaso porque ella también tenía sus propios rompecabezas incompletos. Todos aquí los tenían. Fragmentos de vidas que habían sido completas antes de que el Astral las rompiera. Continuaron cavando. El suelo del Astral Norte no era tierra normal de ninguna forma. Era más denso que tierra común. Más pesado cuando lo levantabas. Más oscuro que la tierra más negra que Maku pudiera recordar de cualquier ciclo. Cuando lo tocaba, sentía vibraciones que subían por sus dedos y se extendían por sus brazos hasta llegar al pecho.

Vibraciones que tenían ritmo. Que tenían patrón. Que tenían pulso si el suelo pudiera tener pulso. Las vibraciones la hacían sentirlo. No emoción justo. Más como reconocimiento. La tierra reconociéndola. Frecuencia Schumann - dijo una voz en su cabeza. Voz que conocía. No podía identificar. Voz que sonaba como memoria de lo que había escuchado hace mucho tiempo. 7.83 Hz. La frecuencia de la Tierra. La frecuencia base que todo lo vivo reconoce aunque no lo sepa a propósito. La frecuencia que los cuerpos buscan cuando están perdidos. Copérnico emitió un sonido. No era ladrido.

No era gruñido. Era algo entre ambas cosas. Un tono sostenido que vibraba en frecuencia específica. 7.83 Hz justo. El perro respondiendo a la voz en la cabeza de Maku.

La voz no se limitaba a ser para ella. ¿Tú me estás hablando? - preguntó Maku al perro. La pregunta era absurda. Los perros no hablan. Pero nada en el Astral Norte seguía las reglas de lo que era absurdo y lo que no. Nada seguía ninguna regla que ella conociera. Copérnico la miró. Sus ojos tenían profundidad que no era del todo canina. Capas detrás de la superficie. Observación con paciencia que ningún perro normal tendría. Que entendía cosas que los perros no deberían entender. Que esperaba No - respondió con palabras porque no podía responder con palabras. No tenía la anatomía para ello. No tenía las cuerdas vocales ni la estructura del lenguaje. Una certeza le llegó de algún lugar que nada de eso era su pensamiento consciente.

Certeza que era más sensación que idea. Copérnico era parte de ella. O ella era parte de él. O ambos eran partes de lo que había existido completo en algún momento en algún ciclo anterior, en alguna configuración del universo que ya no existía y que ahora estaba fragmentado en pedazos que no se reconocían entre sí. Se buscaban igual. Que se necesitaban. Flash. Otra imagen. Más insistente. Una voz que decía números. Números que no podía retener pero que significaban algo. El número resonaba en algún lugar de su memoria. No como dato nuevo. Como Maku se llevó las manos a la cabeza. El dolor era físico. Real. Presión que empujaba desde adentro su cráneo demasiado pequeño para contener lo que estaba tratando de recordar.

Alguien había metido dedos en su cerebro y estaba removiendo capas de olvido que habían sido puestas ahí. Maku Sigrid la sostuvo. Brazos fuertes de guerrera acostumbrada a sostener cosas que se caían. ¿Qué pasa? ¿Qué ves? Recuerdos. Demasiados al mismo tiempo. Empujando para salir atrapados demasiado tiempo. Copérnico caminó hacia ella. Movimiento lento. Deliberado. Propósito en cada paso. Puso su cabeza en el regazo de Maku con gentileza que contradecía su tamaño. El contacto era cálido. Era estabilizador. Anclante. Una conexión que existía más allá de lo físico. Sin que ella tuviera que entender por qué funcionaba. Los flashes se detuvieron. El dolor se fue tan rápido como había llegado. Los recuerdos se alejaron como marea retrocediendo. No desaparecidos. Solo apartados. Esperando su momento para volver. Él sabe - dijo Maku. Su mano acariciaba la cabeza de Copérnico por instinto que era más viejo que esta vida. Sabe quién soy. Sabe qué fui en ciclos anteriores. Pero no puede decírmelo porque no tiene las palabras. O porque todavía no es el momento para que yo lo sepa. O porque saberlo antes de tiempo cambiaría todo. El suelo tembló. Pequeño. Breve. Casi imperceptible a menos que estuvieras arrodillada sobre él con las manos hundidas en la tierra negra como Maku lo estaba. Todos los vikingos miraron hacia donde Maku había plantado la primera semilla. Un punto marcado con una piedra pequeña y lisa para recordar dónde estaba justo. Un brote verde asomaba entre la tierra negra.

Verde. El primer color verde que Maku había visto en el Astral Norte desde que habían llegado. Verde intenso que casi dolía de ver después de tanto gris. Verde vivo que pulsaba con lo que podría ser fotosíntesis o podría ser otra cosa del todo diferente. El brote tenía

dos hojas. Pequeñas. Del tamaño de uñas de pulgar. Forma que no correspondía a ninguna planta que Maku conociera de este ciclo o de los fragmentos de ciclos anteriores que su memoria conservaba. Las hojas tenían venas que brillaban con luz propia. Dorado tenue que pulsaba con ritmo que coincidía con el latido del Voynich. Con el latido de la semilla de Don Humo. Con el latido de todo lo que estaba conectado a los fragmentos de Helios.

Maku se quedó quieta. Había pasado menos de una hora desde que plantó la semilla. Las plantas no crecen así en ningún lugar que Maku conociera. Ninguna planta en ningún mundo crece de semilla a brote en menos de una hora. Las reglas de la biología no funcionan así. Las reglas de la física no lo permiten. Ahí estaba. Verde contra negro. Vida contra vacío. O porque Maku tenía conexiones con cosas que transcendían las reglas. La planta seguía creciendo mientras la miraban. Lento. Casi imperceptible. Un milímetro cada minuto acaso. Las hojas abriéndose más. El tallo engrosando. Las raíces invisibles bajo la tierra negra extendiéndose hacia... hacia lo que las llamaba. Hacia lo que las quería. ¿Qué hiciste? - preguntó Gunwise. Su voz tenía un asombro que era también miedo de lo que no se entendía. Planté. Solo planté. Mis manos sabían cómo aunque mi mente no recordara. Eso no es normal. Nada aquí es normal. Quizás el Astral Norte tiene sus propias reglas para el crecimiento. Maku extendió la mano hacia el brote. No lo tocó. Solo acercó los dedos hasta sentir el aire que lo rodeaba. Aire que era más cálido cerca de la planta. Más húmedo. La planta se inclinó hacia ella. Movimiento pequeño. Visible. Saludándola a su manera vegetal. Copérnico gruñó hacia el sur. Quince minutos exactos desde el último gruñido. El ciclo continuaba con precisión que no era natural. Que era diseñada. Que

era parte de lo que observaba y medía y esperaba con paciencia que nada humano podía igualar.

Ahora había algo verde creciendo en el gris. Maku siguió plantando. ## 129 [P][S] ### SEÑAL

Los patrones de Viktor no tenían sentido hasta que tuvieron un sentido muy claro. Penny llevaba tres días rastreando movimientos. Tres días de dormir en la silla de su escritorio porque ir a casa significaba dejar de mirar los mapas y dejar de mirar los mapas significaba que probablemente se le escapaba algo. Tres días de café que sabía a metal porque la máquina del precinto no había sido limpiada en semanas y a nadie le importaba ya si el café sabía bien o no mientras siguiera conteniendo cafeína. El escritorio era un desastre arqueológico. Capas de documentos formando estratos que contaban la historia de su obsesión. La capa inferior tres días atrás eran los primeros mapas. Sectores de Ciudad Control dibujados con líneas rectas que no reflejaban cómo la ciudad se doblaba sobre sí misma en las zonas que el sistema prefería ignorar.

La capa del medio eran las notas. Cientos de ellas. Papel amarillo con letra que se volvía más pequeña y más apretada conforme avanzaban las horas sin dormir. La capa superior era donde estaba ahora. Donde las líneas conectaban puntos que no deberían conectarse. Donde el patrón emergía del caos como lo que había estado esperando a ser visto. El café de la taza había dejado de ser café. Era lo que se había transformado en las últimas ocho horas en un líquido con textura de aceite usado. Penny lo bebió de todas formas. El sabor era secundario a la función. Necesitaba los ojos abiertos. Necesitaba la mente funcionando aunque funcionara mal. El reloj de la pared marcaba las cinco de la tarde.

Las cinco y diecisiete justo. El segundero estaba trabado en el número cuatro desde hace meses. Nadie lo había arreglado. Nadie arreglaba nada en el Precinto 47 desde que los presupuestos se redujeron por tercera vez en dos años. Mapas superpuestos cubrían la superficie del escritorio. Versiones diferentes de la misma ciudad. El mapa oficial que el sistema proporcionaba a los detectives mostrando sectores y calles y edificios etiquetados con códigos que nadie usaba. El mapa del sistema de drenaje que había conseguido de un contacto en obras públicas a cambio de no reportar ciertas irregularidades en sus formularios de gastos. El contacto se llamaba Durán. Hombre de cincuenta años con problemas de juego que gastaba dinero del departamento en apuestas que nunca ganaba.

Penny no lo había reportado porque la información valía más que la justicia administrativa. Ahora Durán le debía favores que no podía pagar con dinero. El tercer mapa era el que ella misma había dibujado. Conectando los puntos donde Viktor había sido visto. Donde habían encontrado sus víctimas. Donde las cámaras de seguridad habían capturado sombras que se movían con propósito que las sombras normales no tienen. Líneas que conectaban puntos. Puntos que formaban patrones. Patrones que confirmaban lo que Penny no quería confirmar porque confirmarlo significaba aceptar que el horror era sistemático y que lo sistemático era más difícil de combatir que lo aleatorio. Viktor no era un asesino aleatorio. No estaba un loco suelto eligiendo víctimas al azar. Era un sistema.

Una máquina de matar con turnos y rutas y eficiencia que había sido admirable si no estuviera aplicada a destruir vidas humanas. Veintitrés locaciones en seis horas. Turnos perfectos como los de una fábrica. Rutas optimizadas como las de un camión de reparto. Cada

punto de su recorrido calculado para maximizar el número de objetivos alcanzados y minimizar el tiempo de exposición. Túneles - respondió en voz alta aunque estaba sola en la oficina. A veces necesitaba escuchar su propia voz para confirmar que todavía estaba despierta. Tiene que ser túneles. Es la única explicación. Desplegó el mapa de la infraestructura subterránea sobre los otros mapas. El que mostraba el sistema de drenaje que recorría toda Ciudad Control como venas bajo la piel.

Y los puntos coincidían. Cada locación donde Viktor había aparecido estaba a menos de cien metros de un acceso al sistema de drenaje. Cada víctima había sido encontrada cerca de una rejilla de alcantarilla o de una compuerta de mantenimiento. Viktor se movía bajo tierra. Como una rata. Como lo que no quería ser visto. El teléfono del escritorio sonó. El sonido era muy fuerte en el precinto vacío. Penny. La voz de Locke. Cansada. Urgente. ¿Tienes algo? Túneles. Viktor usa el sistema de drenaje para moverse sin ser detectado por las cámaras de superficie. Por eso nadie lo ve llegar. Por eso nadie lo ve irse. Entra por debajo y sale por debajo. ¿Los puntos de salida? ¿Puedes identificar dónde sale?

Cerca de direcciones residenciales específicas. Familias específicas. Tengo una lista. Veintisiete direcciones que coinciden con sus rutas de las últimas dos semanas. Dame la lista. Penny leyó las direcciones. Una por una. Sectores y números de calle y números de departamento. Nombres de familias que tal vez no sabían que estaban siendo observadas. Que acaso dormían tranquilas mientras alguien bajo sus pies trazaba rutas hacia sus puertas. La tercera dirección era del Sector 12. - El edificio donde vivía la familia de Faith. La tercera - dijo Locke. Su voz había cambiado. Más tensa.

Más urgente. Verifica esa primero. ¿Por qué esa? Solo verifica. Ahora. Y llámame cuando tengas algo. La línea se cortó antes de que Penny pudiera preguntar más.

Miró el mapa. La tercera dirección. Sector 12. El edificio de ladrillo viejo donde Sofía y Lu esperaban noticias de Faith que nunca llegaban. Donde una niña de doce años preguntaba cada día cuándo volvería su otra mamá. Locke sabía la verdad que no compartía. Típico de él. Guardarse información porque pensaba que proteger a la gente significaba mantenerla ignorante. Penny salió del precinto por la puerta trasera. La que daba al callejón donde los basureros llevaban semanas sin ser vaciados. Ciudad Control a las cinco de la tarde era un organismo en decadencia. Calles que deberían estar llenas de gente volviendo del trabajo estaban medio vacías porque la mitad de la gente ya no tenía trabajo al que ir. Comercios que antes cerraban a las ocho ahora cerraban a las cinco porque no tenía sentido gastar electricidad en mantener las luces encendidas si nadie iba a comprar nada.

El camino hacia el Sector 12 la llevó por zonas que conocía el mercado del Sector 5 donde solía comprar frutas antes de que los precios se volvieran prohibitivos y zonas que prefería no conocer los callejones del Sector 8 donde la gente que el sistema había masticado y escupido buscaba refugio en sombras que nadie vigilaba. El mercado del Sector 5 estaba cerrado a esta hora. Las persianas metálicas de los puestos reflejaban la luz de las farolas que todavía funcionaban. Tres de cada diez. Las otras siete eran manchas oscuras donde la ciudad había dejado de gastar dinero en mantenimiento. Bajo las persianas quedaban restos de lo que habían vendido durante el día. Cáscaras de fruta podrida. Papel manchado de grasa.

El olor agrio de comida que nadie había comprado y que nadie compraría. Los callejones del Sector 8 eran peores. Aquí el sistema no llegaba. O llegaba y miraba hacia otro lado. Figuras envueltas en mantas que habían sido de otros colores antes de que la suciedad las convirtiera en gris uniforme. Ojos que seguían su movimiento sin expresión. Sin esperanza. Sin nada que valiera la pena proteger. Penny caminó más rápido. No por miedo. Los habitantes de los callejones no fueron peligrosos. Eran lo opuesto. Eran gente que había sido peligrosa una vez o útil, o productiva, o cualquier otra cosa que el sistema valorara, que ahora no era nada. El sistema los había usado, descartado y olvidado. Lo mismo que haría con ella si se quedaba muy tiempo mirando.

Lo vio antes de llegar al Sector 12. Su novio. Ex-novio. Ex-persona. Ex-todo. Miguel estaba sentado contra una pared de ladrillo manchado. La misma posición en que lo había visto la última vez hace tres meses cuando todavía tenía luz en los ojos y opiniones sobre el café y planes para el futuro. Ahora sus ojos estaban vacíos. Ventanas sin nada detrás. La mandíbula colgaba floja los músculos que la sostenían habían dejado de funcionar. La ropa que llevaba era la misma de hace tres meses. La camisa azul con el botón del cuello faltante que ella le había dicho que arreglara. Los pantalones grises con la mancha de aceite en la rodilla izquierda de cuando arregló la bicicleta de su sobrino.

Todo igual. Todo justo igual excepto que la persona que había usado esa ropa ya no existía. Vaciado. El sistema lo había tomado en algún momento entre la última vez que lo vio y ahora. Lo había procesado. Le había quitado todo lo que lo hacía Miguel y había dejado esta cáscara que todavía respiraba. Ya no vivía. Penny se

detuvo frente a él. Sus piernas no querían moverse. Su cuerpo quería quedarse ahí mirándolo hasta encontrar rastros de él en ese vacío. Algo que indicara que todavía estaba ahí adentro. Que podía volver. La última conversación que habían tenido fue sobre qué cenar. Él quería pasta. Ella quería sushi. Discutieron por quince minutos sobre una decisión trivial. Después él se fue a su departamento y ella al suyo y ninguno de los dos supo que esa sería la última conversación real que tendrían.

Pasta o sushi. Ese fue el tema de sus últimas palabras. El contenido de su despedida. Miguel. Él no respondió. Los Vaciados no responden. Los Vaciados no reconocen. Los Vaciados no son nada más que funciones biológicas básicas envueltas en piel que solía contener una persona. Un recuerdo llegó sin permiso. Miguel riéndose de lo que ella había dicho. Una tontería sobre el jefe de mantenimiento del edificio. La forma en que su risa empezaba en la garganta y subía hasta los ojos hasta que todo él era risa. Esa risa ya no existía. No existía en ninguna parte del universo. El sistema la había borrado junto con todo lo demás. Penny sacó dinero del bolsillo. Lo poco que llevaba. Tres billetes arrugados que sumaban menos de lo que costaba una comida decente. Los puso en sus manos porque no sabía qué más hacer. Porque el gesto era inútil. La alternativa era no hacer nada y no hacer nada era peor. Voy a encontrar a quien te hizo esto, contestó. Las palabras sonaban huecas. Promesas que quizás no podría cumplir. Voy a encontrarlos y voy a hacer que paguen. Se fue antes de que él terminara de... no sabía de qué. Los Vaciados no terminaban nada. No empezaban nada. Solo existían en un presente perpetuo que no conectaba con pasado ni futuro. El Sector 12 estaba a quince minutos caminando si

no te detenías. Penny no se detuvo. La dirección de Sofía y Lu era un edificio de cuatro pisos. Ladrillo viejo. Ventanas con barrotes. Escalera de incendios oxidada, más peligrosa que los incendios contra los que debía proteger. Penny no fue directo. Se posicionó en la esquina opuesta. Detrás de un contenedor de basura que le daba cobertura mientras observaba. Luz encendida en el tercer piso. Departamento 3B. Donde Sofía y Lu vivían esperando. Y alguien vigilando. Hombre de treinta y tantos años. Complexión media. Ropa que no llamaba la atención. Posición casual junto a una farola apagada como si estuviera esperando a alguien. Nadie espera a alguien durante cuarenta minutos sin moverse. Nadie espera a alguien mirando sin parar hacia las ventanas del tercer piso. El hombre se subió la manga de la chaqueta para rascarse el brazo. Penny vio el número. 1. Tatuado en la muñeca. Números negros sobre piel pálida. El mismo número que aparecía en todos los casos de Columbo. El mismo número que Clara había dicho antes de colapsar. El mismo número que conectaba todo con todo aunque nadie supiera justo qué significaba. Viktor tenía gente vigilando esta dirección. Esta familia específica. Sofía y Lu estaban en la lista. No solo como posibles objetivos. Como objetivos activos. Alguien con el número tatuado en la muñeca estaba contando sus movimientos. Esperando algo. Una señal probablemente. Una orden. El tatuaje era reciente. La tinta todavía tenía brillo que los tatuajes viejos perdían. Líneas definidas sin la dispersión que el tiempo causaba bajo la piel. Quien llevaba ese número lo había elegido hace poco. O alguien se lo había puesto hace poco. La diferencia importaba. Un tatuaje elegido era declaración de identidad. Un tatuaje impuesto era marca de propiedad. El hombre de la farola se rascó la muñeca otra vez. El

gesto era de alguien incómodo con algo nuevo en su cuerpo. De alguien que todavía no se acostumbraba a llevar una marca permanente. Penny memorizó su cara. Altura aproximada: un metro setenta y cinco. Peso: ochenta kilos más o menos. Cicatriz pequeña sobre la ceja izquierda. Nariz que había sido rota al menos una vez. Manos grandes con callos en los nudillos. El perfil de alguien que había peleado. Que seguía peleando. Que tal vez pelearía hasta que alguien lo detuviera. Penny corrió hacia el precinto. Las calles pasaban como manchas de color que no registraba. Solo la necesidad de llegar. De avisar. De hacer algo antes de que fuera muy tarde. Locke necesitaba saber. Ahora. No mañana. No en una hora. Ahora. Locke no estaba en su oficina. El escritorio estaba vacío. La silla vacía. El abrecartas de su padre en su lugar de siempre. Nada más. Penny buscó papel. Encontró un formulario de evidencia que nadie iba a usar. Formulario 23-B. El tipo que se llenaba cuando había cadáveres y nadie quería explicar cómo habían llegado ahí. Escribió en el reverso con letra que temblaba: "Sector 12 confirmado. Vigilante con Número tatuado observando edificio. Familia de Faith en peligro inmediato. Necesitan protección AHORA. Penny" Las palabras se veían pequeñas en el papel grande. Insuficientes para la urgencia que contenían. Insuficientes para lo que estaba en juego. Escribió más abajo, casi como pensamiento tardío: "Tatuaje reciente. Puede que nuevo recluta. Cicatriz ceja izquierda. 1.75m aprox. 80kg. Manos de peleador." Dejó la nota en el centro del escritorio. Donde Locke no podría no verla cuando volviera. Salió del precinto. El aire de Ciudad Control olía a ozono y a basura y a más. El olor de una ciudad que se pudría desde adentro. El olor del sistema funcionando justo como había sido diseñado. Las farolas del Sector 4

parpadeaban. Tres de cada cinco apagadas. Mañana serían cuatro de cada cinco. La nota en el escritorio de Locke esperaba. ## 130 [L][F] [O] ### TORMENTA

La tormenta del Astral Norte no era agua ni viento. Era luz. Luz que cortaba. Luz que dejaba marcas en la piel si no te cubrías a tiempo. Luz que caía del cielo que no era cielo en ráfagas sólidas. Que golpeaban con la fuerza de granizo aunque no eran granizo. Aunque no eran nada que tuviera nombre en ningún idioma que Leonardo conociera. Las tormentas del Astral Norte llegaban sin aviso. No había nubes que se acumularan. No había presión atmosférica que cambiara. No había ninguna de las señales que en otros lugares permitían predecir el clima. Aquí el clima no seguía reglas. Aquí el clima era capricho de fuerzas que no tenían nombre ni interés en ser predecibles. Esta tormenta había empezado hace tres horas.

Tiempo suficiente para que los ochenta y tres sobrevivientes encontraran refugio en las cuevas del norte. Tiempo suficiente para que Leonardo entendiera que las tormentas del Astral no eran solo fenómenos meteorológicos. Eran eventos. Transmisiones de lo que usaba la luz como medio. El gris del Astral, el gris constante que era el color de todo aquí, había sido reemplazado por blanco cegador que alternaba con negro absoluto. Cada ráfaga era un flash que duraba menos de un segundo. Dejaba imágenes residuales en la retina. Manchas de luz que flotaban en el campo visual mucho después de que el destello había terminado. El grupo estaba refugiado en las cuevas que habían encontrado al norte del campamento. Espacios angostos que olían a mineral, a algo más viejo que los minerales.

Todos apretados en formaciones que no fueron diseñadas para contener ochenta y tres personas más un perro que ocupaba el

espacio de tres y que gruñía cada vez que alguien lo tocaba sin querer. Las paredes de la cueva eran piedra negra con vetas de lo que reflejaba los destellos de la tormenta. Cada ráfaga externa iluminaba las vetas por una fracción de segundo. Patrones de escritura o circuitos o ambas cosas o ninguna dependiendo del ángulo desde el que los miraras. Los vikingos se habían acostumbrado a la incomodidad. Se sentaban con las espaldas contra la piedra fría. Gunwise tenía los ojos cerrados. No dormía. Led murmuraba. Sigrid afilaba un cuchillo que ya estaba afilado porque sus manos necesitaban hacer algo.

Leonardo tenía el Voynich abierto en sus piernas. La luz de la tormenta entraba por las grietas en la roca. Rayos delgados que atravesaban la oscuridad de la cueva como dedos buscando. Y el libro respondía a cada destello. No como objeto pasivo que recibe luz y la refleja. Como algo activo. Las páginas se iluminaban con cada ráfaga externa. Brillaban desde adentro con luz que no era reflejo. Que tenía color propio. Dorado suave que pulsaba en frecuencia que Leonardo podía sentir en los huesos de sus manos donde sostenía el libro. - Coordinadas nuevas - admitió MAAT en su cabeza. La voz de la entidad tenía excitación acaso. O alarma. Era difícil distinguir emociones en no era del todo humano.

El libro está actualizándose. Incorporando información de la tormenta. ¿Actualizándose de qué? ¿Cómo puede una tormenta contener información? La luz del Astral Norte no es luz en el sentido convencional. Contiene datos. Fragmentos de memoria. Pedazos de lo que el universo recuerda de tiempos anteriores. Cuando la tormenta descarga, está redistribuyendo información entre los planos. El libro captura lo que puede. Lo incorpora a sus páginas. Se

vuelve más completo. Leonardo observó las páginas cambiar frente a sus ojos. Símbolos que se reorganizaban como si tuvieran voluntad propia. Líneas que se dibujaban conectando puntos que no existían hace un minuto. Un mapa construyéndose solo mientras él miraba. Novecientos doce puntos. El número aparecía de nuevo. Siempre ese número. En todas partes donde mirara.

Todos los puntos estaban conectados por líneas que formaban una red. No como tela de araña con centro definido. Más como sistema nervioso visto desde lejos. Cada punto era un nodo de actividad. Cada línea era una conexión que transmitía algo de un nodo al siguiente. - Las Torres TAAT - dijo MAAT. El sistema de control dimensional. Los anclajes que mantienen los planos separados cuando deberían estar juntos. Faith se acercó. Su cuerpo era silueta contra la luz que entraba por las grietas. La pipa de Don Humo en una mano. La otra apoyada en la pared de la cueva para mantener equilibrio en el espacio reducido. ¿Qué ves? Un mapa. Novecientos doce puntos conectados en una red que cubre... no sé cuánto cubre.

Más de lo que puedo entender. El número otra vez. Siempre el número. Está en todas partes; era la firma de quien construyó todo esto. Ilis apareció detrás de Faith. Se movía mejor ahora. Más fluidez. Lo que la Bestia había vaciado empezaba a llenarse con algo nuevo. Observación con ojos que habían visto cosas que nadie debería ver. Quiero ver dijo. Su voz era más fuerte que hace días. Leonardo giró el libro hacia ella. Ilis estudió las páginas con atención que iba más allá de lo visual. Los anclajes - indicó al final. Los puntos donde la realidad está clavada en su lugar. Donde alguien decidió

que este plano terminaba y otro empezaba. Cada torre sostiene un pedazo de la estructura.

Si movieras una... ¿Qué pasaría? Cambiaría todo. O no cambiaría nada visible. Sí algo profundo. Depende de qué torre y de cómo la muevas. La tormenta rugió afuera. Sonido que no estaba trueno. Más como el grito de algo enorme siendo desgarrado. O desgarrando. Un destello más intenso que todos los anteriores iluminó toda la cueva con claridad sobrenatural. Por un segundo menos de un segundo cada detalle fue visible. Cada grieta en la roca. Cada expresión en cada rostro. Cada símbolo en las páginas del Voynich. En ese instante de claridad absoluta, Leonardo vio algo en las páginas que no había visto antes. Una figura. Dibujada con líneas tan finas que eran invisibles excepto bajo luz perfecta. Humana en forma general.

Con proporciones incorrectas. Ojos muy grandes. Manos muy largas. Postura de alguien que observa sin esperar ser observado. El Bardo - dijo Ilis. Su voz tenía miedo. Reverencia. Las dos cosas mezcladas en proporciones que no debían mezclarse. Está en el libro. - Siempre estuvo en el libro. Un grito - interrumpió cualquier pregunta. No de una persona. No de nada que tuviera pulmones o garganta convencional. Un grito que vibraba en frecuencias que el oído humano no debería poder procesar. Procesaba de todas formas. Un grito que venía de afuera. De arriba. De algún lugar entre la tormenta y lo que había más allá de la tormenta. Copérnico gruñía. No hacia el sur donde estaba la Bestia. Hacia arriba.

Hacia el cielo de tormenta que no era cielo. Sombras dijo Malika desde la entrada de la cueva donde había estado vigilando. Veo sombras moviéndose en la tormenta. Entre los destellos. Como cosas que usan la luz para esconderse en lugar de para revelarse. Leonardo

guardó el Voynich en la mochila y caminó hacia donde Malika estaba parada. La luz de la tormenta cortaba cada vez que cruzaba una grieta. Pequeñas heridas que sangraban antes de cerrarse. La tormenta era caos visual. Entre los destellos en los fragmentos de oscuridad entre ráfagas algo se movía. Formas que no tenían forma fija. Que cambiaban cada vez que las mirabas. Los fragmentos pequeños dijo Ilis, que había llegado junto a ellos. Están observando.

Más de cerca que antes. La tormenta los atrae. O algo en la tormenta los despierta. ¿Esoj Siul? Faith miró alrededor contando cabezas. ¿Dónde está el Viejito? Todos miraron. El espacio donde Esoj Siul había estado sentado estaba vacío. La roca donde había apoyado la espalda tenía marcas de calor. Como si algo muy caliente hubiera estado presionando. El Viejito no estaba en la cueva. Leonardo corrió hacia la salida. Afuera era infierno de luz. El primer paso dolía. El segundo dolía más. Cada ráfaga cortaba la piel en lugares que no podía proteger. Sangre que aparecía y desaparecía, absorbida por el aire. Ahí estaba Esoj Siul. A veinte metros de la cueva. De pie en medio de la tormenta como si la luz no pudiera tocarlo.

Brazos abiertos hacia el cielo. Cara levantada hacia las ráfagas que descendían. ¡Regresa! gritó Leonardo. El viento se llevó sus palabras. ¡La tormenta te va a matar! El Viejito no se movió. No dio señal de escuchar. Las sombras descendieron. No como atacantes con intención de destruir. Como observadores que querían ver de cerca. Rodearon a Esoj Siul formando un círculo que giraba lento. Formas oscuras que flotaban sin alas ni medio de propulsión visible. Que pasaban a través de la luz sin ser afectadas. Leonardo contó siete. Luego once. Luego perdió la cuenta porque las formas se dividían y

se fusionaban y era imposible saber si lo que veía eran entidades separadas o partes de algo más grande que se movía como conjunto.

El número no importaba. Lo que importaba era que estaban aquí. Que habían venido a verlo. Que Esoj Siul les estaba mostrando Las sombras no tenían rostro. No tenían ojos en ningún sentido convencional. Aun así Leonardo las miraba. A él. A todos. Evaluando. Midiendo. Decidiendo lo que no podía entender. El quince por ciento de Helios que Esoj Siul contenía empezó a brillar. A través de su piel. Desde adentro; tenía un sol pequeño en el centro del pecho y la piel fuera solo tela que lo contenía a medias. La luz era dorada. El mismo dorado de las vetas en el Voynich. El mismo dorado de la semilla de Don Humo. El mismo dorado que aparecía en lugares donde los fragmentos de Helios dejaban su marca.

Todo conectado. Todo parte del mismo dios roto que había sido algo completo antes de que alguien decidiera fragmentarlo. Las sombras absorbieron esa luz. Fragmentos pequeños comiendo fragmentos más grandes. Probando. Verificando compatibilidad. El proceso era visible como pulsos de brillo que viajaban desde Esoj Siul hacia las formas oscuras y que se perdían dentro de ellas. Cada pulso dejaba al Viejito un poco más pálido. Un poco más pequeño. Esoj Siul gritó. No de dolor aunque puede que doliera. De reconocimiento. De ¡Los veo! - gritó hacia la tormenta. Hacia las sombras. Hacia algo más allá de ambas. ¡Los veo a todos! ¡Lo que éramos antes de fragmentarnos! ¡Lo que podemos ser si dejamos de pelear! Las sombras se alejaron. Tan rápido como habían llegado. Ascendiendo hacia el cielo de tormenta. Disolviéndose hasta que no quedó rastro. Esoj Siul cayó de rodillas. Leonardo corrió hacia él, ignorando el dolor. Lo sostuvo antes de que cayera del todo. El

cuerpo del Viejo estaba frío. Demasiado frío. ¿Qué pasó? ¿Qué viste? El Viejo lo miró. Sus ojos ya no eran los mismos. Más profundos. Con capas nuevas. Vi al Bardo. El que observa. El que recuerda. Vi lo que somos cuando dejamos de pelear por fragmentos. ¿Y qué somos? Memoria. Esoj Siul sonrió con lo que podría ser paz. Solo memoria. Esperando a que alguien la cuente. Esperando a que alguien la recuerde bien. La tormenta terminó. De golpe. Sin transición. Un segundo había luz cortante y ruido.

Al siguiente había silencio y el gris normal del Astral Norte. Leonardo ayudó a Esoj Siul a levantarse. Lo llevó de vuelta a la cueva. El Voynich pesaba más. Lo sacó. Lo abrió. Páginas nuevas que no habían existido hace una hora. Que el libro había creado durante la tormenta. Papel que no era papel. Material orgánico. Que tenía textura de piel vieja y olor vivo en algún momento. Las páginas nuevas eran más claras que las anteriores. O como si el libro estuviera creciendo hacia afuera desde un centro oscuro hacia bordes más luminosos. Un camino. Una ruta. Un destino marcado con círculo triple. La fortaleza de la Bestia. El mapa era más detallado que cualquier cosa que Leonardo había visto en el Voynich.

Líneas que marcaban pasillos. Puntos que indicaban peligros. Símbolos que probablemente significaban cosas que él no podía entender sin más contexto. Todo dibujado con la precisión de alguien que conocía el lugar. Que había estado ahí. Que había caminado por esos pasillos y había sobrevivido para contarlo. Y un nombre escrito en caligrafía que no era de ningún idioma conocido. Leonardo podía leer. NEXUS. ¿Qué es Nexus? - preguntó Faith. Leonardo no sabía. El libro no explicaba. Solo mostraba. Destino sin garantía de llegada. Mapa sin leyenda. Camino sin promesa de que llevaría a algún lugar

mejor que donde estaban ahora. Malika se acercó a mirar. Sus ojos recorrieron las líneas del mapa con la atención de alguien que busca errores en un cálculo.

No encontró errores. Solo preguntas que no tenían respuesta en estas páginas. Nexus podría ser nombre dijo. O podría ser descripción. Un punto donde las cosas convergen. Un lugar donde los caminos se juntan. O una trampa agregó Ilis. Su voz era de alguien que había aprendido a no confiar en cosas que se ofrecían fácil. El libro ahora era más pesado. Y eso significaba que había aprendido algo. Leonardo cerró el libro. Copérnico gruñó hacia el sur. Quince minutos exactos. Desde el sur. Desde la dirección de la Bestia. Un sonido que no era eco. Que tenía intención propia. El Voynich se cerró solo. El borde de las páginas cortó el pulgar de Leonardo. Sangre en papel antiguo. El libro la absorbió sin dejar mancha.

Nadie habló. El gruñido del sur no se repitió. # TEMPORADA 14: CAÍDA ## 131 [L][J][O]

MAPA

El Voynich olía a humedad y a algo más viejo que la humedad. Malika pasó el dedo por el borde de la página sin tocar la tinta. La tinta reaccionaba al calor corporal. Lo había aprendido hace tres páginas, cuando una ilustración de raíces se había movido bajo su pulgar. Viva. La cueva donde habían establecido el puesto de estudio tenía paredes que sudaban líquido gris. El líquido no era agua. Malika había analizado una muestra con el equipo que Led le había prestado: 73% de agua, 12% de minerite suspendida, 15% de lo que el

espectrómetro clasificaba como “error de lectura”. El Astral Norte no seguía las reglas de la química terrestre. El frío de la cueva se había instalado en sus articulaciones hace horas. Los dedos le dolían cuando los flexionaba. Había perdido sensibilidad en el meñique izquierdo durante la segunda hora de trabajo y no la había recuperado. El cuerpo cobraba por estar aquí. Leonardo estaba sentado frente a ella en un taburete hecho de huesos de lo que había muerto hace mucho tiempo. Las ojeras le llegaban hasta los pómulos, sombras azuladas que contrastaban con la palidez de su piel.

No había dormido en cuarenta y dos horas. Malika lo sabía porque ella tampoco había dormido y había estado contando. Aquí dijo Malika. Señaló un glifo en la esquina inferior de la página 47. El glifo era una espiral con dientes. Diecisiete dientes exactos, distribuidos en intervalos irregulares que sugerían un patrón que su cerebro no terminaba de procesar. ¿Qué es? Frecuencia. Cada página tiene una. Leonardo se inclinó hacia el libro. El Voynich pulsó. Malika lo percibió en las yemas de los dedos: un latido bajo, irregular, como un corazón con arritmia grave. El pulso aumentaba cuando Leonardo se acercaba. Disminuía cuando se alejaba. El libro lo reconocía de la misma manera que un perro reconoce a su dueño. ¿Cómo sabes que es frecuencia?

Porque vibra. Malika sacó el medidor de su bolsillo. Lo había construido con piezas del taladro de Led: tres cables de cobre trenzados a mano, un cristal de cuarzo encontrado en una grieta de la cueva. El cristal tenía vetas rojas que ningún mineral catalogado tenía. Había dejado de catalogar cosas en el Astral después del tercer día. La aguja de brújula modificada oscilaba entre números pintado con tinta que Anya le dio sin preguntar para qué la quería. El

medidor no era preciso. Tenía un margen de error de más o menos cinco hertz según sus cálculos, quizás siete si la temperatura bajaba. Era suficiente para lo que necesitaba. Puso el medidor sobre el glifo de la espiral dentada. La aguja saltó. 1.

Xipe Tótec - dijo Malika. 47 hertz. El desollado. El número le raspó la garganta al decirlo. 47 era el número de cortes encontrados en el cuerpo de Tomás, el niño que Nico había visto morir. El número de la División de Locke y Sánchez. El número de personas que asistían a los conciertos clandestinos de Pollos Gelatina. El número aparecía en 23 contextos diferentes que ella había contado. No se trataba de coincidencia. No lo mencionó. Los números hablaban por sí mismos a quien supiera escucharlos. Leonardo miraba el glifo. No podía. Malika lo sabía. Tampoco era su problema enseñarle.

Puso el medidor sobre el siguiente glifo. La aguja no se movió. Golpeó el cristal con la uña. Nada. Levantó el medidor y el Voynich pasó la página solo. Un movimiento seco, decidido, la página girando sin que nadie la tocara. La página que Malika quería medir quedó atrás. La página nueva mostraba un diagrama que no había visto antes: dos figuras de pie frente a una puerta cerrada. Una de las figuras tenía las manos vacías. La otra sostenía algo contra el pecho.

El libro había decidido qué iban a estudiar.

Malika intentó volver a la página anterior. El Voynich no la dejó. Las páginas estaban pegadas, selladas con una fuerza que no venía de la humedad ni de la edad. Selladas con intención.

Está bien. Tú mandas.

El papel crujió con un sonido que no fue justo el crujido del papel. Era más seco, más profundo.

El material recordaba haber sido algo diferente antes de convertirse en página. Malika había examinado las fibras bajo una lupa que Led había improvisado: 340 fibras por centímetro cuadrado, distribuidas en patrones que no coincidían con ninguna técnica de fabricación de papel conocida. El papel moderno tenía 180 fibras por centímetro cuadrado. El pergamino medieval tenía entre 200 y 250. Este papel había sido hecho con una técnica que no existía en los registros históricos, para durar más que las civilizaciones que lo habían creado. La siguiente página mostraba una serpiente emplumada. Los colores golpearon a Malika en los ojos como advertencia: verde ácido que hacía daño mirarlo directo, rojo húmedo al ojo aunque el papel estaba del todo seco al tacto, amarillo que brillaba con luz propia aunque no había fuente de iluminación que justificara el brillo.

Quetzalcóatl. La serpiente emplumada. El dios de la vida y la muerte y todo lo que había entre ambas cosas. Puso el medidor sobre la imagen. La aguja se movió más lento esta vez. La frecuencia saturaba el instrumento. 1. Quetzalcóatl - dijo Malika. 432 hertz. La frecuencia de la armonía. ¿Qué significa eso? Que el libro es un índice de dioses. Cada página corresponde a una frecuencia. Cada frecuencia corresponde a una entidad. Cada entidad tiene un nombre que el náhuatl puede pronunciar y activar. El náhuatl era la clave. Don Humo se lo había explicado antes de fragmentarse, en una conversación de tres minutos que Malika había grabado en su memoria con la precisión que reservaba para procedimientos quirúrgicos críticos.

“El náhuatl no es idioma,” había dicho, su voz ya empezando a volverse translúcida. “Es interfaz. Cada palabra es comando. El

cuerpo es el hardware que ejecuta. Y el costo... el costo siempre es físico.” Malika no había entendido del todo entonces. Ahora empezaba a entender. Leonardo tocó el borde de la página donde estaba la serpiente emplumada. El libro tembló más fuerte. Malika vio cómo la piel del dedo de Leonardo se enrojecía donde hacía contacto. El papel ardía aunque no había calor perceptible en el aire. ¿Por qué me quema? Linaje Tyr. Tu sangre resuena con el libro. El libro responde a lo que reconoce. No quiero que responda. Lo que quieras es irrelevante. Era verdad. Las preferencias de Leonardo no cambiaban lo que Leonardo era.

Descendiente de Tyr por línea materna, portador de un cableado cruzado que no era enfermedad sino manifestación de un linaje que se remontaba a antes del sistema, a antes de las ciudades, a antes de que la humanidad olvidara que había sido más que carne y miedo y hambre. El linaje no se elegía. El linaje se cargaba. Malika pasó más páginas. Los glifos se sucedían: Tláloc a 52 hertz, Huitzilopochtli a 73, Mictlantecuhtli a 28. Tan bajo que casi no se registraba, como un susurro de los muertos. Cada dios tenía su frecuencia. Cada frecuencia tenía su precio. La mano de Malika temblaba. No de frío. De algo más profundo. El meñique izquierdo seguía sin responder cuando intentaba moverlo por separado de los otros dedos.

El costo acumulado de tocar el libro durante horas. Llegó a una página diferente. No mostraba un dios. Mostraba un mapa. O un mapa de geometrías que las matemáticas normales no permitían. Líneas que se cruzaban en ángulos que sumaban más de 360 grados. Puntos que brillaban con luz propia aunque el papel no emitía luz en ningún otro lugar. Conexiones que aparecían y desaparecían según el ángulo desde el que miraran.

Esto es lo que buscábamos - dijo Malika. Leonardo se acercó más. El calor que irradiaba el libro le enrojeció la nariz, las mejillas, los párpados. Su piel reaccionaba al Voynich retrocediendo ante un calor que no existía. ¿Un mapa de qué?

Un índice de un mapa. No el mapa mismo. Señaló las líneas con el dedo sin tocarlas, manteniendo medio centímetro de distancia entre su piel y el papel. El medio centímetro le costaba esfuerzo. El libro tiraba de ella. Quería ser tocado. Mira las líneas. Cada una conecta dos puntos. Cada punto tiene un glifo. Cada glifo tiene una frecuencia que corresponde a una ubicación en la red de Torres TAAT. Faltan las coordenadas reales. Faltan los nombres de los lugares. Falta el contexto que haría que esto fuera navegable. ¿Y el mapa completo?

Malika señaló una esquina de la página donde había texto en un idioma que ninguno de los dos reconocía. Las letras se movían cuando no las miraban directo, reordenándose en configuraciones nuevas cada vez que apartaban la vista.

Había un símbolo que sí reconocían. Tres círculos concéntricos con una línea diagonal atravesándolos. El símbolo que aparecía en las entradas de los parques de diversiones del sistema. El símbolo que la gente asociaba con entretenimiento y escape y olvido programado. - Entreternia - dijo Malika. El mapa completo está en Entreternia. Lo que tenemos aquí es solo el índice. Las coordenadas sin el territorio. El menú sin el restaurante. El viejo iba a explicar esto. Se fragmentó antes de poder explicar nada útil. Lo que siguió tenía peso físico. Lo cargó en los hombros, en la nuca, en el espacio entre las vértebras C4 y C5 donde el cansancio de cuarenta y dos horas sin dormir se acumulaba como deuda.

El viejo había sido el único que entendía el Voynich del todo. Había pasado décadas estudiando sus páginas, aprendiendo sus frecuencias, pagando los costos que el libro exigía por cada fragmento de conocimiento. Ahora era notas dispersas en el viento del Astral, la canción usada para salvar a los demás convertida en eco permanente. Nadie lo escuchaba. Todos lo sentían.

El Voynich tembló. No el temblor habitual de reconocimiento. Un temblor largo, irregular, que le sacudió las manos a Leonardo y le hizo soltar el libro. El Voynich cayó abierto en el suelo de la cueva. Las páginas se movieron solas. Rápido. Pasando una tras otra con un sonido de alas. Se detuvieron en una página en blanco que no había estado en blanco. Tinta apareciendo sobre la superficie. Líneas que se trazaban sin mano, sin pluma, sin instrumento visible. Un rostro. Barbas largas. Ojos que miraban hacia arriba. Humo saliendo de una boca que casi sonreía. Don Humo.

El libro lo estaba dibujando de memoria.

Leonardo extendió la mano hacia la página. La tinta estaba húmeda. Fresca. Olía a tabaco y a copal. El dibujo se completó en diez segundos. Después la tinta se secó y se oscureció hasta volverse parte del pergamino. Permanente. El Voynich había registrado al viejo por su cuenta. Lo había guardado donde nadie podía borrarlo. Leonardo tocó la página siguiente, donde estaba el símbolo de Entreternia. Su dedo dejó una mancha de sudor que el papel absorbió de golpe. El Voynich tenía sed. ¿Cómo llegamos a Entreternia desde aquí? Cruzando de vuelta al Plano Medio. Evitando a Viktor y a los mercenarios que el sistema ha desplegado. Encontrando la entrada secreta que Don Humo mencionó en una de sus últimas conversaciones coherentes.

Eso no es un plan. Es lo que tenemos. Malika cerró el Voynich. El libro protestó con un zumbido bajo que le vibró en los huesos de la mandíbula, que le hizo doler los dientes de una manera que sugería que el dolor era intencional, que el libro no quería ser cerrado y lo comunicaba de la única forma que podía. Lo envolvió en la tela que usaban para transportarlo. La tela era negra, tejida con fibras que Led extrajo de lo que encontró en las profundidades del Astral. La tela absorbía las pulsaciones del libro, las amortiguaba lo suficiente para que pudieran cargarlo sin sufrir los efectos constantes de su presencia. La tela estaba manchada de algo como óxido.

No lo era. Era residuo de las veces que el libro había sangrado durante lecturas muy intensas. El Voynich sangraba a veces, cuando leían páginas que no querían ser leídas. Leonardo seguía mirando el lugar donde había estado el libro. Su ausencia dejaba un vacío visible. El náhuatl activa los patrones - contestó Malika. Puedo demostrarlo. No esperó respuesta. No necesitaba permiso. Puso la mano sobre la tela que envolvía el libro y añadió: Atl. Agua. La palabra salió de su boca con un sonido que no era justo sonido. Era la oscilación. Era frecuencia hecha carne. Era algo antiguo usando su laringe como instrumento. El aire se humedeció. La condensación se formó en su piel, gotas diminutas que aparecieron de la nada y que existieron durante justo tres segundos antes de evaporarse.

El aire olió a lluvia, a tormenta, a océano profundo donde la luz no llegaba. Su mano izquierda bajó dos grados de temperatura. Le llegó a los huesos, a los tendones, en el espacio entre las articulaciones donde el frío se instaló como inquilino que no planeaba irse. El frío no era desagradable justo. Era precio. Era el costo que el sistema náhuatl exigía por activar una palabra. El

meñique perdió otro grado de sensibilidad. Ahora no sentía nada debajo de la segunda falange. El cuerpo paga - dijo Malika. Las palabras activan. Pero el cuerpo siempre paga. Leonardo extendió la mano hacia el libro envuelto. Déjame intentar. Tu linaje es más fuerte que el mío. Tyr resonaba con frecuencias que yo solo puedo aproximar.

El costo para ti será mayor en proporción. Déjame intentar de todas formas. Malika apartó la tela. El Voynich quedó expuesto, su cubierta de cuero brillando con luz propia en la penumbra de la cueva. Si es que era cuero. Si es que había sido alguna vez parte de un animal reconocible. Leonardo puso la palma sobre la cubierta y cerró los ojos. Su respiración se ralentizó. Su mandíbula se tensó. Malika vio cómo los músculos de su cuello se contraían, cómo su cuerpo se preparaba instintivamente para lo desconocido. Lo reconocía en algún nivel celular. Tetl. Piedra. La palabra salió de la boca de Leonardo con más fuerza de la que salió de la de Malika. La sacudida fue visible: el aire tembló alrededor de sus labios.

La realidad dudó un momento. Una roca cerca de ellos del tamaño de un puño, gris con vetas blancas tembló. No se movió. Solo se sacudió. Un temblor que duró tres segundos y que dejó polvo en el aire cuando terminó. El polvo brilló un instante con luz ajena a toda fuente, partículas suspendidas que reflejaban lo imperceptible, en un espectro que los ojos humanos no estaban diseñados para percibir. El dedo índice de Leonardo sangró donde tocaba el libro. Una línea roja apareció en la yema, fina y precisa. El Voynich lo había cortado con un filo invisible. El cuerpo paga repitió Malika. Tu sangre es compatible con el sistema. Pero el precio siempre es físico. Cada palabra te va a costar.

Cada activación va a dejar marca. Leonardo miró la sangre. Una gota cayó sobre la cubierta del Voynich. El libro la absorbió de golpe, sin dejar rastro. El libro esperaba esa sangre. Siglos de espera. La sangre de Leonardo era justo lo que necesitaba para despertar lo que había estado dormido. ¿Cuánta sangre necesita? No lo sé. Nadie vivo lo sabe. Don Humo llevaba décadas estudiando el libro y nunca llegó a entender del todo su metabolismo. Murió con secretos que nos hubieran ayudado a sobrevivir lo que viene. Leonardo envolvió el libro de nuevo con movimientos lentos y cuidadosos, como si manipulara un explosivo. El Voynich contenía conocimiento que destruyó civilizaciones enteras. El Voynich recordaba cosas que la humanidad había olvidado.

Afuera de la cueva, el cielo del Astral Norte seguía siendo del mismo gris que había sido desde que llegaron. Un gris que no cambiaba con el paso de las horas, que no se oscurecía ni se aclaraba, que era. El tiempo no funcionaba aquí. Leonardo se sentó con la espalda contra la pared húmeda de la cueva. La humedad le traspasó la camisa en segundos. No se movió. Su dedo seguía sangrando. No se molestó en vendarlo. Algunas heridas no se curaban con vendas. ¿Qué más dice el libro sobre Entreternia? Que es donde guardan los sueños. Que es donde el Dr. Xoc tiene sus laboratorios principales. Que es donde la gente va a olvidar voluntariamente y donde el sistema almacena lo que quiere que olviden involuntariamente.

Suena a trampa. Tal vez lo sea. Pero las trampas a veces son los únicos caminos que quedan. Leonardo no comentó nada más. No hacía falta. Ambos sabían que iban a ir a Entreternia de todas formas, que iban a caminar hacia la trampa con los ojos abiertos porque la alternativa era quedarse quietos mientras el mundo se

desmoronaba a su alrededor. El Voynich pulsó bajo la tela. Esperando. Hambriento. ## 132 [K][P][S] ### HUECO

El café estaba frío desde hacía una hora. Locke lo bebió de todas formas porque la alternativa era no beber nada y su cuerpo necesitaba líquido aunque el líquido supiera a agua sucia con pretensiones de cafeína. Tres días sin dormir más de dos horas seguidas hacían que el sabor fuera irrelevante. Lo que importaba era la química moviéndose por su sistema, manteniendo las neuronas disparando, manteniéndolo funcional cuando cada célula de su cuerpo gritaba que se detuviera. El precinto de la División 47 estaba vacío a las tres de la mañana. Vacío de personas, no de ruido. Las luces fluorescentes zumbaban a 60 hertz. Locke las había medido una vez durante un turno muy lento, cuando medir cosas era mejor que pensar en las cosas que no podía medir.

Los ventiladores del sistema de aire acondicionado que no funcionaba correctamente producían un chirrido arrítmico que se había convertido en parte del paisaje sonoro del lugar. Su escritorio estaba cubierto de papeles que nadie leía y de tazas de café que nadie lavaba. Los círculos de café seco formaban un diagrama de Venn involuntario sobre la superficie de madera falsa: cada círculo era una noche sin dormir, cada superposición era un caso que no había resuelto. Penny apareció en la puerta de su oficina. Pelo rojo que no había visto champú en días, mechones que se escapaban de una cola de caballo hecha con prisa y sin espejo. Ojeras que competían con las de él en profundidad y en coloración púrpura.

Una tablet en la mano que brillaba con datos que Locke no quería ver. Los vería de todas formas. Ese era su trabajo. Dejar de mirar datos significaba dejar que los datos lo miraran a él. Tengo el patrón

- dijo Penny. Voz de arena tragada. Locke reconoció el tono: el sonido de alguien que había estado hablando con computadoras durante doce horas y que olvidó cómo modular para oídos humanos. ¿Qué patrón? Viktor. Sus movimientos de las últimas dos semanas. Los correlacioné con los ataques confirmados, las desapariciones reportadas y los avistamientos que la gente publicó en las redes antes de que el sistema los borrara. Locke dejó la taza de café sobre el escritorio, añadiendo otro círculo al diagrama de Venn.

Se frotó los ojos con los nudillos. El gesto no ayudó; solo movió el cansancio de un lugar a otro. Muéstrame. Penny entró a la oficina y puso la tablet frente a él. La pantalla mostraba un mapa del Plano Medio con puntos rojos que indicaban ubicaciones confirmadas de Viktor y líneas azules que conectaban los puntos en orden cronológico. Los puntos formaban un patrón. No caótico. No aleatorio. Una espiral que comenzaba en el centro de la ciudad, en el Sector 3 donde estaban los edificios gubernamentales que nadie visitaba por elección, y que se expandía hacia afuera con precisión matemática que hizo que el estómago de Locke se apretara. Está siguiendo un patrón geográfico - contestó Penny. Se mueve en espiral desde el centro hacia afuera.

Cada objetivo está justo 3.7 kilómetros más lejos que el anterior. Cada ataque ocurre justo 72 horas después del anterior, con una variación de menos de quince minutos. Eso es... muy específico. Viktor siempre es específico. Es lo que lo hace difícil de atrapar y fácil de predecir una vez que tienes suficientes datos. Locke miró el mapa. Los puntos rojos. Las líneas azules. La espiral expandiéndose como una onda en agua sucia. ¿Hacia dónde apunta? Penny amplió el mapa con un gesto que Locke había visto mil veces. Seguía

pareciéndole extraño, La información se estiraba y comprimía a voluntad. La espiral terminaba en un sector que Locke conocía. Un sector donde había pasado noches enteras estacionado en la calle, vigilando desde la oscuridad del auto, asegurándose de que todo estuviera bien aunque no tenía derecho a asegurarse de nada, asegurándose de que nadie sospechara por qué le importaba tanto un edificio de apartamentos en particular.

Sector 12. Bloque 7. Edificio 23. Tercer piso. La dirección de Sofía. La dirección de Lu. El café bebido se transformó en ácido en su estómago. Reconoció cómo el líquido le subía por la garganta, cómo su cuerpo reaccionaba a la información antes de que su mente pudiera procesarla del todo. Se tragó la náusea con fuerza de voluntad y treinta años de práctica ocultando lo que sentía. ¿Cuándo? preguntó. Su voz sonó extraña incluso para él. Ronca. Controlada de una manera que requería esfuerzo consciente. Si sigue el patrón, entre 36 y 48 horas. El próximo ataque debería ocurrir el jueves entre las 2 y las 4 de la mañana, en algún punto dentro de un radio de 200 metros de esta ubicación.

Locke miró el punto donde terminaba la espiral. El punto que marcaba la ubicación de su hija aunque Penny no lo supiera, aunque nadie lo supiera excepto él, Sofía y lo que compartían cada vez que se cruzaban en público y fingían ser solo conocidos. Lu tenía doce años. Lu veía el número en lugares donde no estaba, en sueños que no le contaba a nadie, en esquinas de su visión que desaparecían cuando intentaba mirarlas directo. Lu era suya aunque no podría admitirlo. Admitirlo pondría en peligro todo lo que había construido para protegerla. ¿Quién más sabe esto? preguntó. Solo yo. No lo puse en el

sistema todavía. Quería mostrártelo primero porque... Penny dudó. Porque algo en ti cambió cuando viste la ubicación.

No sé qué. Algo cambió. Locke maldijo para adentro. Se estaba volviendo descuidado. El cansancio erosionaba las máscaras que había usado durante años. No lo pongas en el sistema comentó. Todavía no. Penny lo miró. Sus ojos tenían la pregunta que sus labios no formularon: ¿Por qué? ¿Qué conexión tienes con esa dirección? ¿Qué no me estás diciendo? Si Viktor sabe que sabemos, cambia el objetivo explicó Locke, usando la verdad como escudo. Necesitamos que siga el patrón. Necesitamos saber justo cuándo y dónde va a aparecer para poder atraparlo esta vez. ¿Y la familia que vive en esa ubicación? Voy a advertirles. En persona. Sin poner nada en reportes oficiales que Viktor pueda interceptar. Era mentira parcial y verdad parcial y algo intermedio que Locke había perfeccionado durante décadas de trabajo en un sistema que castigaba la honestidad.

Iba a advertir a Sofía, sí. No por protocolo. No por deber profesional. Iba a advertirla porque Lu dormía en ese apartamento cada noche y porque proteger a Lu era lo único que le quedaba cuando todo lo demás fallaba. Penny no hizo más preguntas. Penny era inteligente de la manera que importaba: sabía cuándo presionar y cuándo dejar que las cosas quedaran sin decir. Ten cuidado dijo. Viktor lleva años evadiendo a detectives mejores que nosotros. Si sospechas que lo estamos siguiendo... Lo sé. Locke tomó su chaqueta del respaldo de la silla. La chaqueta olía a sudor viejo y a café derramado y a noches sin fin que se acumulaban como capas geológicas de fracaso. No importaba. El olor no mataba a nadie.

Viktor sí. Salió del precinto. Las calles del Plano Medio estaban diferentes a como las recordaba de hace un mes. Más vacías. Más

silenciosas. Locke caminó hacia la estación de metro más cercana y contó las personas en un radio de dos cuadras. Hace un mes contaba 70, incluso a las tres de la mañana. La gente se estaba quedando en casa. La gente tenía miedo de lo que no podía nombrar. Lo sentía en el aire. Las pantallas publicitarias gritaban más fuerte que antes, compensando la ausencia de cuerpos con exceso de sonido. “¡BARRAS DE POLLO GELATINA! ¡EL SABOR QUE TE COMPLETA!” El jingle se le metió en la cabeza como parásito sonoro, melodía diseñada por algoritmos para ser inolvidable.

El volumen estaba 60% más alto que el mes pasado. Locke lo notó porque notaba esas cosas. Era lo que lo hacía buen detective y mal compañero de conversación. Pasó frente a un hombre que estaba de pie frente a otra pantalla, del todo inmóvil, mirando sin parpadear. El hombre llevaba ropa cara hace años: traje gris con solapas anchas, corbata que alguna vez había sido roja y ahora era del color de la sangre seca. Sus zapatos estaban sucios de una manera que sugería que llevaba días sin moverse, que la suciedad se había acumulado alrededor de él como sedimento. Locke lo reconoció. Había visto al mismo hombre en el mismo lugar hace seis horas, cuando había llegado al precinto para el turno de noche.

No se había movido. No había cambiado de posición. Solo miraba la pantalla que mostraba anuncios de productos que nadie podía comprar a precios que nadie podía pagar. Tres horas antes de eso, también estaba ahí. No se detuvo a ayudarlo. No podía detenerse por cada persona que el sistema había roto. No había suficientes horas en el día, no había suficiente energía en su cuerpo, no había suficiente de él para repartir entre todos los que necesitaban ayuda. Solo podía elegir. Había elegido a Lu hace doce años, cuando nació, cuando la

sostuvo por primera vez en brazos que no tenían derecho a sostenerla, cuando supo con certeza absoluta que daría todo por ella aunque tuviera que fingir durante el resto de su vida que no existía.

El tren subterráneo llegó en cuatro minutos. Los vagones estaban más vacíos de lo normal: tres personas además de él, cada una en su propia burbuja de aislamiento, cada una mirando pantallas personales que emitían luz azul sobre rostros que olvidaron cómo expresar emociones. Una de las pantallas mostraba un mensaje de error que parpadeaba cada dos segundos. La persona que sostenía la pantalla no lo notaba. Seguía moviendo los dedos sobre el cristal. Algo funcionaba. Las estaciones pasaron como manchas de luz en la oscuridad del túnel. Locke contó las paradas porque contar era mejor que pensar y porque pensar llevaba a lugares que no quería visitar a las tres de la mañana mientras viajaba hacia una conversación que no quería tener. Siete paradas. Sector 5. Sector 7. Cerca de ahí, sector 9. De golpe, sector 10. Sector 11. Sector 12, parada norte. Sector 12, parada central. En el Sector 9, un anuncio de audio atravesó el vagón desde los altavoces del techo. “RECUERDE: LA FELICIDAD ES UN DERECHO. LA PRODUCTIVIDAD ES UN DEBER.” El mensaje se repitió dos veces antes de que el tren se moviera. Nadie reaccionó. Nadie levantó la vista. Subió las escaleras del metro. El aire de la superficie lo golpeó con olor a ozono y a químicos que las plantas de procesamiento emitían por las noches cuando creían que nadie monitoreaba. El olor era más fuerte que hace un mes. Más penetrante. Más presente en cada inhalación. El edificio 23 era visible desde la salida del metro.

Diez pisos de concreto gris que alguna vez había sido blanco antes de que la contaminación y el abandono hicieran su trabajo. Balcones

que nadie usaba porque el aire no era bueno para respirar durante mucho tiempo. Ventanas que brillaban con la luz azul de las pantallas que la gente miraba para no tener que mirarse entre sí. Tercer piso. Cuarta ventana desde la izquierda. La ventana del cuarto de Lu. La luz estaba apagada. Lu dormía. Lu soñaba sueños que incluían el número aunque no entendía por qué. Locke subió las escaleras del edificio. Cada escalón crujía de una manera diferente, una sinfonía de decadencia estructural que había memorizado durante años de visitas que nadie sabía que hacía. Tercer piso.

Pasillo con luces que parpadeaban cada treinta segundos. Puerta número 7. Tocó. Los segundos se estiraron. Locke escuchó pasos adentro, amortiguados por paredes que no habían sido diseñadas para amortiguar nada. Escuchó voces murmurando, una adulta y una más joven. No distinguía las palabras. Reconocía el tono: preocupación, confusión, miedo. Escuchó el sonido de alguien mirando por la mirilla, verificando quién había venido a tocar puertas a las cuatro de la mañana cuando nada bueno pasaba a las cuatro de la mañana. La puerta se abrió. Sofía estaba del otro lado. Pelo oscuro recogido en una cola de caballo que se había deshecho durante horas de sueño interrumpido. Ojos que lo reconocieron de golpe y que se llenaron de lo que no era miedo.

Dolía igual. Bata sobre pijama, los pies descalzos sobre el suelo frío del apartamento. Locke. Su nombre en la boca de ella sonaba diferente a como sonaba en la boca de cualquier otra persona. Sonaba a historia. A secretos. A doce años que pesaban más que las palabras. Necesito hablar contigo. Detrás de Sofía, en el pasillo del apartamento, Lu apareció. Doce años. Pelo oscuro como el de su madre. Ojos que eran los de Locke. Pijama con dibujos de gatos que

le quedaba pequeño porque creció durante el último año y porque la ropa nueva era un lujo que Sofía no podía permitirse. ¿Mamá? ¿Quién es? La pregunta cortó a Locke. Lu no lo conocía. Lu lo había visto probablemente tres veces en su vida, siempre de lejos, siempre como “el detective que trabaja con mamá a veces”.

No como padre. No como la razón por la que tenía los ojos que tenía. Un compañero de trabajo - dijo Sofía, la mentira saliendo de sus labios con la facilidad de la práctica. Vuelve a tu cuarto, cariño. Es cosa de adultos. Pero son las cuatro de la mañana... Lu. Cuarto. Ahora. El tono no dejaba espacio para negociación. Lu obedeció, arrastrando los pies por el pasillo con la frustración de una niña de doce años que sabía que estaba siendo excluida de algo importante. Una puerta se cerró. Sofía dejó pasar a Locke al apartamento. El apartamento olía a comida recalentada, a detergente barato, a hogar de una manera que el apartamento de Locke no había oído en años.

Es sobre Viktor - añadió Locke cuando la puerta se cerró detrás de él. Su patrón apunta aquí. Tienes entre 36 y 48 horas. El color drenó del rostro de Sofía como agua por un desagüe. Tres personas. Una puerta cerrada. El peso de todo lo que no podían decir y todo lo que tenían que hacer. ## 133 [K][J] ### CUERPO

La planta tenía cinco hojas. Nico las contó cada mañana desde que la semilla había brotado, usando los dedos para marcar cada hoja mientras susurraba los números como si contarlos en voz alta los hiciera más reales. La primera hoja era pequeña y pálida, del tamaño de la uña de su meñique. La segunda hoja era un poco más grande, con vetas verdes que no existían en ningún lugar con luz natural. La tercera, cuarta, quinta. Cinco hojas verdes que brillaban con luz propia en el sótano donde nadie más entraba. El sótano había

sido bodega de un edificio que ya no existía arriba. Nico había encontrado la entrada hace seis meses, una escalera de concreto detrás de escombros que nadie se molestaba en mover. El espacio olía a humedad y a óxido y a algo más viejo que el óxido, algo que Nico imaginaba era el olor de las cosas olvidadas.

Había traído tierra de un parque que cerraron hace años, cargándola en bolsas que escondía bajo la ropa. Cuatro viajes. Ocho kilos en total. Las bolsas le habían dejado marcas en los hombros que tardaron días en desaparecer. Había traído agua de las fuentes públicas antes de que las cerraran también, guardándola en botellas que acumulaba en una esquina del sótano. Había plantado la semilla que encontró en el bolsillo de Don Humo antes de que lo fragmentaran, antes de que la canción lo convirtiera en eco. La planta crecía a velocidad que ninguna planta alcanzaba. Cinco hojas en tres semanas cuando las plantas normales tardaban meses en desarrollarse así. Las hojas eran de un verde que Nico no había visto en el Plano Medio, donde las plantas artificiales venían en tonos que intentaban imitar la vida sin conseguirlo.

El oso Dember estaba a su lado en el suelo de concreto. El oso había sido de Tomás primero. Tomás lo había cargado hasta el final, hasta el callejón, hasta los cortes que lo habían convertido en lo que no podía cargar nada. Nico había recogido el oso del suelo cuando nadie miraba, cuando los adultos estaban ocupados gritando y llorando y haciendo las cosas que los adultos hacían cuando la muerte llegaba. El oso estaba manchado de cosas que Nico prefería no identificar. Desgastado por años de ser abrazado. El ojo izquierdo colgaba de un hilo que Nico reforzaba cada semana con aguja e hilo

que robaba de mercados que cerraban más temprano cada mes porque la gente ya no compraba lo que vendían.

Cinco hojas le admitió al oso. El oso no respondió. Los osos de peluche no respondían. Nico le hablaba de todas formas porque hablar con algo era mejor que hablar solo y porque el silencio del sótano no cabía en su respiración. La planta vibró. Nico sintió un temblor en el tallo que duró medio segundo y que dejó las hojas moviéndose aunque no había viento en el sótano, aunque el aire estaba tan quieto que el polvo flotaba sin dirección. El temblor tenía un ritmo. El mismo ritmo que Nico sentía cuando apretaba al oso contra su pecho. El mismo ritmo que había sentido cuando Don Humo sonreía, antes de que la sonrisa lo fragmentara.

El ritmo era el mismo de siempre. Nico lo había contado tantas veces que ya no necesitaba contar. Lo reconocía como reconocía su propia respiración. Puso la mano sobre la tierra donde estaba plantada la semilla convertida en planta. La tierra estaba tibia. Más tibia de lo que el termómetro roto indicaba. Quince grados según el aparato. La tierra como treinta. El termómetro mentía o la tierra mentía o algo en el sótano no seguía las reglas que Nico había aprendido sobre cómo funcionaba el mundo. ¿Qué eres? preguntó. La planta no respondió. Algo - respondió cuando hizo la pregunta: un pulso que subió por su brazo desde la tierra, que atravesó su muñeca y su codo y su hombro, que se instaló en su pecho justo donde el oso descansaba cuando dormía.

El mismo ritmo. El oso. La planta. La semilla que guardaba en el bolsillo desde que la encontró en la ropa de Don Humo después de que lo fragmentaran. Algo en su pecho que no podía nombrar. Estaba ahí, latiendo, esperando. Todo pulsaba con el mismo ritmo. El ritmo

constante cuando los contaba. El número aparecía en todas partes estos días. En las pantallas publicitarias, escondido en la estática. En los sueños que tenía cuando dormía dos horas o menos. En las esquinas de su visión cuando miraba hacia lugares donde no quería mirar. No sabía qué significaba el número. Sabía que significaba algo. El concierto era a medianoche. Nico llegó temprano porque llegar temprano significaba ayudar a montar los equipos y esa tarea mantenía las manos ocupadas y la mente distante del dolor.

El sótano abandonado donde tocaban los Pollos Gelatina era diferente al sótano donde Nico cuidaba la planta. Este era más grande, con paredes de ladrillo que sudaban humedad, con cables eléctricos que colgaban del techo como tripas de lo que había muerto hace mucho tiempo. Olía a moho, a sudor, a cerveza derramada que nadie limpiaba porque limpiar era un lujo y los lujos no existían aquí. La entrada estaba escondida detrás de un contenedor de basura que pesaba 200 kilos vacío. Se necesitaban cuatro personas para moverlo. Nico conocía el peso exacto porque lo había ayudado a mover docenas de veces en los últimos seis meses. El número otra vez. Conectar los amplificadores tomó cuarenta minutos. Los cables estaban viejos, las conexiones oxidadas, los enchufes sueltos.

Nico se electrocutó tres veces durante el proceso. Pequeñas descargas que le dejaban los dedos hormigueando durante minutos. El precio de la música. Cuarenta y tres personas ya estaban presentes cuando Nico terminó de conectar el último amplificador. Las había contado mientras trabajaba, un hábito que había desarrollado sin saber por qué, una necesidad de saber justo cuánta gente había en un espacio. El número importaba para lo que no entendía. Cuarenta y uno personas sentadas en el suelo o apoyadas contra paredes que se

descascaraban. Cuarenta y siete personas con ojos que habían visto lo que el sistema les mostraba y que venían a estos conciertos buscando lo que el sistema les había quitado. Tiny Almanacs estaba en una esquina afinando su guitarra.

La guitarra era un desastre hermoso: cuerpo de madera rescatado de un basurero, cuerdas viejas que seguían sonando porque Tiny sabía cómo convencer a las cosas de que siguieran funcionando cuando todo indicaba que debían parar. Llegaste - dijo Tiny sin mirarlo, los ojos fijos en las clavijas que giraba con dedos que tenían callos sobre callos. Llegué. ¿Trajiste la semilla? Nico tocó el bolsillo donde estaba la semilla de repuesto. La segunda semilla. La que Don Humo le había dado directo, presionándola en su palma con dedos que ya empezaban a volverse translúcidos mientras decía palabras que Nico no había entendido entonces y que todavía no entendía ahora. “Plántala cuando sea el momento. La planta te dirá cuándo. Y nunca olvides que las frecuencias son lo único que el sistema no puede borrar del todo.” La traje.

Bien. La vamos a necesitar esta noche. Los demás Pollos Gelatina llegaron en los siguientes minutos. Vera con su bajo de partes de refrigerador porque estaba hecho de partes de refrigerador, la carcasa de un modelo que ya no fabricaban convertida en instrumento que producía sonidos que no existían en ningún catálogo. Marcus con sus baquetas que eran en realidad huesos de lo que nadie había identificado y que nadie quería identificar, huesos que sonaban mejor que cualquier madera cuando golpeaban los tambores improvisados. Lena con su teclado que funcionaba con baterías de dron robadas, teclas que a veces emitían estática en frecuencias que hacían llorar a la gente. Treinta y nueve personas.

Cuarenta y siete frecuencias que el sistema había intentado borrar y que seguían existiendo porque la música era más fuerte que el borrado, porque la memoria vivía en el ritmo, porque olvidar del todo no funcionaba mientras alguien cantara.

Tiny tocó el primer acorde. 963 hertz mezclados con punk. El sonido golpeó a Nico en el pecho como puño cerrado. No lucía como dolor justo. Era algo más. El sonido buscaba una parte dentro de él. El sonido sabía dónde vivían los recuerdos que él creía perdidos, estuviera excavando para encontrarlos. Vio a Tomás. No como lo había visto en el callejón, roto, vacío y cubierto de cortes que formaban patrones con significado. Lo vio como había sido antes: cuatro años, riendo, corriendo por el pasillo del orfanato con el oso Dember en los brazos. El oso era más grande que él. No le importaba. El oso era su amigo y los amigos se cargaban aunque pesaran. La imagen duró tres segundos.

Tomás corriendo. Tomás riendo. Tomás vivo. Luego desapareció y Nico estaba de vuelta en el sótano con cuarenta y siete personas que tenían sus propios recuerdos emergiendo del sonido como burbujas subiendo a la superficie de agua turbia. Algunas personas lloraban. Algunas personas sonreían mientras lloraban. Algunas personas serían arrestadas después, cuando los drones de vigilancia que sobrevolaban la ciudad procesaran las grabaciones de audio y detectaran las frecuencias prohibidas. Los drones no entraban al sótano. Registraban lo que salía de él, las ondas de sonido que escapaban por grietas en el concreto. Eso sería después. Ahora solo había música. Nico sacó la semilla del bolsillo. La semilla brillaba. Luz verde que pulsaba con la música, que se sincronizaba con los acordes de Tiny, que respondía a las frecuencias.

Estaba viva. La luz era más fuerte que la de la planta en su sótano. La luz era más fuerte que cualquier cosa que Nico había visto que no fuera una pantalla publicitaria. ¿Ves? - admitió Tiny entre canciones, el sudor corriéndole por la cara llorando por todos los poros. La música funciona. ¿Por qué? El sistema usa frecuencias para borrar. 741 hertz para inhibir la memoria a corto plazo. 440 para normalizar la ansiedad hasta que la gente olvide cómo era vivir sin ella. ¿Y nosotros? Nosotros usamos frecuencias para recordar. 963 para despertar lo que nos robaron. 432 para la armonía que el sistema quiere que olvidemos que existe. Es guerra de ondas. Es guerra de ondas confirmó Tiny. Ellos tienen las Torres TAAT. Nosotros tenemos guitarras viejas y voces que se niegan a callarse. ¿Quién gana? Tiny no dijo con palabras. Tocó otro acorde. 432 hertz esta vez, la frecuencia de la armonía, la frecuencia que Malika había encontrado en el Voynich en la página de Quetzalcóatl aunque Nico no sabía eso todavía. La semilla brilló más fuerte. Nico la guardó en el bolsillo. El calor de la semilla le atravesó la tela y le calentó la pierna con una temperatura acogedora. Era el calor de lo vivo reconociéndolo. El concierto duró tres horas. Cuando terminó, lo que vino después fue peor que el ruido. El sistema esperando afuera. Los drones procesando frecuencias. El abismo entre lo que habían sentido y lo que tendrían que fingir no haber sentido cuando volvieran a sus vidas.

Nico salió por la puerta trasera, la que daba a un callejón donde la basura se acumulaba en montañas que nadie recogía. El olor era fuerte. Lo prefería al olor antiséptico de las calles principales, donde el sistema rociaba químicos que según decían limpiaban el aire y que en realidad solo enmascaraban lo que estaba debajo. Volvió al sótano

donde cuidaba la planta. El camino era largo y oscuro y pasaba por calles donde la gente ya no salía de noche porque la noche había dejado de ser segura hacía años aunque nadie podía decir justo cuándo había pasado. Caminó con el oso Dember en el pecho, sujeto con correas que había fabricado con cables que encontró en la basura.

Las correas le cortaban la circulación si las apretaba mucho. Las dejaba flojas y el oso se movía con cada paso, golpeándole el esternón con un ritmo que se sumaba al ritmo que ya sentía. El oso absorbía el pulso del concierto, o Nico imaginaba que lo hacía. El ritmo que sentía en el pecho era el mismo que había sentido durante la música, el mismo que sentía cuando tocaba la planta, el mismo que conectaba todo. Pasó frente a tres pantallas publicitarias. Las tres mostraban el mismo anuncio de Pollos Gelatina. El jingle se le metió en la cabeza y se mezcló con los 963 hertz que todavía le hacían latir en el esternón. Las frecuencias competían. Las frecuencias siempre competían.

La planta ahora tenía seis hojas. Había crecido durante el concierto. Una hoja nueva en tres horas. Las plantas normales tardaban semanas en producir una hoja. Esta planta no era normal. Nico lo sabía desde el principio. Lo supo cuando la semilla germinó en dos días en lugar de dos semanas. Lo supo cuando las hojas brillaron con luz que no venía de ninguna fuente. Había respondido a la música desde kilómetros de distancia,. Nico se arrodilló junto a la maceta improvisada. Las rodillas le dolieron cuando tocaron el concreto frío. Llevaba horas caminando y el cuerpo cobraba. Tocó el tallo con la punta del dedo. El ritmo era el mismo de siempre: constante, bajo, vivo. El número que lo seguía a todas partes.

El mismo ritmo que el oso Dember. El mismo ritmo que la semilla en su bolsillo. El mismo ritmo que algo en su pecho que no podía nombrar. Estaba ahí, latiendo, esperando, creciendo. Todo conectado. Todo parte de lo que Nico no entendía. Lo sentía venir como se siente una tormenta antes de que las nubes aparezcan en el horizonte. ## 134 [F][X] ### RASTRO

Ilis comía por primera vez en tres días. Faith la observaba desde el otro lado de la cueva donde habían establecido lo que algunos llamaban sala de interrogatorio, que en realidad era un espacio con dos rocas que servían como asientos, una antorcha que Led había fabricado con materiales que no existían en el Plano Medio. La cueva olía a musgo y a algo mineral que Faith no había olido en ningún otro lugar. El olor se metía en la ropa, en el pelo, en las fosas nasales hasta que dejabas de notarlo porque tu cuerpo decidía que era normal aunque no lo fuera. La roca donde Faith estaba sentada le cortaba la circulación en las piernas.

Se movió. El movimiento no ayudó. Llevaba cuarenta minutos en la misma posición, observando a Ilis masticar con la lentitud de alguien que reaprendía funciones básicas. Ilis masticaba despacio. Cada bocado le costaba esfuerzo. Su cuerpo había olvidado cómo procesar comida y estaba reaprendiendo desde cero con cada mordida. Sus movimientos eran mecánicos, sin la fluidez que tenían antes de que Haryes la cargara fuera de la fortaleza de la Bestia. Sus ojos estaban vacíos. No vacíos de la manera en que los ojos de la gente cansada estaban vacíos. Vacíos de verdad. Algo había sido removido de detrás de ellos, algo esencial que hacía que una persona fuera persona y no solo carne que funcionaba. ¿Qué te mostró la Bestia? - preguntó Faith.

No usó tono amable. No había razón para ser amable con Ilis. Ilis había traicionado al equipo. Ilis había entregado su ubicación a Voss. Iris, la hermana de Ilis, había muerto incinerada por culpa de una decisión que las dos habían tomado juntas. Solo una había pagado. El único motivo por el que Ilis seguía respirando era que tenía información que necesitaban. El único motivo por el que Faith no la había matado con sus propias manos era que la muerte era desperdicio de recursos. Ilis dejó de masticar. Sus ojos vacíos, sin foco, sin nada detrás que pareciera reconocer que estaba siendo observada se movieron hacia Faith con la lentitud de lo que se movía por inercia y no por voluntad.

El hambre. Su voz sonaba diferente a como había sonado antes. Más seca. Más plana. Las cuerdas vocales habían olvidado cómo temblar con emoción. ¿Qué hambre? El vacío tiene hambre. Esoj Siul también. Quieren lo mismo. Siempre han querido lo mismo. Faith se acercó un paso. Ilis no retrocedió. No se tensó. No hizo ninguno de los movimientos que las personas hacían cuando alguien que las odiaba se acercaba. La parte de ella que se preocupaba por la autopreservación se había apagado, quemada por lo que había visto dentro de la fortaleza. ¿Qué quieren? Reunirse. Ilis masticó otra vez, tragó con dificultad. No destruirse. Reunirse. Han estado separados desde que Helios murió. Llevan... mucho tiempo. El tiempo se mide diferente cuando eres fragmento de lo que solía ser sol.

¿La Bestia y el Viejito quieren fusionarse? Ilis asintió con la cabeza. El movimiento fue lento, su cuello tenía que recordar cómo moverse. La Bestia es 25 por ciento de lo que Helios era. El dolor, la rabia de morir convertidos en forma que puede caminar, destruir. Esoj Siul es 15 por ciento. La espera y el hambre de lo que quedó

cuando el dolor y la rabia se separaron. Juntos serían 40 por ciento. Todavía incompletos. Más coherentes. Más fuertes. Más cerca de lo que eran antes de romperse. - ¿Qué pasaría si se fusionaran? - preguntó Faith. ¿El cuarenta por ciento es peligroso? Todo lo que queda de Helios es peligroso. Ilis tragó. El sonido fue audible en la cueva.

Separados, los fragmentos son... manejables. No tienen propósito más allá de buscar. Juntos, tendrían suficiente masa para recordar qué eran. Para querer ser eso otra vez. Para tratar de reconstruirse. ¿Y si lo logran? ¿Si todos los fragmentos se reúnen? Entonces Helios volvería. Ilis la miró. Sus ojos vacíos encontraron los de Faith por primera vez. Y todo lo que existe bajo su luz moriría. Faith procesó la información mientras Ilis seguía comiendo con la mecánica de alguien que alimentaba una máquina. Los números no sumaban cien. Cuarenta por ciento significaba que había sesenta por ciento disperso en algún lugar. Fragmentos de un sol muerto esparcidos por planos que nadie había mapeado. Fragmentos buscándose. Fragmentos con hambre. La matemática era simple.

La implicación era otra cosa. Un sol no moría de una vez. Un sol se fragmentaba. Los fragmentos buscaban reunirse porque eso era lo que hacían los fragmentos de cosas que habían sido enteras. No constituía maldad. No estaba plan. Era física de entidades que existían en escalas que los humanos no estaban diseñados para comprender. Helios. El sol muerto del Astral. Don Humo le había contado fragmentos de la historia durante noches largas alrededor de fogatas que ardían con combustible que no existía en los registros de química conocida. Helios había sido algo grande. Algo que daba luz a planos que ahora estaban oscuros. Don Humo había contado la

historia en fragmentos también. La historia estaba rota. Pedazos que no encajaban del todo.

Huecos que dejaba vacíos. Preguntas que respondía con otras preguntas. “¿Qué pasa cuando un sol muere?” había preguntado Faith una noche. “Lo mismo que pasa cuando cualquier cosa muere,” había respondido Don Humo. “Las partes buscan reunirse. Las partes recuerdan que fueron una. Las partes tienen hambre.” “¿Hambre de qué?” “De completarse.” Ahora Faith entendía lo que Don Humo había querido decir. Ahora Faith entendía por qué Don Humo había mirado hacia el norte cada noche antes de dormir. La Bestia era uno de esos fragmentos. 25 por ciento de un sol convertido en criatura que vivía en una fortaleza de hielo negro, que producía sombras que patrullaban territorios que nadie más reclamaba. El Viejito Esoj Siul era otro fragmento. 15 por ciento grande, reducido a una figura que caminaba entre ellos, que no sonreía y que miraba la fortaleza de la Bestia con ojos que contenían hambre que no tenía nada que ver con comida.

Y había más fragmentos. Dispersos por planos que nadie había mapeado del todo. Fragmentos de un sol muerto buscando reunirse. Faith sacó un trozo de papel del bolsillo. El papel estaba húmedo por la humedad de la cueva. La humedad lo hacía difícil de escribir, el lápiz resbalaba y dejaba marcas que se borraban si las tocaba con los dedos. Escribió con un lápiz que había encontrado en los restos del equipo de Led: “25% Bestia. 15% Viejito. 40% juntos. 60% disperso.” Los números ayudaban. Los números eran concretos. Los números no tenían la ambigüedad de las palabras de Ilis, que salían de su boca sin pertenecerle. ¿La fusión es inevitable? - preguntó Faith. No sé qué es inevitable. Ilis masticó.

Tragó. Miró la comida que quedaba en sus manos sin reconocer qué era. Solo sé lo que vi. La Bestia me mostró su hambre. No con palabras. Con... otra cosa. Me la puso dentro. Me hizo sentirla. Es la misma hambre que siento en Esoj Siul cuando lo miro. Quieren completarse. No importa lo que nosotros hagamos. No importa si peleamos o huimos o nos escondemos. Van a encontrarse. Van a fusionarse. Es lo único que quieren. Faith escribió más en el papel. “Hambre compartida. Fusión = objetivo principal.” El lápiz se rompió. Lo afiló con la uña del pulgar, raspando la madera hasta que la punta de grafito quedó expuesta otra vez. Dolió. No importó. ¿Sabes dónde están los otros fragmentos? preguntó.

El sesenta por ciento que falta. Ilis la miró. Por primera vez, expresión cruzó su rostro. No se trataba de justa emoción. Era el eco de emoción antes de que la Bestia lo quemara. Están en todas partes. En los planos que no tienen nombre. En los espacios entre los espacios. Un fragmento está en la torre más alta de Entreternia, alimentando los sueños que el Dr. Xoc cosecha. Otro está en las profundidades de Sanguisburg, donde los hemocronos juegan con sangre de niños. Otro está perdido, vagando, sin forma fija, buscando un ancla a la realidad. ¿Cuántos fragmentos en total? Siete. Siete fragmentos de Helios. La Bestia es el más grande. Esoj Siul es el más viejo. Los demás... los demás son más pequeños. Más débiles. Más fáciles de ignorar.

El sistema los usa como fuentes de energía sin saber qué son. Las Torres TAAT funcionan con uno de ellos. Las frecuencias que controlan la población del Plano Medio vienen de un fragmento de sol muerto que no sabe que está siendo usado. Faith dejó de escribir. La información era más de lo que esperaba. La información

cambiaba todo lo que creía entender sobre cómo funcionaba el sistema. Las Torres TAAT. Las frecuencias. El control. Todo alimentado por un fragmento de Helios. Si destruían las Torres, ¿liberaban el fragmento? Si liberaban el fragmento, ¿se unía a los demás? Si se unían todos, ¿qué pasaba? Las preguntas se multiplicaban más rápido de lo que podía procesarlas.

Guardó el papel en el bolsillo. Lo sacaría después. Lo estudiaría cuando pudiera pensar sin el olor de la cueva metiéndose en su cerebro, sin el sonido de Ilis masticando como una máquina, sin el peso de información que no sabía cómo usar. Faith miró hacia la entrada de la cueva. Afuera, el campamento seguía funcionando con la eficiencia desesperada de gente que sabía que el tiempo se acababa. Gente que no podía detenerse porque detenerse significaba pensar y pensar significaba rendirse. Leonardo estaba en otra cueva con Malika, estudiando el Voynich que pulsaba como órgano vivo. Haryes afilaba su hacha con una piedra que hacía chispas azules cada vez que el metal la tocaba. Maku enseñaba a los heridos técnicas de cultivo que funcionaban en un plano donde nada crecía naturalmente, funcionaban porque Maku llevaba 7,692 años existiendo y sabía cosas que nadie más sabía.

Si la Bestia y Esoj Siul quieren fusionarse dijo Faith, pensando en voz alta aunque no le gustaba pensar en voz alta, ¿el asalto que estamos planeando es para destruir la fortaleza o para facilitar la fusión? No lo sé. ¿Estamos siendo usados? ¿Esoj Siul nos trajo aquí para que ayudemos a que él y la Bestia se encuentren? Ilis volvió a masticar. Una respuesta que no se trataba de respuesta. Más que palabras. Faith no insistió. Había aprendido durante años de interrogatorios que insistir no funcionaba con gente que había sido

vaciada de una manera fundamental. Ilis daría lo que pudiera dar. El resto había sido quemado por la Bestia, consumido por el hambre que le había mostrado, convertido en ceniza que no se podía reconstruir. Guardó la información en un compartimento de su mente donde guardaba las cosas que no podía procesar de golpe. No se la contó a los demás. Todavía no. Quería procesarla primero. Quería entender las implicaciones. Si el asalto que planeaban era en realidad una trampa, si todo lo que estaban haciendo servía a los propósitos de entidades que no entendían y que no podían controlar, entonces necesitaba decidir qué hacer con esa información antes de compartirla. ¿Seguían adelante sabiendo que podían estar siendo manipulados? ¿Se detenían sabiendo que detenerse significaba abandonar todo por lo que habían peleado? ¿Había diferencia? Faith salió de la cueva. El cielo del Astral Norte era gris. Siempre gris. Un gris que no cambiaba con el paso de las horas, que no se oscurecía cuando la lógica indicaba noche ni se aclaraba cuando indicaba día.

Un cielo gris era. En el borde del campamento, una figura caminaba hacia el horizonte. Esoj Siul. El Viejito. 15 por ciento de un sol muerto convertido en forma que podía caminar y mirar y querer. Su silueta se recortaba contra el gris del cielo, haciéndose más pequeña con cada paso. Caminaba en dirección a la fortaleza de la Bestia, hacia el hielo negro que respiraba cada seis segundos, hacia las sombras que patrullaban perímetros que no tenían fin. Faith lo observó. Él se detuvo. Se volteó. La miró. Desde la distancia, Faith no podía ver sus ojos. Podía sentirlos. Podía sentir el peso de una mirada que contenía hambre que tenía siglos de antigüedad. Una mirada que la medía, la evaluaba, decidía si era útil o si era obstáculo.

Faith conocía esa mirada. La había visto en los ojos de políticos, de criminales, de gente que veía a los demás como herramientas o como estorbos y nada intermedio. No sonrió. Siguió caminando. Faith se quedó de pie en el borde del campamento durante quince minutos, viendo cómo la silueta de Esoj Siul se hacía más pequeña hasta desaparecer en el gris del horizonte. Quince minutos de frío que le calaba los huesos. Quince minutos de preguntas que no tenían respuesta. Quince minutos de calcular probabilidades y encontrar que todas llevaban a lugares que no quería visitar. Si Esoj Siul se encontraba con la Bestia ahora, antes del asalto, ¿qué pasaba? ¿Se fusionaban sin ellos? ¿El plan quedaba obsoleto? ¿O el encuentro era parte del plan, un paso que nadie les había explicado porque nadie les debía explicaciones?

La información que Ilis le había dado cambiaba las ecuaciones. Siete fragmentos. Cuarenta por ciento si la Bestia y el Viejito se unían. Sesenta por ciento disperso. Las Torres TAAT alimentadas por un fragmento que nadie sabía que era fragmento. Faith no lo detuvo. No sabía si detenerlo cambiaría algo. Guardó el papel con los números en el bolsillo. Los números pesaban. Los números significaban lo que todavía no entendía del todo. Volvió al campamento. El frío del Astral le había calado hasta los huesos durante los quince minutos de pie. No importaba. El frío era lo de menos. No indicó nada a nadie. La información podía esperar. ##
135 [S] ### CORTE

El archivo tenía 73 nombres. Sánchez los leyó uno por uno en la pantalla de su terminal, en la oficina vacía del precinto donde solo quedaba ella y el zumbido de las luces fluorescentes y el sonido de su propia respiración que se había vuelto irregular en algún momento

de las últimas dos horas. La pantalla le ardía en los ojos. Llevaba mirándola desde las cuatro de la mañana. Ahora eran las seis. Dos horas leyendo nombres de niños que el sistema había catalogado como “reubicados en instalaciones especializadas”. Cada nombre era un niño. Cada niño tenía una edad. Un número de identificación. Una fecha de “procesamiento” escrita en el lenguaje burocrático que el sistema usaba para no tener que decir lo que de verdad hacía con la gente que desaparecía.

Los números no mentían. Los números eran lo único que no mentía en un sistema construido sobre mentiras tan antiguas que la gente había olvidado que eran mentiras y las trataba como verdades. Sánchez había aprendido a leer números hace años, cuando todavía creía que leer números significaba poder hacer algo con ellos. Ahora sabía que leer números solo significaba saber lo que no podías cambiar. Mateo Rostova, 7 años. Se detuvo en ese nombre. Mateo era el hijo de Vera. Vera, la mujer que tocaba el bajo con los Pollos Gelatina. Vera, que había buscado a su hijo durante seis meses sin encontrar nada porque no había nada que encontrar en los canales oficiales. El sistema había catalogado a Mateo como “reubicado en instalaciones especializadas”, que era el eufemismo que usaban para no decir que lo habían conectado a máquinas que le extraían cosas que no podían extraerse.

Sánchez había conocido a Vera hace tres meses, en un concierto clandestino donde Locke la había llevado para “entender” lo que estaba pasando. Vera tocaba el bajo con los ojos cerrados, las manos moviéndose sobre cuerdas que producían sonidos que hacían que la gente llorara. Vera no había hablado de Mateo esa noche. No hacía falta. El bajo hablaba por ella. Las notas hablaban por ella. El silencio

entre canciones hablaba por ella. Sánchez cerró el archivo. Sus manos temblaban. El temblor había empezado hace semanas, cuando las pesadillas sobre los Niños Carmesí habían comenzado a filtrarse en sus horas de vigilia. Ahora temblaba todo el tiempo. Las manos. Los labios cuando intentaba hablar. Los párpados cuando intentaba dormir. Había intentado controlarlo.

Ejercicios de respiración que un terapeuta del sistema le había enseñado antes de que el terapeuta desapareciera también. Técnicas de relajación muscular que funcionaban durante treinta segundos antes de que el temblor volviera más fuerte que antes. El cuerpo no mentía. El cuerpo sabía lo que la mente intentaba ignorar. Abrió el archivo de nuevo. Los nombres seguían ahí. 73 niños entre 4 y 12 años. 73 niños conectados a máquinas en laboratorios que no existían en papel, en sótanos que ningún mapa mostraba, en instalaciones que el sistema había borrado de todos los registros excepto este que ella había encontrado por accidente mientras buscaba otra cosa. El archivo había aparecido en su terminal durante una búsqueda rutinaria. Un error en el sistema de clasificación lo había colocado de momento en una carpeta accesible.

Sánchez había tenido cuatro minutos para copiarlo antes de que el error se corrigiera por instinto. Cuatro minutos que habían cambiado todo lo que creía saber sobre lo que el sistema era capaz de hacer. Los sueros premium. Eso era lo que producían los niños. Sánchez había seguido el rastro durante meses, conectando puntos que no querían ser conectados: los sueros que los ricos pagaban fortunas por inyectarse, los sueros que prometían juventud y claridad mental y sueños lúcidos, los sueros que venían de algún lugar que nadie mencionaba en las etiquetas. Había empezado con

facturas de envío interceptadas. Cajas marcadas como “material biológico sensible” que viajaban desde laboratorios sin nombre hasta clínicas privadas en los sectores ricos. Las facturas tenían códigos que nadie en el precinto podía descifrar.

Sánchez los había descifrado en casa, usando tiempo libre que no tenía, usando energía que no le quedaba, usando obsesión como combustible. Los códigos revelaban contenido. El contenido revelaba origen. El origen revelaba niños. Los niños eran la materia prima. Los niños conectados a consolas de videojuegos que los mantenían en estados de sueño controlado. Los niños soñando sueños que les extraían gota a gota a través de agujas que no dejaban marca. Los niños produciendo coherencia onírica que empaquetaban en viales que costaban lo que una familia promedio ganaba en un año. El proceso era eficiente. Sánchez había encontrado los números de producción en otro archivo que ya no existía. Un niño promedio producía suficiente coherencia onírica para viales suficientes antes de agotarse.

“Agotarse” era otro eufemismo. Significaba que el niño dejaba de soñar. Significaba que el niño dejaba de ser útil. Significaba cosas que Sánchez no quería imaginar y que no podía dejar de imaginar. Los viales se vendían a 50,000 créditos cada uno. Viales por niño. 2,350,000 créditos por niño procesado. 73 niños en el archivo. Más de 171 millones de créditos en materia prima humana que el sistema extraía de cuerpos de niños que soñaban con jugar videojuegos mientras morían despacio. Sánchez había hecho las matemáticas. Las matemáticas no ayudaban. Las matemáticas solo hacían que el horror fuera más preciso. Cerró el archivo. Lo abrió. Lo cerró. Sus manos no dejaban de temblar. Tampoco era la primera vez que

encontraba evidencia de lo que el sistema hacía con la gente que desaparecía.

Había visto los informes de las Granjas REM que Penny había filtrado. Había leído los testimonios de los pocos que habían escapado de los laboratorios del Dr. Xoc. Había compilado páginas de evidencia que nadie quería ver porque ver significaba tener que hacer algo y hacer algo significaba ponerse en peligro. Esta era la primera vez que tenía nombres. Edades. Direcciones de origen. Fotos de antes del procesamiento, rostros de niños que sonreían porque no sabían lo que les esperaba. Un inventario completo de niños convertidos en unidades de producción para alimentar la industria de los sueños embotellados. Se levantó de la silla. El movimiento fue rápido y la oficina giró a su alrededor. Las paredes cambiaron de lugar. El suelo se inclinó.

Llegó al baño del precinto justo a tiempo. Vomitó. Todo lo que comió en las últimas horas salió de ella en oleadas que la dejaron temblando sobre el inodoro, agarrada a los bordes de porcelana fría que alguien no había limpiado en días. Las manchas de óxido en la porcelana tenían formas que eran caras si las mirabas el tiempo suficiente. Sánchez había pasado suficientes noches en este baño como para conocer cada mancha. Columbo la encontró así. Entró sin tocar porque escuchó los ruidos desde el pasillo y porque conocía a Sánchez lo suficiente para saber que esos ruidos significaban que algo había ido muy mal. Columbo tenía esa habilidad: saber cuándo alguien necesitaba compañía sin que nadie la pidiera.

¿Qué pasó? Sánchez no podía hablar. El sabor del vómito le quemaba la garganta. Las lágrimas le nublaban la vista. Todo el control mantenido durante años de trabajar en un sistema que le

exigía que no sintiera nada se estaba desmoronando porque había un límite para lo que un cuerpo podía procesar y ella lo había cruzado. Columbo le sostuvo el pelo. No hizo preguntas. - No respondió nada. Solo le sostuvo el pelo mientras ella vaciaba el estómago y lloraba y trataba de respirar entre arcadas que no paraban. Cuando terminó, Sánchez se lavó la cara con agua fría del lavabo. El agua olía a cloro y a óxido, el mismo olor que tenía todo en el Plano Medio últimamente, el olor de infraestructura que nadie mantenía porque mantener cosas costaba dinero y el dinero iba a otros lugares.

El espejo sobre el lavabo estaba agrietado. La grieta dividía su reflejo en dos mitades que no coincidían justo. Una mitad tenía ojeras más profundas que la otra. Una mitad era más vieja. Sánchez no sabía cuál era la real. 73 niños dijo. Su voz era ronca, destruida por el vómito y el llanto. Documentados. Con nombres. Con edades. Con fotos de antes. ¿Dónde? Laboratorios conectados al Dr. Xoc. Hemocronos oscuros proveen la materia prima. Los niños son... procesados. Conectados a máquinas. Drenados hasta que no queda nada que drenar. Columbo no preguntó qué significaba "procesados". Columbo había visto suficiente para no necesitar explicaciones. Columbo tenía sus propias pesadillas que no compartía con nadie excepto Clara, y a veces ni siquiera con Clara porque algunas cosas eran pesadas.

Habían trabajado juntos durante ocho años. Ocho años de casos que no se resolvían, de evidencia que desaparecía, de testigos que dejaban de existir antes de poder testificar. Ocho años de aprender que el sistema no quería justicia. El sistema quería orden. Justicia y orden no eran lo mismo.

Mateo está en la lista - dijo Sánchez. El hijo de Vera. Siete años. Reubicado hace seis meses según los registros oficiales. En realidad está en una cama de hospital en algún sótano, conectado a máquinas que le extraen los sueños mientras él cree que está jugando videojuegos. ¿Cuántos más? - preguntó Columbo. Setenta y dos más. Setenta y tres en total. El más joven tiene cuatro años. Se llama Elena.

Fue reubicada hace dos semanas. Según mis cálculos tiene... la voz de Sánchez se quebró...tiene probablemente tres meses antes de que la agoten. Columbo no añadió nada. No había nada que decir. Lo que siguió pesaba más que cualquier palabra. Sánchez sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa. El bolígrafo era azul, el mismo color que los ojos de Mateo en la foto del archivo. Escribió un nombre en su muñeca, sobre las venas azules que latían bajo la piel pálida que no había visto el sol en meses. Vladus Carnifex. Las letras se torcieron mientras las escribía porque sus manos no dejaban de temblar. Vladus Carnifex era el líder de los hemocronos oscuros. 890 años de existencia alimentada por sangre robada.

El que perfeccionó las técnicas de extracción que hacían que la sangre de niños aterrorizados fuera más potente que la sangre normal. El que descubrió que el miedo mejoraba el producto, que el sufrimiento era ingrediente necesario, que las lágrimas añadían propiedades que los compradores pagaban extra por obtener. Sánchez había rastreado a Vladus durante seis meses. Había encontrado siete direcciones donde operaba. Había documentado 23 testigos que lo habían visto. Había compilado suficiente evidencia para arrestarlo cien veces. El sistema lo protegía. El sistema siempre protegía a los que producían lo que el sistema necesitaba. Los siete

lugares formaban un patrón geográfico que Sánchez había mapeado en una pared de su apartamento que nadie más veía. Hilos rojos conectando ubicaciones. Fotos de vigilancia tomadas durante noches sin dormir. Registros de propiedad que había falsificado para obtener. Un mapa del horror que nadie más quería ver. La tinta del bolígrafo se corrió con el sudor de su piel. El nombre empezó a borrarse mientras ella lo miraba, las letras disolviéndose en manchas azules que se expandían siguiendo las líneas de las venas. Como todo lo demás. Como los 73 niños que nadie iba a salvar porque salvarlos significaría admitir que existían y admitir que existían significaría que el sistema tendría que hacer algo y el sistema no hacía nada que no beneficiara al sistema. Columbo la ayudó a levantarse del suelo del baño. ¿Qué vas a hacer? preguntó. Sánchez miró el nombre borrándose en su muñeca.

Vladus Carnifex convertido en mancha. 73 niños convertidos en sueros premium que gente rica se inyectaba para sentirse joven. 171 millones de créditos extraídos de cuerpos que no podían defenderse. El sistema funcionaba porque nadie lo detenía. El sistema crecía porque nadie lo cuestionaba. El sistema mataba niños porque nadie hacía nada. No lo sé respondió. Algo tengo que hacer. Porque no hacer nada me va a matar más rápido que cualquier cosa que Vladus pueda hacerme. Salió del baño. El precinto seguía vacío. Los escritorios vacíos. Las pantallas apagadas excepto la suya, que seguía mostrando el archivo con los 73 nombres que nadie excepto ella había leído. Se acercó a su terminal. La pantalla brillaba con luz azul que le hacía doler los ojos.

Los nombres seguían ahí, en filas ordenadas de la A a la Z, como si organizar el horror lo hiciera más manejable. Sánchez copió el

archivo en un dispositivo de almacenamiento que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta. El dispositivo era pequeño, del tamaño de una uña. Contenía suficiente evidencia para destruir carreras, para cerrar laboratorios, para exponer lo que el sistema hacía con los niños que desaparecían. También contenía suficiente evidencia para que la mataran si la encontraban con él. Guardó el dispositivo. El peso era mínimo. El peso de lo que representaba era otra cosa. Columbo seguía de pie en la puerta del baño, observándola. ¿Vas a mostrarlo a alguien? preguntó. No a nadie del sistema. El sistema lo haría desaparecer.

Me haría desaparecer a mí. ¿Entonces a quién? Sánchez pensó en Vera. En los Pollos Gelatina. En la red de gente que resistía de maneras pequeñas porque las maneras grandes eran suicidio. Gente que hacía música para recordar lo que el sistema quería que olvidaran. Gente que plantaba semillas en sótanos donde nada crecía. Gente que se negaba a rendirse aunque rendirse era más fácil. Pensó en Mateo, siete años, soñando sueños que le robaban mientras su madre tocaba el bajo en sótanos clandestinos buscándolo. A los que pueden usarlo dijo. A los que no tienen nada que perder. Apagó la pantalla. Los 73 nombres desaparecieron. Seguían existiendo en el dispositivo en su bolsillo. Seguían existiendo en los laboratorios bajo tierra.

Seguían existiendo en las pesadillas que Sánchez tendría esta noche y todas las noches que vinieran después. Columbo la acompañó hasta la salida del precinto. No dijeron nada más. No hacía falta. Más elocuente que las palabras. Ocho años de compañerismo habían enseñado a Columbo cuándo Sánchez necesitaba silencio y cuándo necesitaba compañía. Las luces seguían

zumbando a 60 hertz. Y en algún lugar bajo tierra, 73 niños seguían soñando sueños que no eran suyos mientras las máquinas les extraían todo lo que tenían que ofrecer. ## 136 [K][S] ### FUGA

El pelo corto todavía se sentía extraño. Carolina se pasó la mano por la nuca mientras caminaba por el pasillo del refugio subterráneo que los Borrados usaban como base de operaciones. Donde antes había cabello que le llegaba a los hombros, cabello cuidado durante años, cabello que era lo único de su apariencia de lo que se sentía orgullosa, ahora había centímetros de crecimiento nuevo que picaban sin parar. Se lo habían cortado como castigo. Se lo habían cortado delante del equipo entero de la División 47, mientras AO6 la sostenía de los brazos y mientras los demás miraban sin hacer nada porque hacer algo significaba ser el siguiente. Se lo cortaron porque osó presentar evidencia contra alguien que estaba protegido por el sistema, porque creyó que las reglas aplicaban para todos cuando las reglas solo aplicaban para los que no importaban.

La tijera había sonado como algo rompiéndose. No el pelo. Algo más. Había sido en la sala de interrogatorios del precinto, la misma sala donde ella había interrogado a sospechosos durante tres años. La ironía no se le escapó. Tampoco se le escapó el hecho de que nadie había protestado, que todos habían mirado al suelo o a las paredes o a cualquier lugar que no fuera su cara mientras AO6 cortaba mechones que caían al piso como cosas muertas. El sonido de la tijera. El olor del miedo que salía de su propia piel. Veintitrés colegas que decidieron que su supervivencia era más importante que su dignidad. El pelo volvía a crecer. Ella seguía trabajando. El pasillo del refugio era largo y oscuro.

Las paredes de concreto sudaban humedad que dejaba manchas en formas de mapas de lugares que no existían. Carolina contó los pasos mientras caminaba. 147 pasos desde la entrada hasta la sala principal. Los había contado tantas veces que ya no necesitaba contar. Los pies sabían el camino. Los Borrados estaban reunidos en la sala principal del refugio, si es que podía llamarse sala a un espacio de concreto sin ventanas ni ventilación adecuada, con luces que parpadeaban cada treinta segundos y con humedad que se filtraba por grietas en las paredes que nadie tenía los recursos para reparar. El número de personas variaba dependiendo del día. A veces eran más. A veces eran menos porque dos habían desaparecido durante la noche.

A veces eran 49 porque encontraban nuevos borrados vagando por sectores donde no existían para el sistema. El número era simbólico más que exacto. Era el número de la División. Era el número que aparecía en lugares donde no tenía sentido que apareciera. Cuarenta y siete personas sin memorias oficiales. Seguían recordando fragmentos de lo que fueron antes del borrado. Cuarenta y siete personas que el sistema había descartado porque ya no producían lo que el sistema necesitaba: obediencia sin preguntas, trabajo sin recompensa, existencia sin propósito propio. Ahora eran algo nuevo. No resistencia justo. Resistencia sonaba organizado para lo que eran. Eran más bien... sobrevivientes que decidieron que sobrevivir no era suficiente. Que querían hacer algo con el tiempo que les quedaba, aunque no supieran justo qué.

Carolina había llegado al refugio hace tres meses, después de que la degradaran, la borrarán del sistema oficial. Había vagado por los sectores bajos durante una semana, comiendo basura, durmiendo en

alcantarillas, hasta que uno de los Borrados la encontró y la trajo aquí. No recordaba el nombre del que la había encontrado. No estaba segura de que el que la había encontrado recordara su propio nombre. Vera estaba en una esquina del refugio, sentada en un cajón de madera que alguien había convertido en taburete, mirando una lista que Carolina le había dado esa mañana. La lista tenía 73 nombres. 73 niños. Sánchez la había compartido después de encontrarla en los archivos del sistema.

No está aquí - comentó Vera.

Su voz era plana, controlada, el tono de alguien que había aprendido a no esperar buenas noticias porque las buenas noticias habían dejado de existir hace mucho tiempo.

Lo sé - dijo Carolina. El nombre de Mateo no aparece en esta lista específica. Sé dónde lo procesaron. Vera levantó la vista. Sus ojos tenían lo que Carolina había visto antes en los ojos de madres que perdieron hijos y que se negaban a aceptar que la pérdida era permanente. Eso la esperanza era un lujo que nadie aquí podía permitirse y que se negaba a ser desesperación completa. ¿Dónde? Carolina desplegó el mapa construido durante meses de trabajo silencioso. El mapa estaba hecho de pedazos: información robada de terminales del sistema, datos que Penny había extraído de drones comprometidos, fragmentos recolectados de conversaciones interceptadas y de testigos de cosas que no tenían que haber visto.

El mapa tenía 23 capas de información superpuestas. Cada capa era transparente, hecha de plástico que habían rescatado de basureros industriales. Cuando las apilabas, las capas formaban una imagen completa. Cuando las separabas, cada capa contaba una parte de la historia. Carolina había trabajado en el mapa durante 89

horas distribuidas en tres semanas. Había perdido la sensibilidad en el dedo índice izquierdo de tanto escribir con marcadores finos en plástico resbaladizo. Había desarrollado un tic en el párpado derecho de tanto mirar líneas que se cruzaban en patrones que no tenían sentido hasta que de pronto tenían sentido. El mapa era lo más valioso que tenían. El mapa era la única evidencia de que el sistema mentía sobre lo que hacía con la gente que desaparecía.

El mapa mostraba una red de instalaciones subterráneas que no existían en ningún registro. Líneas que conectaban puntos que no aparecían en ningún registro público. Una geografía secreta debajo de la geografía que todos conocían. Carolina señaló un punto en el Sector 9. Un complejo subterráneo. Sin acceso oficial. Sin registros en ninguna base de datos que Carolina había podido hackear. Había pasado horas intentando encontrar registros de ese lugar. Las horas habían producido cero resultados oficiales y 23 rumores que apuntaban al mismo sitio. Ahí dijo. Las instalaciones principales del Dr. Xoc. Es donde procesan a los niños que desaparecen. Es donde tienen a Mateo, si sigue vivo. No dijo “si todavía es Mateo”. No dijo “si queda algo de él que pueda ser rescatado”.

No hacía falta decir esas cosas. Vera las sabía. Todos las sabían. La noticia de que Voss había escapado llegó mientras hablaban. Un mensaje en la red clandestina que usaban para comunicarse, encriptado en frecuencias que las Torres TAAT no podían interceptar o que interceptaban y no decodificaban porque el código cambiaba cada seis horas según algoritmos que Led había diseñado antes de unirse al equipo de Leonardo en el Astral. “Voss desapareció antes de la redada. Túneles más profundos de lo que pensábamos. Conectan con sistemas de drenaje que el sistema olvidó que existían. Sus

órganos siguen circulando en el mercado negro. Precios estables. Nunca la atraparán. Es útil para mucha gente.” Carolina leyó el mensaje tres veces. Guardó la información en un compartimento de su mente donde guardaba las cosas que la hacían querer gritar.

No había tiempo para Voss. No había recursos para Voss. Solo había lo que estaba frente a ella: personas que necesitaban dirección, una madre que buscaba a un hijo que quizás había dejado de ser su hijo, y un mapa que mostraba lugares donde cosas terribles sucedían todos los días sin que nadie hiciera nada para detenerlas. Voss podía esperar. Voss seguiría existiendo, en algún lugar de los túneles profundos, traficando órganos, vidas, todo lo demás que podía convertirse en créditos en un sistema que había decidido que todo tenía precio. Voss no era problema de Carolina. Voss era problema del sistema, y el sistema no resolvía sus propios problemas. Los 73 niños eran otra cosa. Los 73 niños tenían madres como Vera que todavía los buscaban.

Los 73 niños tenían nombres y edades y fotos de antes que mostraban sonrisas que ya no existían. Los 73 niños eran algo que Carolina podía intentar arreglar aunque las probabilidades de éxito fueran mínimas.

¿Cuántos guardias? - preguntó Vera.

No lo sabemos con certeza. Tal vez hemocronos en las secciones de extracción. Tal vez mercenarios del sistema en los perímetros. Más de los que somos, casi seguro. ¿Cuándo? Cuando tengamos un plan que no sea suicidio. Cuando tengamos recursos que no tenemos. Cuando tengamos más que desesperación y ganas de hacer daño. Las palabras sonaban más duras de lo que Carolina había pretendido. Sonaban como AO6 hablando en sesiones de entrenamiento donde le

enseñaban a los nuevos reclutas que el optimismo era una debilidad y que el realismo era la única estrategia que funcionaba a largo plazo.

Carolina odiaba el hecho de que el sistema le había enseñado a hablar así. Odiaba más el hecho de que el sistema tenía razón: el optimismo sin plan era suicidio elegante. Vera no discutió. Vera había aprendido que la desesperación sin planificación solo creaba más víctimas, y ya había suficientes víctimas en el mundo sin añadir más a la lista. Los otros Borrados se acercaron mientras hablaban. Algunos escuchaban. Algunos fingían no escuchar mientras escuchaban. Algunos estaban perdidos en sus propios pensamientos fragmentados para prestar atención a lo que pasaba a su alrededor. Entre ellos había un hombre que antes había sido médico, según los fragmentos de memoria que le quedaban. Una mujer que había trabajado en las Torres TAAT antes de que la degradaran por hacer preguntas sobre las frecuencias que transmitían.

Un adolescente que no recordaba su nombre y que todos llamaban Siete porque era el número de cicatrices que tenía en el brazo izquierdo. Todos rotos. Todos descartados. Todos esperando lo que quizás nunca llegaría. Carolina los contó mientras se acercaban. 34 en la sala principal. 8 en las habitaciones del fondo, durmiendo o intentando dormir. 5 afuera haciendo guardia en turnos de cuatro horas que nadie respetaba justo porque el tiempo no funcionaba igual bajo tierra. 1. El número siempre era el mismo cuando sumabas todo. Carolina los miró. Personas rotas de maneras diferentes, unidas por el hecho de que el sistema las había descartado y por el hecho de que seguían existiendo aunque el sistema prefiriera que no existieran. Esos no eran ejército. No eran revolución. Eran sobras. Las sobras a veces eran todo lo que quedaba cuando todo lo demás

había sido consumido. Se alejó del grupo y caminó hacia el fondo del refugio, donde había una ventana rota que daba a un pozo de ventilación que ya no ventilaba nada. El pozo había sido parte de un sistema de aire acondicionado que dejó de funcionar hace décadas. Ahora solo servía para dejar entrar el olor a químicos que las plantas de procesamiento emitían por las noches. Se miró en el reflejo del vidrio agrietado. Pelo corto que empezaba a crecer de nuevo, irregular, rebelde. Ojeras que no recordaba haber tenido antes de todo esto. Ropa que no había lavado en días porque lavar ropa era un lujo y los lujos no existían aquí.

No se reconoció. La mujer en el reflejo era alguien diferente a la Carolina que había sido antes de que le cortaran el pelo, antes de que la humillaran, antes de que le mostraran justo cuánto valía para el sistema al que sirvió durante años creyendo que servir significaba algo. Tres años de trabajo en la División 47. Tres años de creer que estaba haciendo diferencia. Tres años de ignorar las señales que indicaban que el sistema no quería diferencia, que el sistema quería conformidad, que el sistema destruía a los que intentaban cambiar algo. La mujer en el reflejo había sido destruida. La mujer en el reflejo se había reconstruido con los pedazos que quedaban. La mujer en el reflejo ya no creía en nada excepto en el hecho de que había 73 niños en listas que nadie tendría que haber visto y que alguien tenía que hacer algo aunque hacer algo pareciera no llevar a ningún lado.

Tocó el vidrio agrietado con la punta del dedo. El vidrio estaba frío. La grieta dividía su reflejo en dos mitades que no coincidían justo. Una Carolina que había sido. Una Carolina que era ahora. El espacio entre las dos mitades era donde vivía la rabia. Vera se acercó

por detrás. Carolina la vio en el reflejo antes de escucharla. Vera se movía sin hacer ruido, un hábito desarrollado durante meses de vivir en refugios donde el ruido atraía atención y la atención atraía problemas. Voy a encontrarlo - dijo Vera. Con o sin plan. Con o sin ustedes. Lo sé. ¿Vas a intentar detenerme? No. Voy a intentar ayudarte a no morir en el proceso. Vera no sonrió. Nadie sonreía en el refugio.

Las sonrisas eran un lujo que había desaparecido junto con las memorias oficiales y la comida que no supiera a cartón procesado. Se volteó hacia los Borrados. Empezamos a planificar mañana dijo. Hoy descansen. Los que puedan dormir, duerman. Los que no puedan, al menos no trabajen. Necesitamos estar lo más fuertes posible para lo que viene. Las palabras sonaban huecas incluso mientras las decía. Nadie en el refugio dormía bien. Nadie en el refugio descansaba de verdad. El sueño era interrumpido por pesadillas de borrado y por el ruido constante de las tuberías que pasaban sobre sus cabezas y por el miedo de que cada sonido fuera el sistema viniendo a terminar lo que empezó. Nadie preguntó qué venía. Nadie preguntó si iban a sobrevivir.

La falta de respuesta era suficiente. Carolina volvió a tocar su nuca, donde el pelo corto seguía creciendo. Centímetro a centímetro. Día a día. El pelo volvía a crecer porque eso era lo que el pelo hacía. Ella seguía trabajando porque eso era lo único que sabía hacer. Mañana empezarían a planificar. Mañana empezarían a convertir desesperación en estrategia. Hoy solo había gente en un refugio subterráneo, esperando un cambio que no llegaba. El agua goteaba en algún lugar del refugio. El sonido era constante, rítmico, como un

reloj que contaba tiempo que nadie quería contar. ## 137 [L][J][O]
SOMBRA

La fortaleza de la Bestia respiraba. Leonardo lo vio desde el risco donde se había posicionado para el reconocimiento, tumbado sobre roca que no era simple piedra - era algo poroso, frío, hambriento de su calor corporal -, mirando a través de binoculares que Malika había modificado para detectar frecuencias además de luz visible. Los binoculares zumbaban contra sus ojos. El zumbido era bajo, constante, la frecuencia que Malika había calculado. El mismo número que aparecía en todas partes. Leonardo había dejado de sorprenderse cuando el número aparecía. Ahora solo lo registraba y seguía adelante. Cada seis segundos, las paredes de hielo negro se expandían. Cada seis segundos, se contraían. Como pulmones. Como algo vivo que esperaba. Como cosa que llevaba esperando mucho tiempo y que había aprendido a ser paciente.

Leonardo contó los ciclos. Diez expansiones. Diez contracciones. Sesenta segundos exactos. La precisión era perturbadora. Las cosas vivas no respiraban con precisión matemática. Las cosas vivas tenían irregularidades, variaciones, momentos donde el ritmo se alteraba. La fortaleza respiraba como una máquina que imitaba vida sin entender qué era la vida. El cielo detrás de la fortaleza era del mismo gris que era siempre. Cerca de las paredes el gris se oscurecía, se volvía sustancia densa. La fortaleza absorbía la poca luz que existía en el Astral Norte. No es arquitectura - contestó Malika a su lado, la voz baja aunque la fortaleza estaba a kilómetros de distancia y aunque nada de lo que dijeron podía llegar tan lejos. Es extensión.

¿Extensión de qué? De la Bestia. Todo lo que ves es parte de ella. Las paredes no fueron construidas; crecieron. Las sombras no son

soldados; son extremidades. El suelo alrededor de la fortaleza no es suelo; es piel. Leonardo procesó la información. Malika siempre hablaba en fragmentos que sonaban a diagnóstico médico, el mundo fuera un paciente que ella estaba evaluando. Había aprendido a traducir sus fragmentos a “Extensión” significaba que la fortaleza y la Bestia eran lo mismo. “Extremidades” significaba que las sombras no pensaban por cuenta propia. “Piel” significaba que pisar el suelo cerca de la fortaleza era lo mismo que pisar a la Bestia. La información cambiaba todo lo que Leonardo había asumido sobre el asalto. Había pensado en la fortaleza como edificio.

Había pensado en las sombras como enemigos separados que podían derrotarse uno por uno. Había pensado en el suelo como terreno neutral donde podían moverse sin ser detectados. Todo eso era incorrecto. La fortaleza era organismo. Las sombras eran células del organismo. El suelo era nervio que transmitía cada paso, cada movimiento, cada intención hostil directo al centro donde la Bestia esperaba. Leonardo ajustó los binoculares. Las sombras que patrullaban el perímetro de la fortaleza no caminaban como caminaban los soldados. No marchaban. No seguían patrones que él pudiera predecir. Se deslizaban como líquido. La gravedad funcionaba diferente para ellas, reformándose sin parar según patrones que no seguían ninguna lógica que él pudiera identificar. Contó las sombras en el perímetro. El número otra vez.

Siempre el número. Cada vez que una sombra “moría” si es que podían morir, si es que la palabra “morir” tenía significado para algo que era parte de algo más grande otra emergía del hielo negro para reemplazarla. Al instante. Sin pausa. Sin que existiera momento en que el perímetro quedara desprotegido. No podemos ganar por

fuerza - dijo Leonardo. No. ¿Entonces qué hacemos? ¿Cómo entramos a algo que puede producir guardias infinitos? - Malika no dijo de golpe. Estaba mirando una parte de su medidor, el dispositivo casero que había construido con piezas del taladro de Led. La aguja oscilaba entre números que Leonardo no entendía, frecuencias que significaban algo para ella y que para él eran solo números.

Malika siempre tomaba tiempo antes de responder. No lucía como lentitud. Era precisión. Malika no hablaba hasta que tenía la información que necesitaba. El Voynich en su mochila pulsó. Leonardo lo sintió a través de la tela de la mochila, a través de la tela de su camisa, contra su espalda. Un latido que se había vuelto familiar durante las semanas que llevaba cargando el libro, un latido que a veces se sincronizaba con el suyo propio. El latido era más fuerte aquí, cerca de la fortaleza. Reconocía algo en el hielo negro que respiraba en la distancia. Lo sacó sin pensar. Las correas de la mochila protestaron cuando movió el peso, el cuero falso crujiendo con sonidos que no tenían que haberse escuchado a la distancia que estaban de cualquier cosa.

El libro estaba caliente al tacto. Más caliente de lo que la temperatura del Astral Norte permitía, donde el frío no subía de cero grados y donde el aliento se convertía en cristales antes de tocar el suelo. La piel de sus dedos - protestó cuando tocó la cubierta. No constituía dolor justo. Era advertencia. El libro le recordaba que tocarlo tenía costo. Las páginas se abrieron solas. Mostraban algo nuevo. Un diagrama del interior de la fortaleza, líneas que Leonardo tardó un momento en reconocer como pasillos y cámaras, todas convergiendo en un punto central marcado con un glifo que pulsaba

con luz propia. El glifo era una espiral con dientes. El mismo glifo que habían visto en la página de Xipe Tótec.

La frecuencia del desollado. El número que aparecía en todas partes, que conectaba todo, la frecuencia fundamental sobre la que el sistema había construido su control. Leonardo trazó las líneas del diagrama con el dedo, sin tocar el papel porque tocar el papel significaba pagar un precio que no quería pagar. Las líneas formaban patrones que su mente rechazaba, geometrías que existían en más dimensiones de las que los ojos humanos podían procesar. - Si destruimos eso - dijo Malika, mirando por encima de su hombro, las sombras pierden coherencia. ¿Cómo lo sabes? El libro lo muestra. Mira las líneas. Todas vienen del punto central. Todas dependen del punto central. Es como un sistema nervioso: cortas la médula, el cuerpo deja de funcionar aunque los órganos sigan existiendo.

¿Y cómo llegamos al centro? Eso no lo sé. El libro muestra el destino, no el camino. Leonardo estudió el diagrama. Los pasillos formaban un laberinto que no seguía geometría normal. Algunos pasillos se cruzaban en ángulos que no sumaban 360 grados. Algunos pasillos existían en más de un lugar al mismo tiempo. El interior de la fortaleza no seguía las reglas que el espacio normal seguía. ¿Cuántos pasillos? preguntó, más para sí mismo que para Malika. No hay forma de saberlo. La geometría cambia. El libro muestra una versión. La versión real puede ser diferente. Puede ser diferente cada vez que alguien entra. Ilis apareció detrás de ellos. Su movimiento no había hecho ruido, o probablemente Leonardo estaba tan concentrado en el libro que no había escuchado.

Ilis hacía eso a menudo estos días: aparecer sin aviso, moverse sin sonido, existir en los bordes de la percepción. La solidez era Sus ojos

vacíos miraron el diagrama. El núcleo no es cosa dijo. Es memoria. Su voz era plana, sin inflexión. Hablar era un proceso mecánico que ejecutaba sin entender por qué lo ejecutaba. ¿Memoria de qué? De lo que Helios era antes de romperse. La Bestia guarda el recuerdo de cuando era parte de algo más grande. De cuando era sol. De cuando daba luz en vez de consumirla. Si destruyen eso, destruyen la posibilidad de que la Bestia recuerde lo que era. Destruyen la posibilidad de reunión. Ilis había hablado más en esas pocas frases de lo que había hablado en días.

Leonardo lo notó. Malika lo notó. - Ninguno - comentó sobre eso porque comentar podía hacer que Ilis volviera a su silencio habitual. La información que Ilis compartía era valiosa. Era también aterradora. Si el núcleo de la fortaleza contenía la memoria de Helios, destruirlo no se limitaba a ser destruir a la Bestia. Era destruir la posibilidad de que Helios volviera a existir. Era destruir lo que había sido sol, que había dado luz a planos enteros, que había sido adorado por civilizaciones que ya no existían. Leonardo pensó en el viejo. Había hablado de Helios una vez, en una conversación fragmentada durante una noche en el Plano Medio. “Los dioses no mueren como muere la gente,” había dicho. “Los dioses se rompen.

Y los fragmentos buscan reunirse porque ser fragmento es peor que morir. Ser fragmento es recordar que fuiste entero y no poder hacer nada al respecto.” Leonardo miró a Malika. Malika miró a Ilis. Ninguno comentó lo que estaban pensando: que destruir la posibilidad de reunión podía ser justo lo que necesitaban hacer para detener lo que venía. O que destruir la posibilidad de reunión podía ser justo lo que no tenían que hacer, porque la reunión puede que era lo único que podía salvarlos de algo peor. No había forma de saber.

Las decisiones en el Astral Norte no venían con garantías. Las decisiones en el Astral Norte venían con consecuencias que nadie podía predecir y que nadie podía evitar una vez que se tomaban.

El libro se cerró solo. No con violencia. Con finalidad. El libro había mostrado lo que quería mostrar. Ahora quería descansar hasta que decidiera mostrar más. El cierre fue pérdida. Cada vez que el libro se cerraba, sentía que perdía acceso a lo que necesitaba, que la información desaparecía aunque sabía que seguía ahí, esperando el momento de revelarse otra vez. El Voynich controlaba cuánto sabían y cuándo lo sabían. El Voynich tenía su propia agenda que no coincidía con la de ellos. Leonardo lo guardó en la mochila. Su mano quedó manchada de tinta oscura. La tinta brillaba tenue en la penumbra del Astral Norte. Contenía. Se limpió la mano en los pantalones. La mancha no salió. Se quedó en su piel como tatuaje temporal que no quería ser temporal.

Cuando bajaron del risco, cuando volvieron al campamento donde los demás esperaban reportes que no tenían buenas noticias, Esoj Siul no estaba. ¿Dónde está el Viejito? - preguntó Leonardo. Nadie sabía. Haryes había sido el último en verlo, caminando hacia el borde del campamento con pasos que no dejaban huellas en el suelo cristalizado del Astral Norte. Haryes afilaba su hacha mientras hablaba, el sonido del metal contra piedra creando un ritmo que se mezclaba con el ritmo de la fortaleza respirando en la distancia. Iba hacia allá - añadió Haryes, señalando con el hacha hacia el horizonte gris. Hacia la fortaleza. Caminaba. ¿Cuánto hace? Dos horas. Puede que tres. El tiempo no funciona igual aquí. Haryes dejó de afilar el hacha. La piedra que usaba era azul, del color del cielo que no existía en el Astral Norte, y las chispas que producía caían como estrellas

diminutas que se apagaban antes de tocar el suelo. Intenté detenerlo - dijo Haryes. Me miró. Solo me miró. Y seguí caminando. ¿Te dijo algo? No. No necesitaba decir nada. Sus ojos decían todo lo que necesitaba decir. Decían que llevaba siglos esperando este momento. Decían que nadie iba a detenerlo. Decían que la reunión iba a pasar con o sin nuestro permiso. Leonardo miró hacia donde Haryes señalaba. La fortaleza de la Bestia seguía respirando en la distancia, sus paredes de hielo negro expandiéndose y contrayéndose con el ritmo de algo vivo y hambriento.

El ritmo era hipnótico. Leonardo lo sentía en su pecho, sincronizándose con su propio latido a pesar de sus esfuerzos por resistir. El Voynich en su mochila pulsaba con el mismo ritmo. Todo en el Astral Norte latía al unísono. La fortaleza era el corazón de un organismo mucho más grande que incluía todo lo que existía en este plano. Esoj Siul caminaba hacia ella. Leonardo lo buscó con los binoculares. La figura del Viejito era pequeña contra la inmensidad del paisaje gris, un punto oscuro que se movía hacia un punto más oscuro todavía. Caminaba sin prisa. Caminaba como quien tiene todo el tiempo del mundo porque para él, puede que, el tiempo no significara lo mismo que significaba para los humanos. 15 por ciento de un sol muerto caminando hacia 25 por ciento del mismo sol muerto.

Maku se acercó al grupo. Llevaba 7.692 años existiendo y su cara no mostraba sorpresa ni preocupación. Su cara mostraba algo que Leonardo tardó un momento en identificar: reconocimiento. Maku ya lo sabía. No lo detengan - indicó Maku. Esto tenía que pasar. Siempre tiene que pasar. ¿Qué tiene que pasar justo? - preguntó Leonardo. El encuentro. Los fragmentos se buscan. Los fragmentos

se encuentran. Lo que pasa después... eso varía. A veces hay destrucción. A veces hay creación. A veces hay ¿Y esta vez? Maku no respondió. La falta de respuesta era suficiente. Y nadie sabía si tenían que detenerlo, o si detenerlo cambiaría algo, o si todo estaba ya decidido por fuerzas que ninguno de ellos podía comprender y que ninguno de ellos podía controlar.

La fortaleza respiró. El cielo permaneció gris. Y en algún lugar entre el campamento y las paredes de hielo negro, un fragmento de Helios seguía caminando hacia su otra mitad. Leonardo guardó los binoculares. Sus manos temblaban. No de frío. De algo más profundo. De la certeza de que lo que estaba mirando no tenía reversa. El viento del Astral Norte le cortaba la cara. No había viento real aquí. Solo movimiento de aire que imitaba viento y que no seguía ningún patrón meteorológico conocido. El frío era constante, invariable, eterno. ## 138 [J][F][X] ### HAMBRE

Ilis comía con las manos. Haryes le había ofrecido utensilios fabricados con huesos de lo que cazó el día anterior: un tenedor improvisado con tres puntas que funcionaba mejor de lo que tenía derecho a funcionar, y una cuchara curvada que cabía en la palma de la mano. Ella los había mirado sin saber qué eran. La conexión entre herramienta y comida se había roto en algún lugar dentro de su cabeza. Luego había tomado la comida directamente y se la había llevado a la boca con dedos que temblaban. Los temblores eran constantes. Haryes los había notado desde que la había sacado de la fortaleza, desde que la había cargado sobre sus hombros mientras las sombras los perseguían y mientras el hielo negro trataba de cerrar las salidas que Led había abierto con explosivos que no existían en ningún manual de química conocido.

Haryes estaba sentado a tres metros de distancia, lo bastante cerca para observar sin invadir, lo bastante lejos para que ella no sintiera que la vigilaban aunque él la vigilaba. El espacio entre ellos era deliberado. El espacio era respeto en la forma en que Haryes entendía el respeto. La comida era carne de un animal que no tenía nombre en ningún idioma que Haryes conociera. Un animal con más patas de las normales y con ojos en lugares donde los ojos no estaban en ningún animal que él recordara. Lo había matado con el hacha. Lo había cocinado sobre fuego que Led había encendido con técnicas que desafiaban lo que Haryes entendía sobre combustión.

El hacha descansaba a su lado, su filo brillando con luz que no venía de ninguna fuente visible. El hacha siempre estaba cerca. El hacha era extensión de su brazo, compañera de batallas que él no recordaba del todo, testigo de muertes que se mezclaban en su memoria como agua y aceite que no terminaban de separarse. El hacha pesaba cuatro kilos exactos. Haryes había pesado otras hachas. Ninguna pesaba justo cuatro kilos. Esta sí. La precisión era extraña. El hacha existía con un propósito que él no entendía. El peso exacto significaba lo que no podía descifrar. Sabía a pollo criado en oscuridad durante años. Ilis masticaba despacio. Cada bocado le costaba esfuerzo. Su cuerpo no sabía cómo procesar comida y estaba reaprendiendo con cada mordida.

Su garganta se movía con dificultad cuando tragaba. Deglutir era un proceso que requería concentración consciente. Mi hermana murió por mi culpa - comentó entre bocados. Las palabras salieron sin contexto, sin introducción. Habían estado esperando en algún lugar de su garganta y al final encontraron la salida porque ella ya no tenía fuerza para mantenerlas adentro. Haryes no respondió. Había

aprendido hace mucho tiempo que responder a veces cerraba puertas que el silencio mantenía abiertas. Había aprendido que la gente que necesitaba hablar casi nunca necesitaba que alguien le respondiera; necesitaba que alguien escuchara. Había aprendido eso de su tribu, antes de que su tribu muriera en una batalla que él no recordaba del todo, antes de que se encontrara solo en el Astral con un hacha manchada de sangre que no era suya y con memoria fragmentada de gritos que sonaban como los suyos propios.

Los fragmentos de memoria lo visitaban en momentos inesperados. El olor del humo le traía imágenes de casas ardiendo. El sonido del metal contra metal le traía el eco de espadas chocando. El frío del Astral le traía el recuerdo de cuerpos que ya no generaban calor, cuerpos que había cargado hacia piras funerarias que no existían en este plano. Su tribu no tenía nombre. Lo había olvidado. O tal vez nunca lo había sabido. Los vikingos del campamento hablaban de tribus con nombres que resonaban con historia: los Hjelmsdorf, los Valdingr, los Skjoldungr. La tribu de Haryes no tenía nombre que él pudiera pronunciar. Solo tenía el vacío donde el nombre solía estar. Iris. El nombre sonó diferente cuando lo dijo, más pesado, más real. La convencí de traicionar al equipo. Le dije que era la única forma de sobrevivir. Le dije que nos protegeríamos el uno al otro. Le dije muchas cosas que creí que eran verdad porque quería que fueran verdad.

Masticó. Tragó. Ella me creyó porque siempre me creía. Desde que éramos niñas, siempre me creía. Yo era la mayor por tres minutos. Tres minutos significaban que yo tomaba las decisiones y ella las seguía. Tres minutos significaban que cuando las cosas salían mal, era mi culpa. Haryes entendía el peso de los minutos. Entendía

el peso de ser responsable por otros. Entendía el peso de decisiones correctas cuando se tomaban y que se revelaban incorrectas solo después, cuando ya no había forma de cambiarlas. Esperó. Ilis seguía comiendo con la mecánica de alguien que alimentaba una máquina.

Ella pagó - comentó Ilis. Incinerada. Vi cómo las llamas la consumían. Vi cómo trataba de gritar y el fuego ya estaba dentro de su garganta. Vi cómo dejó de moverse. Pausa. Yo sigo aquí. Lo que siguió no era cómodo. No estaba diseñado para serlo. Haryes conocía eso. Lo había cargado meses después de la batalla donde perdió a su tribu. Como el hacha, como algo que era parte de él aunque no quisiera que lo fuera. Tenía peso. Textura. Era tan real como cualquier cosa física, tan presente como el frío del Astral o el olor de la carne cocinada que todavía flotaba en el aire entre ellos.

Haryes había aprendido que no mataba. Que solo pesaba, que el peso se podía cargar si uno se acostumbraba a cargarlo. ¿Por qué me cuidas? preguntó Ilis. La pregunta tomó a Haryes desprevenido. No porque no tuviera respuesta, sino porque la respuesta era complicada y las palabras siempre habían sido herramientas torpes en sus manos. Prefería el hacha. El hacha era honesta. Alguien tiene que hacerlo. ¿Por qué tú? Haryes miró hacia el campamento. Los vikingos estaban en su sección, reunidos alrededor de una fogata que ardía con llamas que no seguían las reglas de la física normal, contando historias de batallas que pelearon en ciclos anteriores, en tiempos que ninguno de ellos recordaba bien porque la memoria funcionaba diferente en el Astral.

Solveig estaba entre ellos, su voz cortando el aire con la autoridad de alguien que lideró guerreros durante siglos. Ella no miraba hacia donde Haryes estaba. No había mirado hacia él desde que había

vuelto con Ilis en los brazos. La ausencia de su mirada era castigo silencioso que pesaba más que cualquier palabra. Lo toleraban porque era útil. No lo aceptaban porque había mostrado debilidad. Había cargado a Ilis fuera de la fortaleza de la Bestia cuando la lógica dictaba que debía dejarla morir. Había mostrado compasión cuando la compasión era debilidad, había elegido salvar a alguien que había traicionado al grupo en vez de dejarla pagar el precio de su traición.

Solveig lo dejaba estar. No lo expulsaba del grupo. Tampoco lo incluía en las discusiones que importaban. Era un estado intermedio en el idioma de los vikingos, que puede que no tenía nombre en ningún idioma porque era un estado que la mayoría de las culturas preferían no reconocer. Porque ya no tengo tribu - dijo Haryes. Porque cargar gente rota es mejor que no cargar nada. Porque el vacío que dejó mi gente cuando murieron tiene que llenarse con algo, y decidí que ese algo serías tú. No parecía declaración romántica. No se trataba de promesa. Era hecho, expuesto sin adorno, dicho en voz alta porque Ilis había preguntado y porque Haryes no sabía mentir.

Las mentiras requerían planificación. Las mentiras requerían recordar qué se había dicho y a quién. Las mentiras requerían energía que Haryes no tenía para gastar en algo tan innecesario como el engaño. La verdad era más simple. La verdad era lo que era. La verdad no requería mantenimiento. Ilis terminó de comer. Se limpió las manos en la ropa que no se había cambiado en días, tela que estaba rígida de suciedad y de sangre seca (no suya, de cosas que habían muerto cerca de ella durante la huida de la fortaleza) y de otras sustancias que Haryes prefería no identificar.

La ropa de Haryes no estaba en mejor estado. Llevaba la misma armadura de cuero que había llevado cuando entró al Astral,

reforzada con parches añadidos después de cada batalla, cada parche una historia que no contaba porque las historias requerían palabras y las palabras requerían energía que prefería conservar. El frío del Astral Norte se había instalado en sus huesos. El frío siempre estaba ahí, constante, paciente, esperando el momento de congelar lo que quedaba de calor en los cuerpos de los que vivían aquí. Haryes había aprendido a ignorarlo. El frío era compañero, no enemigo. El frío era parte de lo que era el Astral.

Luego, sin aviso, Ilis extendió la mano hacia él. No para tomar algo. No para pedir algo. Solo la mano extendida en el espacio entre ellos, los dedos temblando, la piel fría aunque no hacía más frío del que siempre hacía en el Astral Norte. Haryes la miró. No la tomó. Tampoco se apartó. Ilis dejó la mano extendida durante diez segundos. Once. Doce. Luego la retiró y siguió mirando hacia la fortaleza que brillaba en la distancia, sus paredes de hielo negro respirando con el ritmo de lo que esperaba. La Bestia me ofreció completarme añadió. Cuando estuve dentro. Me mostró el vacío que tengo adentro, el espacio donde solía estar todo lo que me hacía ser yo.

Mencionó que podía llenarlo. ¿Por qué no aceptaste? Porque completarse significa perder la forma. Significa ser parte de algo más grande. Significa ya no ser yo, ser fragmento de lo que no tiene nombre y que no recuerda lo que era ser individual. Significa olvidar a Iris. Significa olvidar que su muerte fue mi culpa. ¿Y preferiste el vacío? Preferí el dolor de ser yo al alivio de no serlo. Haryes bajó la cabeza. No porque entendiera del todo. Entender del todo no era posible para alguien que no había experimentado lo que Ilis había experimentado, que no había estado dentro de la fortaleza, que no

había sentido la oferta de la Bestia resonando en los espacios vacíos donde solía haber algo.

Asintió porque era lo único que podía ofrecer. Reconocimiento. Testimonio. Presencia. Los vikingos valoraban la presencia. En las sagas que contaban alrededor de fogatas, la presencia era lo que distinguía a los héroes de los cobardes. Los héroes estaban presentes cuando importaba. Los héroes no huían cuando el dolor era más grande que lo que un cuerpo podía contener. Los héroes se quedaban. Haryes no se consideraba héroe. Los héroes eran gente que aparecía en sagas, gente que había hecho cosas que merecían ser recordadas, gente que tenía nombres que otros pronunciaban con respeto. Haryes era solo un hombre con un hacha y con un vacío donde solía haber tribu. Quedarse no era heroísmo. Quedarse era lo que hacía porque no sabía qué más hacer. Le pasó más comida. Ella la tomó. Comieron mientras el cielo del Astral permanecía gris y la fortaleza de la Bestia seguía respirando en la distancia y el tiempo seguía pasando hacia algo que ninguno de ellos podía predecir.

Tampoco era incómodo. Era lo que era. Dos personas rotas compartiendo espacio porque compartir espacio era mejor que estar solos con sus propios fragmentos. En algún momento, la mano de Ilis se movió otra vez hacia él. Esta vez, Haryes la tomó. No la apretó. No la sostuvo con fuerza. Solo la tomó, sus dedos callosos contra los dedos fríos de ella, contacto que no prometía nada excepto presencia, excepto el hecho de que ninguno de los dos estaba solo aunque a veces lo sintieran. Los dedos de Ilis estaban fríos. Los dedos de Haryes estaban calientes en comparación, calientes porque su sangre todavía circulaba con el vigor de alguien que no había sido vaciado por la Bestia. El contraste de temperatura era tangible, medible, real.

Ilis no habló. Haryes no habló. El contacto era lenguaje suficiente. El hacha descansaba a su lado, olvidada por el momento. El hacha podía esperar. Las batallas podían esperar. Las sombras que patrullaban la fortaleza en la distancia podían esperar. Lo único que no podía esperar era este momento, este contacto, esta presencia compartida en un lugar donde la presencia era lo más valioso que alguien podía ofrecer. Siguieron mirando la fortaleza. Las sombras seguían patrullando, sus formas líquidas deslizándose por el perímetro con el ritmo de lo que no necesitaba descanso, que no conocía cansancio, que existía solo para proteger lo que había adentro. El hielo negro seguía respirando, expandiéndose y contrayéndose cada seis segundos con la precisión de un metrónomo cósmico.

Y en el espacio entre ellos, no era amor y tampoco era nada empezó a existir porque a veces eso era suficiente. Haryes no soltó la mano de Ilis. Ilis no soltó la mano de Haryes. El cielo siguió gris. El frío siguió constante. Y los dos fragmentos de gente rota siguieron sosteniéndose en un mundo que no ofrecía nada más que sostenerse. El tiempo pasó. El tiempo siempre pasaba, aunque aquí pasaba. Minutos que duraban horas. Horas que duraban minutos. El Astral no respetaba el tiempo de la misma forma que los planos donde el sol salía y se ponía. Haryes no contó cuánto tiempo pasó. Contar era innecesario. Lo que importaba era que estaban ahí, juntos, sostenidos, presentes.

Lo que importaba era que el vacío dolía menos cuando no estaba solo. La fortaleza respiró en la distancia. Las sombras siguieron su patrulla eterna. ## 139 [K][J] ### RAÍZ

Las dos plantas crecían hacia la misma dirección. Nico las observaba cada mañana antes de que el ruido del refugio subterráneo empezara, en las horas quietas cuando el sótano estaba vacío de todo excepto él, las plantas, el oso Dember que descansaba contra su pecho. Las horas quietas eran las únicas horas que le pertenecían. El resto del día el refugio se llenaba de voces, de pasos, de gente que hacía cosas que Nico no entendía y que nadie le explicaba porque era joven para que le explicaran cosas. Tenía once años. Once años significaba que podía observar sin que nadie le prestara atención. Significaba que podía escuchar conversaciones que no estaban destinadas para él. Significaba que podía cuidar plantas en un sótano que nadie más visitaba porque todos estaban ocupados con cosas que consideraban más importantes.

La primera planta la que había crecido de la semilla que encontró en el bolsillo de Don Humo tenía ahora doce hojas. Doce hojas verdes que brillaban con luz propia, de un verde que no existía en ningún otro lugar del Plano Medio, un verde que recordaba cómo había sido el mundo antes de que el sistema decidiera que los colores naturales eran ineficientes. Nico había contado las hojas cada día desde que la primera había aparecido. Tenía un cuaderno donde registraba el crecimiento. El cuaderno fue de papel reciclado, las hojas manchadas de humedad y de cosas que no quería identificar. Escribía con un lápiz que se había vuelto tan corto que le costaba sostenerlo. Los registros mostraban que la planta crecía una hoja nueva cada tres días.

La velocidad no parecía normal. Nico lo sabía aunque nadie le había enseñado cuánto tardaban las plantas normales en crecer. La segunda planta la que había plantado con la semilla que Don Humo

le había dado directo, la semilla de repuesto, la semilla que había guardado durante semanas sin saber qué hacer con ella tenía siete hojas. Más pequeñas que las de la primera planta, del mismo verde imposible. El verde era diferente al verde de las plantas artificiales que el sistema vendía en las tiendas. El verde artificiales era uniforme, sin variación, diseñado para ser agradable sin ser memorable. El verde de las plantas de La silueta del viejo era variable, profundo, con tonos que cambiaban según el ángulo desde el que las miraras.

Ambas se inclinaban hacia el norte. No había ventanas en el sótano. No había forma de que las plantas supieran dónde estaba el norte. No había brújula natural, no había campo magnético detectable con ningún instrumento que Nico tuviera acceso, no había explicación racional para el comportamiento que observaba cada mañana. Nico había intentado girar las macetas. Había girado la primera maceta 180 grados hace una semana. Al día siguiente, la planta había vuelto a inclinarse hacia el norte. Había girado la segunda maceta ayer. Esta mañana, la planta también se había reorientado. Las plantas sabían. Se inclinaban hacia el norte. Escuchaban una voz que Nico no podía escuchar con los oídos. Sentía algo. En el pecho. En el ritmo que conectaba todo.

El Astral Norte. Donde Leonardo y los demás estaban preparando Donde El viejo se había fragmentado sonriendo por primera y última vez en algún lugar que nadie podía ver. Nico tocó el tallo de la primera planta. El ritmo era el mismo de siempre: constante, bajo, vivo. Un latido que no pertenecía a nada individual sino a algo más grande, algo que conectaba las plantas, el oso y la semilla en su bolsillo y algo en su propio pecho que no podía nombrar. El ritmo

constante cuando los contaba. El número seguía apareciendo en todas partes. En las pantallas publicitarias cuando las miraba el tiempo suficiente. En los patrones de las grietas del techo del sótano. En la cantidad de pasos que daba desde la entrada hasta las macetas si caminaba por lo general sin contar.

Están conectadas - dijo una voz desde la entrada del sótano. Nico no se volvió. Había sentido la presencia de Vera antes de que hablara, de la misma manera Las plantas antes de tocarlas, de la misma manera que sentía cosas que no tenía forma de sentir desde que el concierto de los Pollos Gelatina había despertado una parte dentro de él que no sabía que estaba dormida. ¿Cómo lo sabes? Porque reconozco la frecuencia. Vera se acercó. Sus pasos eran cuidadosos, deliberados, los pasos de alguien que había aprendido a moverse sin hacer ruido porque hacer ruido significaba llamar la atención y llamar la atención significaba peligro. Su hijo Mateo estaba en algún laboratorio bajo tierra, conectado a máquinas que le extraían los sueños.

Vera seguía funcionando. Seguía organizando. Seguía buscando porque detenerse significaba aceptar que Mateo estaba perdido y aceptar eso significaba dejar de existir. Nico entendía eso. No con palabras. Con algo más profundo. Entendía lo que significaba seguir funcionando cuando todo indicaba que no había razón para funcionar. Es la misma frecuencia que usamos en los conciertos - dijo Vera, arrodillándose junto a las plantas. 963 hertz. La frecuencia de la memoria. La frecuencia que usamos para despertar lo que el sistema quiere que olvidemos. ¿Las plantas... recuerdan? Las plantas de El viejo siempre fueron diferentes. Vera tocó una hoja con la punta del dedo, gentil, respetuosa. Las cultivaba en un jardín del

Astral que solo él podía ver. Decía que eran semillas de antes del sistema, de antes de que la humanidad olvidara cómo recordar.

Decía que guardaban cosas que no podían guardarse en ningún otro lugar. ¿Qué cosas? Memorias. Frecuencias. Fragmentos de gente que ya no existe en formas que podamos reconocer. La silueta del viejo era... Vera pausó, buscando palabras. Era coleccionista de cosas que no tenían forma de ser coleccionadas. Guardaba recuerdos en semillas. Guardaba canciones en raíces. Guardaba partes de sí mismo en cada planta que cultivaba. Nico miró las hojas. Doce en una planta. Siete en la otra. Diecinueve hojas inclinadas hacia el norte, hacia el Astral, hacia donde La voz del viejo había ido cuando la sonrisa lo había fragmentado. El viejo Jardinero que lo había cuidado durante años sin explicar por qué. El viejo Jardinero que le había enseñado cosas que no sabía que estaba aprendiendo.

El viejo Jardinero que había muerto sonriendo para que los demás pudieran escapar. Nico no había visto la muerte. Había escuchado sobre ella después, en fragmentos de conversaciones que los adultos tenían cuando pensaban que él no estaba escuchando. “Se fragmentó.” “Sonrió hasta que no quedó nada.” “Se dispersó para que los otros pudieran correr.” Las palabras no tenían sentido. Las palabras eran formas de describir Nico prefería las plantas. Las plantas eran concretas. Las plantas crecían. Las plantas recordaban. Recordaba la última vez que había visto a El de la pipa. Había sido en el orfanato, antes de todo. Le había dado la semilla sin explicar qué era. “Plántala cuando sea el momento. La planta te dirá cuándo.” Las palabras no habían tenido sentido entonces.

Tenían sentido ahora. Las plantas le decían cosas. No con palabras. Con ritmo. Con inclinación. Con el verde que brillaba. Las

plantas le decían que Don Humo seguía existiendo en algún lugar, aunque no era existencia que alguien pudiera reconocer como vida. No lucía como dolor justo. Era algo más cercano a la comprensión, a la sensación de que piezas que no sabía que faltaban empezaban a encajar en lugares que no sabía que existían. ¿Crees que están conectadas con él? - preguntó. ¿Con lo que quedó de La pipa se movió? Es como... Nico intentó una metáfora, la forma en que El viejo habría explicado. Es como cuando... no. No tampoco. Está bien - admitió Vera. No lo sé admitió Vera.

Creo que estas plantas lo recuerdan. Creo que cuando se fragmentó, algo de él quedó en las semillas que te dio. El ritmo. Siempre el ritmo. El mismo ritmo de siempre. La frecuencia que conectaba todo. Nico había contado el ritmo tantas veces que ya no necesitaba contar. Reconocía el número como reconocía su propia respiración. Era el latido de algo más grande que él, algo que lo incluía sin pedirle permiso, algo que existía antes de que él naciera y que seguiría existiendo después de que él muriera. El número aparecía en lugares donde no tendría que aparecer. En la cantidad de escalones del refugio (87, no el número, aunque $8+7$ sumaba 15, que a su vez sumaba 6, que multiplicado por...

Nico dejaba de hacer las matemáticas cuando se volvían circulares). En la hora del día cuando las plantas brillaban más fuerte (8:47 de la mañana, todos los días, sin variación). En el precio de las cosas que vendían en el mercado negro cuando los números se sumaban de ciertas maneras. El número lo seguía. O él seguía al número. No estaba seguro cuál era la dirección correcta. Nico se arrodilló junto a la maceta improvisada. La tierra olía a eso, algo más rico, más antiguo. La tierra recordaba tiempos que habían existido

antes del sistema. Sacó la semilla del bolsillo. La semilla de repuesto. La tercera semilla. La que había guardado sin plantar porque algo le decía que no era el momento todavía.

La semilla brillaba con luz verde que pulsaba con el mismo ritmo que las plantas, con el mismo ritmo que el oso Dember, con el mismo ritmo que algo en su pecho que latía al ritmo veces por minuto cuando lo contaba. Voy a plantar más dijo. Cada semilla que encuentre. Cada fragmento que pueda cultivar. Si las plantas lo recuerdan, si las plantas están conectadas con lo que queda de él... No terminó la frase. No hacía falta. Vera cerró los ojos un instante. Entendía sin necesidad de palabras, de la misma manera que Nico entendía el ritmo sin necesidad de explicaciones. Se levantó, se alejó hacia la entrada del sótano, dejando a Nico solo con las plantas y el oso y la semilla que brillaba en su mano.

El sótano era diferente cuando estaba solo. El vacío tenía textura, peso, espacio donde las cosas podían crecer sin ser molestadas. Arriba, en el refugio principal, los Borrados hacían cosas que Nico no entendía. Planeaban. Discutían. Se preparaban para Carolina hablaba de mapas, de laboratorios, de niños que el sistema había robado. Vera hablaba de frecuencias, de resistencia y de su hijo Mateo que estaba en algún lugar esperando ser encontrado. Nico no entendía las palabras que usaban. Entendía el ritmo debajo de las palabras. Entendía que algo se acercaba, que algo iba a pasar, que el mundo Las plantas lo sabían. Las plantas se inclinaban hacia el norte con urgencia que no habían tenido hace una semana. Las plantas crecían más rápido, sus hojas más brillantes, su ritmo más fuerte. Nico cavó un pequeño agujero en la tierra de la maceta improvisada. Sus dedos se hundieron en la tierra húmeda, la tierra que no era solo

tierra, la tierra que recordaba. La tierra estaba tibia, más tibia de lo que la temperatura del sótano indicaba. La tierra contenía algo más que suelo, algo que Nico sentía. Plantó la tercera semilla. La tierra la aceptó, estaba esperando. Nico registró el momento en que la semilla tocó fondo. Sintió el contacto entre la semilla y la tierra, dos partes reuniéndose. Plantar era reconexión más que un acto de cultivo. Tres plantas ahora, o dos y una semilla que se convertiría en planta. Tres conexiones. Tres fragmentos de lo que solía ser un viejo jardinero que cantaba y cuidaba cosas que nadie más sabía que existían.

El número tres tenía significado. Nico no sabía cuál, todavía. Sabía que tres era diferente de dos, que tres formaba lo que no podía formar. Un triángulo. Una estructura estable. Un patrón que se sostenía por sí mismo. El de la pipa había hablado de patrones una vez. “Todo está conectado por patrones que la mayoría de la gente no puede ver. Los patrones son el lenguaje del universo. Si aprendes a leer los patrones, aprendes a leer lo que el universo está tratando de decirte.” Nico estaba aprendiendo a leer patrones. Las plantas le enseñaban. El ritmo le enseñaba. El oso Dember manchado que latía contra su pecho le enseñaba. Nico se quedó mirando el lugar donde había plantado la semilla.

No pasó nada visible. No hubo brote instantáneo, no hubo luz dramática, no hubo señal de que algo extraordinario acababa de suceder. El ritmo en su pecho cambió. Se hizo más fuerte. Más claro. El oso Dember tembló contra su pecho. El mismo ritmo. Siempre el mismo ritmo. Las plantas seguían inclinándose hacia el norte. Hacia el Astral. Hacia donde todo convergía. Y en el pecho de Nico, junto al oso Dember manchado, lo innombrable seguía latiendo, esperando, creciendo junto con las plantas que recordaban a alguien que ya no

existía en formas que la gente pudiera ver. El oso Dember había sido de Tomás primero. Tomás había muerto en un callejón, con los mismos cortes rituales. La voz del viejo había muerto fragmentándose en una canción.

Las cosas que Nico amaba tendían a morir. Las cosas que Nico amaba tendían a dejar fragmentos atrás. Fragmentos que Nico cuidaba porque cuidar era lo único que sabía hacer. Las plantas seguían brillando. El ritmo seguía latiendo. Y en algún lugar que Nico no podía ver, El de la pipa seguía resonando en frecuencias que solo las plantas podían escuchar. El pulso era continuo. El pulso era eterno. El pulso era lo único que quedaba. ## 140 [L][K][J] ### CRUCE

El portal se abrió a las 3:47 de la mañana. Leonardo lo vio desde el borde del refugio subterráneo, donde había estado esperando durante cuatro horas con el Voynich contra el pecho y con la verdad sobre Don Humo pudriéndose en algún lugar detrás de las costillas. El portal no era luz. El portal no era agujero en el aire. El portal era más cercano a una herida, una grieta en la realidad que supuraba eso, que no era justo luz, algo intermedio que los ojos humanos no estaban diseñados para procesar. Led y Lix lo habían abierto con técnicas que Leonardo no entendía, con frecuencias que resonaban en los huesos y con palabras en idiomas que no existían en ningún registro conocido.

Los dos técnicos estaban de pie a ambos lados del portal, sus manos extendidas hacia la grieta. Sostenían la abertura con fuerza de voluntad. No va a durar mucho - dijo Led. El sudor le corría por la cara a pesar del frío del refugio. Tienen que cruzar ahora. Leonardo miró hacia atrás, hacia el grupo que esperaba detrás de él. Nico

estaba junto a Malika, el oso Dember apretado contra su pecho, los ojos grandes mirando el portal con una mezcla de miedo, curiosidad que Leonardo había visto antes en los ojos de niños que enfrentaban cosas que ningún niño tendría que enfrentar. Once años. Once años, ya había visto morir a Tomás. Once años y cargaba un peso.

Leonardo cargaba otro peso. Las últimas palabras de El viejo: “Cuida a mi hijo. No le digas quién soy.” Las palabras se habían grabado en la memoria de Leonardo con la fuerza de lo que no podía olvidarse aunque quisiera olvidarlo. Cada vez que miraba a Nico, las palabras estaban ahí. Cada vez que Nico hablaba de El hombre de la pipa, las palabras pesaban más. ¿Leonardo? La voz de Faith lo sacó de sus pensamientos. El portal. Sí. Vamos. Se adelantó hacia la grieta en la realidad. El aire cerca del portal era diferente, más denso, con un olor que le recordaba a metal caliente y a algo orgánico que no podía identificar. El Voynich pulsaba contra su pecho con un ritmo que se aceleraba a medida que se acercaba.

El libro reconocía lo que había al otro lado. Cruzó. El cruce no fue instantáneo. El cruce fue proceso, transición, momento suspendido donde Leonardo existió en dos lugares al mismo tiempo y en ningún lugar al mismo tiempo. El Plano Medio se disolvió a su alrededor como acuarela bajo la lluvia. El Astral Norte se materializó fragmento a fragmento, primero el frío, luego el olor, luego la luz gris que no venía de ningún sol porque no había sol en el Astral Norte. Cuando el cruce terminó, Leonardo estaba de pie en suelo que crujía bajo sus pies con el sonido de algo cristalizado, algo frágil, algo que podía romperse si pisaba con fuerza. El cielo era gris. El cielo siempre era gris aquí.

Un gris que no cambiaba, que no se oscurecía ni se aclaraba, que existía. El tiempo no tenía significado. La luz no tenía fuente. En la distancia, la fortaleza de la Bestia respiraba. Leonardo la vio por primera vez con sus propios ojos, no a través de binoculares modificados, no en diagramas del Voynich, no en descripciones de otros. La vio como era: una montaña de hielo negro que se expandía y contraía cada seis segundos, paredes que no eran paredes sino extensión de algo vivo, sombras que patrullaban perímetros que no tenían fin. Era más grande de lo que había imaginado. Era más aterradora de lo que había imaginado. El resto del grupo cruzó detrás de él, uno por uno, emergiendo del portal con expresiones que variaban entre determinación y terror contenido.

Faith cruzó primero, la lanza de fibra óptica agarrada con fuerza. Detrás, Malika con su mochila de suministros médicos y el medidor de frecuencias que nunca soltaba. Anya llegó cojeando, el tobillo roto envuelto en vendajes que ya necesitaban cambio. Después Haryes, cargando a Ilis sobre los hombros sin esfuerzo visible. Ilis tenía los ojos cerrados, el cuerpo laxo, la apariencia de alguien que dormía aunque Leonardo sabía que no dormía, que no tenía la energía para mantener los ojos abiertos. Maku llegó con Copérnico a su lado, el perro cubierto de marcas azules que brillaban con intensidad que no habían tenido en el Plano Medio. Las marcas cubrían el 95% del cuerpo del animal ahora. El 5% restante era marrón oscuro, el color original que Copérnico había tenido cuando todavía era solo un perro callejero que Sentella había adoptado antes de morir.

Copérnico miraba la fortaleza de la Bestia con ojos que contenían los perros normales no contenían. Los perros normales no miraban a la distancia con algo como reconocimiento. Los perros normales no

brillaban con marcas azules que pulsaban con el mismo ritmo que conectaba todo en este plano. Scout - dijo Maku, extendiendo la mano hacia el perro. Copérnico se sentó. La dijo un segundo. Inclino la cabeza y levanto una oreja. ¿Grruuh? Las marcas azules pulsaron una vez. Maku retiró la mano. Copérnico corrigió. Su voz no cambio de tono. Sus ojos sí. El perro volvió a mirar la fortaleza. Maku tenía 7,692 años de existencia. Leonardo se preguntaba qué era existir durante tanto tiempo, qué se perdía y qué se ganaba cuando los siglos se acumulaban.

Maku no hablaba de su pasado. Maku no explicaba por qué estaba aquí, por qué ayudaba, por qué había elegido este momento y este grupo para acompañar. Gunwise llegó con diez androides que se desplegaron en formación de combate por instinto, sus sensores escaneando el horizonte gris en busca de amenazas que todavía no se habían materializado. Y Nico llegó al final. Nico cruzó el portal con el oso Dember contra el pecho y con los ojos que buscaban lo que no podía identificar. Acaso buscaba las plantas que había dejado atrás, las plantas que recordaban a La pipa se movió. Leonardo lo miró. Nico lo miró. “Cuida a mi hijo. No le digas quién soy.” Las palabras de El hombre de la pipa pesaban como plomo en el pecho de Leonardo, junto al Voynich que seguía pulsando con un ritmo que ahora era más rápido, más urgente.

El libro sabía que algo se acercaba. Quería advertirle. ¿Estás bien? - preguntó Nico. La pregunta era simple. La pregunta requería respuesta simple. Leonardo no podía dar respuesta simple porque no estaba bien, porque cada vez que miraba a Nico veía a La silueta del viejo, veía los ojos del viejo Jardinero que se había fragmentado sonriendo para que los demás pudieran escapar, veía el peso del

mensaje que llevaba: “Cuida a mi hijo. No le digas quién soy.” Sí mintió Leonardo. Estoy bien. Nico no preguntó más. Nico tenía once años y había aprendido a no hacer preguntas cuyas respuestas podían doler más que la ignorancia. El portal se cerró detrás de ellos. Led y Lix quedaron en el Plano Medio, manteniendo la conexión abierta para cuando necesitaran volver, si es que necesitaran volver, si es que había algo a lo que volver cuando todo esto terminara.

El grupo se reorganizó sin hablar. Faith tomó la posición de vanguardia, su lanza de fibra óptica lista para el combate que todos sabían que vendría. Haryes se quedó en retaguardia con Ilis todavía en los hombros. Malika caminó junto a Leonardo, sus ojos fijos en el medidor que mostraba frecuencias que variaban con cada paso que daban. Todo era diferente aquí. En el Plano Medio había siempre ruido: publicidad, motores, voces de gente que vivía sin darse cuenta de que vivía. En el Astral Norte el vacío acústico se llenaba solo con el sonido de sus propios pasos y de su propia respiración. Leonardo escuchaba. El vacío le decía cosas que el ruido ocultaba. Que estaban siendo observados. Que las sombras en la distancia sabían que estaban aquí.

El núcleo está a 7.3 kilómetros - dijo Malika. A este ritmo, llegaremos en cuatro horas. Las sombras nos verán antes de llegar. Sí. No había más que decir. No había plan que no involucrara pelear contra sombras que se regeneraban al instante. No había estrategia que garantizara que todos sobrevivirían. Solo había el hecho de que tenían que llegar al núcleo, al centro de la fortaleza, a la memoria de Helios que mantenía todo funcionando. Empezaron a caminar. El suelo crujía bajo sus pies con cada paso. El frío se metía en los huesos con insistencia que no podía ignorarse. El cielo gris pesaba

sobre sus cabezas como techo de plomo que amenazaba con caer. Leonardo caminaba junto a Nico.

No sabía por qué caminaba junto a Nico. No sabía por qué no podía alejarse aunque alejarse sería más fácil, aunque alejarse significaría no tener que ver los ojos de El de la pipa cada vez que miraba al niño. Las plantas van a estar bien - dijo Nico, como si hablara consigo mismo más que con Leonardo. Vera las cuidará. Vera entiende las frecuencias. Sí. ¿Crees que siguen creciendo? ¿Aunque no estemos? Creo que sí. Don Humo decía que las plantas recuerdan. Que guardan cosas que no podemos guardar de otra forma. El nombre golpeó a Leonardo con la fuerza de algo físico. Don Humo. El mensaje que todavía cargaba: “Cuida a mi hijo.” ¿Qué más decía Don Humo? preguntó Leonardo, porque preguntar era menos doloroso que decir, porque escuchar era menos difícil que confesar.

Decía que todo está conectado por ritmo. Que el ritmo es lo que queda cuando todo lo demás desaparece. Que si escuchas el ritmo con suficiente atención, puedes escuchar a la gente que ya no existe. ¿Y lo escuchas? Nico no respondió de golpe. Tocó el oso Dember que descansaba contra su pecho, el oso manchado que había sido de Tomás primero, el oso que latía con el mismo ritmo que conectaba todo. A veces dijo. En las plantas. En el oso. En algo que está en mi pecho que no sé qué es. Leonardo quiso decirle. Quiso decirle que lo que sentía en el pecho era la conexión con su padre, que el ritmo era el ritmo que Don Humo había cultivado durante décadas, que las plantas recordaban porque Don Humo les había enseñado a recordar. No le digas quién soy. Deja que descubra su propio ritmo. La fortaleza de la Bestia respiró en la distancia. El cielo permaneció gris. Y Leonardo siguió caminando junto al hijo de un hombre

muerto, cargando verdades que no podía decir y promesas que no sabía si podría cumplir. El frío se intensificó con cada paso. El viento del Astral Norte cortaba la piel expuesta con la precisión de cuchillas que no tenían filo visible. Las sombras en la distancia empezaban a moverse. El asalto comenzaría pronto. La guerra contra la Bestia empezaría en horas. Esoj Siul estaba en algún lugar adelante, caminando hacia la fortaleza desde antes de que ellos cruzaran. 15% de Helios caminando hacia 25% de Helios.

La fusión que Ilis había descrito como inevitable. La reunión que nadie sabía si era buena o mala porque nadie entendía suficiente sobre lo que Helios había sido como para predecir lo que Helios sería si se reconstruía. Leonardo pensaba en eso mientras caminaba. Pensaba en fragmentos que buscaban completarse. Pensaba en Don Humo, fragmentado ahora, disperso en frecuencias que las plantas captaban y que Nico sentía sin saber qué sentía. Había elegido fragmentarse. Sonreír hasta la dispersión para que los demás pudieran escapar. Era diferente a lo que la Bestia, Esoj Siul buscaban. El viejo había elegido separarse. La Bestia, el Viejito elegían reunirse. Las decisiones de los fragmentos eran opuestas y Leonardo no sabía cuál era la correcta. Quizás ninguna era correcta.

Y en algún lugar entre el grupo de viajeros que caminaban hacia la fortaleza de hielo negro, Nico seguía sintiendo el ritmo de El ritmo que conectaba todo. El ritmo que Don Humo le había enseñado a escuchar. Leonardo no miró hacia atrás. El Plano Medio quedó detrás del portal cerrado. Adelante solo había gris, hielo y sombras y la promesa de una batalla que cambiaría todo aunque nadie pudiera predecir cómo. Siguieron caminando. El horizonte no cambiaba. En el Astral Norte el horizonte era siempre el mismo gris, la misma

distancia que no se acortaba aunque caminaran durante horas. La fortaleza de la Bestia seguía en la misma posición visual, sus paredes de hielo negro respirando con el mismo ritmo de seis segundos, las sombras patrullando con la misma fluidez líquida que no seguía patrones que pudieran predecirse.

Era un plano diseñado para la desesperanza. Era un lugar donde caminar no llevaba a ningún lado, donde el esfuerzo no producía resultados visibles, donde la única certeza era el frío y el gris y el sonido de los propios pasos en suelo que crujía bajo el peso de los vivos. Leonardo seguía caminando de todas formas. Nico seguía caminando de todas formas. Todos seguían caminando de todas formas porque detenerse significaba rendirse y nadie en el grupo sabía cómo rendirse aunque rendirse sería más fácil que seguir adelante. El Voynich pulsó contra el pecho de Leonardo con urgencia creciente. El ritmo latió en el pecho de Nico sin que Nico supiera qué era. Las sombras en la distancia empezaron a moverse. #
TEMPORADA 15: GUERRA DEL NORTE ## 141 [L][F][O]

ASALTO

La fortaleza de hielo negro no tenía amanecer. El Astral Norte no tenía amanecer. Algo cambió en el gris del cielo a las 0600 horas según el reloj que Led había calibrado para funcionar en un lugar donde el tiempo no funcionaba por lo general. El gris se volvió menos denso. Las sombras que patrullaban el perímetro de la fortaleza se movieron con anticipación. El frío era constante. Menos 56 grados según los sensores de Gunwise. Suficiente para congelar fluidos biológicos en segundos. Los humanos del grupo llevaban

capas de ropa que Malika había tratado con sustancias que no explicó. Las capas funcionaban. Nadie preguntó cómo. Gunwise contó. Era lo que hacía Gunwise. Contar era su función, su propósito, la razón por la que existía.

Los números no mentían aunque todo lo demás mintiera. Los números eran el único lenguaje que Gunwise entendía del todo, el único idioma que no tenía ambigüedad ni interpretación. Androides apuntó. 23 vikingos. 15 del grupo principal. 85 en total. La fortaleza respiraba frente a ellos. Sus paredes de hielo negro se expandían y contraían cada seis segundos, el ritmo constante de algo vivo y hambriento. Leonardo había cronometrado el ritmo durante horas desde el risco de observación. Seis segundos exactos. Sin variación. La precisión era perturbadora. Las cosas vivas no respiraban con precisión matemática. Las sombras que la protegían eran incontables. Cientos. Miles. Formas líquidas que se deslizaban por el perímetro sin seguir patrones que pudieran predecirse. Cada sombra era extensión de la Bestia.

Cada sombra era célula de un organismo que no tenía límites definidos. 85 contra miles - añadió Faith. Su lanza de fibra óptica brillaba con luz que no venía del cielo gris. Suena justo. Nadie rio. No constituía momento para risas. No parecía momento para nada excepto lo que venía. El viento del Astral cortaba la piel expuesta. El viento no seguía direcciones normales. Cambiaba cada pocos segundos, golpeando desde ángulos que no tenían sentido según ninguna meteorología conocida. El plano respiraba junto con la fortaleza. Los androides de Gunwise fueron primero. Vanguardia. Carne de cañón que no era carne. Metal que podía ser destruido y

reemplazado, aunque no había reemplazo aquí, aunque cada androide que caía era pérdida permanente.

Gunwise había calculado las probabilidades antes del asalto. 73% de pérdida total de unidades androides. 89% de pérdida si el asalto se extendía más de cuatro horas. Los números no mentían. Los números decían que iban a perder. El primero en cruzar la línea invisible donde terminaba el territorio neutral y empezaba el territorio de la Bestia fue A-12. Sus sistemas registraron el cambio de temperatura al instante. Menos 58 grados se convirtió en menos 89 grados. El aire se volvió sólido. Los androides no tenían fluidos biológicos. Los androides seguían funcionando. A-12 transmitió datos durante los primeros treinta segundos. Lecturas de frecuencia. Análisis de composición del hielo negro. Mapeo térmico de las sombras que se acercaban. Los datos eran valiosos.

Los datos valían el precio que A-12 iba a pagar. A-12 duró cuatro minutos. Las sombras lo rodearon como líquido, fluyendo alrededor de su forma metálica, buscando grietas en su armadura. Encontraron una en la articulación del codo izquierdo. Se metieron dentro. Los sistemas internos de A-12 registraron la invasión: temperatura bajando en el compartimento central, funciones motoras comprometidas, núcleo de procesamiento perdiendo coherencia. A-12 dejó de transmitir a las 0604. El último dato que envió fue una frecuencia. La frecuencia. El mismo número que aparecía en todas partes. A-15 duró tres minutos. Su armadura era más gruesa. No importó. Las sombras encontraron otra grieta. A-23 duró seis, el récord de la primera oleada. Seis minutos de combate donde destruyó catorce sombras antes de que las sombras lo destruyeran a él.

Gunwise registró cada pérdida con la precisión que era su naturaleza. Los números se acumulaban. Los números no mentían. A las 0630, doce androides habían caído. A las 0700, veintitrés. El ritmo de pérdidas era consistente con las proyecciones iniciales. Los números decían que iban a perder. Los números no decían cuánto iban a costar antes de perder. Los vikingos de Solveig tomaron los flancos. Veintitrés guerreros que habían peleado batallas en ciclos anteriores, en tiempos que ninguno de ellos recordaba bien porque la memoria funcionaba diferente en el Astral. Sus hachas brillaban con runas que Led había grabado durante tres días de trabajo continuo, runas que según decían dañaban las sombras. según decían. Led no había podido probar las runas antes del asalto.

No había sombras disponibles para pruebas. Las runas funcionaban según teoría. Según cálculos. Según esperanza disfrazada de ciencia. Bjorn fue el primero en caer. Una sombra le atravesó el pecho antes de que su hacha completara el arco de ataque. El metal de las runas brilló cuando tocó la sombra. La sombra se disolvió. La segunda sombra no se disolvió. La segunda sombra mató a Bjorn mientras su hacha todavía brillaba. Cayó sin gritar. Los vikingos no gritaban cuando morían. Los vikingos morían callados porque eso era más digno que el ruido. Solveig lo había enseñado así. Morir con dignidad era lo único que quedaba cuando todo lo demás se perdía. Astrid cayó después. Luego Erik. Luego Gunnar. Cuatro vikingos en la primera hora.

Solveig seguía peleando. Su hacha era más grande que las demás, con runas que brillaban con más filo, con filo que cortaba sombras como tela mojada. Las sombras que tocaba se disolvían en ceniza negra que caía al suelo y se reabsorbía en el hielo. Por cada sombra

que destruía, tres más emergían del hielo negro de la fortaleza. No se podía ganar así. Todo el mundo lo sabía. Ganar no parecía el objetivo. El grupo principal se movió mientras los androides y los vikingos morían. Leonardo coordinaba desde una posición elevada, un risco que ofrecía vista de la batalla sin exponerlo directo al combate. El Voynich pulsaba en su mochila, caliente contra su espalda, respondiendo a las frecuencias que emanaban de la fortaleza.

Cada pulso era más fuerte que el anterior. El libro quería algo. El libro siempre quería algo. Faith lideraba el ataque frontal. Su lanza atravesaba sombras con precisión que venía de años de entrenamiento y de rabia que venía de lugares más profundos que el entrenamiento. Cada golpe era personal. Cada sombra destruida era lo que tendría que haber destruido antes, lo que representaba todo lo que había perdido y todo lo que seguía perdiendo. La lanza brillaba con luz que Faith no controlaba del todo. A veces la luz era blanca. A veces era azul. A veces era de un color en ningún idioma. Faith no preguntaba de dónde venía la luz. Faith solo la usaba. Malika se mantenía cerca de los heridos, aplicando técnicas médicas que no funcionaban según ningún manual conocido.

Funcionaban en el Astral porque Malika sabía cosas que nadie más sabía, porque había estudiado textos que nadie más había leído, porque su mente procesaba información. Un vikingo cayó con tres costillas rotas. Malika le inyectó algo que olía a metal y a flores muertas. El vikingo se levantó tres minutos después. Siguió peleando. Sus movimientos eran más lentos. Sus costillas seguían rotas. Seguía peleando de todas formas. Haryes cargaba a Ilis mientras peleaba. Un brazo sosteniendo su cuerpo roto, el otro

sosteniendo el hacha que destruía todo lo que se acercaba. Era ineficiente. Era estúpido desde cualquier perspectiva táctica. Haryes lo hacía de todas formas porque Ilis no podía caminar y porque dejarla significaba abandonarla. Ilis tenía los ojos abiertos.

No reaccionaba a nada. Su cuerpo era peso muerto que Haryes cargaba sin quejarse. A veces sus labios se movían como si intentara decir algo. Ningún sonido salía. Anya cojeaba. Seguía moviéndose. Su tobillo protestaba con cada paso, dolor que subía por su pierna como corriente eléctrica que no se detenía. No se detuvo. Detenerse significaba morir. Detenerse significaba que todo lo que habían hecho para llegar hasta aquí no había servido para nada. Su cuchillo era más pequeño que las hachas de los vikingos. Funcionaba igual de bien contra las sombras. Las sombras morían sin importar el tamaño del arma que las mataba. Maku y Copérnico se mantuvieron en la retaguardia. El perro gruñía sin parar, un sonido bajo que sugería que podía ver cosas que los demás no podían ver.

Sus marcas azules pulsaban con el ritmo de la fortaleza. 95% de cobertura. El 5% restante era marrón oscuro que se reducía con cada hora que pasaba. Maku calmaba al perro con palabras en un idioma que tenía 7,692 años de antigüedad, palabras que acaso no tenían traducción a ningún idioma que los humanos hablaran. Nico dijo. No peleaba. No todavía. Estaba en una posición que Leonardo le había asignado, detrás de las líneas principales, donde según decían estaría seguro aunque nadie estaba seguro en ningún lugar. El oso Dember en su pecho absorbía las sacudidas de la batalla. O Nico imaginaba que las absorbía. Era difícil distinguir entre lo que era real y lo que imaginaba estos días. El oso latía con frecuencia constante latidos por minuto.

El mismo ritmo de las plantas que había dejado en el Plano Medio. La semilla en su bolsillo latía. El mismo ritmo de siempre. El mismo ritmo de siempre. Había algo más ahora. Un patrón dentro del patrón. Una frecuencia dentro de la frecuencia. Algo que respondía a algo. Responde a algo - dijo Nico. Nadie lo escuchó. El ruido de la batalla era fuerte. Metal contra sombra. Gritos de vikingos que morían callados. El zumbido constante de la fortaleza respirando. Como frecuencia continuó, hablando consigo mismo, hablando con el oso, hablando con la semilla que latía contra su pierna. La Bestia responde a frecuencias. Los ataques siguen un patrón. Cada seis segundos cuando la fortaleza exhala, las sombras se vuelven más lentas.

Cada seis segundos cuando inhala, se vuelven más rápidas. Intentó decírselo a alguien. Gritó hacia donde Leonardo coordinaba. Su voz se perdió en el caos. El patrón existía. Nico lo veía. Nadie más lo veía. O tal vez todos lo veían. Nadie tenía tiempo para hacer algo con la información. El primer muro cayó a las 0847. No fue victoria. Fue desgaste. Tantos androides destruidos, tantos vikingos muertos, tanta energía gastada que la fortaleza no pudo mantener todas sus defensas a la vez. El muro exterior se derrumbó en fragmentos de hielo negro que se disolvieron antes de tocar el suelo. El segundo muro resistió. Más grueso. Más denso. Las sombras que lo protegían eran diferentes: más grandes, más coherentes, con formas casi humanoides si los humanos pudieran estar hechos de oscuridad solidificada. Estas sombras no se movían como líquido. Se movían como soldados. Faith atacó el segundo muro con todo lo que tenía. Su lanza brilló con luz que tendría que haber cegado a quien la mirara. Las sombras retrocedieron. El hielo negro se agrietó. No se

rompió. No vamos a pasar - dijo Gunwise. Los números no mentían. Al ritmo actual de bajas, quedaremos reducidos a menos de 20 efectivos antes de romper el segundo muro. Entonces morimos aquí - respondió Solveig. Su hacha goteaba algo que funcionaba como sangre para las sombras. Hay peores lugares para morir. Nadie muere aquí - dijo Leonardo desde su posición elevada. Esto es distracción. Necesitamos mantenerlos ocupados. El verdadero objetivo está adentro. Nico miró hacia la fortaleza.

El verdadero objetivo. El núcleo. La memoria de lo que Helios había sido antes de romperse. Y en algún lugar dentro de esas paredes de hielo negro, Esoj Siul se movía hacia algo que solo él entendía. Su ausencia era visible. El Viejito no estaba con el grupo. No había estado con el grupo desde que cruzaron el portal. Nadie lo había visto entrar a la fortaleza. Nadie lo había visto no entrar. Nadie lo mencionó. Algunas ausencias eran grandes para caber en palabras. La fortaleza siguió respirando. Seis segundos. Inhalar. Seis segundos. Exhalar. El ritmo era hipnótico. Nico lo sentía en su pecho, sincronizándose con su propio latido a pesar de sus esfuerzos por resistir. El oso Dember sacudía su cuerpo al mismo ritmo.

La semilla en su bolsillo pulsaba al mismo ritmo. Todo en el Astral Norte parecía latir al unísono. La fortaleza era el corazón de un organismo mucho más grande que incluía todo lo que existía en este plano. Los números de Gunwise seguían acumulándose. 31 androides destruidos. 8 vikingos caídos. El segundo muro seguía en pie. El asalto continuaba porque no había otra opción, porque retirarse significaba que las muertes no habían servido para nada. Leonardo bajó del risco. El Voynich ardía contra su espalda. El libro quería estar más cerca de la fortaleza. El libro siempre quería algo.

Faith lo interceptó antes de que llegara a la primera línea. ¿Qué haces? Su lanza goteaba algo negro que se evaporaba antes de tocar el suelo.

El libro. Necesita estar más cerca. El libro puede esperar. No puede. Faith lo miró durante tres segundos. Sus ojos buscaban algo en los de Leonardo. No lo encontró. Una vez más, volvió al combate. Leonardo siguió avanzando. Cada paso lo acercaba al segundo muro. Cada paso hacía que el Voynich ardiera más fuerte contra su espalda. El calor atravesaba las capas de ropa tratada. El calor llegaba a su piel. El calor dejaba marcas que tal vez serían permanentes. El precio de cargar conocimiento. El precio de ser el único que podía leer lo que el libro mostraba. Nico lo vio avanzar. Quiso seguirlo. La posición asignada lo mantenía en su lugar. Las órdenes de Leonardo habían sido claras: no moverse hasta que alguien viniera a buscarlo.

Nadie iba a venir a buscarlo. Todos estaban ocupados muriendo o matando. El oso Dember tembló con más fuerza. La semilla latió con más urgencia. ## 142 [J][O] ### RECUERDO

Las manos de Maku sabían cosas que su mente había olvidado. Estaba en la retaguardia. Sentada en el suelo con la espalda contra una roca que le cortaba entre los omóplatos. Lejos del ruido de la batalla que seguía rugiendo contra el segundo muro de la fortaleza. Los heridos llegaban en oleadas: vikingos con cortes que no sangraban bien, androides con circuitos expuestos que chisporroteaban, humanos con quemaduras de frío donde las sombras los habían tocado. Maku los atendía con movimientos que no recordaba haber aprendido. Sus dedos encontraban los puntos de presión exactos para detener hemorragias que no tenían forma de detenerse con métodos convencionales. Sus palmas aplicaban

ungüentos que había fabricado con plantas que no existían en el Astral Norte, plantas que había traído del Plano Medio en frascos que pesaban más de lo que su tamaño indicaba.

Su voz murmuraba palabras en idiomas que tenían miles de años de antigüedad, palabras que funcionaban. El conocimiento estaba en sus manos. No en su cabeza. 7,692 años de conocimiento acumulado. Siete mil seiscientos noventa y nueve años de huecos donde el conocimiento completo había estado una vez. Un vikingo llegó con la mitad del rostro congelado. La piel había pasado de blanca a negra en el tiempo que tardó en arrastrarse desde el frente de batalla hasta la estación médica improvisada. Sus ojos, que todavía funcionaban, mostraban pánico que venía de saber que el daño era permanente. Maku se limpió la sangre del vikingo anterior en los pantalones. Puso las manos sobre la piel ennegrecida. Sintió el frío. No el frío normal del Astral Norte, que era constante y predecible.

El frío de las sombras. Un frío que se metía en las células y las rompía desde adentro, que convertía el agua en cristales que cortaban las membranas, que transformaba la carne viva en... El calor fluyó desde sus palmas. El vikingo gritó. El sonido era diferente a los gritos de batalla. Era más profundo, más visceral, el sonido de alguien que sentía sus células reconstruyéndose una por una. Duró cuarenta y siete segundos. Maku contó. Contar la ayudaba a mantenerse anclada mientras su cuerpo hacía cosas que su mente no entendía. Cada curación le costaba algo. No dolor. Algo peor que dolor: un hueco que se abría en la parte de atrás de la cabeza; cada vez que reparaba a alguien, una pieza de lo que ella sabía se desprendía y caía a un lugar donde no podía recuperarla.

Después del vikingo número doce había perdido la receta de un ungüento que sabía hacer tres horas antes. Después del número quince olvidó en qué idioma eran las palabras que murmuraba. Las seguía diciendo. Su boca las producía. Su mente ya no las reconocía. Luego dejó de gritar. La piel empezó a sanar con velocidad que desafiaba lo que los cuerpos humanos podían hacer. Negro se volvió rojo. Rojo se volvió rosa. Rosa se volvió piel nueva, frágil, que tendría que protegerse durante días antes de endurecerse. ¿Cómo? - preguntó el vikingo cuando pudo hablar. Maku no respondió. No sabía cómo. Solo sabía que podía. Sus manos lo sabían. El resto de ella era pasajera. El segundo vikingo llegó con tres dedos menos.

El tercero llegó con una herida en el abdomen que mostraba cosas que no tenían forma de verse desde afuera. El cuarto era un androide que había perdido la capacidad de hablar. Maku lo reparó con herramientas que no recordaba haber empacado. Los circuitos se reconectaron bajo sus dedos. El androide - comentó “gracias” con voz que todavía sonaba a estática. Cinco heridos. Siete. Doce. El flujo era constante. La batalla seguía. El segundo muro seguía en pie. Maku trabajaba sin descanso. Su cuerpo no necesitaba descanso de la misma manera que los cuerpos humanos lo necesitaban. 7,692 años habían cambiado muchas cosas. El cansancio era una de ellas. Podía funcionar durante días sin dormir, aunque después pagaría el precio.

El flash llegó sin aviso. Maku estaba aplicando vendajes a un androide que había perdido el brazo izquierdo cuando el mundo cambió. Un segundo estaba en el Astral Norte, con el cielo gris arriba y el sonido de la batalla a lo lejos. Al siguiente segundo estaba en otro lugar. Metal pulido. Un brillo duro que le hizo cerrar los ojos. Una secuencia de números que significaban Ahora no podía descifrar. Los

números flotaban en el aire, patrones que tenían significado, patrones que su cerebro fragmentado no podía procesar. Tres caracteres. Resonaban en algún lugar profundo de su cerebro. No sabía qué significaban. No sabía por qué los veía. Solo sabía que le producían algo. Eso. Eso. Eso. Había perdido... algo.

No recordaba qué. No recordaba cuándo. Solo el vacío que quedaba después, un agujero con forma que no podía identificar. Los números seguían flotando en el aire del flash. Secuencias que podrían significar cosas. Coordenadas tal vez. Mensajes tal vez. No podía descifrarlos. Su cerebro fragmentado no podía procesarlos. El flash terminó. Maku estaba de vuelta en el Astral Norte, sus manos todavía sosteniendo el vendaje, el androide mirándola con ojos que no tenían capacidad para expresar confusión. ¿Estás bien? - preguntó el androide. No lo sé dijo Maku. Era la verdad. No sabía si estaba bien. No sabía qué había sido ese flash. No sabía por qué esos tres caracteres le producían una sensación de pérdida tan profunda que dolía en el cuerpo, un agujero en el pecho donde algo había estado una vez y donde ahora solo había vacío.

El vacío tenía forma. No podía identificar qué forma. Solo sabía que era real. No conectó las piezas. Las piezas estaban ahí, flotando en algún lugar de su mente fragmentada, esperando ser ensambladas. 7,692 años de existencia habían dejado muchos huecos. Muchas piezas faltantes. Muchas conexiones rotas que no podían repararse solo con desear que se repararan. Volvió a trabajar. Los heridos seguían llegando. El vacío seguía doliendo. Las dos cosas podían coexistir. Un tercer vikingo llegó arrastrándose. Sus piernas no respondían. Las sombras habían tocado su columna vertebral, habían congelado los nervios que conectaban cerebro con

extremidades. Maku puso las manos sobre su espalda y encontró el daño: hielo microscópico en lugares donde el hielo no tenía forma de llegar. - Sus palmas se calentaron.

El vikingo - gritó durante dos minutos. Cuando dejó de gritar, movió los dedos de sus pies. Luego las piernas. Se levantó temblando. Volvió al combate sin decir gracias. Los vikingos no agradecían la curación. Los vikingos esperaban la curación como parte del servicio que el universo les debía por estar dispuestos a morir. Maku no necesitaba gratitud. Necesitaba que siguieran peleando el tiempo suficiente para que el plan funcionara. El plan que nadie le había explicado del todo. El plan que dependía de cosas que ella no controlaba y que tal vez nadie controlaba. Copérnico gruñía. El perro si es que era perro, si es que la palabra significaba algo para una criatura con marcas azules que cubrían el 97% de su cuerpo estaba de pie mirando hacia la fortaleza.

Su pelaje se erizaba. Sus ojos, que habían sido ojos de perro hace meses, brillaban con eso. Las marcas azules pulsaban. El ritmo era el mismo de la fortaleza. Seis segundos. Pulso. Seis segundos. Pulso. El perro estaba sincronizado con la Bestia. - Maku se acercó a él. ¿Qué ves? - preguntó en el idioma que solo ellos compartían, el idioma que había existido antes de que los idiomas humanos existieran, el idioma que conectaba a las cosas viejas con las cosas más viejas todavía. Copérnico no respondió con palabras. Los perros no hablaban con palabras. El tirón era visible en sus músculos. En la tensión de sus patas. En la manera en que su cuerpo se inclinaba hacia adelante aunque sus pies permanecían plantados en el suelo.

Las marcas azules en su cuerpo brillaron un instante. 97% de su superficie cubierta ahora. Hace un mes había sido 95%. Hace un año

había sido 89%. Hace dos años había sido 71%. Las marcas crecían. Copérnico se transformaba en Sentella lo había encontrado como cachorro callejero. Sentella había muerto con los mismos cortes rituales que nadie había explicado. Copérnico había seguido viviendo. Las marcas habían seguido creciendo. El perro que había sido perro se estaba convirtiendo en no era perro. Nadie sabía qué estaba pasando con él. Nadie sabía por qué las marcas crecían. Nadie sabía qué significaría cuando llegaran al 100% de cobertura. Maku tenía teorías. Las teorías se basaban en conocimientos que no recordaba del todo, en patrones que había visto antes en otros ciclos, en otras eras, en tiempos tan antiguos que los humanos no habían existido todavía.

Las teorías decían que Copérnico se estaba convirtiendo en lo que ella era. Algo que pagaría un precio por esa capacidad, un precio que nadie podía calcular por adelantado. Las teorías podían estar equivocadas. 7,692 años de existencia le habían enseñado que las teorías casi siempre estaban equivocadas. No todavía dijo Maku. No vayas todavía. Copérnico la miró. En sus ojos había obediencia mezclada con frustración, la mirada de alguien que sabía que tenía que esperar aunque todo en él le decía que no esperara. La mirada de alguien que podía sentir su destino llamándolo y que elegía ignorar la llamada. Por ahora. Se quedó junto a ella. Por ahora. Maku plantó algo en la tierra del Astral. No recordaba haberlo planeado.

Sus manos lo hicieron, moviéndose con conocimiento que ella no poseía a propósito. Sacaron algo de su bolsillo una semilla que no recordaba haber guardado, pequeña, negra y aparentemente muerta y la sostuvieron frente a sus ojos durante tres segundos. La semilla no tenía nada especial. Era del tamaño de una uña. Su superficie era

opaca. No brillaba. No pulsaba. No mostraba señales de vida. Sus manos cavaron un agujero en el suelo cristalizado del Astral Norte. El suelo resistió. El suelo no quería ser cavado. Sus dedos insistieron. El suelo cedió. Pusieron la semilla adentro. Cubrieron el agujero con tierra que no era justo tierra, con cristales que no fueron justos cristales, con sustancia que existía en el Astral Norte y en ningún idioma humano. No tendría que crecer. Nada crecía en el Astral Norte. El suelo estaba muerto. Las temperaturas eran bajas para cualquier proceso biológico. La luz era insuficiente para fotosíntesis. Todo en este lugar estaba diseñado para impedir que las cosas vivas siguieran vivas. La semilla brotó. Un tallo verde emergió de la tierra negra. Pequeño. Frágil. Imposible. El verde era brillante. El verde era el mismo que había visto en las plantas de Don Humo, el mismo que brillaba en las hojas que Nico cuidaba en su sótano a kilómetros de distancia, en otro plano, en otro mundo. Verde contra negro. Vida contra muerte. Color imposible en un lugar donde el color no tenía derecho a existir. El brote creció un centímetro mientras ella lo miraba.

Luego otro. Alimentándose de lo que no era luz ni agua ni nutrientes normales. Alimentándose de frecuencias que Maku no podía percibir. Sus manos habían sabido invocar 7.692 años de conocimiento. 7.692 años de huecos. Y en algún lugar entre el conocimiento, los huecos, semillas que recordaban cómo crecer aunque el mundo les dijera que no podían. El brote siguió creciendo. La batalla siguió rugiendo. Y Maku siguió curando heridos con manos que sabían cosas que su mente había olvidado, mientras algo verde, pequeño y del todo imposible crecía en el suelo muerto del Astral Norte. El flash volvió una vez más. Breve. Un segundo. Brillo.

El vacío que dolía. Luego se fue. Maku miró al brote verde. El brote tenía ahora cuatro hojas.

Cuatro hojas verdes en un mundo gris. Cuatro hojas que no tenían forma de existir y que existían de todas formas. Como ella. Como todos ellos. Existencias imposibles en lugares imposibles, haciendo cosas imposibles porque no había otra opción. La batalla rugía a lo lejos. El segundo muro todavía no caía. Y Maku seguía curando, seguía plantando, seguía existiendo con 7.692 años de conocimiento y 7.692 años de huecos donde el conocimiento completo había estado una vez. Los heridos seguían llegando. El brote seguía creciendo. El vacío seguía doliendo. Y en algún lugar dentro de la fortaleza de hielo negro, algo se movía hacia algo. Fragmentos buscando reunirse. Memoria buscando completarse. El universo haciendo lo que el universo siempre hacía: cambiando sin pedir permiso, sin explicar por qué, sin prometer que el cambio sería mejor que lo que había antes.

Maku curó otro vikingo. Sus manos sabían cómo. El resto de ella solo observaba. Los dedos trabajaban solos limpiando la herida con agua que habían recogido de la condensación que se formaba en las paredes de hielo, aplicando presión donde la presión servía, soltando donde soltar era lo correcto. El vikingo joven, con una cicatriz que le cruzaba la frente desde antes de que Maku llegara, no hizo ruido mientras ella trabajaba. Apretó los dientes. Las mandíbulas se marcaron bajo la piel. Maku terminó y sus manos se movieron sin que ella lo decidiera hacia el brote. Cuatro hojas verdes. Le quitó un grano de ceniza que se había posado en la hoja más nueva.

El gesto fue lento. Cuidadoso. El tipo de cuidado que no se tiene con una planta sino con algo frágil que te importa. Maku no notó lo

que sus manos habían hecho. Ya estaba atendiendo al siguiente herido. ## 143 [K][S][H] ### PATRÓN

Los números no cuadraban. Locke llevaba tres horas mirando la pantalla de su terminal, comparando registros de desapariciones con registros de patrullaje, buscando el patrón que sabía que existía porque los patrones siempre existían aunque nadie quisiera verlos. La pantalla le ardía en los ojos. Tres horas sin parpadear bien. Tres horas de números que se movían, se reorganizaban, se negaban a tener el sentido que tenían que tener. El precinto estaba vacío a las cuatro de la mañana. Solo él y el zumbido de las luces fluorescentes que nadie había cambiado en meses aunque parpadeaban con frecuencia que inducía dolor de cabeza. El sonido de sus propios dedos tecleando datos que no tenían sentido hasta que de pronto lo tuvieron.

Cada seis horas. Las desapariciones ocurrían cada seis horas exactas. No más o menos. No “cerca de”. Justo. 0600. 1200. 1800. 0000. El patrón se repetía con precisión que no podía ser coincidencia. La precisión era mecánica. La precisión era sistema. Locke superpuso los datos de patrullaje sobre los datos de desapariciones. Los turnos coincidían. Los technopunks que el sistema había contratado como “apoyo de seguridad” trabajaban turnos de seis horas. Llegaban a las 0600, se iban a las 1200. Otro grupo llegaba a las 1200, se iba a las 1800. Los hemacronos cubrían la noche: 1800 a 0000, 0000 a 0600. Technopunks. La palabra sonaba técnica, profesional, limpia. La realidad era diferente. Eran mercenarios con implantes que les permitían procesar información más rápido que los humanos normales.

Eran herramientas del sistema disfrazadas de refuerzo policial. Eran la razón por la que detectives como Locke se habían vuelto obsoletos. Y las desapariciones ocurrían justo en los cambios de turno. No durante los turnos. En los cambios. En los quince minutos de confusión cuando un grupo se iba y otro llegaba, cuando nadie sabía justo quién era responsable de qué, cuando las grietas en el sistema se abrían lo suficiente para que la gente cayera a través de ellas. Quince minutos cuatro veces al día. Una hora total de vulnerabilidad diseñada. Una hora donde cualquier cosa podía pasar y nadie era responsable. Locke abrió otro archivo. Los cyberpunks. El tercer grupo que nadie mencionaba en los registros. Trabajaban en paralelo con los otros dos.

Su función era diferente: no patrullaban. Borraban. Cada vez que alguien desaparecía, un cyberpunk accedía a los sistemas y eliminaba registros. Fotos de identificación. Historiales médicos. Cuentas bancarias. Todo lo que indicaba que la persona había existido. Los cyberpunks eran fantasmas digitales. Locke había intentado rastrear a uno hace seis meses. El rastro desapareció en un laberinto de direcciones falsas y servidores que no existían en ningún mapa conocido. Los cyberpunks no tenían nombres. No tenían caras. Solo tenían funciones. Producción. La palabra apareció en la mente de Locke con claridad que le heló la sangre. No se trataba de operación de seguridad. Era planta de procesamiento. Los turnos de seis horas, la rotación constante, los cyberpunks borrando evidencia. Todo funcionaba como línea de ensamblaje.

Entrada de personas. Procesamiento. Salida de... Locke no quería imaginar. La lista de Sánchez. 73 niños. La lista era solo la punta de algo mucho más grande. Los niños eran los más valiosos porque sus

cuerpos eran más puros, sus fluidos más potentes, sus sueños más vendibles. Los adultos valían menos individualmente. Los adultos se procesaban en volumen. Cientos de personas al mes según los números que Thorne había encontrado. Cientos de personas que dejaban de existir. Cientos de familias que no tenían a quién reclamar porque el sistema había borrado la evidencia de que sus seres queridos habían existido. El número seguía apareciendo. En todas partes. Como constante universal que nadie había notado todavía. Thorne apareció en la puerta de su oficina.

Pelo corto, uniforme impecable, ojos que todavía no habían aprendido a no ver las cosas que el sistema prefería que nadie viera. Recluta de tres meses. Genuino en su deseo de hacer bien su trabajo. Acaso el último detective honesto que quedaba en la División 47. Su juventud era visible en todo: en la manera en que se paraba, en la tensión de sus hombros, en la expectativa de que alguien le explicara las reglas. Locke había sido así una vez. Hace décadas. Antes de que las reglas se revelaran como lo que eran: ficciones convenientes que el sistema usaba para mantener a la gente funcionando. Señor - dijo Thorne. Algo está mal con los números. Locke casi rio. Casi.

El músculo de la risa se activó en su cara. No completó el movimiento. ¿Qué números? Los capturados. Thorne entró a la oficina y puso una tablet frente a Locke. Según los registros oficiales, arrestamos a cientos de personas el mes pasado por violaciones de toque de queda. Solo 312 llegaron a procesamiento judicial. Y solo 89 están ahora en prisiones. ¿Y los demás? Eso es lo que no entiendo, señor. Hay 758 personas que fueron arrestadas y que no están en ningún registro posterior. No fueron liberadas. No fueron transferidas. No fueron nada.... Dejaron de existir en el sistema.

Cientos de personas. El número resonó en la cabeza de Locke de manera. Sentía que tenía que tener sentido. El mismo número que aparecía en los ritmos que Nico describía.

El mismo número que aparecía en los patrones de la fortaleza en el Astral Norte. El mismo número que conectaba cosas que no tenían forma de estar conectadas. ¿A dónde van? - preguntó Thorne. ¿A dónde van los capturados que no llegan a prisiones? Locke miró al recluta. Joven. Honesto. Todavía creyendo que las preguntas tenían respuestas que alguien querría escuchar. Todavía creyendo que el sistema funcionaba con lógica que podía entenderse y con reglas que podían seguirse. No lo sé - dijo Locke. Era mentira. Sabía justo a dónde iban. Iban al mismo lugar donde iban los “voluntarios” del servicio militar. Iban al mismo lugar donde iban los niños de la lista de Sánchez. Iban a algún lugar donde los cuerpos tenían valor y donde las personas dejaban de ser personas.

Las tres ciudades. Ciudad Control procesaba cuerpos para harina. Entreternia extraía sueños. Sanguisburg cosechaba fluidos. Las tres ciudades formaban un ciclo de explotación que funcionaba con la eficiencia de una máquina bien engrasada. Señor... Thorne. Locke usó el tono que había perfeccionado durante décadas, el tono que decía “esta conversación termina ahora” sin decirlo explícitamente. Algunos patrones no están hechos para ser encontrados. Algunos números no cuadran porque alguien decidió que no cuadraran. Y algunas preguntas solo tienen respuestas que te van a costar más de lo que estás dispuesto a pagar. Thorne no dijo. Sus ojos mostraban algo que Locke reconocía: el momento exacto en que alguien empezaba a entender que el sistema no era lo que pensaba que era.

El momento en que la inocencia empezaba a morir. El momento en que un detective dejaba de creer en la justicia y empezaba a creer en la supervivencia. El momento tenía sonido. O acaso no tenía sonido. Thorne tenía esposa. Thorne tenía un hijo de tres años. Thorne trabajaba turnos dobles para pagar una hipoteca que nunca terminaría de pagar. Thorne era justo persona que el sistema creaba y consumía: alguien con deudas que no podía abandonar, alguien con dependientes que no podía arriesgar, alguien atrapado en una jaula de obligaciones que hacía imposible la rebelión. Locke había sido así una vez. Locke había creído que el trabajo era noble, que la División protegía a la gente, que los números que no cuadraban eran errores administrativos.

Locke había dejado de creer hace mucho tiempo. Ahora solo funcionaba, haciendo lo mínimo necesario para sobrevivir, buscando las grietas donde pudiera hacer algo de bien sin ser destruido por el sistema que lo empleaba. - Vuelve a tu puesto - dijo Locke. Y no pongas esos números en ningún reporte oficial. Si los pones, desaparecerán. Y quizás tú desaparezcas con ellos. Thorne se fue. Sus pasos sonaron diferentes al salir de lo que habían sonado al entrar. Más pesados. Locke conocía ese peso. Lo había cargado durante años. Locke volvió a su pantalla. El mapa que había construido mostraba los turnos de los mercenarios superpuestos sobre los patrones de Viktor. El asesino en serie se movía entre los cambios de turno, usando las grietas del sistema como cobertura.

Cada ataque ocurría cuando la confusión era máxima, cuando nadie sabía quién era responsable de qué. Viktor era metódico. Viktor era preciso. Viktor funcionaba con la misma lógica que el sistema que según decían tenía que detenerlo. Viktor no era ajeno al

sistema. Viktor era parte del sistema. O el sistema era parte de Viktor. O probablemente la distinción no importaba cuando ambos funcionaban con la misma lógica, la misma eficiencia, la misma indiferencia hacia las vidas que consumían. La espiral que Viktor seguía era matemática. Cada víctima estaba a una distancia específica de la anterior. Cada ataque ocurría a intervalos predecibles. La espiral se estrechaba con cada iteración, convergiendo hacia un punto central que Locke había calculado hace tres días.

Locke miró el punto en el mapa donde terminaba la espiral de Viktor. Sector 12. Bloque 7. Edificio 23. Tampoco era el apartamento donde Sofía y Lu vivían en los registros. Era el edificio de al lado. Viktor estaba siguiendo registros que ya no existían, direcciones que los cyberpunks habían borrado. Viktor estaba cazando fantasmas. Sofía y Lu seguían escondidas en el lugar que él había elegido. Lejos del apartamento. Lejos del patrón. Lejos de todo excepto del miedo que no podía esconderse en ningún lugar. El miedo tenía olor. Locke lo había aprendido hace años. El miedo tenía olor y Viktor quizás podía olerlo. Tenían menos de 24 horas antes de que Viktor completara su espiral. 24 horas para encontrar una forma de detener a alguien que se movía con la precisión de un sistema diseñado para que nadie lo detuviera.

Locke abrió un nuevo archivo. El expediente de Viktor. Incompleto. Fragmentado. Lleno de huecos que nadie había llenado porque nadie quería saber lo que había en los huecos. Lo que sabía: Viktor cazaba para Sanguisburg. Sus víctimas terminaban en laboratorios donde sus fluidos se extraían. Las puñaladas no fueron ritual. Eran cosecha. Cada corte en un lugar específico, drenando

fluidos específicos, siguiendo protocolos que alguien le había enseñado. ¿Quién le había enseñado? ¿Quién lo protegía? Por qué el sistema permitía que operara cuando el sistema tenía la capacidad de detener a cualquiera que quisiera detener. La respuesta era obvia. El sistema no quería detenerlo. Viktor era útil. Viktor hacía trabajo que el sistema necesitaba que se hiciera. Viktor era empleado aunque no apareciera en ninguna nómina. Locke cerró el archivo. El clic sonó final en la oficina vacía, como puerta cerrándose, como opciones desapareciendo. Tenía 24 horas. Tenía números que no cuadraban. Tenía un sistema que funcionaba contra él. Tenía a dos personas que dependían de él para sobrevivir lo que no podía detenerse. El zumbido de las luces fluorescentes continuó. El reloj marcó las 4:51. El número seguía. Señal de lo que Locke todavía no entendía. Los patrones tenían significados que iban más allá de la coincidencia. Las puñaladas de Viktor. Los androides del Astral. Los Borrados del refugio de Carolina. Cientos de desaparecidos al mes. Los números conectaban cosas que no tenían forma de estar conectadas. Locke se levantó de la silla. Sus rodillas protestaron.

Tres horas sentado era mucho para un cuerpo que ya no era joven, que había acumulado décadas de servicio y de lesiones que nunca sanaron bien. Caminó hasta la ventana. La ciudad dormía afuera. O fingía dormir. A las cuatro de la mañana todo estaba quieto desde arriba. Las calles vacías por el toque de queda. Las luces apagadas porque la energía costaba más de lo que la gente podía pagar. Lo que no se trataba de paz sino miedo comprimido, esperando explotar. Sofía estaba en algún lugar de esa ciudad. Lu estaba con ella. Las dos escondidas en un apartamento que Locke había elegido porque no aparecía en ningún registro, porque el

dueño había muerto hace tres años y nadie había reclamado la propiedad, porque era invisible de las maneras que importaban.

Viktor estaba en algún lugar de esa ciudad también. Moviéndose en la oscuridad. Siguiendo su espiral. Acercándose al centro. 24 horas. Quizás menos. Locke volvió a su escritorio. El mapa seguía en la pantalla. Los patrones seguían superpuestos. Los números seguían sin cuadrar de las maneras que tenían que cuadrar. Tenía que encontrar una forma de romper el patrón. Tenía que encontrar una forma de detener a alguien que se movía con la precisión del sistema. Tenía que hacerlo sin recursos, sin apoyo, sin ninguna de las cosas que los detectives de las historias siempre tenían cuando enfrentaban villanos. Y tenía que hacerlo en 24 horas. El clic del teclado sonó en la oficina vacía mientras Locke empezaba a buscar la grieta que necesitaba encontrar. ## 144 [F][X] ### ESCLAVA

Antes. Cuando todavía tenía forma propia. Cuando el vacío adentro era solo vacío y no hambre. Cuando Iris todavía existía. Ilis no recordaba cómo había llegado al centro de la fortaleza. Un momento estaba afuera, siendo arrastrada por sombras que la habían capturado durante el primer intento de infiltración. Las sombras eran frías. Se metían en la piel. Se metían en los huesos. Se metían en lugares que no tenían nombre y que dolían de formas que no tenían descripción. El siguiente momento estaba adentro, en un espacio que no tenía forma de existir, un espacio donde las paredes de hielo negro pulsaban. El ritmo le llegaba a través de las suelas. Subía por los tobillos. Se instalaba en las costillas.

El suelo estaba mojado. No agua. Algo viscoso que le pegaba los pies al hielo con cada paso. El olor era metálico y dulce. Sangre que no era sangre. Los residuos de lo que la fortaleza hacía con lo que

entraba en ella. El ritmo era familiar. El ritmo era el mismo que sentía en su propio pecho cuando se despertaba a las tres de la mañana sin poder recordar por qué se había despertado. Ilis intentó orientarse. No había punto de referencia. No había arriba ni abajo que se mantuviera constante. La gravedad cambiaba de dirección cada pocos pasos. El estómago se le revolvió. El centro de la fortaleza no era sala ni caverna ni habitación. Era intersección. Lugar donde las líneas convergían.

Lugar donde el espacio se doblaba sobre sí mismo. La Bestia no era lo que esperaba. Ilis se tocó el brazo donde la sombra la había agarrado. La piel estaba fría. No el frío normal. Un frío que se quedaba, que se metía debajo de la piel y se instalaba en el músculo. Iba a quedarse ahí durante semanas. Ilis lo sabía sin saber cómo lo sabía. Había esperado monstruo. Garras y colmillos y ojos que brillaran con maldad comprensible. Había esperado lo que pudiera odiar, contra lo que pudiera luchar aunque no tuviera posibilidad de ganar. Había esperado enemigo que justificara todo lo que había hecho para llegar aquí, todo lo sacrificado, todo lo que había perdido. Lo que encontró fue herida.

La Bestia era 25 por ciento sol. 25 por ciento de lo que dio luz a planos enteros, que calentó mundos, que fue centro alrededor del cual todo lo demás giraba. Ahora era fragmento. Ahora era rabia convertida en forma. Ahora era dolor cristalizado en algo que podía caminar, destruir, querer. Su forma cambiaba sin parar. A veces humanoide. A veces geométrico, ángulos y líneas que no seguían las reglas de la geometría conocida. A veces líquido, fluyendo de una configuración a otra sin transición visible. Nunca era fija. Nunca era estable. Era 25 por ciento tratando de mantener la coherencia que

requería 100 por ciento. El frío que emanaba no era frío térmico. Era frío existencial. Frío que sentías cuando mirabas al cielo nocturno y entendías por primera vez lo pequeño que eras.

Frío que sentías cuando alguien que amabas moría y entendías que no había nada que pudieras hacer para traerlo de vuelta. No vengo a torturarte - dijo la Bestia. Su voz no era voz. Era la sacudida en el pecho de Ilis, en la columna vertebral, en los espacios vacíos donde solían estar las cosas que la hacían ser ella. ¿Entonces qué quieres? Mostrarte algo. La Bestia le mostró el vacío. No el vacío exterior. No el vacío del espacio entre estrellas muertas. El vacío interior. El agujero que Ilis cargaba adentro desde que podía recordar, el espacio donde debería haber habido algo. Solo había nada. El vacío tenía hambre. Ilis lo supo por primera vez con claridad que dolía.

El vacío no era pasivo. El vacío no era ausencia. El vacío era criatura viva que se alimentaba de todo lo que ella intentaba poner adentro: amor, odio, propósito, significado. Todo lo que trataba de llenar el agujero terminaba siendo consumido por el agujero, haciendo el agujero más grande. El vacío tenía nombre. El vacío se llamaba Iris. Iris. Su hermana gemela. Nacida tres minutos antes que ella. Muerta sesenta y cinco capítulos atrás. Incinerada como castigo por traición que Ilis había sugerido. Ilis había convencido a Iris de traicionar al grupo. Ilis había sido la arquitecta del plan que terminó con su hermana convertida en cenizas. Ilis había mirado mientras las llamas consumían a la única persona que había entendido lo que era ser ella.

El vacío se llamaba culpa. El vacío se llamaba “tendría que haber sido yo”. El vacío se llamaba todas las noches desde entonces,

despertando a las tres de la mañana, buscando a alguien que ya no estaba en la cama de al lado, recordando que ya no habría nadie en la cama de al lado. Todos lo tenemos - replicó la Bestia. El vacío. La incompletitud. El conocimiento de que somos pedazos de algo más grande que se rompió antes de que tuviéramos consciencia de lo que éramos. ¿Qué quieres de mí? Ofrecerte algo. La Bestia se acercó. Su forma cambió mientras se movía, pasando de una configuración a otra, nunca fija, nunca estable. Era 25 por ciento de sol tratando de mantener coherencia cuando la coherencia requería el 100 por ciento.

Te daré coherencia dijo. Te daré propósito. Te daré algo para llenar el vacío que te está comiendo desde adentro. ¿A cambio de qué? A cambio de dejarte completar. Ilis se arrodilló. No por decisión consciente. Sus piernas cedieron, doblegándose bajo el peso de lo que la Bestia le estaba ofreciendo. Completitud. Coherencia. El fin del hambre que la había perseguido toda su vida. Por un momento un segundo, puede que dos consideró aceptar. El vacío adentro de ella - gritó que sí. El vacío quería ser llenado. El vacío estaba dispuesto a pagar cualquier precio para dejar de ser vacío. Pero la Bestia era honesta. Si aceptas dijo, dejarás de ser tú. Serás parte de mí. Tu forma se disolverá en mi forma.

Tus recuerdos se mezclarán con mis recuerdos. Tu consciencia se fusionará con mi consciencia hasta que no puedas distinguir dónde terminas tú y dónde empieza yo. ¿Y el vacío? El vacío desaparecerá. Tú desaparecerás con él. Ilis miró a la Bestia. La herida que era 25 por ciento de sol. El fragmento que quería ser completo con la misma desesperación que ella quería ser completa. - ¿Por qué me lo dices? - preguntó. Podrías haberme completado sin explicar. Podrías

haberme tomado mientras estaba arrodillada. Porque quiero que elijas - dijo la Bestia. Los fragmentos tomados por fuerza no encajan igual que los fragmentos que eligen unirse. Y porque... pausa, lo que podría haber sido duda si las heridas pudieran dudar entiendo lo que se siente querer ser completo y saber que la completitud tiene precio.

Ilis eligió el dolor. Se levantó del suelo de hielo negro con piernas que temblaban, con vacío adentro que gritaba que estaba cometiendo error, que la completitud era todo lo que había querido siempre, que decir no era locura. El suelo estaba frío bajo sus rodillas. El frío se había metido en sus huesos durante los minutos arrodillada. El frío sería parte de ella ahora, permanente, recordatorio de este momento en que eligió seguir siendo incompleta. No dijo. La palabra salió quebrada. Ronca. Casi inaudible. Su garganta estaba seca. Su garganta estaba seca de haber contenido todas las palabras que quería decir y no decía. ¿Estás segura? No. Ilis se tambaleó. Se sostuvo de lo que no podía ver. Estaba ahí, alguna pared o pilar que la fortaleza le ofrecía puede que por compasión o probablemente por crueldad.

No estoy segura de nada. Prefiero el dolor de ser yo al alivio de no serlo. Prefiero el vacío que lleva el nombre de Iris. Prefiero la culpa que me recuerda que mi hermana existió. Prefiero el hambre que me mantiene buscando aunque no sepa qué busco. La Bestia la miró durante largo tiempo. Su forma cambió tres veces durante la mirada: de humanoide a geométrico a eso. Tres configuraciones diferentes del mismo dolor. Tres versiones del mismo fragmento intentando entender a otro fragmento que eligió permanecer fragmentado. Te dejaré ir - dijo al final. Llevarás el conocimiento contigo. Llevarás la

memoria del vacío que te mostré. Y nunca volverás a ignorar el hambre que tienes adentro. Era maldición disfrazada de liberación.

Ilis lo sabía. La Bestia lo sabía. Ambas lo aceptaron porque era el trato hecho, porque no había otro trato posible, porque algunas negociaciones solo tenían un resultado aunque tuvieran múltiples caminos. Las sombras la escoltaron fuera de la fortaleza. El camino de vuelta fue más largo que el camino de entrada. O acaso se sentía más largo porque las piernas no respondían bien. Las rodillas le fallaban cada tercer paso. El frío del suelo le había entumecido los pies. O acaso solo fue más largo porque ahora cargaba peso adicional: el conocimiento de lo que era el vacío, la memoria de lo que la Bestia le había ofrecido, la certeza de que había dicho no a lo que parte de ella todavía quería.

Cuando salió de la fortaleza, el grupo la encontró. Haryes la encontró primero. La cargó sin esfuerzo visible. Cargaba personas rotas. Era normal llevar a alguien que vio cosas que nadie tenía forma de ver y que sobrevivió cosas que nadie tenía forma de sobrevivir. Sus brazos eran firmes. Su paso era seguro. No demandaba nada, solo ofrecía presencia. Ilis no recordaba la última vez que alguien la había cargado. Probablemente nunca. Tal vez siempre había sido ella la que cargaba a otros, la que sostenía lo que no podía sostenerse solo, la que pretendía que era fuerte aunque la fuerza fuera mentira. El frío del Astral Norte la envolvía. El frío era diferente ahora fuera de la fortaleza. Más normal. Más como frío tenía que ser.

Ahora. En la retaguardia de la batalla. Contándole a Haryes lo que pasó. Ilis terminó de hablar. Su garganta estaba seca. Las palabras habían costado más de lo que pensaba que iban a costar, cada sílaba

raspando contra el tejido dañado de su laringe. Haryes no la interrumpió durante toda la historia. Haryes no hizo preguntas. Haryes solo escuchó con la atención completa de alguien que sabía que escuchar era a veces lo único que podía ofrecer. Cuando ella terminó, él le pasó agua. Ilis tomó el recipiente con manos que temblaban. Bebió. El agua estaba fría y sabía a metal. Le dolió la garganta al tragar. La garganta estaba dañada. Raspada. Cada trago era recordatorio del grito dado dentro de la fortaleza. ¿Por qué me lo cuentas? - preguntó Haryes. - Porque necesitaba que alguien supiera - indicó Ilis. Porque el vacío adentro de mí quiere que lo guarde como secreto, y guardar secretos es cómo el vacío crece. Porque Iris murió guardando secretos que yo le pedí que guardara, y no quiero que nadie más muera guardando los míos. El nombre de Iris salió de su boca por primera vez desde que había muerto. El nombre raspó contra su garganta, hecho de cristales rotos. Dolía decirlo. Dolía más no decirlo. Haryes no dijo que entendía. No dijo que todo iba a estar bien. No señaló ninguna de las cosas que la gente decía cuando no sabía qué decir y necesitaba llenar la pausa con algo.

Le pasó más agua. Ella la tomó. Sus manos tocaron las de él durante el intercambio. El contacto duró un segundo. Los dedos de Haryes estaban tibios. Los de ella estaban helados. La diferencia fue eléctrica. Breve. El contacto no prometía nada. El contacto solo decía: estoy aquí. No voy a ningún lado. Puedes contar con que esté aquí. A veces eso era suficiente. El vacío adentro seguía ahí. El hambre seguía ahí. El nombre de Iris seguía raspando en lugares que no tenían piel que raspar. Ahora alguien más sabía, y saber compartido era menos pesado que saber solo. Ilis miró hacia la fortaleza que respiraba en la distancia. La Bestia estaba adentro.

Esperando. Fragmento buscando completarse. Herida buscando cerrarse. 25 por ciento de sol tratando de ser 100 por ciento, aunque 100 por ciento significara consumir todo lo demás.

Ella había dicho no. Ella seguía siendo fragmento. Ella seguía cargando el vacío que se llamaba Iris, la culpa que se llamaba “tendría que haber sido yo”, el hambre porque los nombres no alcanzaban para describirla. Pero ahora alguien sabía. Y a veces eso era suficiente. ## 145 [P][S] ### SUERO

El ascensor bajó durante cuarenta y siete segundos. Penny contó porque contar era lo único que podía hacer para no pensar en lo que estaba a punto de ver. Cuarenta y siete segundos. El número otra vez. Aparecía en todos los informes de Locke sobre Viktor, en los patrones de desapariciones, en los turnos de los mercenarios. El número como constante que nadie había notado todavía. Profundidad estimada: 94 metros bajo el nivel de la calle. El doble. El número se multiplicaba. Un sótano que no aparecía en ningún plano oficial, en ningún registro de construcción, en ninguna base de datos que ella había podido hackear durante tres semanas de trabajo continuo. La instalación no existía según el sistema. La instalación solo existía para quienes sabían dónde buscar.

Castor estaba a su lado. El infiltrado que había pasado seis meses ganándose la confianza de los mercenarios del sistema, seis meses fingiendo ser uno de ellos, seis meses construyendo la coartada que les permitía estar aquí ahora. Castor era un technopunk desertor. Había trabajado para el sistema antes de entender qué era el sistema. Ahora trabajaba contra el sistema con la misma eficiencia con la que trabajó para él. Su uniforme de mercenario era auténtico. Lo había ganado matando a alguien que lo llevaba. No hablaba de eso. Penny

no preguntaba. Había preguntas que no tenían respuestas que nadie quisiera escuchar. Castor tenía cicatrices que no mostraba. Cicatrices de los implantes que le habían puesto cuando se convirtió en technopunk. Cicatrices de cuando había intentado quitarse los implantes y había descubierto que no se podían quitar, que eran parte de él ahora, que el sistema lo había modificado.

Los implantes lo hacían más rápido. Los implantes lo hacían más fuerte. Los implantes también transmitían datos al sistema cada doce horas, datos que Castor tenía que falsificar manualmente para que el sistema no supiera que había cambiado de lado. La deserción era trabajo de tiempo completo. La deserción era vivir con el enemigo dentro de ti, usando las herramientas del sistema para destruir al sistema. ¿Lista? - preguntó Castor. No. El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. El olor fue lo primero que golpeó a Penny. Químico. Dulce de una manera que hacía que el estómago se revolviera. Como hospital mezclado con algo más orgánico, más vivo, más perturbador. Olor a fluidos que no tenían forma de estar fuera de cuerpos.

Olor a sueños convertidos en líquido. El pasillo era blanco. Luces fluorescentes que no parpadeaban, que mantenían iluminación constante las veinticuatro horas porque en este lugar no había día ni noche, solo producción continua. El sistema no dormía. El sistema no descansaba. El sistema solo extraía. Caminaron. Los pasos resonaban contra el piso de material que absorbía sonido. El vacío acústico era artificial, diseñado para que nadie escuchara lo que pasaba en las habitaciones que flanqueaban el pasillo. Las plantas estaban primero. Penny las vio a través de una ventana de observación: filas de macetas hidropónicas, cada una conteniendo

una planta de hojas anchas y flores púrpuras. Cuarenta y siete plantas en la primera fila. El número otra vez. Las plantas goteaban algo.

Líquido claro que caía en tubos de recolección, que fluía hacia algún lugar que la ventana no mostraba. Las plantas eran diferentes a cualquier cosa que Penny hubiera visto. Sus hojas se movían aunque no había viento. Sus flores se abrían y cerraban en ciclos de seis segundos. El mismo ritmo que Locke había identificado en los turnos de los mercenarios. El mismo ritmo que conectaba todo. Producen jugo hipnótico - dijo Castor en voz baja. Lo usan para mantener a los... a los productores en estado de sueño continuo. Las plantas vienen del Astral. Don Humo las cultivaba antes. Cuando murió, el sistema encontró la manera de replicarlas. No funcionan igual. Funcionan suficiente. El nombre resonó en la cabeza de Penny.

El Jardinero muerto fragmentándose. El Jardinero cuyas semillas ahora crecían en sótanos de Nico y en el Astral Norte donde Maku las plantaba sin recordar por qué. El sistema robaba todo. Incluso las plantas de los muertos. ¿Productores? - preguntó Penny. Castor no respondió. Siguió caminando hacia la siguiente sección. Penny lo siguió. El pasillo se bifurcaba. Izquierda llevaba a “Procesamiento”. Derecha llevaba a “Extracción”. Las palabras estaban escritas en placas metálicas con tipografía clínica, como si nombrar las cosas con palabras técnicas las hiciera menos horribles. Fueron a la derecha. Los niños estaban después. Penny se detuvo frente a la ventana de observación. Sus piernas dejaron de funcionar. Sus pulmones dejaron de procesar aire. Todo se detuvo excepto sus ojos que no podían dejar de mirar.

Camas. Filas de camas que se extendían hasta donde la vista alcanzaba. El techo era alto, industrial, diseñado para maximizar espacio vertical. Tres niveles de camas apiladas con escaleras metálicas entre ellas. Eficiencia de almacenamiento aplicada a cuerpos humanos. En cada cama, un niño. Edades entre cuatro y doce años según la estimación de Penny. Cuatro años era el mínimo para producción viable. Doce años era cuando los sueños empezaban a degradarse, cuando la pubertad cambiaba la química del cerebro. Cada niño conectado a máquinas que monitoreaban signos vitales. Pantallas que mostraban ondas cerebrales en tiempo real. REM en verde. NREM en azul. Despertar en rojo. El rojo era malo. El rojo significaba que las drogas no estaban funcionando. El rojo significaba intervención.

Cada niño con tubos en los brazos que extraían no era sangre. Funcionaba como sangre. Era más valioso que sangre. Era sueños convertidos en líquido, experiencias convertidas en producto, infancias convertidas en dosis que alguien rico se inyectaría para sentirse joven. Los niños dormían. Sus ojos se movían bajo los párpados cerrados. REM. Soñaban. Producían. Sus cerebros generaban imágenes que las máquinas capturaban, que los tubos extraían, que el sistema empaquetaba y vendía a precios que la gente normal no podía pagar. - Cada niño produce mientras sueña - añadió Castor. Su voz era plana, controlada, el tono de alguien que vio esto antes y que aprendido a no reaccionar para poder seguir funcionando. Seis horas de sueño inducido equivalen a un vial de suero premium.

Veinte viales por niño por semana. Producción continua. Sin descanso. Sin vacaciones. Sin fin hasta que los cuerpos dejan de

producir. ¿Y cuando dejan de producir? Van a Ciudad Control. Los cuerpos todavía tienen valor. Solo que diferente. Ciudad Control. Donde los cuerpos se convertían en harina. El ciclo de las tres ciudades. Entreternia extraía sueños. Ciudad Control procesaba los restos. Sanguisburg cosechaba fluidos de los que todavía servían para eso. ¿Cuántos? 73 en esta instalación. Hay otras siete instalaciones en la ciudad. Más en otras ciudades. No sé cuántas en total. Los números están compartimentalizados. Nadie sabe el total excepto los que están arriba. 1. El mismo número que Sánchez había encontrado en sus archivos. La lista que Sánchez guardaba en su escritorio.

La lista que le hacía temblar las manos cada vez que la miraba. 73 niños convertidos en unidades de producción. 73 vidas reducidas a cuerpos que soñaban sueños que no les pertenecían. 73 familias buscando hijos que el sistema había convertido en líquido. Penny buscó entre las camas. Fila tras fila. Rostro tras rostro. Niños que podrían haber sido cualquier niño. Niños que habían sido cualquier niño antes de que el sistema los tomara. Encontró a Mateo en la fila 12, cama 7. Siete años. Pelo oscuro que necesitaba un corte. Piel pálida que no había visto el sol en meses. Ojos que se movían bajo párpados que quizás no se abrirían aunque quisieran porque las drogas que le inyectaban no dejaban que se abrieran.

El hijo de Vera. La razón por la que Vera seguía funcionando. La razón por la que Vera organizaba conciertos de frecuencias que despertaban lo que el sistema quería que permaneciera dormido. La razón por la que Vera no había dormido bien en meses. Penny tocó el vidrio de la ventana. Frío contra sus dedos. Barrera entre ella, el niño que no podía despertar. Quiso romper el vidrio. Quiso entrar, desconectar los tubos, cargar a Mateo, correr hacia la superficie y

entregárselo a su madre. No podía. El vidrio era reforzado. Las alarmas se activarían. Los guardias llegarían en menos de un minuto. Castor y ella morirían. Mateo seguiría produciendo sueños que no eran suyos. Sabía a metal. Sabía a bilis.

Sabía a todas las veces que quiso cambiar algo y no pudo. El flashback llegó sin aviso. Miguel. Su novio. Hace tres años. Antes de que todo se derrumbara. Miguel era artista. Pintaba sus sueños. Cada mañana se despertaba y trasladaba al lienzo las imágenes vistas mientras dormía. Colores que no existían en el mundo real. Formas que desafiaban la geometría. Belleza que venía de algún lugar que solo él podía visitar. Penny se enamoró de sus pinturas antes de enamorarse de él. Las había visto en una galería pequeña en el Sector 7, en una exhibición que casi nadie visitó. Colores que la hicieron llorar sin saber por qué. Formas que reconoció aunque nunca las había visto. Un día Miguel dejó de pintar.

“No tengo sueños,” dijo. “Duermo y no hay nada. Solo penumbra.” Penny pensó que era depresión. Penny buscó ayuda. Penny hizo todo lo que una pareja hace cuando alguien que ama está sufriendo. No lucía como depresión. Los sueños de Miguel habían sido extraídos. Vendidos. Alguien con dinero suficiente estaba soñando los sueños de Miguel ahora, experimentando la belleza que fue de él, comprando experiencias que no le pertenecían. Miguel no se recuperó. Sin sueños, los artistas se marchitaban. Sin sueños, la creatividad moría. Sin sueños, lo único que quedaba era vacío donde antes había habido color. Miguel terminó en una clínica donde la gente sin sueños terminaba. Ojos abiertos que no miraban nada. Boca que no hablaba. Manos que pintaron belleza ahora inmóviles sobre sábanas que nadie cambiaba.

Penny no lo había visitado en ocho meses porque visitarlo significaba ver lo que quedaba cuando te quitaban la capacidad de soñar. El flashback terminó. Penny estaba de vuelta frente a la ventana, mirando a Mateo, mirando a los 73 niños que producían sueros para gente rica mientras sus propias vidas se consumían gota a gota. Miguel estaba en alguna clínica esperando morir. Mateo estaba aquí esperando que alguien lo rescatara. La conexión era obvia. La conexión era el sistema que trataba a las personas como recursos, que extraía valor hasta que no quedaba nada que extraer, que descartaba los restos cuando dejaban de ser útiles. Tenemos que documentar - dijo Castor. ¿Penny? Penny sacó el dispositivo de grabación. Sus manos temblaban. Lo encendió de todas formas. Grabó las plantas. Grabó las camas. Grabó las máquinas que monitoreaban ondas cerebrales. Grabó los tubos que extraían sueños. Grabó los rostros de los 73 niños aunque grabar sus rostros la hacía querer gritar. Cada rostro era evidencia. Cada rostro era niño que alguien buscaba. Cada rostro era Mateo y Miguel y todos los que el sistema había convertido en producto. Castor la cubrió, vigilando los pasillos, asegurándose de que los guardias no aparecieran antes de que terminaran. Su mano descansaba sobre el arma que llevaba oculta. No quería usarla. Usarla significaba que algo había salido mal. Usarla significaba que quizás no saldrían. Cuando terminó de grabar, Penny guardó el dispositivo. Su bolsillo contenía un vial tomado de una de las estaciones de procesamiento.

Evidencia física. Suero premium producido por niños que no habían elegido producir nada. El vial era pequeño. Cabía en la palma de su mano. Contenía unos diez mililitros de líquido claro que brillaba tenue bajo la luz fluorescente. El peso del vidrio en su

bolsillo era más pesado de lo que el vidrio tenía forma de pesar. - Vámonos dijo Castor. Caminaron hacia el ascensor. Cada paso era recordatorio de los 73 niños que dejaban atrás. Cuarenta y siete segundos de subida. Las puertas se abrieron al nivel de la calle. El aire que respiró Penny sabía diferente. Sabía a culpa por haber visto y no haber podido hacer nada. Sabía a los sueños de Miguel que alguien más estaba soñando en algún lugar que ella nunca encontraría.

Sabía a Mateo esperando en la fila 12, cama 7, produciendo sueños que no parecían suyos mientras su madre organizaba conciertos de frecuencias esperando encontrar una forma de traerlo de vuelta. Penny caminó hacia la estación de transporte. El vial en su bolsillo latía con el ritmo de sueños robados. Tenía evidencia. Tenía grabaciones. Tenía lo que podía usar. La pregunta era cómo usarlo sin que el sistema la convirtiera en producto también. ## 146 [K][S] ### TUMBA

Las coordenadas de la carta llevaban a un cementerio abandonado. Columbo caminó entre las tumbas con la linterna en una mano y la pistola en la otra. No porque esperara disparar a nada los muertos no se levantaban por más que los vivos quisieran que lo hicieran, sino porque tener el arma en la mano parecía mejor que no tenerla. El peso del metal era ancla. El peso del metal era un recordatorio de que seguía siendo detective aunque el sistema quisiera que dejara de serlo. La noche era fría. Enero en Ciudad Control siempre era frío, frío que se metía en los huesos y se quedaba ahí durante días. El aliento de Columbo formaba nubes que la linterna iluminaba un instante antes de que se disolvieran.

El cementerio no aparecía en ningún mapa oficial. Había sido clausurado hace décadas, cuando el sistema decidió que los cementerios eran ineficientes, que los cuerpos ocupaban espacio que podía usarse para cosas más productivas. Los muertos no votaban. Los muertos no consumían. Los muertos solo ocupaban metros cuadrados que el sistema podía monetizar de otras formas. Ahora la gente que moría era “procesada” y el eufemismo cubría realidades que nadie quería examinar de cerca. Ciudad Control. Harina. El ciclo que Penny había documentado desde otro ángulo, el ciclo que conectaba las tres ciudades en una máquina de extracción que nunca se detenía. La hierba había crecido sobre la mayoría de las tumbas, borrando nombres importantes para alguien. Las piedras se inclinaban en ángulos que desafiaban la gravedad, sostenidas por raíces que las abrazaban como dedos.

Los árboles que alguien había plantado hace décadas se habían convertido en monstruos retorcidos que bloqueaban la poca luz de luna que se filtraba a través de la contaminación. Columbo tropezó con una raíz. Su rodilla izquierda protestó la misma rodilla que había recibido una bala hace quince años, la misma rodilla que le decía cuándo iba a llover con más precisión que cualquier pronóstico. Se levantó. Siguió caminando. Las coordenadas lo llevaban hacia la sección noreste. El terreno subía un poco. Las tumbas aquí eran más antiguas, más erosionadas, más olvidadas. Columbo encontró las coordenadas exactas en una pequeña colina que dominaba el resto del cementerio. Seis tumbas. Alineadas del todo. Piedras idénticas. Granito negro que brillaba bajo la luz de la linterna. Alguien lo había pulido hace poco.

La misma fecha de muerte grabada en las seis. Columbo se agachó frente a la primera tumba. Sus dedos tocaron la piedra. Fría. Más fría de lo que debería estar el granito en enero. Las inscripciones eran idénticas en estilo. Misma tipografía. Mismo espaciado. La alineación formaba algo. Si conectabas las tumbas con líneas imaginarias, formaban un hexágono. No perfecto la tierra se había movido en doce años pero reconocible. Geometría deliberada. Geometría que significaba algo para alguien. En el centro del hexágono, donde las líneas se cruzarían si las extendías, había un espacio vacío. Tierra sin tumba. O la séptima persona todavía no había muerto. Hace doce años. 15 de marzo. Idus de marzo. Mismo día. Misma hora 03:47 si las inscripciones eran precisas.

Otra vez. El número que aparecía en todas partes. Los nombres no le dijeron nada al principio. Elena Vargas. Periodista. 34 años al morir. Dr. Marcus Wei. Científico. 52 años. Roberto Fuentes. Político. 61 años. Ana Lucia Mendoza. Maestra. 29 años. Teresa Santos. Enfermera. 44 años. David Koren. Artista. 38 años. Seis personas. Seis profesiones diferentes. Seis vidas terminadas el mismo día hace doce años, a la misma hora, en circunstancias que los informes oficiales clasificaban como “no relacionadas”. Columbo sacó su tablet y buscó los nombres en los archivos recopilados durante meses de investigación. Los archivos que Penny había ayudado a extraer de sistemas que no querían ser accedidos. Los archivos que Locke había contribuido desde los registros de la División 47.

Los archivos que formaban un mosaico incompleto de lo que nadie había logrado ver completo. Elena Vargas había publicado un artículo tres días antes de morir. Artículo borrado de todos los

archivos digitales, desaparecido de las hemerotecas, que no existía según ninguna búsqueda oficial. Columbo lo había encontrado en una copia física en el sótano de un coleccionista paranoico que guardaba papel porque no confiaba en nada digital. El artículo hablaba de “el Arquitecto”. Mencionaba “estructuras de control que existen desde antes de que las ciudades tuvieran nombres actuales”. Mencionaba “un sistema diseñado para perpetuarse por separado de quién crea que lo controla”. Dr. Marcus Wei había dado una conferencia dos semanas antes de morir. Conferencia eliminada de todos los registros académicos, que no aparecía en ningún curriculum, que ningún colega recordaba aunque hubieran asistido.

Alguien la había grabado en formato de cinta magnética que ya nadie usaba. La conferencia hablaba de “patrones matemáticos en las estructuras de poder” y de “el Arquitecto como función, no como persona”. Roberto Fuentes había presentado una propuesta de ley un mes antes de morir. Propuesta que nunca llegó a votarse, cuyo texto fue destruido, desaparecido de los archivos legislativos. Nunca había existido. Su asistente había escondido una copia. El asistente murió de “causas naturales” tres semanas después de Fuentes. Columbo había encontrado la caja vacía. Alguien se había adelantado. Ana Lucia Mendoza había sido maestra de escuela primaria. En sus notas privadas escribía sobre “patrones que aparecen en los dibujos de los niños, patrones que no deberían conocer, símbolos que nadie les enseñó”.

Escribía sobre “el Arquitecto como presencia en el inconsciente colectivo”. Teresa Santos había sido enfermera en una clínica que ya no existía. Había hablado de “pacientes que llegaban con memorias borradas, memorias que contenían lo que alguien no quería que

recordaran”. Había mencionado “el Arquitecto” como palabra que los pacientes repetían en estados de delirio. David Koren había sido artista. Sus últimas pinturas mostraban “estructuras que no existen en ninguna arquitectura conocida, edificios que parecen diseñados para propósitos que no tienen nombre”. Una fotografía de baja calidad de una de esas pinturas había sobrevivido. Mostraba una red. O un cerebro. O un sistema de control que abarcaba todo. El patrón era claro. Seis personas que habían investigado algo. Seis personas que mencionaron el mismo nombre desde ángulos diferentes.

Seis personas muertas el mismo día, a la misma hora. Un periodista que escribía artículos. Un científico que daba conferencias. Un político que presentaba leyes. Una maestra que observaba dibujos. Una enfermera que escuchaba delirios. Un artista que pintaba visiones. Seis profesiones. Seis ángulos. El mismo objetivo: el Arquitecto. Quienquiera o lo que fuera el Arquitecto, había sido lo bastante importante para que seis personas dedicaran sus vidas a investigarlo. Y lo bastante peligroso para que las seis murieran el mismo día cuando empezaron a acercarse. Columbo había seguido rastros similares antes. Rastros que llevaban a callejones sin salida. Rastros que desaparecían cuando alguien con poder decidía que debían desaparecer. Rastros que costaban vidas. Este rastro era diferente. Este rastro tenía a Noctis dejando migajas.

Este rastro tenía a Penny y a Locke y a Sánchez mirando desde otros ángulos. Este rastro no era solitario. Quizás esa era la diferencia que Noctis mencionaba. No estar solo no te hacía invulnerable. No estar solo te hacía más difícil de eliminar sin que alguien notara. La carta estaba en la tumba de Ana Lucia Mendoza. Metida en una grieta de la piedra, protegida del clima por resina

endurecida. Columbo la sacó con cuidado, usando guantes que siempre llevaba para no contaminar evidencia aunque sabía que Noctis no dejaba huellas. El sobre era blanco, sin marcas, idéntico a los otros 24 sobres recibidos durante los últimos tres años. La abrió. “Ellos vieron lo que tú estás empezando a ver.

Hicieron preguntas que no debían hacerse. Encontraron conexiones que no debían encontrarse. Dijeron nombres que no debían decirse. El Arquitecto no tolera que lo nombren. Tú estás viendo lo mismo que ellos vieron. Estás preguntando las mismas preguntas. La diferencia es que ahora hay otros mirando contigo. Locke mira. Penny mira. Sánchez mira. Eso no te hace seguro. Te hace menos solo. El Arquitecto tiene más paciencia que tú. 25.” Sin firma. Como siempre. El número 25 indicaba que esta era la carta número 25. Veinticinco mensajes en tres años. Veinticinco fragmentos de información que formaban un mapa incompleto de lo que no podía ver entero. ¿Quién era Noctis? ¿Por qué sabía lo que sabía? ¿Por qué lo compartía con un detective que el sistema consideraba obsoleto?

Las preguntas no tenían respuestas. El caso Noctis nunca se resolvería. Columbo había aprendido a aceptar eso. Columbo fotografió las tumbas. Cada piedra. Cada nombre. Cada fecha. La alineación perfecta que sugería que alguien había querido que estas seis personas descansaran juntas aunque no se conocieran en vida. Guardó la carta con las otras 24 en el sobre que siempre llevaba consigo. El peso aumentaba con cada carta nueva. Clara lo esperaba en casa. Clara que no preguntaba de dónde venía a las tres de la mañana. Clara que lo amaba aunque amarlo significara compartir su vida con alguien que perseguía fantasmas en cementerios

abandonados. Sánchez también lo esperaba. No en casa Sánchez nunca iba a su casa sino en mensajes cifrados que intercambiaban por canales que Penny había configurado. Sánchez que guardaba la lista de 73 niños. Sánchez que temblaba cada vez que miraba esa lista. Sánchez que lo miraba. Columbo pensó en Sánchez. En la manera en que sus ojos se encontraban durante las reuniones de la División. En la manera en que sus manos se rozaban cuando intercambiaban archivos. En la conversación que habían tenido hace tres semanas, cuando Sánchez le replicó: “No puedo hacer esto solo” y Columbo había respondido: “No tienes que hacerlo solo” y ninguno de los dos había especificado qué era “esto” porque especificarlo lo haría real. Clara lo sabía. Clara siempre había sabido. Clara lo amaba de todas formas, o acaso lo amaba justo porque sabía, porque entendía que el corazón no era aritmética, que amar a una persona no significaba tener menos amor para otra. “Tráelo a cenar algún día,” había dicho Clara una mañana, sin contexto, sin explicación. Columbo había entendido. Columbo no había encontrado las palabras para responder. Las palabras no existían para algunas cosas. Columbo caminó de vuelta hacia la salida del cementerio. Seis personas que habían visto lo que él estaba viendo. Seis personas que pagaron el precio de ver. Y ahora Columbo veía lo mismo que ellas habían visto, nombraba lo mismo que ellas habían nombrado. La única diferencia era que no estaba solo. La pregunta era si “no estar solo” era suficiente para cambiar el resultado. La pregunta era cuánto tiempo podía seguir mirando antes de que alguien decidiera que había mirado lo suficiente. El sobre con las cartas pesaba en su bolsillo interior, contra su pecho. Veinticinco cartas. Veinticinco fragmentos de verdad.

El caso Noctis seguía abierto. El caso Noctis nunca se cerraría. Algunas investigaciones no terminaban. Algunas investigaciones solo se detenían cuando el investigador dejaba de respirar. Columbo había aceptado eso hace tiempo. Había aceptado que pasaría el resto de su vida persiguiendo lo que puede que nunca atraparía. Había aceptado que el Arquitecto, quienquiera o lo que fuera, era más grande que él, más paciente que él, más antiguo que él. La aceptación no era rendición. La aceptación era táctica. Seguía investigando aunque supiera que puede que nunca tendría las respuestas completas. Seguía recopilando fragmentos aunque supiera que el mosaico puede que nunca se completaría. Las seis tumbas brillaban tenuemente en su mente mientras caminaba. Seis personas que habían visto lo mismo que él estaba viendo.

Seis personas eliminadas con precisión quirúrgica, a la misma hora, el mismo día. El Arquitecto no era descuidado. El Arquitecto no dejaba cabos sueltos. El Arquitecto había existido durante más tiempo del que cualquier institución humana había existido. ¿Cómo se peleaba contra algo así? ¿Cómo se derrotaba a lo que había sobrevivido a todo lo que el tiempo podía lanzarle? Columbo no sabía la respuesta. Columbo seguía respirando. Por ahora. La ciudad lo esperaba afuera del cementerio. Luces que parpadeaban. Sirenas a lo lejos. El zumbido constante del sistema funcionando, extrayendo, procesando, descartando. Caminó hacia su auto. El sobre con las cartas pesaba contra su pecho. Veinticinco fragmentos de verdad que quizás nunca serían suficientes para revelar la verdad completa. El motor del auto tosió antes de arrancar.

El auto era viejo. El auto necesitaba reparaciones que Columbo no podía pagar. El auto seguía funcionando de todas formas, igual que

Columbo, igual que todos los que resistían en un mundo diseñado para que nadie pudiera resistir. Condujo hacia casa. Clara lo esperaba. Sánchez lo esperaba en los mensajes cifrados. La verdad lo esperaba en algún lugar que todavía no podía ver. ## 147 [K][F][X]

CONFRONTACIÓN

Nico entró a la fortaleza mientras los demás peleaban el segundo muro. Nadie lo vio irse. Tenía las manos vendadas con tiras de la camiseta de alguien. La sangre de la batería se había secado debajo. Le picaba. Nadie lo vio deslizarse por un hueco en las defensas que había notado horas antes, un punto donde las sombras no patrullaban porque acaso no podían o probablemente no querían. Nadie lo vio porque estaban ocupados muriendo y sobreviviendo y haciendo todas las cosas que la gente hacía cuando la batalla era lo único que importaba. Tenía once años. Once años eran suficientes para entender que las reglas no siempre aplicaban. Once años eran suficientes para saber que a veces había que hacer las cosas que nadie esperaba que hicieras.

Once años no eran suficientes para que las manos dejaran de temblar. La izquierda peor que la derecha. Apretó el spray hasta que los nudillos se pusieron blancos. El temblor siguió pero al menos ahora era temblor con agarre. El spray de grafiti pesaba en su mano izquierda. Lo había tomado del campamento de los vikingos, de una bolsa que alguien había traído para marcar rutas. Pintura blanca. El único color que tenían. El oso Dember pesaba contra su pecho, amarrado con correas que había reforzado tres veces. El peluche estaba húmedo. Sudor de las manos que no paraba. Porque perder el oso significaba perder lo único que quedaba de Tomás. El oso olía a

humo y a sangre seca y a años de ser cargado por alguien que no podía soltar lo que sostenía.

La semilla en su bolsillo latía latidos por minuto. El ritmo constante que lo había guiado hasta aquí, que le había mostrado el hueco en las defensas, que pulsaba más fuerte a medida que se adentraba en el hielo negro. La semilla de Don Humo. La semilla que había plantado hermanas en su sótano, que crecían hacia un norte que no existía en ningún mapa. El pasillo olía a metal quemado y a algo orgánico que Nico no quiso identificar. El interior de la fortaleza era diferente de lo que esperaba. Esperaba frío que matara. Había frío, sí. Era un frío que no dolía como tenía que doler, un frío que su cuerpo procesaba sin protestar. Llevaba protección que no había pedido.

Esperaba oscuridad total. Había algo de oscuridad. Las paredes emitían un brillo tenue que le permitía ver por dónde caminaba. El brillo era del mismo color que la semilla cuando la miraba en la sombras de su sótano. Azul que no se trataba de azul. Verde que no era verde. Algo intermedio. Esperaba que las sombras lo atacaran. No lo atacaron. Lo observaban. Desde las paredes, desde el suelo, desde el techo que se perdía en alturas que no tenían sentido geométrico. Decenas de sombras. Cientos. Miles acaso. Todas inmóviles. Todas mirándolo con lo que pasaba por ojos aunque no eran justo ojos. El suelo crujía bajo sus pies. No como hielo normal. Como huesos que se quejaban de ser pisados.

Nico trató de no pensar en de quién eran los huesos. ¿Por qué no me atacan? - preguntó en voz alta. Su voz sonó pequeña. Su voz sonó como lo que era: un niño de once años preguntándole a la oscuridad por qué no lo mataba. Nadie respondió. Siguió caminando. Las

sombras lo seguían con la mirada. No con el cuerpo. Lo dejaban pasar. Lo estaban guiando, entendió Nico después de la tercera curva que tomó sin decidir a propósito tomarla. Sus pies sabían a dónde ir aunque su mente no lo sabía. Algo en él reconocía el camino. No fue él. El oso Dember vibró contra su pecho. La sacudida tenía ritmo. El mismo ritmo de la semilla.

Los dos objetos que cargaba hablaban entre sí en un idioma que Nico no entendía. Se estaban sincronizando. Se estaban preparando para algo. Hacia el núcleo. Hacia el centro. Hacia donde todo convergía. La Bestia no era monstruo. Nico lo entendió cuando llegó al centro de la fortaleza, cuando vio por primera vez lo que todos habían estado peleando. El centro era caverna que no tenía forma de ser caverna. Las paredes se curvaban hacia adentro y hacia afuera al mismo tiempo. El techo existía y no existía. El suelo era sólido bajo sus pies. No constituía sólido cuando miraba más de tres metros en cualquier dirección. La Bestia estaba en el centro del centro. 25 por ciento sol, convertido en forma que podía existir aunque no existía la manera de que existiera.

Rabia, dolor cristalizados en materia que se movía, pensaba, quería cosas que no podía articular porque las palabras no habían sido inventadas para lo que la Bestia era. Su forma cambiaba sin parar. A veces animal lobo, oso, algo con garras y colmillos. A veces humano figura sin rasgos, silueta que podría haber sido cualquiera. A veces algo intermedio que Nico no podía mirar directo porque mirar directo dolía en partes del cerebro que no tenían terminaciones nerviosas. El único constante era el brillo: luz que venía de adentro, luz que había sido parte de un sol antes de que el sol se rompiera, luz

que dolía y sanaba al mismo tiempo. ¿Por qué me trajiste aquí? - preguntó Nico.

La Bestia lo miró. Con lo que pasaba por ojos. Con lo que podría haber sido curiosidad si las heridas pudieran sentir curiosidad. Porque tú también estás roto - indicó la Bestia. Su voz era el temblor que Nico sintió en el pecho, en la columna vertebral, en los espacios donde guardaba las cosas que no quería sentir. La voz tocó lugares que nadie había tocado. La voz encontró grietas que Nico no sabía que tenía. Todo el mundo está roto. No como tú. No como yo. La Bestia se acercó. Nico no retrocedió. Sus piernas no querían retroceder. Sus piernas querían quedarse. Su forma se estabilizó un instante en algo humano: figura sin rasgos definidos, hecha de luz y sombra y algo intermedio.

Cargas cosa que perdiste. Lo llevas contigo a todas partes. Lo alimentas con recuerdos. Lo mantienes vivo aunque ya no está vivo. Lo conviertes en parte de ti aunque nunca fue parte de ti. Nico tocó el oso Dember. Sus dedos encontraron las orejas redondas. El ojo que colgaba de un hilo. Las manchas de sangre que nunca había podido limpiar del todo. Todo el mundo pierde cosas. Nadie pierde como tú perdiste. Nadie carga como tú cargas. Tu hermano murió con 47 cortes. Tú viste cómo lo cortaban. Tú guardaste cada corte en tu memoria porque si olvidabas un corte era como olvidar parte de él. Nico no preguntó cómo la Bestia sabía. La Bestia veía cosas. La Bestia era fragmento de sol.

Los soles venían todo. Nico sacó el spray de grafiti. No sabía por qué lo había traído. No sabía qué iba a hacer con él hasta este momento. Sus dedos habían tomado la lata de la bolsa vikinga sin que su cerebro decidiera tomarla. Sus pies lo habían guiado hasta

aquí. Sus manos iban a hacer no había planeado. Ahora, frente a la Bestia, frente al 25 por ciento de sol que era rabia y dolor convertidos en forma, sabía justo qué hacer. Se arrodilló en el suelo de hielo negro. Sus rodillas protestaron. El frío del suelo atravesó sus pantalones. Sus manos temblaban mientras agitaba la lata. El sonido de la bolita adentro resonó en la caverna imposible. Las sombras en las paredes se inclinaron hacia adelante.

La Bestia no se movió. Empezó a pintar. La pintura salió blanca contra el negro. El contraste era violento. El contraste era necesario. Sus manos se movían solas, trazando líneas que conocía de memoria porque había mirado ese oso miles de veces durante años de cargarlo contra su pecho. El oso Dember. Pintó las orejas redondas primero. Círculos imperfectos porque sus manos temblaban. Círculos que eran más reales por ser imperfectos. Pintó el cuerpo. Forma ovalada con manchas que representó con puntos de pintura que goteaban como lágrimas o como sangre. Pintó el ojo que colgaba de un hilo. La línea que conectaba ojo con cara. La separación que representaba todo lo que se había roto y que nunca se había reparado.

Pintó el otro ojo. El que todavía estaba en su lugar. El que miraba al mundo con expresión que no cambiaba sin importar lo que el mundo le mostrara. La lata se vació antes de que terminara. Apretó más fuerte. Sacó las últimas gotas. Completó el dibujo con líneas que apenas se veían. Las últimas líneas casi invisibles. Cuando terminó, se levantó. El dibujo brillaba contra el suelo negro. Blanco contra negro. Luz improvisada contra oscuridad solidificada. El oso Dember reproducido en pintura barata sobre hielo que no era hielo. Esto es lo que quedó de alguien que amé - dijo Nico. Su voz no tembló. Su voz sonó más vieja de lo que tenía derecho a sonar. Mi hermano.

Tomás. Tenía cuatro años cuando murió. Lo mataron con cortes que formaban patrones. Los technopunks lo mataron porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. O acaso no. Nunca sabré por qué. Solo sé que lo mataron y que esto es lo único que quedó. Señaló al oso real contra su pecho. Señaló al oso pintado en el suelo. Lo cargo porque es lo único que me queda de él. Lo cargo porque si lo suelto es como admitir que está muerto. Lo cargo porque cargar duele menos que soltar. La Bestia tembló. No parecía temblor de ataque. No se trataba de temblor de amenaza. Era algo más. Algo como reconocimiento. Nunca - comentó la Bestia, su voz diferente ahora, más suave, más como susurro que como temblor nadie ha entrado aquí y me ha mostrado su dolor en vez de tratar de causarme dolor.

¿Qué esperabas que hiciera? Que me atacaras. Que intentaras destruirme. Que hicieras lo que todos hacen cuando ven algo roto: tratar de romperlo más. Nico miró el dibujo del oso en el suelo. La pintura empezaba a secarse. El blanco se volvía más blanco contra el negro que se volvía más negro. No vine a destruir nada. No sé por qué vine. Mis pies sabían el camino aunque mi mente no lo sabía. La semilla que cargo me guió hasta aquí. La semilla del Jardinero - dijo la Bestia. Reconozco su frecuencia. El mismo ritmo de siempre. El ritmo de alguien que entendía que los fragmentos no necesitan ser destruidos. Los fragmentos solo necesitan ser vistos. Nico no atacó. Dejó el dibujo del oso en el suelo del núcleo. Lo dejó como ofrenda o como testamento o como eso. Importaba. Importaba porque era lo primero que había hecho por decisión propia desde que Tomás murió. Caminó hacia la salida. Las sombras lo dejaron pasar. La Bestia no lo detuvo. El frío no lo tocó. El suelo dejó de quejarse bajo

sus pies. Antes de llegar a la primera curva del camino de regreso, escuchó la voz de la Bestia por última vez: La semilla que cargas tiene memoria. No la tuya. Otra. Nico se detuvo. ¿De quién? Del que la plantó. Del que te la dio. Del que entendía que los fragmentos reconocen a otros fragmentos. Nico esperó más. La Bestia no comentó más. La pausa se alargó. El frío volvió despacio. La conversación había terminado y el núcleo recordaría que debía ser inóspito.

Nico siguió caminando. La semilla latía contra su pecho con latidos por minuto. El ritmo de alguien que había entendido cosas que Nico no entendía. El ritmo de Don Humo, que había muerto fragmentándose para que otros escaparan, que había cultivado plantas que cantaban, que había olido a tierra y a humo que no quemaba. Lo había visitado en el orfanato. Una vez. Hace años. Nico apenas lo recordaba. Un hombre que lo había mirado durante largo rato sin decir nada. Un hombre que había dejado semillas en su bolsillo antes de irse. “Plántalas cuando sea el momento. Sabrás cuándo es el momento.” ¿Por qué él? ¿Por qué Nico y no otro huérfano? ¿Por qué las semillas lo habían elegido? Preguntas sin respuestas.

Preguntas que tal vez nunca tendrían respuestas. Nico siguió caminando hacia la salida. No se volvió. El dibujo del oso quedó en el suelo negro del núcleo. Blanco contra negro. Testamento de pérdida en el corazón de lo que también había perdido. Y la verdad sobre Don Humo quedó atrás también, sin procesar, sin entender, guardada en algún lugar de su mente donde las cosas que dolían mucho esperaban hasta que hubiera tiempo para doler. ## 148 [K][S] ###
CARNADA

El archivo se llamaba “Programa de Voluntariado Cívico”. Locke lo había encontrado a las dos de la mañana. El precinto estaba vacío. Olía a café quemado y a plástico caliente del monitor que llevaba encendido dieciséis horas. El ratón tenía una mancha de grasa del sándwich. Todo tenía manchas de grasa del sándwich. El fluorescente de su escritorio parpadeaba. Llevaba tres semanas parpadeando. Nadie lo arreglaba. El zumbido del tubo era un ruido de fondo que Locke había dejado de oír hace días. Ahora lo oía. Ahora que los números de la pantalla le habían devuelto la capacidad de notar las cosas que no quería notar. Lo había encontrado enterrado en los registros de recursos humanos del sistema, escondido entre reportes de nómina y evaluaciones de desempeño que nadie leía.

Un archivo que no estaba donde debía estar, que alguien había puesto ahí pensando que nadie lo encontraría. Alguien se había equivocado. Los números contaban la historia que las palabras no contaban. 2.851 jóvenes entre 15 y 17 años “voluntariados” el año pasado. La palabra estaba entre comillas en el documento original. Alguien en el sistema tenía sentido del humor. Alguien pensaba que las comillas hacían la mentira más aceptable. Enviados a “zonas de servicio especial” que los mapas oficiales no mostraban. Zonas que, según los registros satelitales que Penny había conseguido de fuentes que no mencionó, correspondían a territorios contaminados por radiación de eventos que el sistema nunca había admitido en voz alta. Eventos que habían pasado hace décadas. Eventos que habían dejado cráteres donde habían habido ciudades.

Tasa de supervivencia: 23%. Locke leyó el número tres veces. La mandíbula se le apretó. El chirrido de los dientes le subió por el

hueso temporal. Una vena en la sien izquierda empezó a latir con un ritmo que no tenía nada que ver con la frecuencia base del sistema. Sus ojos se negaban a procesarlo. 23%. De cada 100 jóvenes enviados, 77 no volvían. No fueron reportados como muertos. No eran reportados como desaparecidos. Dejaban de existir en los registros. Nunca habían existido. 2,191 jóvenes el año pasado. Borrados. Procesados. Reciclados. Siguió leyendo. Las “zonas de servicio especial” tenían un propósito. Tampoco era defensa territorial. No lucía como limpieza de contaminación. No constituía ninguna de las excusas que el sistema usaba para justificar el programa.

Las bestias radioactivas eran reales. Locke había escuchado rumores. Todo el mundo había escuchado rumores. Criaturas que habían mutado en las zonas contaminadas, que se alimentaban de cosas que las criaturas normales no podían comer, que crecían hasta tamaños que desafiaban la biología. Los rumores decían que algunas bestias medían quince metros. Que dejaban huellas del tamaño de un automóvil en la tierra irradiada. Los rumores decían que algunas bestias no tenían forma fija, que cambiaban según lo que comían, que absorbían características de sus presas. Los rumores eran verdad. Locke se levantó del escritorio. Fue al baño del precinto. Vomitó. Se lavó la cara con agua fría que salía color óxido del grifo que nadie reparaba. Se miró en el espejo roto que nadie reemplazaba.

Las ojeras tenían el color de un hematoma viejo. Volvió al escritorio. Se sentó. Siguió leyendo. Y las bestias necesitaban comer. El archivo lo explicaba en el lenguaje aséptico de la burocracia: “Los voluntarios cívicos proveen servicios esenciales de contención

perimetral, minimizando la migración de fauna radiológica hacia centros poblados.” Contención perimetral. Fauna radiológica. Palabras que significaban: los jóvenes eran carnada. Los jóvenes eran enviados a las zonas contaminadas para que las bestias los comieran en lugar de migrar hacia las ciudades. Un círculo de carne humana alrededor de cada zona de exclusión. Una barrera de cuerpos jóvenes que alimentaba a los monstruos que el sistema había creado. 77% de cada grupo enviado era consumido. El 23% que sobrevivía lo hacía porque las bestias estaban saciadas.

Sobrevivían porque habían visto a sus compañeros ser devorados y habían corrido más rápido. Sobrevivían con traumas que los volvían inútiles para cualquier otra cosa. Sobrevivían para ser enviados de nuevo en la siguiente rotación. El sistema alimentaba monstruos con sus propios hijos. El horror no terminaba ahí. Locke encontró el segundo archivo vinculado al primero. “Protocolo de Procesamiento Post-Servicio”. Otro nombre inocuo para otra realidad que no tenía nada de inocua. Los cuerpos. Los cuerpos de los que no sobrevivían no quedaban en las zonas contaminadas. Equipos especiales los recogían después de cada “misión de contención”. Los transportaban a instalaciones de procesamiento. Los convertían en... Locke cerró el archivo. Sus manos temblaban. El temblor empezó en los dedos y subió por los brazos hasta los hombros.

El temblor era el cuerpo procesando lo que la mente se negaba a procesar. Lo abrió de nuevo. Leyó las palabras que no quería leer. “Materia prima recuperada de operaciones de contención es procesada según estándares industriales y distribuida a través de canales de alimentación pública, maximizando la eficiencia del ciclo

de recursos humanos.” Materia prima. Canales de alimentación pública. Ciclo de recursos humanos. Barras de Pollo Gelatina. El sabor que te completa. El jingle se reprodujo en su cabeza como pesadilla que no podía detener. El jingle que escuchaba en cada pantalla publicitaria, que se metía en la mente aunque no quisieras, que vendía un producto que millones de personas consumían cada día sin saber lo que contenía. Había comido barras de Pollo Gelatina.

Todo el mundo había comido barras de Pollo Gelatina. Eran baratas. Eran ubicuas. Eran lo que la gente pobre comía cuando no podía pagar otra cosa. El sistema comía a sus hijos. Sin metáfora. Los convertía en carnada para bestias radioactivas. Recuperaba los cuerpos. Los procesaba en Ciudad Control la misma Ciudad Control que procesaba los cuerpos de los niños que dejaban de producir sueños en Entreternia. Los vendía como comida para la población que no sabía lo que estaba comiendo. Ciclo cerrado. Eficiencia máxima. Horror industrial. Las tres ciudades. Ciudad Control procesaba cuerpos. Entreternia extraía sueños. Sanguisburg cosechaba fluidos. Todo conectado. Todo funcionando. Todo alimentándose de los que no tenían poder para resistir. Locke había visto muchas cosas en sus décadas de servicio.

Había visto asesinatos, violaciones, torturas, todas las formas en que los humanos podían dañarse entre sí. Había visto crueldad individual y crueldad organizada y crueldad sistemática. Esto era diferente. Esto no era crueldad. Esto era eficiencia. Esto era la lógica del sistema llevada a su conclusión natural. Si los cuerpos eran recursos, había que maximizar el uso de los recursos. Si las vidas tenían valor económico, había que extraer ese valor hasta que no quedara nada. El sistema no odiaba a sus víctimas. El sistema no

sentía nada hacia sus víctimas. El sistema solo optimizaba procesos. Las personas eran inputs. Los productos eran outputs. El sufrimiento era ruido que no aparecía en las métricas. Locke se levantó de la silla. Sus piernas temblaban.

Caminó hasta el baño del precinto. Vomitó. Bilis y café frío. Las rodillas contra el azulejo. Las manos agarrando los bordes del inodoro. El vómito era lo único que su cuerpo podía hacer con la información que su mente acababa de procesar. Cuando terminó, se lavó la cara. El agua estaba fría. El agua no lavaba lo que había leído. El agua no podía limpiar el conocimiento. Volvió a su escritorio. Locke miró la lista de “voluntarios” programados para la próxima semana. 247 nombres. Edades entre 15 y 17 años. Direcciones en sectores pobres donde nadie preguntaba cuando los jóvenes desaparecían. Familias que recibirían compensaciones que no compensaban nada. Compensaciones que eran suficientes para que no hicieran preguntas. Locke leyó algunos nombres.

María Fernández, 16. Sector 9, Bloque 12. Huérfana. Sin familia que reclamara. Jorge Méndez, 15. Sector 11, Bloque 3. Padre alcohólico. Madre muerta hace dos años. Lucía Ramos, 17. Sector 7, Bloque 8. Tres hermanos menores. Único sustento de la familia. Los nombres tenían historias. Los nombres tenían caras que Locke no conocía. Los nombres tenían vidas que terminarían en los estómagos de bestias radioactivas antes de que terminara la semana. 247 jóvenes que serían enviados a alimentar bestias. 190 de ellos no volverían según las estadísticas. 190 cuerpos que serían recuperados y procesados y convertidos en barras que alguien comería mañana pensando que era comida normal. Lu. El nombre apareció en su mente sin invitación. Lu. La hija de Faith.

La hija que Locke había tenido con Faith hace años, antes de que todo se complicara, antes de que las decisiones que tomaron los separaran. Lu tenía 15 años. Lu vivía en un sector pobre. Lu era justo persona que el sistema elegía para sus programas de “voluntariado”. Faith no sabía que Locke era el padre. Faith pensaba que el padre había sido alguien que había muerto. Locke había dejado que pensara eso porque pensaba que era más seguro, porque pensaba que el sistema no conectaría a Lu con él si no había conexión oficial. El sistema conectaba todo. El sistema sabía más de lo que admitía. El sistema quizás sabía que Lu era su hija aunque él nunca lo había dicho.

Locke escribió “Lu” en el buscador. Los dedos le temblaron en las teclas. Buscó en la lista de voluntarios programados. No estaba. Buscó “Lucía” porque Lu era diminutivo. No estaba. Buscó todos los nombres que empezaban con L. Ninguno era ella. El alivio fue físico. El alivio aflojó músculos que no sabía que estaban tensos. El alivio duró tres segundos antes de que entendiera que el alivio era egoísta: 247 otras familias no tendrían ese alivio. 247 otras familias perderían a alguien que amaban. ¿Y si Lu aparecía en la lista del próximo mes? ¿Y si el sistema decidía que era momento de tomarla? ¿Y si la única razón por la que no estaba en la lista ahora era que el sistema estaba esperando el momento correcto?

El terror reemplazó al alivio. El terror era peor que el horror de antes porque el terror era personal. Locke cerró el archivo. El clic sonó diferente esta vez. Sonó como algo rompiéndose. Sonó como el momento exacto en que la capacidad de una persona para procesar horror llegaba a su límite, el límite se rompía. Se quedó mirando la pantalla apagada. Su reflejo lo miraba de vuelta. Un hombre de

cincuenta, tantos años que había visto mucho y que acababa de ver más. Un hombre que tenía una hija que no sabía que era su hija y que vivía en un mundo que alimentaba monstruos con niños y que vendía los restos como snacks. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer cualquiera contra algo tan grande, tan sistemático, tan integrado en la forma en que todo funcionaba? La respuesta era: probablemente nada. La respuesta era: puede que todo lo que intentara sería inútil. La alternativa era no intentar nada, y no intentar nada significaba aceptar, y aceptar significaba ser parte del sistema aunque no quisiera serlo. Locke abrió un nuevo archivo. Empezó a escribir. Todo lo que había encontrado. Todo lo que había leído. Todo lo que sabía. Los números. Los nombres. Las conexiones entre las tres ciudades. El ciclo de extracción que convertía personas en productos. Los dedos le dolían. El meñique izquierdo había empezado a acalambrarse hace una hora. Lo ignoró. Seguía escribiendo. Si iba a caer, iba a caer dejando evidencia. Si iban a silenciarlo, iban a silenciarlo después de que alguien más supiera la verdad.

Sánchez recibiría una copia. Columbo recibiría una copia. Penny recibiría una copia. Carolina y los Borrados recibirían una copia. Cada persona que conocía que todavía resistía recibiría una copia. Los archivos se multiplicarían. Los archivos existirían en lugares que el sistema no podía alcanzar. Los archivos serían virus de verdad infectando el cuerpo de mentiras que sostenía todo. Era lo único que podía hacer. Era casi nada. En un mundo donde el sistema comía a sus hijos, casi nada era lo mejor que tenía. El reloj marcaba las 5:23. El café de la taza se había enfriado hace horas. Una capa de grasa flotaba en la superficie. Locke lo bebió de un trago. El frío del café rancio bajó por la garganta.

Había pasado horas leyendo. Había pasado horas vomitando. Había pasado horas escribiendo. Afuera, la ciudad empezaba a despertar. Afuera, la gente se preparaba para otro día de trabajo, de consumo, de existencia dentro de un sistema que los trataba como recursos. Afuera, nadie sabía lo que él acababa de descubrir. Pronto el virus empezaría a propagarse. Locke no sabía cuál opción elegiría el sistema. Locke sabía que no podía permitir que el miedo a la respuesta le impidiera hacer la pregunta. El cursor parpadeaba en la pantalla. ## 149 [L][F][O][X] ### FUSIÓN

Esoj Siul apareció cuando nadie lo esperaba. La batalla por el segundo muro había durado horas. El suelo estaba cubierto de escombros metálicos. Los trozos de androide crujían bajo las botas. Cables que todavía chisporroteaban. El olor era dulce y podrido. Los números de Gunwise contaban la historia: 38 androides destruidos del total. 14 vikingos muertos de 23. Todos los humanos heridos, algunos con heridas que Malika había sellado con técnicas que no explicó, otros con heridas que cargaban porque detenerse a curarlas significaba dejar de pelear. Todo el mundo estaba agotado. Hambrientos. Deshidratados. Operando con reservas que no existían, peleando porque la alternativa era dejar de pelear y dejar de pelear significaba morir. Y entonces el Viejito caminó a través del campo de batalla. Las sombras no existían para él.

Las sombras se apartaron. No lo atacaron. No lo rodearon. Se abrieron ante él como agua ante una piedra, fluyendo alrededor de su figura sin forma fija, dejándolo pasar hacia la fortaleza, su objetivo desde que cruzaron el portal. Su paso era lento. Su paso era inevitable. Cada movimiento tenía la paciencia de lo que había esperado más tiempo del que cualquiera de ellos podía imaginar. 15

por ciento de Helios caminando hacia 25 por ciento de Helios. Fragmento buscando fragmento. ¿Qué está haciendo? preguntó Faith. Su lanza goteaba sustancia negra que no era justamente sangre. Funcionaba como sangre para las sombras destruidas. Su brazo izquierdo tenía un corte que dejó de sangrar hace una hora. Seguía doliendo. Lo que siempre iba a hacer - dijo Malika.

Lo que nosotros no podíamos impedir aunque lo hubiéramos intentado. Leonardo entendió. La distracción. El asalto. Los androides y los vikingos y las horas de batalla contra el segundo muro. Todo había sido para abrir un camino. Todo había sido para que Esoj Siul pudiera caminar sin obstáculos hacia lo que había venido a buscar. Ellos eran herramientas. Ellos eran el ruido que cubría el movimiento real. El Voynich en su mochila ardió con calor que nunca había sentido antes. El libro sabía lo que estaba pasando. El libro había sabido desde el principio. Esoj Siul llegó al muro. El muro se abrió. No fue destrucción. No fue ataque. El hielo negro se apartó. El suelo tembló. No con la violencia de un terremoto.

Con la constancia de algo que se estaba reorganizando a nivel molecular. La vibración le llegó a las rodillas. En los dientes. En el espacio detrás de los ojos donde el cansancio se acumulaba desde hacía días. Faith clavó la lanza en el suelo para no perder el equilibrio. Creando un pasaje que no había existido un segundo antes. Un camino directo hacia el interior de la fortaleza. El muro reconocía algo. El muro obedecía algo. El muro se inclinaba ante un fragmento de su creador. El Viejito entró. Las sombras entraron detrás de él, fluyendo hacia el interior. Llamadas. Algo adentro las convocaba con voz que solo ellas podían escuchar. Miles de sombras. Todas las sombras que patrullaron la fortaleza durante años.

Todas convergiendo hacia el centro. El muro se cerró detrás. El grupo observó desde fuera. - ¿Deberíamos seguirlo? - preguntó Haryes. Ilis en sus brazos, sus ojos abiertos mirando lo que nadie más podía ver. No dijo Leonardo. El Voynich pulsaba con frecuencia que nunca había sentido antes. Esto es entre ellos. Nosotros solo fuimos la distracción. La palabra cayó como piedra en agua. Distracción. Todos los muertos. Todos los heridos. Todo el esfuerzo y el dolor y la sangre derramada. Distracción para que un fragmento de sol pudiera reunirse con otro fragmento de sol. Faith golpeó el suelo con la base de su lanza. El sonido resonó contra el hielo. Hijos de puta dijo. Sabían desde el principio. Nadie la contradijo.

Desde un risco a medio kilómetro de distancia, el Bardo observaba. No había estado con el grupo durante la batalla. Nadie recordaba haberlo visto desde que cruzaron el portal. Estaba ahí ahora, sentado en una roca que sobresalía del terreno cristalizado del Astral Norte, mirando la fortaleza con ojos que habían visto cosas que nadie más había visto. El Bardo era Seoj Siul Avircha. El nombre significaba algo en un idioma que ya nadie hablaba. El nombre contenía la función que tenía: observar, registrar, recordar. Las historias que nadie contaba morían. Las historias que alguien observaba tenían la posibilidad de sobrevivir. El Bardo era testigo de cosas que necesitaban testigos para existir del todo. Dijo palabras que nadie más podía escuchar: La bestia cae, el viejo le da alma.

Dos pedazos rotos hacen un pedazo más grande. Cuarenta por ciento de lo que el sol fue antes de romperse. Todavía incompleto. Más coherente. Más cerca de recordar lo que era. Sus dedos se movían como si escribiera en aire. Quizás escribía. Y el Bardo observa porque alguien tiene que observar. Las cosas que nadie ve no

cuentan como historias. Las cosas que nadie recuerda no sucedieron. Dentro de la fortaleza, la fusión comenzó. Esoj Siul encontró a la Bestia en el núcleo. El núcleo había cambiado. Donde antes había habido caverna imposible, ahora había espacio que no tenía forma, que se adaptaba a lo que necesitaba contener. El dibujo del oso que Nico había pintado seguía en el suelo. Blanco contra negro.

Testamento de pérdida que nadie había borrado. Dos fragmentos de Helios frente a frente por primera vez desde que el sol había muerto. 15 por ciento mirando a 25 por ciento. Espera y hambre mirando a rabia y dolor. Incompletitud mirando a incompletitud. - Al final - señaló la Bestia. Al final mencionó Esoj Siul. No hubo más palabras. Las palabras no parecían necesarias. Las palabras eran herramientas para criaturas que necesitaban explicar cosas. Ellos no necesitaban explicar nada. Ellos solo necesitaban lo esperado durante tiempo que no se medía en años humanos, que se medía en ciclos de estrellas, que se medía en eras pasadas mientras los fragmentos buscaban la manera de reunirse. La Bestia dio un paso hacia Esoj Siul.

Esoj Siul dio un paso hacia la Bestia. Sus formas se tocaron. Luz que tendría que haber cegado a cualquiera que la mirara. El grupo fuera de la fortaleza vio el resplandor atravesar las paredes de hielo negro como vidrio. Leonardo se cubrió los ojos con el brazo. No sirvió de nada. La luz atravesó el brazo, atravesó los párpados cerrados, atravesó todo lo que intentara bloquearla. La luz era 40% de sol recordando lo que era ser sol. Sonido que tendría que haber ensordecido a cualquiera que lo escuchara. No parecía frecuencia que los oídos pudieran procesar. Era vibración que se sentía en los huesos, en los dientes, en el espacio detrás de los ojos donde vivían

los pensamientos. El sonido era dos fragmentos hablándose después de eras de separación.

El sonido era reconocimiento, dolor, lo que podría haber sido alegría si las cosas rotas pudieran sentir alegría. - Maku - gritó lo que nadie entendió porque el sonido era todo y no dejaba espacio para otros sonidos. Sus manos se alzaron hacia la fortaleza como si quisiera tocar algo. Deformación del espacio que tendría que haber destruido a cualquiera que estuviera cerca. El suelo se ondulaba como agua. El cielo gris se curvaba hacia adentro. El Astral Norte era esfera y la fusión fuera el punto donde la esfera se doblaba sobre sí misma. La distancia entre las cosas dejó de ser constante por un momento que duró una eternidad o un segundo o ambas cosas. Las sombras que patrullaron la fortaleza durante años, décadas, probablemente siglos, se disolvieron.

No en tiniebla. En ceniza blanca que flotó hacia arriba como nieve invertida. La gravedad había olvidado en qué dirección funcionaba. Ceniza de sombras. Ceniza defensa y ahora era polvo. Ceniza que contenía fragmentos de las criaturas servidas a la Bestia durante tanto tiempo. Faith cayó de rodillas. El impacto raspó su piel contra el hielo cristalizado. Malika gritó. Haryes se dobló sobre Ilis, protegiéndola con su cuerpo aunque protegerla de esto no parecía posible. Nico dijo. Su semilla no latía. Por primera vez desde que la había recibido, la semilla estaba inmóvil en su bolsillo. Esperaba ver qué pasaba cuando dos fragmentos de sol se reunían. El oso Dember contra su pecho tampoco vibraba. Las cosas que por lo general hablaban, calladas.

Espera. Desde su risco, el Bardo seguía observando. Sus ojos no se habían cerrado durante la luz. Sus oídos no habían dejado de

escuchar durante el sonido. Era testigo. Los testigos no se protegían de lo que presenciaban. Los testigos absorbían todo porque ese era su propósito. Quince más veinticinco es cuarenta dijo. Cuarenta por ciento de lo que Helios fue antes de romperse. Todavía incompleto. Más coherente. Más estable. Más cerca de ser lo que puede recordar lo que era. La luz se apagó despacio. El sonido cesó. La ceniza blanca dejó de flotar hacia arriba y empezó a caer como nieve normal, cubriendo el terreno alrededor de la fortaleza con capa que brillaba débil. Ceniza de sombras. Ceniza defensa y ahora era polvo.

Donde habían estado Esoj Siul y la Bestia, había algo nuevo. No se trataba de ni uno ni otro. Tampoco era suma de partes. Era algo diferente, lo que ambos habían sido combinado. Era más que ambos juntos. Era menos que lo que Helios había sido. Era 40 por ciento tratando de recordar cómo era ser 100 por ciento. 40 por ciento de Helios reunido. 60 por ciento todavía faltando. Fragmentos dispersos por planos que nadie había mapeado. Fragmentos escondidos en lugares que nadie conocía. Fragmentos que tal vez nunca se reunirían porque la reunión completa significaba algo que nadie quería contemplar. Por primera vez en tiempo que no se medía en años humanos, los fragmentos habían empezado a encontrarse. ¿Qué pasaría si Helios se reunía del todo?

¿Volvería a ser sol? ¿Destruiría los planos que había iluminado antes de romperse? ¿Recordaría lo que había sido? ¿Querría volver a serlo? Las preguntas no tenían respuestas. Las preguntas acaso nunca tendrían respuestas hasta que fuera tarde para que las respuestas importaran. Faith se puso de pie. Sus piernas protestaron. La batalla había dejado marcas que tardarían en sanar. ¿Entonces qué? preguntó. ¿Nos vamos? ¿Nos quedamos? ¿Qué hacemos ahora?

Leonardo miró hacia la fortaleza. El Voynich había dejado de arder. El libro estaba satisfecho con algo. El libro no explicaba con qué estaba satisfecho. Esperamos dijo. Esperamos a que nos digan qué hacer. O esperamos hasta que sea obvio qué tenemos que hacer. O esperamos porque no hay otra opción que esperar. La ceniza seguía cayendo. El frío del Astral empezaba a sentirse de nuevo ahora que la fusión había terminado. Malika se acercó al Bardo. El Bardo bajó del risco mientras ella caminaba hacia él. Se encontraron a medio camino, entre el grupo y el lugar donde había estado observando. La ceniza blanca cubría ambos. “Tengo una historia que contarles”, contestó cuando llegó junto a ellos. Caminó hacia donde el grupo observaba la fortaleza ahora silenciosa, ahora cubierta de ceniza blanca, ahora conteniendo algo que no había sido inventado para lo que era. Sus pasos no dejaban huellas en la ceniza. Sus pasos no hacían ruido contra el hielo. “Tengo una historia que contarles”, dijo cuando llegó junto a ellos.

Nico lo miró. Faith lo miró. Leonardo lo miró. Todos lo miraron con ojos que habían visto luz que no se podía ver y que todavía ardían. “¿Qué acaba de pasar?” preguntó Faith. “¿Ganamos? ¿Perdimos? ¿Qué mierda acaba de pasar?” El Bardo sonrió. Era la primera vez que alguien lo veía sonreír. La sonrisa no era alegre. La sonrisa era la de alguien que sabía cosas y que sabía que saber cosas no era lo mismo que entender cosas. “Eso era el plan”, admitió Malika antes de que el Bardo pudiera responder. “Eso era el plan de ellos”. Señaló hacia la fortaleza. “Nosotros solo fuimos la distracción”. - Justo - contestó el Bardo. Y ahora que la distracción terminó, “tengo una historia que contarles”.

Una historia sobre alguien llamado Nereb, alguien llamada Thenilu. Una historia sobre amor, pérdida, almohadas y verdades que se corrompen con el tiempo. Nadie respondió. La ceniza blanca seguía cayendo. Y en el centro de la fortaleza, algo que había sido dos cosas y ahora era una cosa brillaba con luz que recordaba haber sido sol. Cuarenta por ciento de recuerdo. Sesenta por ciento de olvido. Y la historia del Bardo esperando ser contada. ## 150 [L][K][O] ### HISTORIA

El Bardo se sentó en una roca cubierta de ceniza blanca. El grupo se reunió a su alrededor. Nadie lo ordenó, sin que nadie sugiriera que era momento de escuchar historias. Se reunieron porque el Bardo tenía presencia que atraía oyentes, porque las historias eran lo único que tenían ahora que la batalla había terminado y la fortaleza estaba silenciosa y nadie sabía qué significaba lo que acababa de pasar. Nico se sentó en el suelo. Directo sobre la ceniza. El oso Dember contra el pecho. Las manos del niño estaban vendadas con tiras de tela que ya se habían ensuciado. La sangre de la batería se filtraba por las vendas. La ceniza le cubrió los pantalones en segundos. El calor del cuerpo la derretía parcialmente y se convertía en una pasta gris que se metía en la tela.

Nico no se movió. Anya se sentó detrás de él. No junto a él. Detrás. Desde donde podía verle la nuca sin que él lo supiera. Le puso más comida en el plato sin que nadie le pidiera que lo hiciera. Copérnico se echó a los pies de Maku. Sus marcas azules, ahora del 98%, habían crecido durante la fusión y pulsaban con ritmo que coincidía con el brillo distante de la fortaleza. El perro sabía cosas. El perro esperaba. Leonardo se sentó al borde del grupo. Lejos de Malika. Lejos de todos. La semilla en su bolsillo pulsaba contra el

muslo con el mismo ritmo que las marcas de Copérnico. La ceniza le cubría las botas hasta los tobillos. Hacía frío.

El frío del Astral después de una batalla era diferente al frío antes, tenía un borde húmedo, la destrucción dejaba residuo en el aire. Haryes se quedó de pie. Los brazos cruzados. Escaneando el perímetro mientras los demás se sentaban. Siempre escaneando. Locke tampoco se sentó. Se apoyó contra lo que quedaba de una columna. Los ojos fijos en el Bardo pero la mano cerca del arma. Esta es la historia de Nereb y Thenilu, dijo el Bardo. Su voz era diferente ahora. No lucía como la voz de alguien que hablaba. Era la voz de alguien que recordaba, que accedía a memorias tan antiguas que habían perdido sus bordes, que habían sido pulidas por el tiempo hasta convertirse en algo entre verdad y ficción.

La cuento porque necesita ser contada. La cuento porque las historias que no se cuentan se pudren adentro de quien las guarda. Las cosas podridas se notan. Hacen daño al que las lleva y al que está cerca. Hacen que la voz cambie. Que los ojos miren cosas que no están ahí. Que las manos tiemblen cuando no hay razón para temblar. Las he guardado mucho tiempo. Demasiado tiempo. Cerró los ojos. Las memorias fluían detrás de sus párpados. Las manos le temblaban sobre las rodillas. Antes de que pudiera reaccionar, las manos del Bardo que habían empuñado armas, sostenido moribundos y escrito crónicas en piedra, en piel y en arena. Justo entonces, las manos que ahora temblaban porque las historias que llevaba adentro pesaban más que cualquier espada.

Más que cualquier cuerpo. Más que los siglos que las habían comprimido hasta convertirlas en dolía al salir. Imágenes que había visto hace tanto tiempo que ya no estaba seguro de si las había visto

o si las había imaginado o si la diferencia importaba después de tantos siglos. Nereb amaba a Thenilu. La frase salió con peso. Con textura. Con densidad que solo tienen las frases que se han dicho mil veces, que todavía duelen cada vez que se dicen. La amó durante sesenta años. La amó cuando era joven, hermosa, cuando su risa podía iluminar habitaciones, cuando caminaba por los mercados y la gente se volteaba a mirarla porque no podían evitarlo. La amó cuando el tiempo empezó a robarle las cosas que el tiempo siempre roba.

La amó cuando enfermó de eso, algo que le consumía el cuerpo desde adentro. Nico se había acercado más. Sus rodillas tocaban la roca donde estaba sentado el Bardo. El niño no parpadeaba. El Bardo abrió los ojos un instante. Miró a su audiencia. Faith con su lanza manchada de sustancia negra. Leonardo con el Voynich todavía ardiendo contra su espalda. Nico con la semilla que había vuelto a latir. Malika con expresión que no era expresión, que era máscara que ocultaba algo. Volvió a cerrar los ojos. Tres años la cuidó. Tres años de verla desvanecerse. Tres años de sostener su mano mientras ella trataba de hablar. Las palabras ya no le salían porque la enfermedad le había robado también eso.

Tres años de limpiar el cuerpo que ya no podía limpiarse solo. Tres años de alimentar la boca que ya no podía masticar. Tres años de amar a alguien que ya no podía decirte que te amaba de vuelta. La ceniza seguía cayendo. Se acumulaba en los hombros del Bardo. En las vendas de Nico. En el pelo de Faith. Nadie se la sacudía. Nadie se movía. El viento del Astral Norte había dejado de soplar. No siempre dejaba de soplar. Solo cuando algo importante estaba pasando. Solo cuando el plano mismo decidía escuchar. - Faith clavó la lanza en el

suelo. El metal chirrió contra la roca debajo de la ceniza. El sonido interrumpió algo. El Bardo no se detuvo.

La ceniza blanca seguía cayendo. Copos silenciosos que cubrían todo. Un día, Thenilu lo miró con los ojos. Solo los ojos. El Bardo repitió la frase como si necesitara repetirla, como si la repetición le diera fuerza para continuar. Todo lo demás ya no funcionaba. Las manos no se movían. Las piernas no se movían. La boca no formaba palabras. Los ojos todavía podían comunicar lo que la boca no podía decir. Pausa. Leonardo se miró las manos. Las uñas rotas. La cortada en el índice. Le pareció ver las manos de Nereb superpuestas a las suyas. Manos de cuidador. Manos que habían alimentado y limpiado y sostenido durante tres años. Pidió. Pidió con los ojos lo que no podía pedir con palabras.

Pidió que la dejara ir. Pidió que terminara lo que la enfermedad estaba terminando de manera tan lenta, tan cruel, tan interminable. Pausa más larga. Nereb entendió. La voz del Bardo se quebró en la última sílaba. La grieta era pequeña. La grieta contenía siglos de culpa. Tomó una almohada. Se sentó junto a ella en la cama donde habían dormido juntos durante sesenta años. Le sostuvo la mano con la mano que no sostenía la almohada. La mano de ella estaba fría. La mano de ella ya no apretaba de vuelta. Ambos lloraron. Él puso la almohada sobre su cara. Pausa. La ceniza cayó. Un copo se posó en la mano de Leonardo. Blanco contra la piel sucia. Ella no luchó.

Cuando terminó, Nereb se quedó junto al cuerpo durante tres días. No comió. No bebió. No se movió excepto para acariciar el cabello que ya... Las caricias. El Bardo abrió los ojos. Esa es la historia como la recuerdo. Esa es la historia que he contado mil veces durante siglos. La historia de Nereb que amaba tanto a Thenilu que

la ayudó a morir cuando morir era lo único que quedaba. Malika escuchaba. No se había movido durante toda la historia. Sus manos estaban sobre las rodillas. Los nudillos blancos de la presión. Sus ojos estaban fijos en el Bardo. No lo miraban a él. Miraban algo más. Algo en la historia le dolía. El dolor no tenía explicación. El dolor estaba ahí.

La pausa se alargó. Faith quiso decir algo. Leonardo le puso una mano en el brazo. El gesto decía: espera. ¿Por qué nos cuentas esto? - preguntó Malika. Su voz sonaba diferente. Su voz sonaba como venía de muy lejos. El Bardo la miró. La máscara del narrador se agrietó. No lo sé, dijo. Llegué aquí y supe que tenía que contarla. Las historias eligen cuándo ser contadas. Yo solo soy el que las dice. Malika no entendía por qué la historia le dolía. No entendía por qué los nombres resonaban. No entendía nada excepto que una parte de ella reconocía algo en las palabras del Bardo, y que el reconocimiento no tenía explicación. 7,692 años de existencia. 7,692 años de huecos.

Tal vez esto era otro hueco. O probablemente solo era el cansancio. El Bardo siguió sentado en la ceniza blanca. Sus ojos miraban hacia la fortaleza donde 40% de Helios brillaba con luz que recordaba haber sido sol. La historia termina así, indicó. Con la almohada. Con el cuerpo. Con tres días de silencio. No sé si es verdad. No sé si la recuerdo bien. Las historias cambian cuando las cuentas. Las historias se corrompen con el tiempo. Nadie dijo. La ceniza seguía cayendo. Y Malika seguía sintiendo el dolor inexplicable de una historia que no era suya. O que acaso sí era suya. Malika se levantó. Las piernas le crujieron. Caminó hacia el Bardo. Despacio. Cada paso deliberado. La ceniza crujía bajo sus botas.

Tu historia - observó Malika. Me duele. Las palabras cayeron como piedras en agua. El Bardo la miró. Confusión en sus ojos. ¿Por qué te duele? No lo sé. Solo... me duele. Malika tocó el hombro del Bardo. El gesto era gentil. El gesto salió sin pensarlo. Probablemente las historias cambian cuando se cuentan - dijo Malika. Puede que... No terminó la frase. No sabía cómo terminarla. El Bardo la miraba con ojos que buscaban algo. Ojos que veían una parte de ella que ella misma no podía ver. Te pareces a alguien - contestó el Bardo. No recuerdo a quién. No me parezco a nadie. Puede que no. La pausa se extendió entre ellos.

Llena de preguntas sin respuesta. Conexiones que ninguno de los dos entendía. El Bardo volvió a sentarse en la ceniza blanca. Las memorias que había contado seguían ahí, pero algo había cambiado. Las palabras de Malika se habían metido entre los recuerdos y los habían perturbado. ¿Y si no había matado a Thenilu? ¿Y si la memoria mentía? El Bardo había vivido siglos cargando la culpa. La duda estaba plantada ahora. La ceniza blanca seguía cayendo sobre el Astral Norte. La fortaleza seguía brillando con luz que había sido dos fragmentos de sol, ahora era uno. Nico miraba al Bardo contar su historia. Pensaba en Don Humo. Pensaba en la semilla que cargaba, en las preguntas que la Bestia no había respondido. Pensaba en memorias que se corrompían, verdades que se escondían y conexiones que no entendía. Leonardo pensaba en Luna. En las manos de Luna. En si alguna vez habría llegado el momento en que Luna le hubiera pedido lo mismo que Thenilu le había pedido a Nereb. Pensaba en el mensaje que todavía tenía que entregar: "Cuida a mi hijo. No le digas quién soy." Había pedido que algo permaneciera escondido. Leonardo no sabía qué hacer con ese peso.

Faith arrancó la lanza del suelo. Se la apoyó contra el hombro. El peso del arma era familiar. Reconfortante. Algo que entendía. Pensaba en Lu. En secretos que se acumulaban. En mentiras que se contaban para proteger a alguien y que terminaban envenenando todo.

Maku sintió algo. Un flash. Un fragmento de imagen que no tenía contexto. Metal azul. Ojos que brillaban. Un nombre que casi podía escuchar en los bordes de su consciencia y que se disolvía antes de que pudiera atraparlo. 7.692 años de existencia. 7.692 años de huecos donde deberían haber estado recuerdos completos. El brote verde que había plantado en el Astral Norte seguía creciendo en algún lugar detrás de ellos. Vida imposible en lugar imposible. Como ella. Como todos ellos.

Copérnico la miraba. Sus marcas azules pulsaban con ritmo que coincidía con el brillo de la fortaleza. El perro esperaba algo. Scout -dijo Maku, sin saber por qué. Copérnico ladró una vez. Suave. Y el Bardo pensaba en la historia que acababa de contar.

Las palabras de Malika resonaban: “Cobertura.” “Quizás lo que recuerdas no es lo que pasó.” ¿Y si no había matado a Thenilu? ¿Y si ella todavía existía en algún lugar? La duda era nueva. La duda era incómoda. La duda no daba respuestas. Era suficiente para perturbar siglos de certeza. Por ahora, era suficiente.

El Voynich pulsó contra su espalda. El calor del libro era constante. Registraba la historia del Bardo junto con todo lo demás. Registraba sin juzgar. Registraba sin entender. Leonardo se preguntó si el Voynich sabía la diferencia entre una historia verdadera y una que ya no lo era.

La ceniza seguía cayendo. El cielo gris del Astral Norte se oscurecía despacio. La noche llegaba aunque la noche en el Astral no era como la noche en el Plano Medio. 40% de Helios brillaba en la fortaleza. 60% seguía disperso por planos que nadie había mapeado.

Y el grupo seguía sentado en la ceniza blanca, procesando lo que habían visto, esperando que alguien dijera qué hacer ahora, esperando que el siguiente paso se revelara aunque los pasos nunca se revelaban, aunque siempre había que adivinarlos.

TEMPORADA 16: CIERRE SUCIO

151 [L][A]

CÁPSULA

La puerta estaba detrás de la fortaleza que había dejado de ser fortaleza. Leonardo la encontró mientras los demás seguían al Bardo hacia donde prometía una historia. El grupo se había movido hacia el norte, hacia las rocas que formaban un anfiteatro natural. El Bardo caminaba adelante con el paso de quien caminó esos caminos antes. Muchas veces antes. Leonardo no los siguió porque el Voynich vibró contra su espalda con el tipo de vibración que aprendió a no ignorar durante las semanas que llevaba cargando el libro. La vibración lo guió hacia el este. Hacia una estructura que no debería estar ahí. Metal oxidado emergiendo del suelo gris del Astral como hueso de animal muerto. Siglos de óxido, no décadas.

Símbolos grabados en el marco que el libro reconoció antes de que Leonardo los viera. Cada símbolo producía una resonancia diferente en el Voynich. Una conversación entre el libro y la puerta que Leonardo no podía entender. Procesamiento de Singularidad - dijo MAAT en su cabeza, con la voz plana e informativa de una enciclopedia leyendo definiciones. Término del primer ciclo, antes de

que existieran los planos separados. ¿Qué hay adentro? No tengo datos. La instalación fue borrada de los registros hace cuatro mil años. La puerta no cedió al primer empujón. Leonardo puso la mano plana contra el metal. El frío era diferente al frío del Astral más antiguo, más profundo, frío que existía antes de que existiera el concepto de frío.

El mecanismo estaba en el lateral: una palanca con candado digital, tecnología que no encajaba con el óxido, algo que alguien había añadido mucho después. La pantalla del candado parpadeaba rojo. TRES INTENTOS ANTES DE BLOQUEO PERMANENTE. Leonardo miró la pantalla: ocho dígitos, diez millones de combinaciones posibles. Probabilidad de acertar al azar: una en diez millones. Probó el primer código que le vino a la cabeza. El número, repetido hasta perder sentido. ERROR. DOS INTENTOS RESTANTES. Probó invertido 74874874 ERROR. UN INTENTO RESTANTE. La pantalla cambió a rojo más intenso, parpadeando más rápido. ÚLTIMO INTENTO. BLOQUEO PERMANENTE EN CASO DE ERROR. Leonardo miró el Voynich, que pulsaba con ritmo específico. Ocho golpes. Pausa. Cuatro golpes. Pausa. Siete golpes. Pausa. La secuencia se repetía con la paciencia de algo que sabía que eventualmente iba a ser entendido.

Ocho golpes, cuatro golpes, siete golpes. 8-4-7. 1. Ya lo había probado. El libro pulsó de nuevo. Más lento esta vez, como si estuviera deletreando para un niño que no quiere entender. 8. Pausa larga. 4. Pausa larga. 7. Leonardo entendió. No el número completo tecleado junto. La secuencia: tecla 8, esperar. Tecla 4, esperar. Tecla 7, esperar. Cada dígito separado por medio segundo. Tecleó: 8, medio segundo de espera. 4, medio segundo. 7, medio segundo.

Continuó hasta completar los ocho dígitos. La pantalla se volvió verde. La puerta se abrió con el siseo de gases viejos escapando. El interior olía a frío artificial y a cosas que fueron personas. Leonardo entró con la mano sobre la linterna que no encendió.

La luz del Astral Norte entraba por la puerta abierta. Suficiente para ver las primeras filas de cápsulas, insuficiente para ver el fondo. Docenas de cápsulas de vidrio alineadas contra las paredes, la mayoría opacas por dentro, manchadas con residuos oscuros que Leonardo reconocía de escenas del crimen sangre seca mezclada con otros fluidos, manchas que indicaban algo salido mal hace mucho tiempo. Caminó entre ellas. El piso estaba húmedo de fluidos de preservación filtrados a través de sellos rotos. Sus botas chapoteaban con cada paso. El sonido era obsceno en la instalación vacía. Una alarma empezó a parpadear en el techo silenciosa, solo luz roja que aparecía y desaparecía cada dos segundos. Una alarma que no alertaba a los ocupantes sino a alguien más, en otro lugar.

En la pared del fondo, un contador digital cobró vida. 12:00. 11:59. 11:58. Leonardo no sabía qué pasaría cuando llegara a cero. La luz roja seguía parpadeando y alguien vendría algo vendría así que se movió más rápido. La primera cápsula ocupada contenía algo que fue hombre piel seca sobre huesos, ojos hundidos que seguían abiertos. La expresión en la cara era de alguien muerto esperando: que alguien viniera, que alguien abriera la cápsula, esperando durante años hasta que el cuerpo dejó de esperar. La segunda tenía dos ocupantes: una mujer y algo pequeño, un niño, ambos en la misma posición la mujer abrazando al niño con la postura de alguien que sabe que no puede proteger y que protege igual.

Ambos muertos hace décadas. Leonardo pasó sin detenerse. El contador: 10:42. 10:41. La tercera cápsula estaba vacía, el vidrio roto desde adentro algo había salido. Las marcas en el vidrio eran de uñas. Muchas uñas. Muchos intentos. La cuarta estaba ocupada: muerto, la cara presionada contra el vidrio, la boca abierta en grito silenciado. La quinta era diferente. Había dos cápsulas juntas con ocupantes vivos. Leonardo lo supo por el vapor. El aliento que formaba nubes contra el vidrio interior. Respiración. Vida. El contraste con las otras cápsulas era absoluto. La de la izquierda: un hombre joven de pelo negro, cicatriz en la mejilla del pómulos a la mandíbula, ojos cerrados con la expresión de alguien que duerme no la expresión de alguien que espera morir.

La de la derecha: una mujer de pelo blanco que no era de vejez. Blanco que viene de exposición a cosas que el cuerpo no puede procesar. Piel pálida, labios agrietados, los párpados temblando con algo que podía ser sueños. El contador en la pared: 9:47, 9:46. Leonardo examinó las cápsulas. Cada una tenía un panel de control independiente. Pantallas que mostraban signos vitales con números que subían y bajaban: el hombre a 94% viabilidad, la mujer a 67%. Cada panel tenía un botón de emergencia. Rojo y grande, diseñado para ser presionado en pánico. Los dos brillaban. Presionó el de la derecha. El de la mujer nada. Presionó el de la izquierda, el del hombre nada. El panel central entre las dos cápsulas tenía una pantalla diferente.

Más grande, con texto que Leonardo leyó tres veces antes de entender: APERTURA SECUENCIAL REQUERIDA. RECURSOS DE ENERGÍA LIMITADOS. SOLO UNA CÁPSULA PUEDE ABRIRSE. SELECCIONE PRIORIDAD. Dos botones debajo. Uno marcado

“IZQ.” Otro marcado “DER.” Leonardo miró las dos cápsulas. El hombre de la izquierda respiraba más fuerte. Sus signos vitales eran más estables. 94% viabilidad significaba que su cuerpo estaba casi intacto. Que los años en la cápsula no lo habían dañado tanto. La mujer de la derecha apenas respiraba. 67% viabilidad significaba daño. Daño que la cápsula no había podido prevenir. Cada minuto que pasaba el número bajaba 66%, 65% y elegir al más fuerte era lógico. El más fuerte tenía más probabilidad de sobrevivir fuera de la cápsula.

El más fuerte podía caminar, ayudar, ser útil. Elegir a la más débil era necesario. La más débil no sobreviviría la espera. Cada segundo que Leonardo dudaba, el porcentaje bajaba. 64%. El Voynich pulsó hacia la derecha, hacia la mujer, con insistencia casi dolorosa. Leonardo presionó “DER.” El cristal de la cápsula derecha empezó a abrirse. El proceso era lento: sellos despegándose de manera secuencial, gas escapando en etapas controladas un sistema diseñado para abrir de forma segura que no tenía ninguna prisa. El contador: 8:12, 8:11. Leonardo miró la cápsula izquierda. El hombre tenía los ojos abiertos ahora. Miraba a Leonardo a través del vidrio, miraba la cápsula derecha que se abría, entendía lo que estaba pasando. Su boca se movió formando palabras que el vidrio no dejaba pasar.

El gas de preservación de la cápsula derecha terminó de escapar. El olor era de químicos viejos y de algo orgánico debajo de los químicos. El olor de un cuerpo años en el mismo lugar. La mujer cayó hacia adelante antes de que el cristal terminara de abrirse y Leonardo la atrapó pesaba menos de lo que debería pesar una persona. La cápsula había tomado algo además de tiempo. Masa, sustancia, lo que no tenía nombre. ¿Cuánto tiempo? - preguntó ella

con voz de algo oxidado. De cuerdas vocales sin usar en años, cada palabra un esfuerzo visible. No sé señaló Leonardo. ¿Quién eres? Primero dime. ¿Cuánto tiempo? No sé qué calendario usaban aquí. Los números en la pantalla no significan nada para mí.

La mujer miró hacia la cápsula izquierda. Hacia el hombre que seguía mirándolos. - Once años - dijo ella. Para mí fueron once años. El calendario del Medio. Once años desde que entré. ¿Quién eres? Alethia. El nombre golpeó a Leonardo en el pecho Alethia, la desaparecida, la que había estado en los archivos que Columbo había encontrado. La que sabía cosas que el sistema quería borrar. Detrás de ellos, la cápsula izquierda empezó a hacer ruido. Un pitido constante que significaba falla de sistema, y Leonardo miró hacia atrás. El hombre de la cápsula izquierda tenía los ojos del todo abiertos ahora. Miraba a través del vidrio. Sus manos estaban planas contra la superficie interior no golpeando, esperando. El display de la cápsula izquierda parpadeaba: ERROR DE SECUENCIA.

APERTURA CANCELADA. PROTOCOLO DE PRESERVACIÓN DESACTIVADO. TIEMPO ESTIMADO DE VIABILIDAD: 4:32, 4:31. 4:30. El hombre golpeó el vidrio desde adentro una vez, el sonido sordo y desesperado. Leonardo dio un paso hacia la cápsula. No hay tiempo dijo Alethia, la voz más clara ahora, más urgente. El sistema de emergencia solo permite una apertura. Cuando elegiste, el otro sistema se apagó. Tiene más de cuatro minutos. De viabilidad. No de vida. El oxígeno ya se está acabando. Leonardo miró el display. Los números de signos vitales del hombre empezaban a cambiar. El corazón más rápido, la respiración más corta, el cuerpo entrando en pánico mientras el cerebro todavía no entendía que estaba muriendo.

El hombre golpeó el vidrio otra vez, dos veces, tres veces, con los labios formando palabras que Leonardo podía leer ahora.

“Por favor.” “Por favor.” “Por favor.” Leonardo puso la mano contra el vidrio. Del otro lado, el hombre puso la suya. Las palmas separadas por centímetros de material que no podía romperse. El contador en la pared: 6:03, 6:02. Los ojos del hombre empezaron a perder foco. El oxígeno acabándose mientras el cerebro se apagaba por secciones. Dejó de golpear el vidrio y su mano se deslizó hacia abajo dejando una marca húmeda, los ojos abiertos todavía mirando a Leonardo. Mirando a la mujer que Leonardo había elegido salvar. El contador: 5:44, 5:43. Tenemos que irnos apuntó Alethia, las piernas sin funcionar bien después de once años de atrofia. Leonardo la sostuvo mientras caminaban hacia la puerta. Hacia la luz gris del Astral Norte que entraba como cosa física. Cada paso era una negociación. Con el cuerpo de Alethia que no cooperaba. Con el piso húmedo que resbalaba. Con el tiempo que seguía corriendo en el contador detrás de ellos. Hay debo contarte - apuntó Alethia entre pasos. Sobre tus hijas. Leonardo dejó de caminar. El contador: 4:31, 4:30. ¿Qué sabes? La verdad. Estaba conectada a la red cuando pasó, vi todo, las cámaras que nadie sabe que existen. ¿Qué verdad? Ahora no. Alethia se apoyó con más peso contra él. Tengo familia en el Astral, escondidos, once años esperando a que yo volviera. ¿Dónde? Cerca. Lo sé. Los siento. Los encontraremos. Después de eso te cuento. Era justo, la familia primero. Leonardo lo entendía de una manera que no requería explicación.

La espera iba a ser difícil. Llegaron a la puerta el contador: 2:17, 2:16 y Leonardo la cruzó con Alethia colgando de su brazo, el peso de ella recordatorio constante de la elección hecha, del hombre dejado

morir. El Astral Norte los recibió con su gris constante. Su frío que no era justo frío. El fragmento de Helios brillaba en la distancia. Cuarenta por ciento dios. Faith los vio primero y corrió hacia ellos. Se detuvo a dos metros cuando reconoció a Alethia. Mierda. Hola - dijo Alethia. Ha pasado tiempo. Detrás de ellos, dentro de la instalación, el contador llegó a cero. El sonido fue de lo que se apagaba sin duda. De sistemas que dejaban de funcionar y puertas que se sellaban.

Leonardo no miró hacia atrás. El peso de Alethia en su brazo, el peso del Voynich en su espalda, el peso del hombre que seguía mirando a través del vidrio, ojos abiertos, mano deslizada, por favor. El camino de vuelta fue más largo que el camino de ida. No porque la distancia fuera diferente, la rampa seguía teniendo la misma longitud, las escaleras los mismos doscientos cuarenta y siete peldaños, las paredes las mismas que habían pasado antes. Pero ahora Leonardo cargaba a Alethia. Y cargaba algo más pesado que un cuerpo. Cargaba la mirada del hombre de la cápsula seis. La mirada que lo había seguido mientras se alejaba. La mirada que pasó de súplica a desesperación a aceptación. La mirada de alguien que entendía que había sido abandonado.

Alethia pesaba poco. Cuarenta kilos tal vez. El cuerpo consumido de alguien que había sido alimentada por tubos durante once años. Los huesos prominentes bajo la piel. Los músculos atrofiados bajo los huesos. Pero cada paso que Leonardo daba, el peso aumentaba no el peso físico sino otro peso, el de haber elegido, el de haber decidido que una vida valía más que otra. El peso de haber mirado a un hombre a los ojos y haberle dicho, sin palabras, que él no merecía ser salvado. Malika caminaba adelante. La luz azul que generaba

iluminaba las escaleras. No hablaba, no preguntaba, no juzgaba. ¿Cuánto falta? La voz de Alethia era débil. El susurro de alguien que está aprendiendo a usar su voz de nuevo.

Cuatro pisos más. No puedo... no siento las piernas. No necesitas sentir las. Yo te cargo. Leonardo ajustó el agarre. Alethia era tan liviana que casi flotaba en sus brazos. Pero el peso seguía aumentando con cada escalón. El hombre de la cápsula seis tenía nombre. Leonardo no lo sabía. El sistema acaso lo tenía registrado, un nombre, una historia, una razón por la que había terminado en esa cápsula, una familia que lo extrañaba, gente que se preguntaba dónde estaba. Y ahora iba a seguir ahí. Veinticuatro horas más hasta que alguien pudiera abrir otra cápsula. Veinticuatro horas que podían ser semanas, meses, años. Veinticuatro horas que podían ser el resto de su vida. Leonardo siguió subiendo porque no había otra opción, solo la elección hecha y el peso.

Alethia cerró los ojos. Gracias dijo. Leonardo no respondió. No sabía si merecía agradecimiento ni si había hecho lo correcto. Solo sabía que había elegido. Y que esa elección iba a perseguirlo durante mucho tiempo. ## 152 [K][S][A] ### SECUESTRO

El teléfono sonó a las 03:47. Locke estaba despierto desde las 23:00 y los ojos le ardían. La luz del monitor era la única en el precinto. Revisando los patrones compilados durante semanas. Hojas de papel esparcidas sobre el escritorio de su departamento en el Sector 4. Papel que había conseguido en el mercado negro porque el papel oficial dejaba rastro digital. Números de teléfono que aparecían y desaparecían. Direcciones que cambiaban cada tres días. Movimientos de vehículos que deberían ser rastreables y que alguien se molestaba en hacer intrastreables. Viktor. El nombre estaba escrito

en la pared frente a su escritorio. Con marcador rojo que había costado más de lo que debería costar un marcador. Rodeado de flechas que conectaban con otros nombres.

Sofía, Faith, Lu las flechas formaban un patrón. El patrón decía que Viktor iba a moverse pronto. El patrón no decía cuándo. El teléfono sonó y Locke miró el número en la pantalla: desconocido. La combinación de dígitos que indicaba una línea de emergencia. La línea que solo conocían cuatro personas. La línea que Locke había configurado él mismo hace tres años para situaciones justo como esta. Contestó con la mano firme. Las manos de Locke siempre estaban firmes. Pero el estómago se le había apretado en un puño que no iba a soltar durante las próximas cuatro horas. ¿Señor Locke? La voz de Lu doce años, temblando de una manera que hizo que el estómago de Locke se contrajera, temblor de adrenalina y miedo y de cosas que una niña de doce años no debería haber visto.

Estoy aquí. ¿Qué pasó? Él se llevó a mamá Sofía. Las palabras llegaron en pedazos, entrecortadas por sollozos que Lu intentaba controlar. El tipo de control que los niños aprenden en Ciudad Control, control que significa sobrevivir. Entró por la puerta, no la rompió, tenía llave o algo, no sé. Mamá Sofía trató de defenderme. Me señaló que me escondiera, que no saliera hasta que ella volviera. ¿Dónde estás ahora? En el closet, el grande, el que mamá Faith usaba para guardar cosas. Locke cerró los ojos. Visualizó el departamento. Lo había memorizado la primera vez que Faith lo dejó entrar. Tres habitaciones, cocina pequeña, baño más pequeño. El closet del pasillo, segundo en la izquierda, puerta de madera sólida. ¿Él sabe que estás ahí?

Nada al otro lado tres segundos que fueron años. Lu. ¿Él sabe que estás ahí? Me vio. El aire abandonó los pulmones de Locke. Me vio antes de esconderme estaba corriendo hacia el closet y miré hacia atrás. Él estaba en la puerta, sosteniendo a mamá Sofía, mirando directo hacia donde estaba. Sus ojos eran agujeros que miraban. Y sonrió una sonrisa que era un mensaje. Viktor estaba mandando un mensaje. Y después siguió cargando a mamá Sofía hacia la puerta. No me tocó. No vino hacia mí. Solo sonrió y se fue. Voy para allá - dijo Locke. No te muevas, no abras la puerta hasta que escuches mi voz, solo la mía. ¿Entendido? Entendido. Locke cortó la llamada y se vistió en cuarenta segundos: pantalones de la silla, los mismos de ayer, camisa del armario, la primera que tocó.

El chaleco con bolsillos que contenía lo que necesitaba. Llaves, identificación falsa y real, dinero en efectivo, cuchillo pequeño. No el chaleco antibalas demasiado lento de poner. La pistola en el mismo lugar de cada noche, cargada. Cajón de la mesa de noche, lado derecho, seguro puesto. Cargador extra en el bolsillo izquierdo del chaleco. Linterna en el derecho. Cuchillo más grande en la funda del tobillo izquierdo. Funda que no se movía cuando corría. La preparación era lo único que podía controlar. El carro estaba en el estacionamiento subterráneo, tercer nivel: motor diésel viejo sin nada electrónico que pudiera ser rastreado. Locke había modificado cada cable él mismo. Arrancó el motor tosió una vez antes de encender. 03:52. El camino hasta el Sector 12 debería tomar doce minutos a esta hora.

Las calles vacías. El tráfico inexistente. El primer checkpoint lo detuvo en el límite del Sector 9. Locke lo vio desde dos cuadras: luces azules y rojas, vehículo blindado bloqueando el carril central.

Guardias con uniformes que no parecían de policía regular. Ley Marcial los checkpoints habían aparecido hace tres semanas. Se detuvo donde le indicaron. Identificación. Locke sacó la placa real, la que decía Inspector, y la mostró a través de la ventana. El guardia la examinó. Pasó un scanner sobre ella. El scanner emitió un pitido bajo mientras procesaba. El scanner tardó quince segundos. ¿A dónde va a esta hora, Inspector? Llamada de emergencia, Sector 12. ¿Qué tipo de emergencia? Personal. Necesito ver la orden. No hay orden, es personal.

El guardia lo miró evaluando si valía la pena hacer más preguntas. El scanner pitó verde. Puede pasar. Locke avanzó a las 03:56, cuatro minutos en el checkpoint. El segundo checkpoint lo detuvo en el límite del Sector 11. Identificación. El mismo proceso: la placa, el scanner, las preguntas. ¿Emergencia personal en el Sector 12? Sí. ¿Nombre del contacto? Locke dudó dar el nombre de Sofía era arriesgarse a que quedara en un registro. Sofía Reyes. Departamento 3B. El guardia anotó algo en su tablet. Puede pasar. 04:00, otros cuatro minutos, ocho en total. Ocho minutos que Viktor había tenido de ventaja. El edificio de Sofía estaba en la esquina de la calle, cinco pisos, construcción de hace cuarenta años. Escaleras externas que se oxidaban cada año y que nadie reparaba.

Ventanas sin vidrio plástico o nada. Locke estacionó tres calles más allá. Entre dos vehículos abandonados. Estacionar cerca era para gente que no pensaba en emboscadas. Caminó hacia el edificio a paso rápido pero sin correr, porque correr llamaba la atención. La calle estaba vacía a las 04:03, la hora en que ni siquiera los insomnes estaban despiertos. El edificio estaba demasiado silencioso. A las cuatro de la mañana debería haber algo. El sonido de televisores,

ronquidos atravesando paredes delgadas, bebés llorando nada. La ausencia era de lo ocurrido. De algo que despertó a la gente y que después los había hecho quedarse muy quietos. Locke subió las escaleras de dos en dos. La pistola en la mano con el dedo fuera del gatillo.

Segundo piso, una puerta entreabierta. Ojos que lo miraban a través de la rendija. Ojos que se apartaron cuando él los miró. Tercer piso, departamento 3B, puerta abierta. Entró con la pistola levantada y barrió la sala: esquina izquierda, esquina derecha, detrás del sofá volteado. La cocina que era parte de la sala. El refrigerador abierto con la luz interior parpadeando. El departamento estaba casi intacto: una lámpara tirada junto al sofá con la pantalla de tela rasgada. Un vaso roto. Agua y vidrio en el piso de la cocina. El agua todavía brillando bajo la luz del refrigerador. Reciente signos mínimos de forcejeo. Sofía había resistido, pero no lo suficiente. Algo en el piso cerca de la puerta. Locke se acercó y se agachó sin tocar.

Cabello largo, rubio. El color que Viktor usaba esta temporada. Evidencia que Viktor había dejado a propósito. Locke miró el cabello, miró la puerta, miró el pasillo donde Lu estaba escondida. Tocar el cabello era contaminación de escena. Dejarlo era dejar evidencia que podía demostrar que Locke había estado aquí. Lo dejó. Lu. Pasos pequeños y rápidos en el pasillo. La puerta del closet se abrió y Lu emergió despacio. Ojos rojos de haber llorado, mejillas mojadas, temblando de una manera que Locke reconocía de toda su carrera. El temblor que viene después del shock. ¿Se fue? - preguntó Lu. Se fue. ¿Mamá Sofía va a estar bien? Locke no dijo. Lu se acercó y se quedó parada frente a él a un metro de distancia, los brazos cruzados sobre el pecho, sin abrazarlo.

Los niños que habían visto lo que ella había visto no abrazaban fácilmente. Él me miró - respondió Lu. directo, con ojos que eran agujeros que veían todo. Lo sé. ¿Por qué no me llevó a mí también? Quería que contaras, que alguien supiera. ¿Eso es mejor o peor? No sé. Lu asintió no de acuerdo sino de aceptación. Locke tomó una decisión. Esto no va a ningún reporte admitió. Nadie sabe que estabas aquí. ¿Por qué? Porque si el sistema sabe que viste algo... Me - borran. Lu lo dijo con la naturalidad de alguien que había crecido entendiendo cómo funcionaba el mundo doce años en Ciudad Control, doce años de ver vecinos desaparecer. Solo yo sé que estabas presente dijo Locke.

Nadie más. ¿Ni siquiera mi tía Faith? Ni siquiera ella, no hasta que sea seguro. ¿Y si nunca es seguro? Locke la miró: doce años, los mismos ojos que Faith, la misma mandíbula. Entonces guardamos el secreto. Lu asintió y Locke la llevó fuera del departamento sin tocar nada. Sin cerrar la puerta, dejando todo justo como estaba. Fuera del edificio. Las escaleras crujiendo bajo sus pasos. Hacia el carro estacionado tres calles más allá. Lu caminaba a su lado sin llorar. El llanto se había agotado y lo que quedaba era algo más duro. Algo cercano a la aceptación. A mitad de camino. Una puerta se abrió en el edificio vecino, segundo piso. Un hombre en pijama salió al pasillo de las escaleras.

Los miró y Locke lo reconoció como vecino de Sofía, de las visitas anteriores. El vecino también los reconoció. O al menos reconoció a Lu. ¿Todo bien? - preguntó el vecino. Sí - dijo Locke. Todo bien. El vecino miró a Lu, los ojos rojos, las mejillas todavía húmedas. ¿Seguro? Seguro. El vecino no insistió y se metió de nuevo en su departamento. Testigo alguien que podía hablar. Que podía decir que

había visto a un hombre y una niña saliendo del edificio a las cuatro de la mañana. Locke siguió caminando hasta el carro donde Lu se subió al asiento trasero. ¿A dónde vamos? preguntó. A algún lugar seguro. ¿Existe eso? Locke arrancó el motor sin respuesta. El retrovisor le mostró los ojos de Lu mirando por la ventana, mirando la ciudad que pasaba. Las luces de Ciudad Control parpadeaban en la oscuridad. Menos luces que ayer, un sector entero apagado, pero las pantallas de publicidad seguían brillando veinticuatro horas con ofertas que nadie podía pagar. Lu no miraba las pantallas. Miraba los espacios oscuros entre ellas. Lu había visto todo desde el armario. El armario del pasillo. El que tenía la puerta rota. El que nadie usaba porque la madera estaba podrida y olía a humedad vieja. El armario donde se había escondido cuando escuchó los pasos en la puerta principal. Tres hombres. Los contó mientras miraba por la rendija de la puerta rota. Tres siluetas que se movían con la precisión de gente que ha hecho esto antes. Que sabe justo dónde ir.

Que no necesita buscar porque ya sabe dónde está lo que busca. El primero fue directo al cuarto de Sofía. El segundo se quedó en la sala. Vigilando. Los ojos recorriendo el espacio como cámaras que registran todo. La mano en algo que estaba en su cintura. El tercero subió las escaleras y Lu dejó de respirar. Las escaleras crujían bajo el peso del hombre. Cada crujido era más cercano. Cada crujido más peligroso. El hombre buscaba algo, o a alguien. Lu se hizo más pequeña en el armario. Más pequeña de lo que pensaba que podía hacerse. El hombre pasó frente al armario. Se detuvo. Lu vio sus botas a través de la rendija negras, militares, el tipo de botas que usan personas que hacen cosas que requieren botas resistentes.

Botas que habían pisado lugares que Lu no quería imaginar. El hombre se quedó ahí durante diez segundos. Diez segundos que fueron horas. Después siguió caminando. Lu no se movió durante veinte minutos más. Veinte minutos escuchando a los hombres moverse por la casa. Escuchando el grito ahogado de Sofía cuando la encontraron. Escuchando el sonido de algo siendo arrastrado. Escuchando la puerta principal cerrarse. Veinte minutos de respirar sin hacer ruido. Veinte minutos de existir sin existir. Cuando al final salió del armario, la casa estaba vacía. Sofía no estaba. Lu encontró el teléfono viejo que su madre guardaba para emergencias. El teléfono que el sistema no podía rastrear. El teléfono que solo tenía un número guardado. Marcó. Tres tonos.

¿Qué pasó? La voz de Locke, ronca, la voz de alguien que dormía pero que estaba entrenado para despertar del todo en segundos. Se llevaron a Sofía - dijo Lu. Su voz no tembló, y debería haber temblado. ## 153 [L][A] ### VERDAD

Encontró a Leonardo solo. Alethia había recuperado suficiente fuerza para caminar, aunque no bien cada paso era negociación, las rodillas doblándose demasiado, los tobillos sin sostener. Once años de inmovilidad en cada fibra muscular. Once años de estar suspendida en fluidos que mantenían el cuerpo vivo mientras el tiempo pasaba afuera. Once años de no usar las piernas para nada que no fuera flotar. Los fluidos habían sido tibios, del color de miel diluida, con olor a algo químico y orgánico al mismo tiempo. El olor de la vida artificial. El olor de cuerpos mantenidos en estados que no parecían vida ni eran muerte. Once años, cuatro mil quince días, noventa y seis mil trescientas sesenta horas las había contado.

En algún momento de la suspensión, antes de que el sistema decidiera que contar era desperdicio de recursos cognitivos y que la conciencia debía ser reducida al mínimo, había contado. Había contado hasta que los números dejaron de tener significado. Cada movimiento costaba más de lo que debería el cuerpo protestaba, los tendones se quejaban, las articulaciones crujían con sonidos que no deberían hacer articulaciones de alguien de su edad. El tobillo derecho cedió en el tercer paso. Cayó sobre la rodilla. La roca le cortó la piel a través del pantalón del hospital que todavía llevaba puesto. Se levantó. La sangre le bajó por la espinilla y se mezcló con el polvo del Astral. Los músculos se negaban a responder con la velocidad que la mente exigía.

Caminó igual. Leonardo estaba sentado en una roca que miraba hacia donde la fortaleza había sido las ruinas que quedaban, piedra y metal y algo que podía haber sido hueso o podía haber sido cristal. Los restos poderoso y que ahora era escombros. El fragmento de Helios brillaba más allá. Cuarenta por ciento de lo que ya no tenía nombre. La luz era constante, diferente a cualquier otra del Astral: ni cálida ni fría, ni brillante ni tenue, presente. Alethia se sentó a su lado. - No - pidió permiso. Once años en una cápsula le habían quitado la paciencia para formalismos. La roca era fría con el frío que existía en el Astral Norte no el del hielo sino el de la ausencia, de falta.

La pausa duró treinta segundos. Leonardo miraba hacia el fragmento con la cara de quien aprendió a no mostrar lo que sentía, años construyendo muros entre lo que pasaba adentro y lo que se veía afuera. Alethia reconocía esa cara. La había visto en el espejo durante los años antes de la cápsula. Tu familia dijo Leonardo sin

mirarla. ¿Los encontraste? Oren, los niños, están más viejos. Me alegro. No sonaba alegre, sonaba como alguien que cargaba peso que no había encontrado dónde soltar. Hay algo que tienes que saber - dijo Alethia. Sobre Luna, sobre tus hijas. Leonardo se tensó todo su cuerpo, los hombros, la espalda, las manos cerrándose en puños sobre las rodillas. Cada músculo se contraía anticipando el impacto.

Estaba conectada a la red cuando pasó continuó Alethia. Era parte de mi trabajo: monitorear, observar, ver cosas que otros no podían ver. El sistema tenía ojos en lugares donde nadie sabía que había ojos. Cámaras en postes de luz, en semáforos, en los retrovisores de vehículos oficiales. En los lentes de gente que no sabía que sus lentes eran cámaras. En satélites que miraban desde arriba. En drones del tamaño de insectos que flotaban en el aire de la ciudad. El sistema veía todo, grababa todo, guardaba todo en servidores que ocupaban edificios enteros debajo de la ciudad. ¿Qué viste? La voz de Leonardo era plana, controlada. El final. Leonardo no respondió. Esperó. Luna sabía que iban a morir. Las palabras cayeron como piedras en agua quieta.

Ondas que se expandían. Ondas que cambiaban todo lo que tocaban. Lo supo desde el momento en que el sistema las marcó. No hubo accidente, no hubo casualidad, no hubo conductor borracho ni falla mecánica ni nada de lo que te dijeron. ¿Qué hubo? Ejecución. La palabra quedó suspendida entre ellos. Fueron elegidas, marcadas, ejecutadas. El sistema decidió que tenían que morir y el sistema hizo que murieran. ¿Por qué? La pregunta salió rota. El linaje Tyr, no en ti, en las gemelas. El sistema identificó el potencial en ellas. El sistema tiene maneras de detectar cosas que los humanos no pueden detectar. Patrones genéticos. Frecuencias cerebrales. Resonancias

que indican que alguien podría ser amenaza algún día. Mis hijas tenían tres años.

Lo sé. Tres años y el sistema vio una parte de ellas que lo asustó. Algo. El sistema decidió que era más fácil eliminar el problema antes de que creciera. Leonardo cerró los ojos, los abrió, los cerró de nuevo con las manos cerradas en puños y los nudillos blancos. ¿Qué hizo Luna? Alethia cerró los ojos también recordar costaba, once años después seguía costando. Las imágenes estaban grabadas en algún lugar de su memoria donde no podía borrarlas. Los vehículos las seguían desde el hospital tres SUVs negras sin placas ni marcas, vehículos que el sistema usaba cuando no quería ser visto, ventanas polarizadas, motores silenciosos. ¿Luna las vio? Las vio en el retrovisor, dos cuadras después de salir del hospital.

Supo lo que significaban había trabajado para el sistema antes de conocerlo, sabía cómo operaban, sabía que cuando tres SUVs negras te seguían, no ibas a llegar a donde ibas. ¿Intentó escapar? Sí, aceleró por calles secundarias, giró sin señalizar, trató de perderlos en el tráfico del mediodía. Las cámaras la siguieron durante siete minutos. Siete minutos de conducir más rápido de lo seguro con dos niñas pequeñas en el asiento trasero. Siete minutos de buscar salidas que no existían. Siete minutos de saber que el final se acercaba y que no había manera de detenerlo. Las manos de Leonardo se abrieron y se cerraron sobre sus rodillas. ¿Cuánto tiempo duró? Siete minutos. El precinto más cercano estaba a cuatrocientos metros.

Podía ver las luces del edificio y la seguridad que representaba, pero no iba a llegar. Los vehículos conocían cada ruta, cada atajo. El sistema sabía justo dónde iba antes de que ella lo supiera. ¿Qué hizo? Las palabras de Alethia salieron lentas. Se detuvo. Se detuvo en

medio de la calle y apagó el motor mientras los vehículos la rodeaban. Tres SUVs formando un triángulo alrededor de su carro. Y Luna no salió del carro, no trató de correr ni de pelear. Las tomó a las dos, las sacó de sus asientos, las sentó en su regazo juntas cabezas pequeñas contra su pecho, manos pequeñas contra su camisa, respiraciones pequeñas contra su cuello. Y les habló. ¿Qué les dijo? Alethia abrió los ojos.

Miró a Leonardo directo. Les dijo: “Bonitas, ahora vamos a ir a un lugar. A construir un hogar para papá. Un hogar muy bonito donde vamos a esperarlo. Díganle a papá que lo amamos.” Leonardo dejó de respirar. Y después: “Cierren los ojitos. Vamos a viajar.” Lo que siguió no se podía llenar. Cerraron los ojos continuó Alethia, las dos al mismo tiempo. Como si mamá les estuviera prometiendo una aventura. Las manitas se relajaron, las caritas se calmaron, las respiraciones se hicieron más lentas y más tranquilas. Luna las abrazó mientras los hombres de las SUVs se acercaban. Los abrazó mientras las puertas se abrían. Los abrazó mientras las botas golpeaban el pavimento. Luna las sostuvo hasta el final, las abrazó mientras los vehículos se acercaban, las protegió de ver lo que venía.

Les cantó algo bajito, una canción que Alethia no pudo escuchar a través de las cámaras. Una canción que era solo para ellas, protegiéndolas de saber, protegiéndolas de tener miedo. Las protegió de todo lo que pudo protegerlas. Leonardo tenía la cara entre las manos. Sus hombros temblaban. ¿Sufrieron? La pregunta salió ahogada. - No. No hubo terror. Luna se - aseguró de eso. Las últimas palabras que escucharon fueron las de su madre prometiéndoles un viaje. Las últimas sensaciones que tuvieron fueron los brazos de su madre alrededor de ellas. Las últimas imágenes que vieron fueron el

interior de sus párpados mientras se preparaban para la aventura que mamá les había prometido. Alethia esperó no había prisa, no había palabras que pudieran borrar lo que había contado.

Leonardo levantó la cara de sus manos después de cuatro minutos, los ojos rojos, la cara húmeda. ¿Por qué guardaste esto once años? Porque no parecía el momento. Tenías que sobrevivir la pérdida antes de poder procesar los detalles la verdad sin tiempo para digerirla es veneno. ¿Cómo sabías cuándo era el momento? No lo sabía, solo sabía que no era entonces. Que necesitabas tiempo. ¿Por qué me cuentas ahora? Porque sobreviviste, porque estás aquí, porque lo que llevabas cargando no era la verdad. Era algo peor que la verdad. ¿Cómo es peor pensar que fue accidente? Porque pensabas que sufrieron, que murieron con miedo, que vieron venir la muerte y que gritaron. Que pudiste haber hecho algo si hubieras estado ahí.

Leonardo dejó de moverse. No pudiste - respondió Alethia. No había nada que pudieras hacer. La decisión estaba tomada antes de que supieras que había decisión. Tu presencia solo habría significado que habrías muerto también. Eso no hace que sea mejor. No. Hace que sea diferente. A veces diferente es lo único que hay. Alethia se puso de pie. El movimiento costó más de lo que quería admitir. Cuídate dijo, cuida a los demás, cuida la semilla. Se volteó hacia donde su familia esperaba. Leonardo la vio alejarse. La semilla pulsaba en su bolsillo con el mismo ritmo de siempre. El fragmento de Helios brillaba en la distancia. Y en algún lugar de su memoria, dos niñas cerraban los ojos y se preparaban para un viaje.

Un viaje que Luna les había prometido. Un viaje que las había protegido de saber. Un viaje que era el último regalo de una madre que no podía dar nada más. Alethia dejó de hablar. La pausa duró

más de lo que cualquiera de los dos quería. Leonardo miraba hacia el fragmento de Helios. La luz del cuarenta por ciento de dios que quedaba. La luz que no iluminaba nada pero que existía igual. Alethia miraba sus propias manos las manos que teclearon informes durante años, que firmaron documentos sellando destinos, que fueron parte del sistema que mató a Luna y a las niñas. Hay más - dijo Alethia. Leonardo no la miró. ¿Más qué? Más que debes saber, sobre Luna, sobre por qué la eligieron. Ya me dijiste, el linaje Tyr, las niñas tenían el potencial. No solo eso. Alethia se movió con el cuerpo protestando contra cada movimiento. Once años de inmovilidad no se borraban en horas. Luna sabía, dijo, sabía que las estaban vigilando, sabía que el sistema las había identificado. Sabía que era cuestión de tiempo. ¿Por qué no corrió? ¿Por qué no escapó? Porque no había a dónde correr. El sistema tiene ojos en todas partes, cada ciudad, cada pueblo, cada rincón donde alguien podría esconderse. Luna lo sabía. Había trabajado para ellos, sabía cómo funcionaban. Leonardo cerró los ojos y los abrió. Entonces, ¿qué hizo? Te protegió a ti. Las palabras cayeron como piedras. ¿Qué? Luna sabía que si tú estabas con ellas, te matarían también. El sistema no deja testigos, no deja cabos sueltos.

Si tú hubieras estado en ese carro, estarías muerto. Luna lo sabía y por eso inventó excusas, por eso te mantenía ocupado. Por eso las niñas salían solas con ella. Leonardo se levantó con un movimiento brusco y violento. El movimiento de alguien que no sabe qué hacer con su cuerpo. Ella... ella sabía que iban a morir y me mantuvo lejos para que yo... Para que tú vivieras, sí. ¿Por qué no me replicó? Porque si te decía, habrías tratado de hacer algo. Habrías tratado de pelear. Habrías tratado de protegerlas y habrías muerto. Luna eligió

perderte antes que dejarte morir. Leonardo caminó en círculos, tres pasos, cuatro, cinco sin dirección ni propósito, solo movimiento porque quedarse quieto era imposible.

Se detuvo. Las piernas le temblaban. El frío del Astral se le había metido en algún lugar detrás de las rodillas, un frío específico que no era temperatura sino el cuerpo hacía cuando recibía información que no cabía. Se miró las manos. Las mismas manos que Luna había sostenido. Las mismas manos que habían cargado a las niñas, una en cada brazo, las cabezas pequeñas contra los hombros, el peso tibio de dos cuerpos que confiaban. Cerró los puños. Los abrió. Los cerró otra vez. Las uñas se clavaron en las palmas donde todavía quedaban las marcas de la semilla. Ella eligió morir. Eligió que murieras tú o que murieran ellas, eligió que tú vivieras, eligió cargar con eso para que tú no tuvieras que hacerlo.

¿Cómo puedo... cómo puedo vivir con eso? Alethia no respondió porque no había respuesta, solo la verdad. Y la verdad era que Luna había amado a Leonardo lo suficiente para morir por él. Y lo suficiente para no decírselo. ## 154 [L][A] ### FAMILIA

Los vio antes de que ellos la vieran. Alethia estaba parada en la entrada del campamento improvisado. El lugar donde el grupo había decidido descansar. Tiendas hechas de material que no reconocía. Tela metálica y metal flexible. Fogatas que ardían sin humo. El gris del Astral Norte extendiéndose en todas direcciones como océano sin horizonte. Once años. La cifra todavía no se sentía real. Once años suspendida en fluidos tibios mientras el tiempo pasaba afuera. Once años mientras sus hijos crecían sin ella, once años mientras Oren envejecía esperando, once años que ahora tenía que procesar en minutos. Oren estaba sentado junto a una de las fogatas, el pelo más

gris pero no del todo mechones que habían sido negros y que ahora eran del color de ceniza vieja.

Las líneas más profundas alrededor de los ojos. Líneas que no habían estado ahí la última vez que lo vio. Líneas que contaban años de preocupación. De no saber, de esperar algo que podía no llegar. La barba era nueva, no la había tenido antes. Antes se afeitaba cada mañana con la precisión de alguien que valoraba la rutina. Ahora la barba era corta y canosa. El tipo de barba que viene cuando alguien deja de preocuparse por ciertas cosas porque hay cosas más importantes de qué preocuparse. Los hijos estaban con él. El mayor tenía diecinueve años ahora. Había tenido ocho la última vez que Alethia lo vio. Once años convertidos en hombre. La mandíbula más definida. Los hombros más anchos.

La postura de quien creció demasiado rápido. Los ojos de quien aprendió cosas que no quería aprender. David. El nombre le dolía en la boca. El nombre de su hijo que ahora era adulto. El nombre de alguien que dejó de ser niño mientras ella flotaba en una cápsula sin poder hacer nada. El menor tenía diecisiete. Había tenido seis. Seis años que Alethia recordaba con claridad. La forma en que corría hacia ella cuando llegaba del trabajo. La forma en que le pedía que lo cargara aunque ya era grande para ser cargado. La forma en que decía “mami” con una voz que todavía no había cambiado. La voz había cambiado ahora todo había cambiado. Alethia caminó hacia ellos, cada paso costaba.

No solo en el cuerpo, aunque en el cuerpo también costaba, los músculos todavía recordando once años de inmovilidad, sino emocionalmente. Cada paso acercándola a gente que conocía y que no conocía al mismo tiempo. A familia que era familia y que era

extraña. El suelo del Astral era diferente bajo sus pies, no tierra, no roca, justo algo intermedio que cedía un poco con cada paso. Algo que absorbía el sonido de las pisadas. Veinte metros. Quince. Diez. Oren la vio y se puso de pie con un movimiento lento y deliberado, el movimiento de alguien que no estaba seguro de lo que veía. De alguien que imaginó este momento tantas veces que no distinguía sueño de realidad. De alguien para quien la esperanza era peligrosa porque la esperanza podía romperse. - Alethia.

Su nombre en la voz de Oren después de once años, el sonido era diferente, más ronco, más cargado. El sonido de quien la había susurrado como oración. Que lo había gritado como maldición cuando la rabia era más fuerte que el dolor. Oren. No corrió hacia ella. Oren no era de los que corrían. Era de los que caminaban. De los que llegaban cuando llegaban. De los que entendían que la paciencia era lo único que valía algo cuando todo lo demás fallaba. Se encontraron a mitad de camino. El abrazo fue torpe, los cuerpos habían olvidado cómo encajar. Los brazos no sabían dónde ir. Los ángulos que antes eran naturales ahora eran extraños.

Once años de distancia convertidos en centímetros de incomodidad, pero era abrazo. Después de once años, era abrazo. El olor de Oren era el mismo. Debajo del sudor y la suciedad del viaje, el olor base era el mismo. El olor que Alethia recordaba de las mañanas cuando despertaba junto a él. El olor que había extrañado sin poder nombrarlo durante once años de suspensión. Pensé que estabas muerta mencionó Oren. Su voz era de lo que se rompía y se reconstruía al mismo tiempo. Durante años pensé que estabas muerta. No estaba muerta. Lo sé, ahora lo sé. Estaba esperando. Lo sé, ahora lo sé. El abrazo duró un minuto, dos minutos, abrazo que

no tiene prisa por terminar porque terminarlo significa enfrentar todo lo que viene después.

El mayor se acercó, David caminó despacio, los ojos evaluando, la mandíbula tensa. La postura de alguien que no confiaba fácilmente. Que había aprendido que la gente que desaparecía no volvía. Que había construido defensas contra la esperanza porque la esperanza dolía más que la aceptación. Se detuvo a dos metros de distancia. No más cerca. La distancia de alguien que no está seguro de si quiere acercarse. Mamá. La palabra salió extraña de su boca. No estaba seguro de que todavía aplicara. Palabra en idioma que había olvidado cómo hablar. David. Han pasado once años. Lo sé. Tenía ocho. Lo sé. No sé si te reconozco. Las palabras dolieron. Dolieron de la manera que duelen las verdades que no se pueden negar.

Dolieron porque eran justas. Porque Alethia no tenía derecho a esperar que la reconociera. No tenía derecho a esperar nada. - Yo sí te reconozco - dijo ella. Tienes los ojos de tu padre. La mandíbula de mi padre, la forma de pararte de tu abuelo, la manera de inclinar la cabeza cuando piensas que heredaste de mí. David no dijo. Y tienes algo nuevo continuó Alethia. Algo que no tenías a los ocho, algo que es solo tuyo. ¿Qué? No sé, pero está ahí. Y me gustaría conocerlo, si me dejas. David la miró evaluando, decidiendo. Procesando lo que no podía procesar en minutos. Tal vez años, tal vez más. Necesito pruebas - dijo al final. Necesito saber que eres tú, que no eres... otra cosa, algo que se parece a mi madre pero que no es mi madre.

¿Qué tipo de pruebas? Algo que solo tú sabrías. Alethia pensó. Once años de memorias que revisar. Once años de momentos que habían sido solo suyos. Solo de ella y de este niño que ahora era hombre. La lámpara añadió, la que rompiste cuando tenías siete, la

que estaba en la sala, la azul con las flores amarillas. La que tu abuela nos había regalado cuando nos casamos. David se tensó. Tu padre no sabe que fuiste tú. Le dijiste que había sido el gato, el gato que no teníamos. Inventaste un gato para no tener que admitir que habías estado jugando pelota dentro de la casa cuando te habían dicho que no jugaras pelota dentro de la casa. Papá no sabe.

No. Yo tampoco le dije. Era nuestro secreto. El primero de muchos secretos que ibas a tener. El primero de muchas mentiras pequeñas que ibas a contar para protegerte de consecuencias que no querías enfrentar. David la miró de nuevo, diferente ahora algo había cambiado en sus ojos, algo cercano al reconocimiento, al principio de lo que podía ser aceptación. Mamá dijo. Y esta vez la palabra sonó diferente. El menor se unió más rápido, menos cauteloso, se lanzó hacia el abrazo con la urgencia de alguien que había esperado once años. Con la necesidad de alguien que había sido muy joven para construir defensas. Que había guardado la esperanza en algún lugar donde nadie podía quitársela. Mami. La palabra de un niño de seis años en la voz de un joven de diecisiete la palabra guardada, protegida, mantenida viva cuando todo decía que debía dejarla morir.

Alethia lo abrazó. Este abrazo fue diferente. Este abrazo encajaba. Los cuerpos recordaban algo que las mentes habían olvidado. El tiempo no había pasado en este lugar específico. Te extrañé dijo el menor, todos los días, cada día, te extrañé. Yo también. Papá decía que ibas a volver, David decía que no. Yo no sabía qué creer, pero seguí esperando porque esperar era lo único que podía hacer. Porque dejarte ir significaba aceptar que no ibas a volver. Y no podía aceptar eso. Alethia no tenía palabras, las palabras se habían agotado en

algún lugar entre la cápsula y este momento. Las palabras no fueron suficientes para contener once años de ausencia. Para explicar lo que había pasado. Para justificar el tiempo perdido.

Solo tenía el abrazo, solo tenía este momento, y tenía que ser suficiente. Se sentaron junto a la fogata, los cuatro juntos por primera vez en once años. Familia reunida en un lugar que no era hogar pero que se sentía más como hogar que cualquier lugar donde habían estado. El fuego ardía sin consumir nada, el fuego del Astral, diferente al del Medio, más limpio y constante, fuego que podía arder indefinidamente si nadie lo apagaba. ¿Qué pasó? - preguntó Oren. ¿Dónde estuviste? En una cápsula, once años en una cápsula, flotando, esperando, sin saber si iba a despertar. ¿Por qué? Porque sabía cosas que no debía saber. Porque el sistema decidió que era más fácil guardarme que matarme.

Porque alguien pensó que algún día podría ser útil. Oren la miró. ¿Qué cosas sabías? Cosas sobre el sistema. Sobre cómo funciona. Sobre lo que hace con la gente que no puede controlar. Cosas que vi cuando trabajaba en monitoreo. Cosas que no debería haber visto. ¿Por qué no te mataron? Porque alguien decidió que mi conocimiento era valioso. Que podía servir para algo algún día. Que era mejor tenerme dormida que muerta. No sé quién. No sé por qué justo. Solo sé que desperté cuando alguien me encontró. Oren bajó la cabeza, no era comprensión completa, era aceptación de que la comprensión completa no fue posible ahora. Era reconocimiento de que algunas preguntas iban a tener que esperar. ¿Vas a volver con nosotros? preguntó, la pregunta contenía todo, once años de espera. Contenía esperanza, miedo y la posibilidad de que la respuesta fuera no. Sí - contestó Alethia, si me dejan, si hay espacio, si todavía hay

lugar para mí en lo que construyeron mientras no estaba. Oren tomó su mano; el contacto fue simple, piel contra piel, calor contra calor, pero significaba todo. Hay lugar indicó, siempre hubo lugar. Leonardo apareció en algún momento sin que Alethia supiera cuándo. Estaba ahí cuando levantó la vista del fuego. Parado a distancia, respetuoso, observando, esperando. Hay algo que debes saber le dijo Alethia, sobre la semilla. Leonardo se acercó. ¿Qué pasa con ella? Lo que Don Humo puso adentro. Lo que quiere que Nico sepa. ¿Qué es? Alethia miró hacia su familia. Hacia Oren y los hijos que estaban procesando su regreso.

Hacia las vidas que habían seguido sin ella y que ahora tenían que hacer espacio para incluirla de nuevo. No puedo decírtelo directo indicó. No es mi secreto para contar. Pero puedo decirte esto: la semilla contiene todo lo que Don Humo era. Todo lo que quería decir y no pudo. Todo lo que Nico necesita saber sobre quién era en realidad. ¿Quién era? Alguien importante, alguien que eligió no serlo, que cargó secretos durante trescientos años porque cargarlos era más fácil que compartirlos. Alguien que tuvo una vida antes de Le Jardin. Una vida que dejó atrás. Una vida que todavía lo conectaba con gente que no sabía que estaba conectada. Leonardo tocó el bolsillo donde la semilla descansaba. ¿Cuándo se la doy?

Cuando sea el momento. ¿Cómo sé cuándo es el momento? No lo sabrás, solo sabrás cuándo no es el momento, y cuando dejes de saber eso... tal vez sea el momento. No constituía respuesta satisfactoria y Alethia lo sabía. Las semillas esperan dijo, es lo que hacen. Esperan hasta que el suelo está listo, hasta que hay suficiente luz. Hasta que las condiciones permiten que crezca lo que tiene que crecer. Nico no está listo ahora, está procesando otras cosas,

cargando otros pesos. Cuando esté listo, lo sabrás. Leonardo cerró los ojos, no entendía del todo, nadie podía entender del todo. Pero aceptaba. Se fue y Alethia volvió con su familia. El fuego ardía, la familia estaba junta, once años comprimidos en un momento.

Todo lo que había que decir esperando para ser dicho. Todo lo que había que sanar esperando para ser sanado. Oren no pudo dormir. La tienda de campaña que habían armado era pequeña. Espacio para cuatro personas si se apretaban. Alethia en el centro, los dos hijos a cada lado, Oren en la entrada vigilando, protegiendo, haciendo lo que había hecho durante once años: esperar. Once años de esperar. Once años de levantarse cada mañana preguntándose si ese sería el día en que recibiría noticias. Once años de ir a dormir cada noche sabiendo que no había recibido ninguna. Once años de criar a dos hijos solo mientras les decía que mamá iba a volver. Y ahora mamá había vuelto. Pero Oren no podía dormir.

Porque la mujer que dormía junto a sus hijos no era la misma mujer que había desaparecido once años en una cápsula, once años de suspensión. Once años de un cuerpo que funcionaba pero que no vivía. ¿Qué le habían hecho durante esos once años, qué había visto, qué sabía? Oren miró hacia donde Alethia dormía. El pecho subiendo y bajando. El ritmo de alguien que duerme de verdad por primera vez en once años, el ritmo de alguien que está a salvo. Pero ¿estaba a salvo? El sistema la había tenido durante once años. El sistema no guardaba cosas sin razón. El sistema no invertía recursos en mantener a alguien vivo a menos que esperara obtener algo a cambio. ¿Qué esperaba obtener de Alethia?

¿Qué sabía ella que valía once años de suspensión? David, el hijo mayor, se movió en su sueño. Diecisiete años ahora. Seis cuando

Alethia desapareció. Once años de crecer sin madre. Once años de convertirse en el hombre de la casa porque alguien tenía que serlo. El hijo menor no se movió, diecisiete también, gemelos que habían nacido el mismo día que Alethia desapareció. No la conocían, no tenían memorias de ella, solo las historias que Oren les había contado. Las fotos que Oren les había mostrado. La promesa de que algún día mamá volvería. Y ahora mamá había vuelto. Oren siguió sin poder dormir porque volver no era lo mismo que regresar. Y la mujer que dormía junto a sus hijos tenía once años de secretos que todavía no había contado. ## 155 [K][J] ### CONCIERTO

El anfiteatro abandonado olía a humedad y a gente que no había tenido dónde bañarse. Nico había llegado a través de túneles que no deberían existir. Túneles que conectaban sectores que en los registros no tenían conexión. Túneles que alguien había cavado durante años. Mientras el sistema miraba hacia otro lado. Mientras la gente de arriba caminaba, había un mundo debajo de sus pies. Los túneles olían a tierra mojada y a óxido. Las paredes goteaban agua que venía de algún lugar que nadie conocía. El piso irregular, piedras que sobresalían. Charcos que no se veían hasta que el pie ya estaba adentro. Nico caminaba detrás de Vera. La mujer que lo había encontrado en el refugio. La mujer que vio el oso en su pecho y señaló: “Tienes que venir. Hay algo que tienes que ver.” No había explicado qué. Vera no explicaba las cosas, las mostraba.

El primer obstáculo fue en el Sector 8. Un hombre con cicatriz en la mejilla bloqueaba el paso. La cicatriz iba desde el ojo izquierdo hasta la comisura del labio. Vieja. Del tipo que viene de cuchillo o de vidrio roto. Arma en la cintura, ojos que evaluaban antes de hablar. ¿Contraseña? Nico no sabía la contraseña. Vera había desaparecido

hacia otro pasillo hace cinco minutos. “Te encuentro adentro,” había dicho. “Si llegas.” No la sé. Entonces no pasas. Vera me trajo. Vera trae a mucha gente, no todos pasan.

Nico miró al hombre. Once años. La camiseta con el oso Dember manchada de cosas que no quería identificar. Las manos que todavía tenían callos de tocar la batería improvisada en el sótano del refugio, miró el oso en su pecho. Dember contestó. El hombre miró el oso y lo estudió con los ojos de alguien que reconocía algo. ¿De dónde sacaste eso? Era de un amigo. ¿Qué amigo? Uno que murió. El hombre siguió mirando el oso. Siguió estudiando la cara de Nico. Buscando algo y encontrándolo. Pasa.

El segundo obstáculo fue en el Sector 10 una mujer joven de pelo rapado hasta el cráneo, tatuaje de frecuencias en el cuello, líneas que formaban ondas, ondas que formaban números. Números que Nico no podía leer. Eres muy joven. Tengo once años. Lo sé. Por eso eres muy joven. ¿Para qué? Para lo que va a pasar esta noche. La semilla en el bolsillo de Nico pulsaba. El ritmo que lo había guiado a través de los túneles. El ritmo que decía “adelante” cada vez que quería detenerse.

- Déjalo pasar - dijo una voz desde las sombras. La mujer miró hacia la voz. Se apartó. El tercer obstáculo fue una puerta que no se abría. Metal oxidado. Cerradura que no respondía a nada. Nico empujó. - Tiró. Golpeó. La puerta no cedió. Necesitas esto - dijo alguien detrás de él. Se volteó. Un hombre viejo. Pelo blanco que brillaba en la negrura del túnel. Sonrisa que le recordaba a Don Humo de una manera que dolía. La misma forma de inclinar la cabeza.

La misma manera de mirar. El hombre le dio una llave. Metal frío. Tres dientes. ¿De dónde salió? De alguien que ya no la necesita. Nico tomó la llave. Abrió la puerta. El mecanismo giró con un sonido que era casi musical. Del otro lado estaba el anfiteatro. Cuatrocientas personas. Nico las contó hasta que perdió la cuenta. Hasta que las caras empezaron a repetirse en su memoria. Hasta que dejó de importar cuántas eran porque eran muchas. Más de las que había visto juntas en un solo lugar.

El anfiteatro había sido teatro una vez. Hacía décadas. Antes de que el sistema decidiera que el teatro era peligroso. Antes de que las historias fueran prohibidas porque las historias hacían pensar a la gente. Asientos de terciopelo que ahora eran trapos. Rojos que se habían vuelto marrones. Telas que se deshacían cuando las tocabas. Escenario de madera que ahora era madera podrida parcheada con metal. Tablas que crujían. Clavos que sobresalían. Techo que tuvo cúpula y que ahora tenía agujeros por donde entraba la luz gris de Ciudad Control.

Tiny Almanacs estaba en el escenario. Nico lo reconoció de las fotos. El líder de Pollos Gelatina. El músico que el sistema había prohibido. El hombre cuya música activaba cosas en el cerebro que la gente había olvidado que tenía. Alto. Flaco. Flaco que viene de no comer lo suficiente durante años. Pelo largo hasta los hombros. Dedos largos que se movían sobre un teclado que no era teclado. Algo construido con partes de cosas que fueron otras cosas. Teclas de madera y plástico. Cables que iban a ninguna parte visible. Sonido que salía de altavoces de latas aplastadas.

963 hertz - añadió Tiny al micrófono. Esa es la frecuencia. La que el sistema quiere que olvidemos. La que han estado borrando de la

gente durante generaciones. El público dijo. Algunos sabían lo que eso significaba. Otros no. Todos habían venido. Todos habían arriesgado el Borrado por estar aquí. Esta noche la van a recordar. La música empezó. No parecía música normal. Vibración que se metía en los huesos. Frecuencia que activaba cosas en el cerebro. Sonido que se sentía más de lo que se escuchaba. Le llegó primero al pecho.

Algo que vibraba en sincronía con la música. La semilla en su bolsillo pulsó más fuerte. El ritmo sincronizándose con 963 hertz de una manera. Después en los ojos. Imágenes que aparecían sin ser convocadas. Tomás. El día que lo conoció en el refugio. El día que jugaron con el oso Dember que Tomás había traído de algún lugar que no nombró. El día que Tomás - observó “piu piu” imitando disparos y después dejó de decir cualquier cosa porque los disparos fueron reales. Recuerdos borrados por el shock. Recuerdos que el sistema había intentado suprimir. Recuerdos que la música estaba trayendo de vuelta con la fuerza de un golpe en el estómago.

Nico cayó de rodillas. El impacto contra el suelo de concreto fue dolor. Dolor real. Dolor que lo anclaba al presente mientras los recuerdos lo arrastraban al pasado. Una mujer cerca de él hizo lo mismo. Llorando. Diciendo un nombre olvidado. El nombre de alguien que el sistema había Borrado de su memoria. Un hombre al otro lado del anfiteatro - gritó algo. Liberación y dolor mezclados en un sonido que no era palabra. El sonido de alguien que recordaba algo perdido. El sistema los había Borrado. La música los estaba trayendo de vuelta.

- ¡Sube! - gritó Tiny desde el escenario. ¡Tú! ¡El del oso! ¡Necesitamos baterista! Nico levantó la cabeza. Las lágrimas le nublaban la vista. Los recuerdos de Tomás todavía golpeaban

contra el interior de su cráneo. ¡Sube! No recordaba haber caminado hacia el escenario. No recordaba haber subido las escaleras laterales. No recordaba haber pasado junto a los otros músicos que lo miraban con reconocimiento. Estaba sentado detrás de una batería improvisada. Alguien la había construido con latas de diferentes tamaños. Latas de comida. Latas de pintura. Latas de cosas que contuvieron cosas que ya no importaban.

Cables que servían de tensores. Partes de cosas que habían sido otras cosas. Las baquetas eran de plástico duro. Tuberías viejas cortadas y lijadas hasta que servían de baquetas. Plástico que lastimaba las manos si lo sostenías mucho tiempo. ¿Sabes tocar? - preguntó Tiny. No. Mejor. Los que saben tocar lo hacen mal. Los que no saben tocan con el cuerpo. Nico sostuvo las baquetas. Pesaban más de lo esperado. El plástico era frío en sus manos. Golpeó la primera lata. El sonido fue diferente de lo que esperaba. Más profundo. Más resonante. La lata temblaba de una manera que hacía que el aire vibrara con ella.

Golpeó la segunda. El ritmo salió sin pensarlo. Como si los golpes estuvieran escritos en algún lugar de sus músculos y solo necesitaran permiso para salir. El mismo ritmo. El mismo ritmo que la semilla. El mismo ritmo que Don Humo había usado para fragmentarse. El mismo ritmo que conectaba todo con todo. El oso Dember pintado en su camiseta temblaba con cada golpe. Los ojos del oso brillaban con lo que no era reflejo. Algo que venía de adentro. El público lo vio.

¡DEMBER VIVE! - gritó alguien. El grito se repitió. Se multiplicó. Se convirtió en coro. DEMBER VIVE. DEMBER VIVE. DEMBER VIVE. Nico tocó más fuerte tres canciones, cuatro canciones. Las

manos le sangraron después de la tercera. El plástico de las baquetas era áspero. Las latas tenían bordes. La sangre manchaba todo. Las baquetas. Las latas. La camiseta con el oso. No paró. No podía parar. La frecuencia que salía de sus manos era la misma que Don Humo había usado. La frecuencia de la resistencia. La frecuencia de cosas que no entendía y que su cuerpo ejecutaba sin preguntar.

Sirenas. El sonido llegó de todas partes al mismo tiempo. Acercándose. Multiplicándose. El sonido del sistema viniendo a detener lo que no podía ser detenido. La música se detuvo. Lo que siguió fue del tipo que precede a las tormentas. Algo grande acababa de pasar y algo peor está por venir. Tiny miró hacia la entrada del anfiteatro. Hacia donde las luces rojas empezaban a verse. Hacia donde el fin se acercaba. Después miró al público. A las cuatrocientas personas que habían venido a recordar. Que ahora tenían canciones en la cabeza que el sistema no podía quitar.

Después miró a Nico. Fue un honor dijo. Ahora corre. ¿Qué? Los túneles. Vera preparó una salida. Para los que tienen que seguir. ¿Y ustedes? Tiny sonrió. La sonrisa de alguien que sabía cómo terminaba esto. La sonrisa de alguien que hizo paz con el final hace mucho tiempo. Ya hicimos lo que teníamos que hacer. La canción está en ellos. En ti. No pueden quitarla. Las sirenas estaban más cerca. Nico miró sus manos. Sangre. Ampollas reventadas. La piel abierta en tres lugares diferentes. Corre repitió Tiny. El oso tiene que seguir viviendo.

Nico bajó del escenario. Corrió hacia donde Vera había señalado antes del concierto. Una puerta disfrazada de pared. Un túnel. Detrás de él, la música de Pollos Gelatina empezó de nuevo. Una última canción mientras las sirenas llegaban. Una última frecuencia

mientras el sistema cerraba las puertas. Nico corrió. El oso Dember rebotaba contra su pecho con cada paso. La semilla pulsaba en su bolsillo. La sangre de sus manos goteaba sobre el piso del túnel. Y en el anfiteatro, cuatrocientas personas tenían una canción que nadie iba a poder quitarles. De tocar, las manos de Nico temblaban. No de miedo. De algo más. De eso. De algo que era miedo, emoción y anticipación y terror todo mezclado en una cosa que hacía que sus manos temblaran. La batería improvisada estaba frente a él. Latas de diferentes tamaños. Cables como tensores. Palillos que alguien había hecho de hueso de animal. Instrumento y que existía porque alguien lo había necesitado lo suficiente para crearlo. Cuatrocientas personas esperaban. Nico podía verlas desde detrás del escenario. Sombras en la oscuridad del anfiteatro. Respiraciones que se mezclaban en un solo sonido. El murmullo de gente que espera algo que no puede nombrar.

¿Tienes miedo? - preguntó Vera. Sí. Bien. El miedo significa que esto importa. ¿Y si lo arruino? No puedes arruinarlo. Claro que puedo. Puedo equivocarme. Despacio, puedo perder el ritmo. Por instinto, puedo... No. Vera se agachó para mirarlo a los ojos. No puedes arruinarlo porque no hay nada que arruinar. No estamos tocando para ser perfectos. Estamos tocando para ser reales. Nico no entendió. Pero asintió igual. El oso Dember pesaba contra su pecho. El peso familiar de lo que lo había acompañado durante meses. El peso de Tomás que ya no estaba. El peso de memorias que no quería perder. La semilla pulsaba en su bolsillo. El ritmo latía por minuto. El ritmo que Don Humo le había dado.

El ritmo que conectaba todo con todo. 1. El número apareció en su cabeza. Personas habían muerto en el primer ciclo del sistema.

Era el código que el viejo había usado durante trescientos años. Era el ritmo. No consciente. No planificado. Pero el mismo ritmo. Tiny empezó a tocar. El teclado primero. Las notas de 963 hertz llenando el anfiteatro. La frecuencia que activaba algo en el cerebro que la gente había olvidado que tenía. Marcus siguió con el bajo. La baterista vieja con los tambores. Y después Nico. Las manos dejaron de temblar en el momento en que tocaron los palillos. Las manos dejaron de temblar porque ya no eran sus manos. Eran las manos de Don Humo.

Eran las manos de Tomás. Eran las manos de todos los que habían tocado antes que él. Y el ritmo que salió fue 738. ## 156 [K] [S] ### ARRESTO

Los mercenarios entraron por todas las puertas al mismo tiempo. Tiny contó seis equipos de cuatro hombres cada uno, veinticuatro mercenarios para cuatrocientas personas y cinco músicos. El sistema no estaba tomando riesgos. El sistema había decidido que este concierto era amenaza suficiente para justificar este despliegue. Los uniformes eran negros, sin insignias ni nombres, el uniforme que usaba gente que no quería ser identificada. Dejó de tocar. No porque lo obligaran, porque la canción había terminado. Las notas finales todavía vibraban en el aire del anfiteatro. 963 hertz mezclándose con el sonido de botas contra concreto. Con el zumbido de armas que se cargaban, zumbido mecánico y frío, con los gritos de gente que entendía lo que estaba pasando.

Los technopunks venían con ellos. Tiny los reconoció por los implantes. Metal que salía de la piel en lugares donde el metal no debería salir. En las sienes, las muñecas, la base del cráneo, cables que entraban en las venas. Cables que transportaban cosas que no

eran sangre. Ojos que brillaban con luz artificial. El brillo azul de gente que veía cosas que los humanos normales no podían ver. Los técnicos del sistema. Los que sabían cómo hacer cosas que nadie debería saber hacer. Los que mantenían la maquinaria funcionando. Uno de ellos, el que tenía más implantes, el que caminaba adelante de los demás, levantó algo, un dispositivo del tamaño de una mano, con una luz azul que parpadeaba. Dispositivo que Tiny había visto en archivos que no debería haber podido leer.

Archivos que Vera había conseguido de fuentes que no tenían nombre. Lo activó y el público se congeló, no literalmente, no era hielo, era algo peor: cuerpos que seguían de pie. Ojos que seguían conscientes. Tiny podía verlo, podía ver la conciencia atrapada detrás de los párpados que no podían hacer que los músculos respondieran. Lag Táctico. Tiny conocía la tecnología. El Lag Táctico funcionaba interrumpiendo las señales entre el cerebro y el cuerpo. Ralentizando la comunicación hasta que el movimiento era casi imposible, ralentizando todo excepto la conciencia. La gente estaba consciente, podía ver, podía oír, podía sentir. No podía moverse. Cuatrocientas personas atrapadas en sus propios cuerpos. Tiny podía verles los ojos. Los ojos eran lo peor. Ojos que se movían.

Que seguían a los mercenarios. Que gritaban sin sonido. Una mujer en la tercera fila lloraba. Las lágrimas caían. Los músculos de la cara no se movían. Las lágrimas caían por una cara paralizada. Gotitas pausadas sobre ropa que no podía secarse. Un hombre al fondo se había orinado. El charco se extendía debajo de sus zapatos. La humillación en sus ojos era peor que el miedo. Peor que la impotencia. Era la vergüenza de un cuerpo que seguía funcionando mientras la voluntad había sido borrada. Un niño no podía tener más

de siete años estaba de pie entre dos adultos paralizados. El niño podía moverse. Los niños pequeños eran parcialmente inmunes al Lag. Algo en la química cerebral prepubescente. El niño tiraba de la mano de su padre.

La mano no respondía. El niño tiraba con más fuerza. La mano no respondía. El niño empezó a llorar sin sonido. Solo los músicos podían moverse. Cinco personas entre cuatrocientas. Cinco pares de manos que podían cerrarse mientras cuatrocientos pares no podían. Inmunidad por exposición constante a las frecuencias. Años de tocar música prohibida habían alterado algo en sus cerebros. Algo que los hacía resistentes al Lag. Vera intentó alcanzar algo debajo del escenario. Una palanca. Un arma. Algo. Tiny no supo qué. No tuvo tiempo de ver. Un mercenario la vio. Tiny quiso gritar. Quiso moverse. Quiso hacer algo que no fuera quedarse parado mirando mientras el mundo se desmoronaba alrededor de cuatrocientas personas que habían venido a escuchar música y que ahora estaban atrapadas en sus propios cuerpos.

Las baquetas todavía estaban en sus manos. Plástico barato que le había lastimado las palmas durante el concierto. Ahora el plástico era lo único que tenía. El golpe fue rápido. Culata de rifle contra la cabeza. El sonido de metal contra hueso. Un sonido que Tiny había escuchado antes. Un sonido que significaba daño permanente. Vera cayó de lado. El hombro golpeó primero. Después la cabeza. El sonido del cráneo contra la madera fue hueco. Sangre en el pelo. Oscura. Sangre en el escenario. El charco expandiéndose debajo de su cara. Rojo oscuro contra madera vieja. Tiny la vio caer. Podría haber intervenido. Podría haber saltado hacia el mercenario. Podría

haber hecho algo. Cualquier cosa. No lo hizo. Intervenir significaba más golpes.

Intervenir significaba que los demás músicos recibirían la misma violencia. Intervenir significaba que la canción que había plantado en cuatrocientas cabezas moriría con él. La canción era más importante que él. La canción era más importante que cualquiera de ellos. Vera quedó en el suelo. Respiraba. Tiny podía ver su pecho subiendo y bajando. Viva. Herida. Inconsciente. Pero viva. Manos donde podamos verlas - observó el mercenario que golpeó a Vera. Tiny levantó las manos. Los dedos le temblaban. No de miedo. De la adrenalina que bajaba. De que el cuerpo ya no tenía donde poner la energía que había acumulado para tocar y que ahora no servía para nada. Los otros miembros de Pollos Gelatina hicieron lo mismo. Marcus con sus manos llenas de callos de tocar bajo durante veinte años.

La chica nueva cuyo nombre Tiny no había aprendido. El baterista viejo, con ellos desde el principio. No tenía sentido resistir. Resistir solo significaba más violencia. Y el trabajo ya estaba hecho. La canción ya estaba en ellos. 963 hertz plantados en cuatrocientas cabezas donde el sistema no podía alcanzar. Uno de los mercenarios le bajó las manos. Las bajó con fuerza. Los hombros de Tiny protestaron. Las articulaciones crujieron. Las esposas se cerraron alrededor de sus muñecas. Metal frío. Metal que indicaba que no eran esposas normales. Había algo más. Un hormigueo que empezó en las muñecas y que subió por los brazos. Cosquilleo eléctrico. Le subió por las muñecas hasta los codos. Los dedos se le entumecieron. Las yemas perdieron sensibilidad.

El mundo táctil se apagó de las manos hacia arriba. Supresores de frecuencia. Las esposas tenían algo que bloqueaba las frecuencias. Tiny intentó tararear. Nada. El sonido salía de su garganta. Pero no la frecuencia. No el componente que hacía que el sonido fuera más que sonido. No lo que convertía ruido en música que despertaba cosas. Intentó silbar. Nada. Los supresores funcionaban. - ¿Valió la pena? - preguntó el mercenario que lo esposaba. Su cara estaba cerca. Olor a tabaco y a algo químico. Los ojos de alguien que hacía trabajos como este porque alguien tenía que hacerlos. Ojos vacíos de lo que no podía nombrar. Tiny miró hacia el público congelado. Cuatrocientas personas que habían venido sabiendo el riesgo.

Cuatrocientas personas que habían elegido recordar. Cuatrocientas personas que ahora estaban atrapadas en sus cuerpos mientras el sistema decidía qué hacer con ellas. La canción ya está en ellos - dijo Tiny. No pueden quitarla. El mercenario lo miró. Ojos grises. Cara joven. Más joven de lo que Tiny esperaba. Un chico que en otro contexto habría estado en el público. Un chico que el sistema había puesto del otro lado. El mercenario no respondió. No se trataba de su trabajo responder. Era su trabajo esperar. Procesar. Las preguntas filosóficas las dejaba para otros. Los subieron al vehículo de transporte. Negro. Sin marcas. Sin ventanas excepto por una pequeña y enrejada en la parte trasera. Vehículo que llevaba gente a lugares de los que no volvían.

El interior olía a desinfectante y a algo más. A miedo acumulado. Marcas en el banco de metal. Rayaduras. Alguien había intentado escribir algo con las esposas. Las letras eran ilegibles. A sudor de gente que sabía que este viaje solo tenía un destino. Tiny se sentó en el banco de metal. Las esposas hacían difícil encontrar posición. Los

codos le quedaban trabados. Si se apoyaba contra la pared, el metal le cortaba la circulación. Si se inclinaba hacia adelante, la espalda le gritaba. El hormigueo de los supresores era constante. Irritante. Como tener las manos dormidas todo el tiempo. Los otros músicos subieron después. Uno por uno. Vera todavía inconsciente, cargada por dos mercenarios que la dejaron caer en el piso del vehículo.

El golpe de su cuerpo contra el metal fue seco. El pelo de Vera estaba pegado a la cara por la sangre. Respiraba. El pecho subía y bajaba. Tiny contó las respiraciones. Catorce por minuto. Demasiado lentas. Pero constantes. Había otros prisioneros. Gente arrestada antes del concierto. Gente que el sistema había encontrado en otros lugares. Un hombre viejo en la esquina. Ojos vacíos. La mirada de alguien que ya había sido Borrado una vez y que sabía lo que venía. Tiny lo reconocía. Jonas. Habían tocado juntos hace años. Antes de que Pollos Gelatina fuera Pollos Gelatina. Antes de que la música prohibida fuera prohibida. Cuando todavía se podía tocar en bares sin que nadie viniera a arrestarte. Jonas - replicó Tiny en voz baja.

Jonas lo miró. No había reconocimiento en sus ojos. No había nada. La mirada vacía de alguien Borrado. La mirada de alguien a quien le habían quitado todo lo que lo hacía persona. ¿Te conozco? - preguntó Jonas. Su voz era plana. Sin inflexión. La voz de alguien a quien le habían quitado el tono junto con los recuerdos. Éramos amigos. Tocamos juntos. En el bar del barrio. Jonas parpadeó. Buscó. No encontró. No tengo amigos. El sistema le había quitado todo. Los recuerdos. Las conexiones. La persona que fue. Lo que quedaba era cáscara. La piel de Jonas estaba gris. Los ojos hundidos. Las manos sobre las rodillas quietas, sin el tic que todos los músicos tenían. Sin el tamborileo involuntario.

Sin el ritmo. Persona sin pasado. Tiny miró hacia otro lado. El vehículo arrancó. Desde la ventana enrejada, Tiny vio la ciudad pasar. Gente congelada en las calles. El Lag Táctico se había extendido más allá del anfiteatro. Afectando a cualquiera que estuviera cerca. Cuerpos inmóviles en posturas que serían incómodas cuando el efecto pasara. Una mujer con bolsas de compras congelada a medio paso. Un hombre con un perro congelado mirando hacia arriba. Niños congelados en mitad de un juego. Una pelota suspendida en el aire entre dos manos que no iban a atraparla durante horas. Un perro con la lengua afuera y las patas delanteras levantadas. Todo detenido. La ciudad era fotografía. Y los mercenarios caminaban por la fotografía sin detenerse. Pantallas que seguían transmitiendo. Veinticuatro horas. Ofertas que nadie podía pagar. Felicidad que nadie alcanzaba. El sistema no dormía. El sistema no dejaba de vender. El anfiteatro apareció en la distancia. Humo. Humo saliendo del techo. Humo saliendo de las puertas. Humo saliendo de las ventanas rotas desde adentro. Lo estaban quemando. El lugar donde cuatrocientas personas habían recordado. El lugar donde Nico había tocado con manos que sangraban. El lugar donde la resistencia había existido durante una noche. Cenizas ahora. Cenizas pronto. El humo llegaba hasta el vehículo. Se colaba por la ventana enrejada. Olor a madera vieja y a plástico quemado y a algo químico que picaba en la garganta. Tiny sonrió. Le dolió. El labio inferior estaba partido.

Sangre fresca sobre sangre seca. Tampoco era la sonrisa de alguien que había ganado. No había victoria aquí. Solo había intercambio. Su libertad su vida, tal vez a cambio de una frecuencia plantada en cuatrocientas cabezas. El anfiteatro podía quemarse. La

canción no. La canción estaba en ellos. En las cuatrocientas personas que ahora caminaban por la ciudad con 963 hertz grabados en algún lugar de sus cerebros. En Nico, que había corrido por los túneles con sangre en las manos y el oso Dember en el pecho. El vehículo giró. La ventana enrejada mostró otra calle. Otro sector. Más pantallas brillando. Más gente que no miraba las pantallas. Las pantallas no se apagaban. Las pantallas nunca se apagaban. El anfiteatro ardía y las pantallas seguían vendiendo.

Barras de Pollo Gelatina. El sabor que te completa. Tiny cerró los ojos. En la oscuridad detrás de los párpados, todavía podía escuchar 963 hertz. La frecuencia que había tocado. La frecuencia que ahora existía en cuatrocientas personas más. La frecuencia que no iban a poder quitarle. La rejilla de la ventana proyectaba sombras en su cara. Cuadrados de luz y tiniebla. El humo del anfiteatro todavía visible en la distancia. Haciéndose más pequeño. ## 157 [S][A] ### QUIEBRE

El informe llegó a las 14:32 y Sánchez lo vio aparecer en la bandeja de entrada de su terminal. Estaba comiendo un sándwich de la máquina expendedora. Dejó de masticar. El sándwich quedó a medio camino de la boca durante cuarenta segundos. Después lo dejó en el escritorio. No volvió a tocarlo. Archivo cifrado. Clasificación Omega. Clasificación que significaba que solo tres personas en todo el sistema tenían acceso. Que significaba que leerlo era cruzar una línea de la que no se volvía. La notificación parpadeó tres veces en azul, el color de los archivos confidenciales. El color que Sánchez había aprendido a asociar con cosas que prefería no saber. Con información que cambiaba la manera en que veías el mundo.

Con verdades que no podían ser desaprendidas. Dudó. Cinco segundos. Diez segundos. El cursor sobre el archivo. La mano sobre el mouse. El dedo sobre el botón. Lo abrió igual. Cuarenta y siete páginas en formato estándar del sistema, tipografía que Sánchez había visto miles de veces en miles de informes. Márgenes que conocía de memoria, encabezados que seguían el protocolo exacto, todo familiar. Todo normal excepto el contenido. “OPTIMIZACIÓN DE RECURSOS BIOLÓGICOS JUVENILES” Las palabras estaban en la primera página. En negritas. Números que alguien tenía que balancear. Como si describieran procesos industriales y no lo que describían. Sánchez empezó a leer. La primera sección era metodología explicaba el proceso. Paso por paso. Con la precisión de un manual técnico.

Con el lenguaje aséptico de alguien que describía la fabricación de piezas de maquinaria. Con la frialdad de documentos que no tenían espacio para emociones. “Fase 1: Identificación de candidatos. Criterios: edad 4-11, sin registro familiar activo, sin conexiones sociales verificables, sin valor económico proyectado superior al costo de procesamiento.” Algo se movió en el estómago de Sánchez, movimiento. “Fase 2: Extracción. Protocolos nocturnos preferidos, uso de vehículos sin marca, personal en ropa civil. Tiempo máximo de operación: 4 minutos desde contacto inicial hasta salida del área.” Las palabras entraban en sus ojos y llegaban a algún lugar de su cerebro donde no podían ser procesadas. Donde quedaban flotando sin conectarse con nada. Porque si se conectaban, si encontraban significado, Sánchez iba a tener que hacer algo con ese significado.

“Fase 3: Procesamiento. Instalaciones del Sector 14. Tiempo promedio: 72 horas. Tasa de éxito: 94.7%.” Procesamiento la palabra

quedó suspendida frente a ella. Procesamiento de qué. La siguiente página lo explicaba. Sánchez la leyó, cerró los ojos, después los abrió y siguió leyendo porque cerrar los ojos no hacía que las palabras desaparecieran. La bilis le subió hasta la garganta. Tragó. El sabor ácido se quedó en la base de la lengua durante el resto de la lectura. El sándwich a medio comer en el escritorio empezó a oler a no ser comida. La segunda sección era resultados. Números. Tablas. Gráficos de eficiencia, porcentajes de éxito. Métricas de rendimiento. Curvas de optimización que subían hacia la derecha Algo bueno.

Y nombres. Setenta y tres nombres. Sánchez los contó. Uno por uno. El fluorescente del techo zumbaba. El reloj de pared marcaba las 15:14. Llevaba cuarenta y dos minutos leyendo. Cuarenta y dos minutos que habían envejecido su cara. Lo sabía sin mirarse al espejo. Lo sentía en la piel de los párpados. En el peso de la mandíbula. Cuarenta y dos minutos que habían cambiado la forma en que veía cada pasillo de este edificio. Cada uniforme, cada formulario que había firmado durante sus años de servicio. El café en la taza se había enfriado hace treinta minutos. No lo iba a beber. Mientras el estómago se le contraía más con cada nombre. Mientras una parte dentro de ella empezaba a romperse.

María Rodríguez, 7 años. Sector 12. Fecha de procesamiento: 14/03. Resultado: Completado. Pedro Vásquez, 5 años. Sector 8. Fecha de procesamiento: 21/03. Resultado: Completado. Lucía Fernández, 9 años. Sector 15. Fecha de procesamiento: 28/03. Resultado: Completado. Carlos Mendoza, 4 años. Sector 11. Fecha de procesamiento: 02/04. Resultado: Completado. Cuatro años. Cuatro años, el sistema lo había clasificado como “recurso biológico”. Cuatro años, alguien había decidido que su vida valía menos que el costo de

mantenerlo vivo. Cuatro años y nadie había protestado porque los que podían protestar no sabían, los que sabían no podían protestar. Sánchez siguió leyendo los nombres. Cada uno con edad. Cada uno con fecha de “procesamiento”. Cada uno con resultado final. “Resultado: Completado.” Setenta y tres veces. Setenta y tres niños.

Setenta y tres “recursos” que habían sido “optimizados”. No fue decisión consciente las piernas dejaron de sostenerla. El peso de lo que sabía era más de lo que los músculos podían cargar. El cuerpo decidió por ella que ya no podía seguir de pie y cayó las rodillas golpearon el piso de la oficina y el dolor fue distante, irrelevante. Algo que pasaba en otro lugar a otra persona. El informe seguía abierto en la pantalla los nombres seguían ahí, las edades, las fechas seguían ahí. Todo seguía ahí porque cerrar el archivo no iba a hacer que dejara de existir. Sánchez vomitó el contenido del estómago salió sin aviso ni control, el cuerpo expulsando lo que no podía contener, físico y metafórico al mismo tiempo.

El charco se expandió en el piso de la oficina con olor ácido y color que no quería identificar. Sánchez se quedó de rodillas mirando el charco, mirando la pantalla. Mirando los nombres que no podía dejar de ver. María Rodríguez, 7 años. Una niña de siete años había sido “procesada” mientras Sánchez firmaba órdenes y revisaba reportes y tomaba café en la máquina del pasillo. Mientras Sánchez hacía su trabajo. Mientras Sánchez era parte del sistema. Mientras Sánchez creía que el sistema funcionaba para el bien de todos. La puerta de la oficina se abrió y Columbo entró sin anunciar lo hacía cuando las cosas eran urgentes, cuando no había tiempo para protocolos. Cuando sabía que algo estaba mal y necesitaba saber qué.

Se detuvo en seco vio a Sánchez en el piso, el charco de vómito, la pantalla con el informe abierto. Cerró la puerta detrás de él. El sonido del seguro activándose fue pequeño pero significativo. - ¿Qué encontraste? - preguntó con voz baja y cuidadosa, la voz de alguien que sabía que las paredes tenían oídos. Que las cámaras tenían ojos. Que el sistema estaba en todas partes y que cualquier cosa dicha en voz alta podía ser usada en contra. Sánchez señaló la pantalla. No podía hablar. Las palabras estaban atrapadas en algún lugar entre el cerebro y la boca. Bloqueadas por eso. Columbo se acercó a la pantalla. Leyó. Su cara no cambió. La cara de alguien que vio cosas peores.

O que aprendió a no mostrar lo que veía. Setenta y tres apuntó. Niños. Sánchez asintió. El Sector 14. Sánchez esperó. Esto no puede seguir. No lucía como pregunta. Era declaración. Era cosa que se decía cuando las opciones se habían acabado. Cuando solo quedaba una dirección posible. Sánchez encontró su voz. No puedo seguir siendo parte de esto. Lo sé. Firmé órdenes, aprobé presupuestos, fui parte de la maquinaria que hizo esto posible. Firmé documentos que permitieron que esto pasara. Documentos que autorizaban “optimización de recursos”. No sabía qué significaba, no pregunté qué significaba. Lo sé. Soy cómplice. Columbo se agachó junto a ella. Sus ojos encontraron los de Sánchez. El único ojo que funcionaba del todo mirando directo. El otro, el dañado, mirando hacia un lado.

Todos somos cómplices dijo. Todos los que trabajamos aquí. Todos los que firmamos papeles sin preguntar qué significaban. Todos los que miramos hacia otro lado porque mirar de frente era más difícil. Todos los que elegimos no saber porque saber significaba tener que hacer algo. Entonces ¿qué hacemos? Lo que podamos. Lo

único que podemos. El plan era simple. Sánchez tenía que morir. No en carne. No en el cuerpo. Pero la persona que había sido Sánchez la funcionaria del sistema, la que firmaba órdenes, la que era parte de la maquinaria esa persona tenía que dejar de existir. - El sistema va a buscarla - dijo Columbo. Cuando se den cuenta de que leyó el informe. Cuando vean los registros de acceso.

Van a venir. ¿Cuánto tiempo? Horas, tal vez menos. Sánchez miró alrededor de la oficina los años pasados aquí, los logros creídos importantes, los ascensos celebrados. Todo manchado ahora. Todo contaminado por setenta y tres nombres que no podía olvidar. ¿A dónde voy? Tengo contactos, gente que puede esconderte, gente que está fuera del alcance del sistema. ¿Por qué me ayudas? Columbo no respondió de golpe se puso de pie, caminó hacia la ventana y miró hacia afuera. Hacia la ciudad que funcionaba porque gente como ellos la hacía funcionar. Hacia el sistema que existía porque gente como ellos lo mantenía existiendo. Porque alguien tiene que hacer algo - dijo al final. Porque si no hacemos algo, somos igual de culpables que los que escribieron ese informe.

Porque hay límites, líneas que no deberían cruzarse. Y setenta y tres niños están del otro lado de esa línea. Sánchez se puso de pie las piernas todavía temblaban, el estómago todavía protestaba, pero podía sostenerse. El informe comentó, tengo que guardarlo como evidencia. Si te lo llevas van a saber que lo tienes, van a buscarlo. Entonces lo escondo aquí. El baño privado la loseta suelta junto al inodoro, la había notado hace meses, había pensado en reportarla. No lo hizo porque reportar significaba papeleo, el papeleo significaba tiempo y el tiempo era algo que no tenía. Ahora se alegraba de no

haberlo hecho. Imprimió el informe sesenta y dos páginas, el sonido de la impresora fuerte en la oficina vacía.

Cada página que salía era evidencia, cada página que salía era prueba de lo que el sistema había hecho. Las tomó. Las dobló. Las metió en una bolsa plástica que encontró en un cajón. Entró al baño, cerró la puerta, se arrodilló junto al inodoro. La loseta se levantó sin esfuerzo debajo había espacio suficiente para la bolsa. Suficiente para setenta y tres nombres. Puso la bolsa dentro, volvió a colocar la loseta y presionó hasta que quedó firme. Nadie buscaría ahí. Setenta y tres nombres esperando en la oscuridad. Columbo la esperaba en la puerta trasera. ¿Lista? preguntó. Sánchez miró hacia atrás. Hacia el edificio donde había trabajado durante años. No dijo. Pero vamos. Salieron por la puerta el callejón olía a basura, a algo químico, el olor de Ciudad Control. Columbo caminó adelante, Sánchez lo siguió, cada paso alejándola. ¿A dónde vamos? A algún lugar donde Sánchez no exista. ¿Y el informe? Esperará, las cosas importantes saben esperar. Sánchez miró hacia el cielo gris. Setenta y tres nombres, setenta y tres niños, setenta, tres razones para no volver. Columbo giró en una esquina, Sánchez lo siguió. Detrás de ellos, en un baño en el tercer piso de un edificio gubernamental, una loseta guardaba secretos. Sánchez se quedó mirando el informe durante una hora. Setenta y tres nombres, setenta y tres niños, setenta y tres razones para renunciar, para denunciar, para gritar lo que había visto. Pero ¿a quién? ¿A quién podía denunciar al sistema? El sistema era el que hacía las denuncias. El sistema era el que decidía qué era crimen y qué no lo era.

El sistema era el que había ordenado esto. Sánchez había pasado veinte años trabajando para el sistema. Veinte años creyendo que

estaba haciendo algo bueno. Veinte años pensando que los sacrificios eran necesarios. Veinte años convenciéndose de que el fin justificaba los medios. Pero setenta y tres niños. María Rodríguez, 7 años. Pedro Vásquez, 5 años. Ana Torres, 9 años. ¿Qué fin podía justificar esto? ¿Qué medio era aceptable cuando el resultado era setenta y tres niños muertos? Sánchez cerró los ojos y los abrió. El informe seguía ahí, las palabras, los nombres. Tomó una decisión, no la decisión que el sistema esperaba. No la decisión que habría tomado hace veinte años, una decisión diferente.

Imprimió el informe treinta y tres páginas, cada una evidencia, cada una prueba. Guardó las páginas debajo de la loseta suelta en el baño. La loseta que nadie sabía que estaba suelta. La loseta que había descubierto hace años y que había guardado para emergencias. Después escribió su renuncia no formal, definitiva, una renuncia definitiva. Porque a veces morir era la única manera de empezar a vivir. ## 158 [L][F][X] ### DUELO

La semilla de Don Humo pesaba más esta noche. O acaso era la mano la que pesaba menos. Leonardo se miró los dedos. Sucios. Uñas rotas desde la fortaleza. Una cortada en el índice que no recordaba haberse hecho. La sangre se había secado en una línea oscura que cruzaba la primera falange. La sostenía en la palma. Negra. Vetas doradas que brillaban con luz propia cuando la miraba directo. El brillo no era constante. Pulsaba. El mismo ritmo que todo lo demás en este lugar. El ritmo que conectaba todo. El ritmo que Don Humo había mantenido durante trescientos años, una cifra abstracta e imposible de comprender de verdad. Trescientos años de memorias, de decisiones, de personas conocidas, olvidadas, de lugares visitados, abandonados.

De secretos acumulados como capas de sedimento. Todo eso contenido en algo del tamaño de un grano de arroz grande. Leonardo cerró el puño y la semilla latió contra la palma un latido. Uno. Consistente. Paciente. El latido de lo que no tenía prisa porque lo que medía no era tiempo sino algo más grande que el tiempo. Abrió el puño. La semilla seguía ahí. Negra. Vetas doradas. No se había movido. No se iba a mover. Iba a quedarse en su mano hasta que él decidiera qué hacer con ella. Y Leonardo no sabía qué hacer con ella. No sabía qué hacer con nada de lo que le había dejado. Los trescientos años de un hombre comprimidos en un grano de arroz y en un vacío que todavía le zumbaba en los oídos.

Leonardo estaba sentado en una roca que miraba hacia donde la fortaleza había sido. La roca le enfriaba los muslos a través del pantalón roto. El frío subía por la columna. Se instalaba en la base del cráneo como un dolor sordo que no iba a irse. Llevaba sentado ahí cuarenta minutos. Tal vez una hora. El tiempo en el Astral no funcionaba. No había sol que subiera o bajara. No había sombras que se alargaran. Solo el gris. La ceniza y el frío que se metía en los huesos y se quedaba. El gris del Astral Norte lo envolvía. Gris anterior a los colores. La roca áspera bajo las palmas, no pulida por agua ni viento. Creada así. Sin que nada se molestara en cambiarla.

El fragmento de Helios brillaba en la distancia, cuarenta por ciento dios, la luz diferente ahora, más suave, menos agresiva. Lo que quedaba del dios había aceptado su nueva forma, ni Esoj Siul ni la Bestia, algo nuevo que todavía no tenía nombre. La semilla pulsaba en su palma. Faith se sentó a su lado sin pedir permiso. Se dejó caer sobre la roca con el peso de alguien que ha dejado de calcular dónde pone el cuerpo. Tenía sangre seca en el antebrazo izquierdo. Un corte

que no se había limpiado. No se iba a limpiar. El corte tenía bordes irregulares. Hecho con lo que no era arma. Hecho con escombros. Con el filo accidental de la piedra que se rompe cuando una fortaleza colapsa y todo lo que era estructura se convierte en proyectil. A medio metro de distancia. Lo bastante cerca para conversar. Lo bastante lejos para no invadir espacio. Un minuto. Dos. Gente que ha pasado por cosas juntos. Que puede estar en compañía sin la obligación de llenar el vacío. Un sonido lejano. Metal contra piedra. Alguien en el campamento moviendo cosas. El sonido llegaba amortiguado por la distancia y por la ceniza que seguía cayendo. Ceniza fina. Blanca. Se acumulaba en los hombros. En el pelo. En la semilla que tenía en la palma. Leonardo se la sacudió del brazo. Volvió a caer. El Astral no dejaba de producir ceniza. Su estómago gruñó. No había comido desde antes de la fortaleza. Antes de la fusión. Antes de todo. El cuerpo no respetaba la gravedad de la situación. El cuerpo quería comida. El cuerpo no entendía de duelos. - Faith no - comentó el gruñido. Sacó algo de un bolsillo lateral. Un trozo de pan seco. Lo partió en dos mitades desiguales. Le dio la más grande a Leonardo sin mirarlo. Pan del campamento. Duro. La corteza se deshacía en astillas que se pegaban a la lengua. Leonardo masticó. El sonido de la masticación era obsceno. Masticó de todas formas. Faith masticó el suyo. Tragó. Se limpió las migajas de la barbilla con el dorso de la mano. El pan no mejoró nada. Pero el estómago dejó de quejarse.

Faith sostenía algo en la otra mano. La pipa de Don Humo. Metal y ébano. Los grabados en la superficie eran más finos de lo visible a distancia. Surcos diminutos que formaban patrones que podían ser escritura o decoración o ambas cosas. Faith la giró entre los dedos. El

ébano estaba tibio. El metal estaba frío. La diferencia de temperatura entre los dos materiales era algo que la mano registraba antes que la mente. Lo único físico que quedaba de trescientos años de existencia. Faith la sostuvo en la mano. La examinó. Los dedos recorrieron los grabados. Buscaban algo. El metal y la madera podían hablar si se los tocaba de la manera correcta. Tiene una mancha admitió. Leonardo miró en la boquilla de la pipa había algo, residuo oscuro del color de sangre seca.

Lo suficientemente cercano a sangre para ser perturbador. ¿Qué es? No sé, ha estado ahí desde que él... desde que se fragmentó. Desde que sonrió para que pudiéramos cruzar. Faith frotó la mancha con el pulgar. El residuo no cedía. Frotó más fuerte. El pulgar enrojeciendo con la fricción. La piel de la yema empezando a pelarse. No paró. Escupió en la tela de su manga y frotó con eso. Más fuerte. El brazo temblando con el esfuerzo. El movimiento más desesperado ahora. La mancha no salió. Mierda - dijo Faith, siguió frotando con movimientos más rápidos, más erráticos. El metal de la pipa chirrió contra la tela de la manga. El sonido era agudo. Pequeño. Desesperado. El viento del Astral cambió de dirección. Trajo olor a metal caliente desde la fortaleza. Y debajo del metal, algo orgánico. Algo que no debería existir en un lugar donde no había vida orgánica. Olor a savia verde. Leonardo lo registró sin procesarlo. - Él era más de lo que mostraba - dijo Faith. Más baja. La voz que guardaba para cuando las defensas estaban bajas. Lo sé. Trescientos años Faith se miró las manos. La piel del pulgar derecho estaba en carne viva. Trescientos años escondiendo quién era, cargando cosas que nadie más sabía que existían, sirviendo café en Le Jardin como cualquier persona. Como si no fuera... No terminó la frase. No había palabras

para lo que el viejo había sido. Leonardo cerró la mano alrededor de la semilla.

El borde de una veta dorada le presionaba la línea de la vida. Calor diminuto contra la palma fría. Trescientos años. El viejo había cargado la pipa durante trescientos años. La había limpiado miles de veces. La había llenado, vaciado, vuelto a llenar. Sus dedos habían pulido el ébano hasta darle esa textura que ahora Faith intentaba descifrar con los suyos. Trescientos años de costumbre convertidos en un residuo oscuro y un pedazo de madera con metal. El pulso contra su palma era constante. Paciente. El ritmo de lo que sabía esperar. El ritmo de lo que había esperado trescientos años y que podía esperar más. El ritmo que el viejo había mantenido durante toda su existencia. ¿Cuándo se la vas a dar? - preguntó Faith.

A Nico. Sí, cuando esté listo. ¿Y si ese momento no llega? Leonardo abrió la mano. La semilla había dejado marca ovalada en la palma. Roja. La piel de alrededor blanca por la presión. Las vetas doradas pulsaban en la oscuridad. Entonces espero. Las semillas saben esperar, es lo que hacen. Faith frotó la mancha otra vez. Con el dedo seco. El gesto se había vuelto tic. Tú no eres semilla. No, soy el que carga la semilla. ¿Cómo sabes cuándo dársela? No lo sé. Alethia apuntó que solo sabría cuándo no era el momento. Y que cuando dejara de saber eso... tal vez sería el momento. Faith dejó de frotar con el pulgar en carne viva. Eso no significa nada.

Lo sé. Entonces ¿por qué lo aceptas? Porque es lo único que tengo. El Astral Norte estaba quieto. El fragmento de Helios brillaba. La semilla pulsaba. El gris se extendía hacia todas partes y no terminaba en ninguna. Faith guardó la pipa en el bolsillo. El movimiento fue lento y cuidadoso, algo que podía romperse si la

trataba mal. La mancha seguía ahí iba a seguir ahí. Murió sonriendo - dijo Faith, para que pudiéramos cruzar, para que pudiéramos llegar aquí. Lo sé. Eligió fragmentarse, convertirse en frecuencia y eco. Eligió dispersarse para que los demás pudiéramos seguir existiendo. Eligió morir de una manera que ni siquiera deja cuerpo. Que no deja nada que enterrar. Que no deja nada que visitar.

Lo sé. Faith guardó la pipa en el bolsillo de la chaqueta. El bolsillo interior. Cerca del pecho. Donde las cosas importantes iban. - No lo conocía bien - dijo Faith con voz más baja, casi susurro. Semanas, lo conocí durante semanas. Eso no es nada, no es suficiente para... - No terminó la frase. A veces semanas son suficientes - señaló Leonardo. ¿Suficiente para qué? Para saber que alguien importaba. Faith cerró los ojos. Los abrió. Faith se miró las manos. La derecha todavía sostenía la pipa. La izquierda estaba abierta sobre la rodilla. Las líneas de la palma estaban oscuras de tierra y ceniza. Lo extraño señaló. No debería extrañarlo tanto. Apenas lo conocí. No debería doler así. Yo también lo extraño.

¿Por qué duele? Porque era real. Porque lo que hizo fue real. Porque el tiempo que pasamos con él fue real. Y porque ahora no está y porque no va a volver. ¿Crees que valió la pena? preguntó Faith, todo esto, las muertes, los sacrificios, Don Humo. - Sentella. Todos los que ya no están. Leonardo no respondió inmediato. Cerró los ojos. El interior de los párpados era más oscuro que el gris del Astral. Y en esa negrura las imágenes llegaron sin pedir permiso. Luna. Las niñas. Los dedos gordos de la menor, siempre sucios de algo. Las manos de la mayor, relajadas sobre el regazo, limpias. En Don Humo fragmentándose. En la canción que había sido su muerte. En el hombre de la cápsula que había golpeado el vidrio hasta que

dejó de golpear. El Voynich le ardía contra la espalda. El calor era constante. Leonardo cambió de posición en la roca. El movimiento hizo que la tela de la camisa se pegara a la piel donde el libro presionaba. Piel enrojecida. Probablemente ampolla. El Voynich no dejaba de registrar. Ni siquiera ahora. Ni siquiera durante el duelo. No sé si valió la pena dijo. Solo sé que pasó y que seguimos aquí y que tenemos que hacer algo con eso. ¿Eso es suficiente? Tendría que serlo. Faith no era acuerdo, era que no había mejor respuesta. Leonardo guardó la semilla en el bolsillo. El peso pequeño contra su pierna.

Faith sacó la pipa del bolsillo otra vez y la miró. La mancha seguía ahí, iba a seguir ahí. Algunas cosas no se limpian, admitió. No. Tal vez no deberían limpiarse. Tal vez no. El viento del Astral movió la ceniza a sus pies. Ceniza blanca sobre roca gris. Faith se levantó. Las rodillas le crujieron. Le ofreció la mano a Leonardo. Él la tomó. La mano de Faith estaba áspera. Caliente. La de él estaba fría. Se quedaron de pie. La ceniza les llegaba a los tobillos. Blanca contra las botas oscuras. Faith se tocó el bolsillo donde estaba la pipa, un gesto rápido e instintivo, para verificar que seguía ahí. Leonardo se tocó el bolsillo donde estaba la semilla, el mismo gesto.

Los dos lo notaron y ninguno lo comentó. El fragmento de Helios pulsaba en la distancia. Cuarenta por ciento dios. Sesenta por ciento ausencia. Y en algún lugar del campamento, Nico dormía con el oso Dember contra el pecho. El oso manchado de sangre apretado contra su pecho. La respiración de un niño de once años que todavía podía dormir después de todo lo que había visto. La semilla de Don Humo brillaba en el bolsillo de su pantalón. El niño no la había soltado desde que la recibió. ## 159 [L][K][O] ### DIVISIÓN

El grupo tenía que dividirse. No todos podían volver al Medio. No todos querían. Leonardo lo vio en las caras esa mañana. En cómo algunos miraban hacia el horizonte gris y otros miraban hacia atrás, hacia la fortaleza. Algunos habían encontrado algo aquí que no tenían allá. Algunos habían perdido todo lo que los conectaba al mundo de donde venían. Algunos habían descubierto que el Astral Norte, con todo su gris y su vacío, era más hogar que cualquier lugar que conocían. La decisión no fue fácil para nadie. Catorce personas paradas en un semicírculo. Catorce historias que habían convergido durante semanas de viaje y combate y pérdida catorce razones diferentes para estar aquí, catorce razones diferentes para quedarse o para irse.

Malika organizó la logística. Con la eficiencia de años optimizando procesos que nadie más quería optimizar. Con la precisión de alguien que entendía que la emoción no tenía lugar en las decisiones que determinaban quién vivía y quién moría. Con la frialdad que era máscara y que era también herramienta. Sacó una libreta de papel del Astral más grueso que el del Medio, más resistente, papel que duraba siglos si se guardaba bien. La pluma que usaba era de metal oscuro. Le temblaba el pulso. Imperceptible para cualquiera que no fuera Locke. Locke lo vio. No dijo nada. Los que se quedan contestó, señalando hacia la izquierda, los que regresan. Señaló hacia la derecha. Nadie se movió durante diez segundos.

Diez segundos que fueron más largos que horas. Diez segundos en los que cada persona evaluó lo que dejaba atrás y lo que encontraba adelante. Diez segundos en los que las decisiones se cristalizaron. El viento había dejado de soplar ni una corriente, ni un movimiento de aire. El Astral Norte contenía la respiración. El Bardo fue el primero

en moverse. Hacia la izquierda. Hacia los que se quedaban. Caminó con el paso de quien tomó esta decisión hace mucho tiempo. Que la había tomado antes de que nadie preguntara. Que la había tomado en el momento en que pisó el Astral Norte y supo que este era el lugar donde las historias nacían. Seoj Siul Avircha el nombre que nadie pronunciaba bien, el nombre que era palíndromo de lo que solo él entendía.

Observador. Memoria del ciclo su lugar estaba aquí, donde las cosas pasaban, donde podía registrar lo que pasaba sin participar. Donde podía ser testigo sin ser actor. Se detuvo junto a una roca, se sentó y cruzó las piernas. Esperó con los ojos recorriendo al grupo registrando, memorizando. Guardando cada detalle de este momento para contarlos después. Para que alguien, en algún ciclo futuro, supiera que esto había pasado. Leonardo lo miró. Cuida las historias - comentó con voz rasposa, no había dormido. Ninguno había dormido. El Astral no dejaba dormir bien. Los sueños en el Astral eran diferentes. Más nítidos. Más reales que la vigilia. Leonardo había dejado de intentar distinguirlos. Es lo único que sé hacer dijo el Bardo, tocándose la barba con gesto automático.

El gesto de alguien que lleva tanto tiempo contando historias que el cuerpo ya no distingue entre vivir y narrar. Los dedos le temblaban. No de frío. De lo otro. No constituía despedida. Era reconocimiento. Era entender que cada quien tenía su función y que cumplirla era lo único que importaba. Maku lo siguió con Copérnico caminando a su lado el perro que fue Sentella. El perro que cargaba algo de lo que la mujer había sido antes de morir. Las marcas azules en el pelaje estaban al noventa y ocho por ciento ahora, visibles desde lejos, brillando con luz propia en la oscuridad del Astral. Algo

me retiene aquí - dijo Maku. Su voz era la voz de alguien que reconocía algo sin entenderlo.

La mano derecha le temblaba. Copérnico le lamió los dedos. El temblor no paró pero ella dejó de intentar esconderlo. De alguien que intentaba explicar lo que no entendía. La voz de alguien ante lo innombrable. Siete mil seiscientos noventa, nueve años de existencia, todavía había cosas que no comprendía. No recuerdo qué, hay un vacío que tiene forma, no sé qué forma es algo que debería recordar y que no recuerdo. Copérnico ladró hacia el portal que todavía no se había abierto. El ladrido era de lo que no quería quedarse. De lo que quería cruzar. De lo que recordaba el Medio y que lo extrañaba con la intensidad simple de los animales. Maku lo retuvo con la mano sobre el lomo del perro, los dedos hundidos en el pelaje azul.

El perro se resistió y tiró hacia adelante pero Maku lo sostuvo con fuerza. Nos quedamos dijo, los dos. Copérnico dejó de resistir y se sentó junto a ella. Los ojos del perro miraban hacia donde el portal iba a abrirse ojos que esperaban que no entendían por qué tenían que esperar. Faith se acercó a Maku. Gracias dijo, por todo. Maku la miró, la estudió con los ojos de alguien que había visto civilizaciones nacer, morir. Cuídate contestó, y cuida a los que te importan, es lo único que vale la pena. No se abrazaron, no era ese tipo de despedida. Era despedida que se hace con palabras que dicen más de lo que parecen. Gunwise y sus androides se quedaron defensa de un territorio que todavía no existía, de algo, de un futuro que nadie podía ver pero que alguien tenía que proteger.

Los androides formaron filas por instinto cuatro filas de tres, doce unidades que habían sobrevivido todo lo que el viaje les había lanzado. Listos para órdenes que todavía no habían sido dadas.

Esperando con la paciencia de máquinas que no conocían la impaciencia. Gunwise los miró. - Los contó y verificó que todos estuvieran funcionales uno tenía daño en el brazo izquierdo, dos tenían marcas de quemadura en el torso, pero todos seguían operativos. Construiremos algo aquí - dijo Gunwise, valga la pena defender. Leonardo Cuando volvamos contestó, si volvemos, habrá algo a donde volver. Habrá algo confirmó Gunwise, lo prometo. Haryes eligió quedarse. Ilis estaba con él incierta, rota. La mirada de alguien que había visto cosas que todavía no había procesado.

La mirada de alguien que no sabía si quería seguir viendo caótica, cínica, pero presente. Alguien tiene que cuidarla - dijo Haryes. No parecía explicación sino declaración, el tipo de cosa que Haryes decía cuando no quería explicar sus razones. Cuando las razones eran más complicadas de lo que las palabras podían contener. Ilis no indicó nada se quedó parada junto a Haryes mirando hacia ningún lugar específico, presente pero no presente, aquí sin embargo, en otro lugar al mismo tiempo. Led y Lix se quedaron infraestructura, construcción, las cosas que hacían que los lugares funcionaran. Los gemelos habían pasado toda su vida construyendo cosas que otros destruían, reparando cosas que otros rompían. Aquí había oportunidad de construir durara.

El taladro necesita mantenimiento - respondió Led, el cristal está agrietado. Hay que cambiarlo. Ya. Lix negó con la cabeza. Primero hay que medir la fractura. Determinar si es superficial o si comprometió la alineación interna. Después aislar el cristal del circuito para que no propague la grieta a los otros cuatro. Después buscar un reemplazo compatible. O podemos sacarlo y meter uno nuevo - dijo Led. No funciona así. Funciona si lo haces rápido. No

funciona si lo haces mal. Malika se quedó arquitecta de frecuencias, su conocimiento era más útil aquí que en ningún otro lugar. Su capacidad de ver patrones que otros no veían era necesaria donde los patrones todavía se estaban formando. Anotó nombres en la libreta los que se quedaban, ocho nombres, ocho personas que habían elegido el Astral Norte sobre el Medio.

Leonardo - dijo antes de que él se fuera. El Voynich. Cuídalo. Contiene más de lo que crees. Lo sé. No. No lo sabes. Ni siquiera yo, pero cuídalo igual. Del otro lado los que regresaban el grupo era más pequeño: Leonardo con el Voynich pesando en su mochila, la semilla de Don Humo en su bolsillo, pulsando con el mismo ritmo de siempre. El mensaje que todavía cargaba, que no sabía cuándo entregar. El peso de secretos que no eran suyos pero que ahora le pertenecían. Miró hacia los que se quedaban hacia Malika, hacia el Bardo, hacia Maku y Copérnico. Gente que había conocido durante semanas y que ahora dejaba atrás. Gente que tal vez no volvería a ver.

Faith. La pipa de Don Humo en el bolsillo con la mancha que no salía Sofía esperando en algún lugar del Medio sin saber lo que había pasado. Lu esperando Faith venía. Viktor suelto y peligroso. Faith no miraba hacia atrás sino hacia adelante hacia donde el portal iba a abrirse, hacia el Medio que la esperaba, hacia todo lo que tenía que hacer. Nico. El oso Dember manchado contra su pecho. La sangre seca en las palmas de haber tocado la batería hasta que las manos sangraron once años, más joven que cualquiera del grupo y más viejo que alguien de once años debería ser. Anya, siguiendo a Leonardo porque seguir era lo que hacía. Porque él era el ancla que ella había elegido.

Porque las instrucciones que recordaba “protege al detective” seguían siendo válidas. Cuatro personas contra todo lo que esperaba del otro lado. Led revisó el taladro una última vez. Ochocientos cuarenta usos dijo, eso es lo que queda. Hay algo más agregó Lix. Señaló hacia uno de los cristales. El tercero de cinco había una línea en él, pequeña, del grosor de un cabello. Está agrietado, debe haber pasado en el último cruce. ¿Qué significa? - preguntó Faith. Lix sacó su libreta. Pasó páginas hasta encontrar la columna de números que buscaba. Significa que el portal puede fallar. Puede funcionar mil veces más o fallar en el próximo cruce. No hay manera de predecirlo sin monitorear la propagación de la fractura.

O sea que puede fallar contestó Led. O sea que hay que medirlo dijo Lix. Pasó otra página. Otra cosa. Cuando calibré el taladro cerca de Maku, los cristales respondieron diferente. Más estables. ¿Diferente cómo? preguntó Malika. No sé. No tengo suficientes datos. Cerró la libreta. La guardó en el bolsillo de la chaqueta con el cuidado de quien guarda algo que va a necesitar después. Leonardo miró el taladro el cristal agrietado. Miró a los cuatro que iban a cruzar con él. Lo hacemos igual comentó. El portal se abrió. Un fogonazo blanco que olía a ozono, a nada. El cruce donde las reglas no aplicaban. Leonardo miró hacia atrás una última vez hacia Maku y Copérnico, hacia Malika y el Bardo, hacia el fragmento de Helios que brillaba en la distancia. Cuarenta por ciento de un dios en un cielo gris. Volveremos, dijo, no era promesa sino esperanza disfrazada de certeza. El grupo cruzó el portal de Leonardo primero, un paso hacia la luz, el frío lo envolvió, el sonido desapareció, después volvió diferente. Faith siguió con la mano tocando el borde del portal al cruzar y desapareció. Nico siguió. El oso Dember brilló

naranja cuando la luz del portal lo tocó. Desapareció. Anya fue la última, miró hacia atrás una vez, cruzó. El portal se cerró, el Astral Norte quedó más vacío que antes. Maku miró hacia donde el portal había estado y Copérnico ladró una vez antes de callarse. El fragmento de Helios seguía brillando constantemente. Del otro lado, el Medio los recibió con olor a humo, sonido de sirenas, la oscuridad de una ciudad que fue casa y que ahora era algo diferente.

Cuatro figuras emergiendo de la nada, paradas en un callejón del Sector 9. Todo había cambiado. Maku miró hacia donde el portal había estado. El espacio vacío donde hacía segundos había existido una puerta entre mundos. El espacio que ahora era solo espacio. Gris como todo en el Astral Norte. Copérnico ladraba hacia la nada. El perro no entendía por qué no habían cruzado. El perro no entendía por qué sus amigos se habían ido y ellos no. El perro no entendía nada excepto que algo había cambiado y que no le gustaba. Ya, señaló Maku, ya pasó. El perro dejó de ladrar pero sus ojos no dejaron de mirar hacia donde el portal había estado. Gunwise se acercó.

Tenemos trabajo que hacer, dijo. Lo sé. El refugio no se va a construir solo. Lo sé. ¿Estás lista? Maku miró a su alrededor. El Astral Norte se extendía en todas direcciones, gris infinito, vacío que no era vacío porque contenía posibilidades. Espacio que esperaba ser llenado. Siete mil seiscientos noventa y nueve años de existencia y todavía había cosas que construir. Estoy lista, dijo. El Bardo se sentó en su roca. La roca que había elegido como su lugar. La roca desde donde iba a observar todo lo que pasara. La roca desde donde iba a registrar la historia que se estaba escribiendo. Seoj Siul Avircha, el

nombre que era palíndromo de lo que solo él entendía. Luis José Havirca, el nombre que había tenido antes de convertirse en Bardo.

El nombre olvidado hasta que lo recordó. El nombre que no importaba porque el Bardo era quien era ahora, quien era ahora tenía trabajo que hacer, historias que contar, memorias que preservar. El Bardo sacó su libreta, empezó a escribir. ## 160 [L][S]
[A] ### REGRESO

Ciudad Control había cambiado. Leonardo lo supo antes de ver nada. El olor. El aire del Medio había oído a industria y a gente. A comida cocinándose en puestos callejeros. A combustible de los vehículos que pasaban, a algo humano mezclado con algo mecánico. Ahora olía a humo, a químicos. A algo orgánico que se descomponía en algún lugar cercano. El tipo de olor que viene cuando nadie recoge los cuerpos a tiempo. El tipo de olor que indica que las cosas básicas han dejado de funcionar. Semanas. Habían pasado semanas mientras ellos peleaban en el Astral Norte. El tiempo corría diferente entre planos. Lo que había sido días para ellos había sido semanas aquí. Semanas que habían cambiado todo. Semanas que habían transformado una ciudad funcional en algo que apenas se reconocía.

El callejón donde habían emergido daba a una calle principal del Sector 9. Paredes manchadas de grafiti que no había estado ahí antes, mensajes pintados con spray: “EL SISTEMA MIENTE.” “RECUERDA.” “DEMBER VIVE.” Símbolos que Leonardo no reconocía pero con significado para alguien, basura acumulada en las esquinas. El olor de cosas que se pudrían sin que nadie las limpiara. Bolsas rotas. Restos de comida. Algo que podía ser ropa o podía ser otra cosa. Leonardo caminó hacia la luz. Hacia el ruido. Hacia lo que quedaba de la ciudad que había conocido Ley Marcial, las palabras

pintadas en cada esquina, letras rojas sobre fondo negro, en las paredes, en las pantallas. En cada superficie que el sistema podía usar para comunicar.

LEY MARCIAL EN EFECTO. TOQUE DE QUEDA: 20:00-06:00. REUNIONES DE MÁS DE 3 PERSONAS: PROHIBIDAS. VIOLACIONES SERÁN PROCESADAS. Las palabras eran del tipo que el sistema usaba cuando las cosas habían dejado de funcionar. Del tipo que indicaba que el control se mantenía por fuerza porque ya no se mantenía por consentimiento. Las calles estaban vacías de vida, había gente, cuerpos que caminaban sin expresión, ojos que miraban sin ver. Personas que se movían de un lugar a otro con la eficiencia de máquinas sin hablar, sin detenerse, sin mirar a nadie más. Vacío que viene cuando la esperanza se ha ido. Cuando la gente ya no cree que las cosas van a mejorar. Cuando solo sigue moviéndose porque no sabe qué otra cosa hacer.

Cuando el movimiento es la única alternativa a quedarse quieto y pensar en todo lo que está mal. Leonardo caminó entre ellos, Faith a su lado, Nico detrás, Anya cerrando el grupo. Nadie los miró. Nadie miraba a nadie en Ciudad Control ahora. El primer checkpoint los detuvo en el límite del Sector 10. Guardias con uniformes que no fueron de policía. Armas que sí lo eran. Armas que estaban diseñadas para causar daño máximo. Armas que no dejaban segundas oportunidades. El checkpoint era nuevo. Construido con metal y plástico. Temporal pero funcional. Estructura que se levanta cuando las cosas tienen que controlarse rápido y no hay tiempo para hacer las cosas bien. Identificación. Leonardo no tenía identificación. La había perdido en algún lugar entre planos.

En algún momento del viaje de hacía lo que ya como años. No tenían dijo. El guardia lo miró. Evaluando. Decidiendo. Decisión que se tomaba en segundos, que podía significar libertad o procesamiento. Decisión que un guardia tomaba cien veces al día, que para él era rutina y para el evaluado era todo. ¿De dónde vienen? De fuera. Fuera de qué. De todo. El guardia no entendió. Leonardo no esperaba que entendiera. Déjenlos pasar - observó una voz desde atrás del checkpoint. Leonardo miró. Un hombre mayor. Uniforme de oficial. Insignias que indicaban rango alto. Los ojos de alguien que sabía cosas que los guardias rasos no sabían. Los ojos de alguien que reconocía algo. Pero señor... Déjenlos pasar. Ahora. - Los guardias se apartaron.

Leonardo pasó. No - preguntó por qué. No había tiempo para preguntas. El refugio del Sector 7 estaba clausurado. Leonardo lo vio desde dos calles de distancia. Cinta amarilla rodeando el edificio. Guardias en las puertas. Uniformes que no parecían de policía. El refugio donde los Borrados habían encontrado comunidad. El refugio donde Nico había tocado por primera vez. El refugio donde el viejo había servido café mientras contaba historias que nadie más recordaba. Clausurado. Las ventanas estaban rotas. Cristales en el suelo. El grafiti que los residentes habían pintado estaba cubierto de pintura negra. El letrero que decía "REFUGIO SECTOR 7" había sido arrancado. Solo quedaban los agujeros donde había estado montado. ¿Qué pasó? preguntó Nico. Su voz era pequeña.

La voz de alguien que empieza a entender que las cosas pueden empeorar más de lo que creía posible. - Los Borrados - apuntó un hombre que pasaba cerca. No dejó de caminar. No los miró. Dispersados. El sistema decidió que eran amenaza. ¿Dispersados a

dónde? El hombre siguió caminando. No respondió. Dispersados significaba procesados. Dispersados significaba que ya no existían. No de la manera que importaba. Leonardo miró el refugio. Las ventanas cerradas. Las puertas selladas. El lugar donde habían estado hace semanas convertido en cáscara vacía. Siguieron caminando. Los precios habían cambiado. Leonardo lo vio en la primera tienda que pasaron. Carteles escritos a mano porque el papel estaba prohibido y las pantallas eran del sistema. Escritos en tela.

En pedazos de plástico. En cualquier cosa que no fuera papel. Pan: 300 créditos. Agua embotellada: 150 créditos. Proteína básica: 400 créditos. Tres veces más que antes. El agua de la red llegaba dos horas por día por sector. Leonardo lo supo porque había una fila de gente con recipientes esperando frente a una fuente pública. La fuente estaba apagada. La fila esperaba igual. Habían estado esperando durante horas. Esperarían durante horas más. El papel estaba prohibido. Cualquier superficie donde se pudiera escribir sin que el sistema lo viera. Prohibida. Posesión: seis meses de procesamiento. Distribución: tres años. El sistema no quería que la gente pudiera comunicarse sin ser monitoreada. El servicio militar empezaba a los quince años. Leonardo miró a Nico.

Once años. Cuatro años hasta que el sistema lo reclamara. Cuatro años para encontrar una salida. Cuatro años que no eran suficientes y que eran todo lo que había. La publicidad no paraba. Las pantallas gritaban ofertas que nadie podía pagar. Volumen más alto que antes. Colores más brillantes que antes. “¡FELICIDAD GARANTIZADA!” “¡TU MEJOR VIDA EMPIEZA HOY!” “¡EL SISTEMA TE CUIDA!” Faith caminaba sin hablar. Su cara era de alguien que procesaba. Que calculaba. Que se preparaba para algo. Locke los esperaba en un

callejón del Sector 9. Leonardo lo reconoció por la forma de pararse. La forma de un hombre que había visto cosas que no podían olvidarse y que cargaba ese conocimiento como peso visible. La forma de alguien que no había dormido en días.

Su cara estaba más vieja. No en años. En peso. Envejecimiento que viene de saber cosas que nadie debería saber. De cargar secretos que no puede compartir. - Llegaron - dijo Locke. Llegamos. Hay algo que deben saber. El frío llegó antes que las palabras. Frío que viene cuando sabes que algo malo está por llegar. ¿Qué pasó? Locke miró a Faith. La miró directo. Con los ojos de alguien que tiene que dar noticias que destruyen. Sofía contestó. Viktor se la llevó. Lo que siguió duró tres segundos. Tres segundos que fueron años. Faith no dijo nada. Su cara no cambió. Sus ojos no se movieron. Quietud que viene antes de la explosión. Quietud que es control y que es también preparación.

¿Cuándo? Su voz era de lo que se rompía. Hace tres días. ¿Y Lu? Está a salvo. Conmigo. La saqué antes de que pudieran llevársela también. ¿Dónde está Sofía? No sabemos. Viktor la tiene. No sabemos dónde. Faith una vez. Un movimiento pequeño. Mecánico. Movimiento que hace alguien que procesa información sin poder procesarla de verdad. Después empezó a correr. Hacia la noche. Hacia la ciudad muerta. Hacia algún lugar que solo ella conocía. Hacia lo que no podía cambiar y tenía que intentar igual. Leonardo no la siguió. Esta vez no. Esta vez tenía que quedarse. Tenía que cuidar lo que quedaba. Nico se quedó en el callejón. Locke estaba a su lado. - Mirándolo. Evaluándolo. Eres el del oso - señaló Locke.

Sí. El que tocó en el concierto. Nico no preguntó cómo lo sabía. Pollos - Gelatina está en celdas - apuntó Locke. Tiny. Vera. Los

demás. Procesamiento pendiente. ¿Qué significa procesamiento? Significa que no van a volver. Nico miró hacia donde Faith había desaparecido. Hacia la penumbra de la ciudad. Hacia las pantallas que seguían gritando publicidad. La semilla pulsaba en su bolsillo. El ritmo latidos por minuto. El ritmo de lo que esperaba. El oso Dember pesaba contra su pecho. La tela manchada. La sangre de sus palmas ya seca. El color naranja del oso visible bajo la luz artificial de una pantalla cercana. - Las sirenas sonaban a lo lejos. ¿Qué hago ahora? - preguntó Nico. Locke no dijo.

No tenía respuesta. Nadie la tenía. Leonardo puso una mano en el hombro de Nico. El contacto fue breve. Un recordatorio de que no estaba solo. Nico caminó hacia la pantalla más cercana. La luz naranja lo bañó. La publicidad gritaba algo sobre felicidad. El oso Dember brillaba bajo esa luz. Manchado. Viejo. Todavía ahí. Nico puso la mano sobre el bolsillo donde la semilla pulsaba. La mano se quedó ahí. Esperando. Como espera una semilla. La pantalla brillaba. El oso brillaba. La noche se extendía.

GLOSARIO

Este glosario contiene información revelada durante el libro. Se recomienda consultarlo después de la lectura. ### LEONARDO DAEDALUS

Ex-investigador de División 47. Borrado en Libro III. Recuperando memoria fragmentaria. Linaje Tyr: percepción cruzada activa. El Voynich responde a su frecuencia. En este libro: cruza de

vuelta al Plano Medio, rescata a Alethia, confronta la verdad sobre Luna y sus hijas. ### ALETHIA DAEDALUS

Hermana de Leonardo. Once años en cápsula de suspensión. Conectada a la red cuando ocurrió el accidente. Sabe la verdad sobre Luna. Tiene familia en el Astral: Oren (esposo), David y un hijo menor. ### FAITH

Hermana de Carmen Nollan. Detecta sin interpretar. Rabia canalizada. En este libro: lidera operaciones en el Astral mientras el grupo se fragmenta. La pipa de Don Humo como ancla. ### NICO

Testigo de la muerte de Tomás. Carga el Oso Dember. En este libro: procesa la muerte del viejo. La pipa y la semilla como herencia. Comienza a entender lo que heredó. ### HARYES

Ex-División 47. Vikingo. Runas de 55 Hz. En este libro: se establece como líder militar en el Astral Norte. Relación con Iris revelada como contexto de traición. ### MALIKA

Entidad de siglos. Aséptica, quirúrgica. En este libro: arquitecta de la reconstrucción post-Helios. Prótesis tecnomágicas. Costo físico acumulado. ### MAKU

Separada de Sentella/Copérnico en Libro III. Cuerpo humano nuevo, disforia corporal persistente. En este libro: aprende a habitar su forma física mientras colabora con Malika en el Astral Norte. ### LOCKE

Detective del Plano Medio. Nunca cruza al Astral. En este libro: investiga la desaparición de Sofía. El Caso Noctis se profundiza. ### HELIOS

Fragmentado. Cuarenta por ciento reconstituido tras los eventos de Libro III. La luz constante del Astral Norte. Su proximidad altera la coherencia. ### EL BARDO / ESOJ SIUL AVIRCHA

Memoria ambulante. Escribe lo que otros olvidan. En este libro: elige quedarse en el Astral cuando el grupo se divide. ### VADO POMPILIO

Presidente del Gobierno Mundial. Los eslóganes aparecen en cada superficie. “Tu coherencia es tu libertad.” ### POLLOS GELATINA

Alimento procesado del Plano Medio. Barras de proteína ubicuas. Nadie pregunta de qué están hechas. *Nota: Este glosario contiene información disponible para ciudadanos con coherencia estándar. Información adicional requiere autorización de nivel superior.*

APÉNDICE REGISTROS TÉCNICOS

Frecuencias documentadas durante los eventos de este libro:

Frecuencia Fuente Observaciones

0.12 Hz Torres TAAT Infrasonora. Supresión de consciencia. Emisión constante. Intensificada en Ciudad Control. 7 Hz Bestia del Vacío Infrasonora. Actividad documentada en Astral Norte durante T15. 7.83 Hz Copérnico Resonancia Schumann. Estabilizada. Conexión con fragmento de Helios: confirmada. 55 Hz Runas de Haryes Vibración por contacto. Activación durante combate T15. 432 Hz Leonardo / Voynich Frecuencia base. Voynich se actualiza durante tormentas del Astral Norte. 963 Hz Fragmento de Helios Frecuencia detectada (40%) post-reconstitución parcial. Efecto sobre conciencia: documentado.

Planos narrativos activos en Libro IV:

Plano Designación temporal Acceso

Plano Medio T+1 (Ciudad Control, Irrestricto con pulsera. Eslóganes nuevos) 30253032 post-Reset) Plano Astral Norte T-1 (~5674 a.C.) Restringido. Territorio inestable post-Helios. El Vacío Sin designación Avance acelerado. temporal Territorio perdido irreversible.

Distancias aproximadas recorridas:

Travesía Astral Norte: operaciones en territorio cercano al fragmento de Helios. Terreno variable: ruinas de fortaleza, instalaciones subterráneas con cápsulas de suspensión, campamentos improvisados. Cruce entre planos: documentado en Cap 160.

Personajes activos en Libro IV:

Plano Astral: Leonardo. Faith. Nico. Haryes. Malika. Copérnico. Gunwise. Led. Lix. El Bardo. Alethia (rescatada Cap 145). Oren + hijos (Cap 154). *Plano Medio:* Locke. Columbo. Sánchez. Sol. Vera Rostova. Pollos Gelatina (arrestados Cap 156). Sofía (desaparecida Viktor). *Cruce T16:* Leonardo, Anya, Nico, Faith → regresan al Plano Medio (Cap 160). *Estado al cierre del libro:* [CLASIFICADO]

Nota: Estos registros contienen información disponible para ciudadanos con coherencia estándar. Información adicional requiere autorización de nivel superior. ## SOBRE ESTA OBRA

MEDIOEVO: CALIBRACIÓN es el cuarto libro de MEDIOEVO (13 volúmenes). La historia continúa en:

- Libro V: TRANSICIÓN
- Libro VI: UMBRAL

NOTA FINAL

Este libro salió del duelo y de la curiosidad de un autista por entender el mundo. No encontré las respuestas que buscaba. Encontré otras preguntas. Encontré personajes que cargaban sus propias pérdidas y no sabían qué hacer con ellas. Encontré un sistema que no fue malvado sino eficiente, y esa distinción me enseñó más sobre el dolor que cualquier villano con motivaciones claras. Aquí les ofrezco el mundo sin ruido, como lo veo. Las partes que faltan son las partes que todavía no entiendo. Las partes que duelen son las partes que sí. Luis René González López 2026 ##

INFORMACIÓN LEGAL

MEDIOEVO: CALIBRACIÓN

Libro IV

c. 2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados. Esta obra de ficción fue creada entera por un ser humano. Primera edición: 2026

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio sin la autorización previa por escrito del autor. Los personajes y eventos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia. ##

NAVEGACIÓN

La saga MEDIOEVO consta de trece libros:

Ciclo 3 Ciencia ficción Libro I: DESPERTAR Libro II: DERIVA Libro III: FRAGMENTOS Aun así, libro IV: CALIBRACIÓN Libro V: TRANSICIÓN Libro VI: UMBRAL

Ciclo 4 Fantasía Libro VII: BABEL Libro VIII: POST-BABEL

Ciclo 5 Ocultismo Libro IX: NOSOTROS Libro X: LE JARDIN

Trilogía final Libro XI: FRONTERA Libro XII: DON HUMO

Libro XIII: NEXUS

La historia continúa en MEDIOEVO V: TRANSICIÓN. **

$e^x = 1$

FIN DEL LIBRO IV